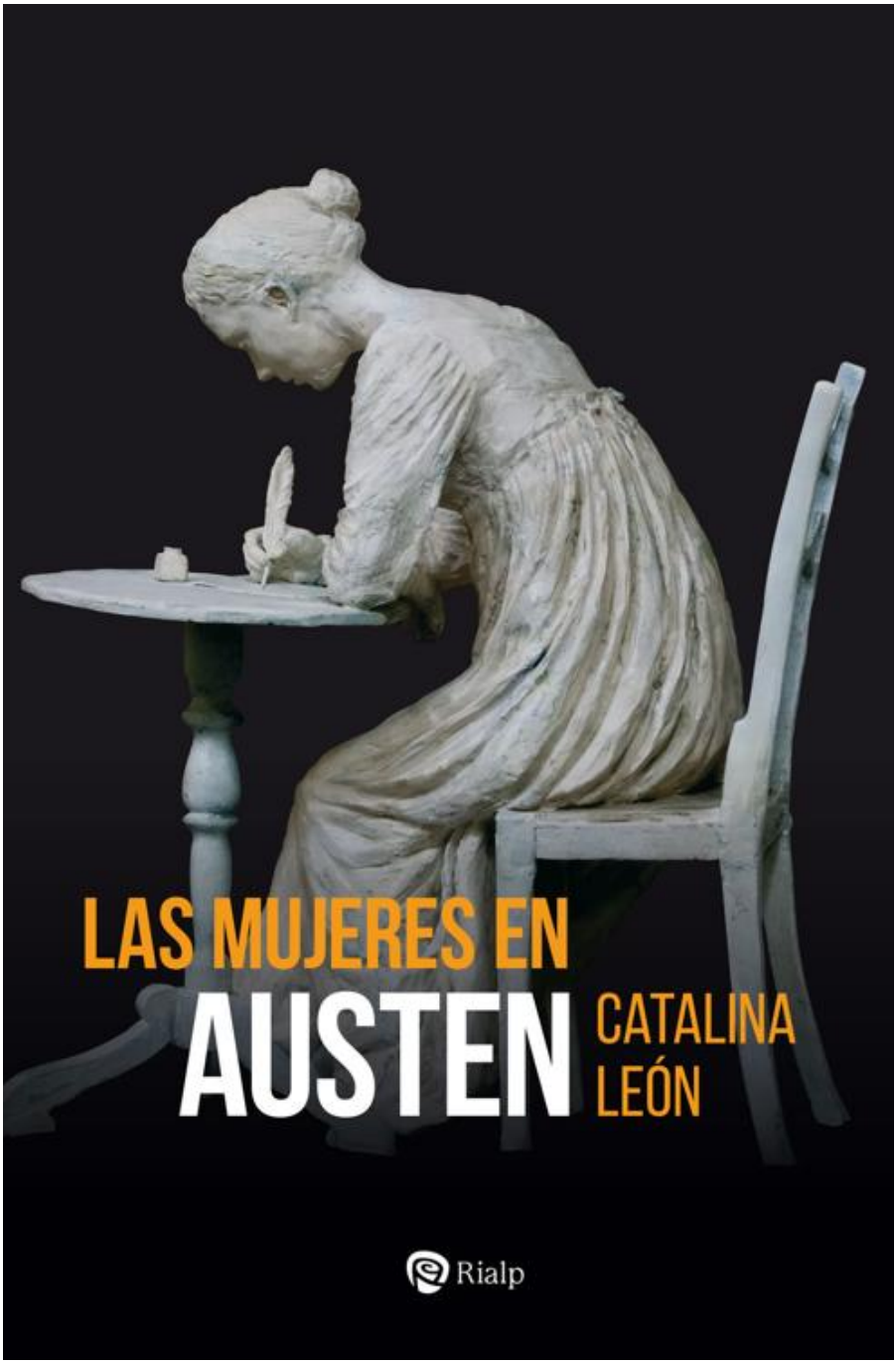
LAS MUJERES EN AUSTEN

CATALINA LEÓN

Rialp



CATALINA LEÓN

Las mujeres en Austen

EDICIONES RIALP

MADRID

Para Antonio, en su cielo

¡Qué dolor me provocaba en aquel entonces haber nacido mujer y saberme privada de la vida y la posición que habría disfrutado de haber sido hombre!

Pero ahora estoy resignada y en paz. No diré nada más al respecto.

[Mary Berry, escritora, 1763-1852]

En sus libros no pasa gran cosa y, sin embargo, cuando uno llega al final de la página, quiere seguir leyendo con avidez para saber qué va a ocurrir. Otra vez, no pasa casi nada, pero uno sigue leyendo con curiosidad.

El novelista que logra eso posee el don más preciado de cuantos se pueden poseer.

[William Somerset Maugham, escritor, 1874-1965]

PRÓLOGO

La educación sentimental

LO SOLÍAMOS LLAMAR «educación del carácter» y «educación sentimental», dos nombres para la misma cosa: la construcción interior que contribuye a que sintamos lo debido, porque resulta que el corazón tanto acierta como se equivoca, y para que nuestra vida sea buena es decisivo que ocurra más lo primero. Con todo, «educación sentimental» es un sintagma que sorprendentemente cuenta con muy pocos defensores, pese a ser capital para nuestro desarrollo. Nosotros estamos en cambio en la era de la

«educación emocional», que es fundamentalmente la era de las palabras-sortilegio («empatía», «tolerancia», «resiliencia»): un mundo plagado de imágenes y patologías y *hashtags* que no tiene tiempo para el corazón y sus sutilezas. Y por eso hay tiempo para muchos cursitos, charlas TED y *webinars*, pero apenas para los grandes ensayos y las grandes novelas.

Los efectos de esta deriva —del abandono progresivo de la filosofía y

la literatura como hitos esenciales de la madurez de la personas libres, juiciosas e íntegras— están a la vista de todos. Tal vez sorprenda a la lectora o lector saber que en una época que ha sido descrita como

«intensamente emocional» haya tantas personas jóvenes y no tan jóvenes pobremente pertrechadas para la vida social, y que la causa principal es un déficit de comprensión lectora de los corazones ajenos y propios. Como seguramente sorprenda saber que nuestros principales problemas éticos no

provienen de una disminuida razón respecto a lo que es justo y bueno, sino a un paulatino abandono de los sentimientos morales.

En una novela de Jane Austen hay tantas capas de profundidad sentimental como le faltan a la inmensa mayoría de nuestras actuales películas y series, no digamos a lo que pulula por las redes sociales.

Estamos enviando a gran velocidad comandantes Spock de ambos sexos hacia el ciberespacio, lo cual está llevando a arrumbar comportamientos y hábitos esenciales que están en las heroínas de Austen —«el sacrificio, la entrega, la generosidad, el silencio», escribe Catalina León— y nosotros necesitamos. Decía David Hume en su *Tratado de la naturaleza humana* que «la razón es y solo debe ser esclava de las pasiones». Eso es lo que nos explica Austen, y cómo esas pasiones son las que sustentan nuestros sentidos vitales. «¡Con qué presteza acude la razón a aprobar lo que nos gusta!», leemos en *Persuasión*; lo que hacemos, cuando estamos lúcidos, es seguir los dictados de nuestro corazón, para lo cual conviene haberlo previamente entrenado.

Sentido, persuasión, prejuicio, sensibilidad, orgullo: desde los títulos, Jane Austen nos invita a la *gravedad*, esto es, a las cuestiones que tienen un peso diferencial en nuestras vidas. Lo hace, para mayor mérito, desde lo que son en esencia comedias, mostrando así una amabilidad infinita para con el ser humano. Quien haya vivido lo suficiente sabe lo mal que respondemos a las homilías adustas, y cuán de par en par nos abre el entendimiento la risa cordial e inteligente. Austen bien lo sabía: el premio del *buen* humor es una humanización casi inmediata. Como escribe el también novelista Martin Amis, «el primer desafío al que te enfrentas cuando escribes sobre *Orgullo y prejuicio* es terminar tus primeras oraciones sin decir: “Es una verdad universalmente reconocida...”».

Si ha habido una o un novelista que haya amado a sus personajes, esa es Jane Austen. No les ahorra ni un solo defecto, no oculta ni una sola

de sus debilidades: pero todo lo desvela desde el amor que al prójimo le debemos.

Como dice C. S. Lewis en su ensayo *A note to Jane Austen*, es abordar las cuestiones morales lo que posibilita que pueda trazarse una gran comedia, y eso implica que, a diferencia de muchas de las actuales parodias sin gracia, tiene que haber un fondo de verdad desde el que se mira, pues «a menos que haya algo sobre lo que el autor nunca ironice, no puede haber verdadera ironía en la obra». Las heroínas de Austen se esfuerzan por ver el mundo como realmente es, y, como explica León, «argumentos y personajes tienen un poderoso lazo con la verdad».

«Leemos a Austen —sostiene Harold Bloom— porque parece conocernos mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos, y parece conocernos tan íntimamente por la sencilla razón de que ayudó a determinar quiénes somos como lectores y como seres humanos». Esta es seguramente la razón de la extraordinaria salud artística de Jane Austen, plasmada en interminables reediciones, nuevas traducciones y ahora en este delicioso ensayo de León, pleno de gusto literario y de una rarísima capacidad para acercar las muchas delicadezas de Austen al público corriente. Lo logra incluso, según he podido comprobar, con quienes aún no han empezado a leer a la novelista nacida en Steventon; este texto que a continuación sigue es por tanto un estupendo *protréptico*.

Austen no es «literatura para mujeres», como bien sabe León, que es una consumada experta en lo otro, la literatura escrita por mujeres; es literatura para todos. Es *gran* literatura, en definitiva, letra imperecedera que mejora el alma humana. De su obra se han hecho innumerables lecturas —

neoclásicas, románticas y hasta políticas—, pero ninguna que yo conozca

que esté más cercana a la sabia consideración de la vida y al meollo vital del lector que esta.

El mundo cada vez está más conectado y menos vinculado: cada vez hay más soledad y más ruido. Uno de los principales antídotos a nuestro alcance es apagar nuestros dispositivos móviles y tomar entre las manos algunos de los mejores libros que jamás se han escrito, entre los que sin duda se encuentran las novelas de Jane Austen. Después, nada mejor que conversarlos, y eso es justo lo que nos ofrece Catalina León con su precioso ensayo: una honda conversación acerca de

algunos de los personajes más complejos e interesantes —valga la redundancia— que la imaginación humana haya concebido. Ese mismo es el camino para la educación moral de nuestros corazones, que aprenden mucho más de las historias que de los conceptos. Después, por supuesto, tocará salir al mundo a refrendar lo aprendido, pues como leemos en *Sentido y sensibilidad* «no es lo que decimos o pensamos lo que nos define, sino lo que hacemos».

DAVID CERDÁ

1.

Austenismos

AL CUMPLIRSE, EL 18 DE JULIO de 2020, el 203 aniversario de su muerte, la RAE lanzó a través de su cuenta de Twitter una pregunta sobre qué obra de Jane Austen era la favorita de los lectores. Hubo más de trescientas respuestas y ganó abrumadoramente *Orgullo y prejuicio,* pero *Persuasión* también fue muy mencionada. Además, apareció el nombre de *Sanditon*, su última novela que quedó inacabada, de actualidad en ese momento por la serie de televisión que acababa de estrenarse. La serie, de la que solo el primer capítulo contiene lo que Austen escribió, supuso volver a convertir a Jane en un tema de actualidad. Lo mismo que ha sucedido con otra versión de *Emma* para el cine, dirigida por Autumn de Wilde y estrenada el mismo año. Los comentarios que se suscitaron con la pregunta de la RAE eran interesantes y una única persona entre las que respondieron dijo que no conocía su obra.

Otro comentario curioso afirmaba que ningún libro de Austen podía calificarse como “bueno” porque ese adjetivo lo reservaba para las

“verdaderas” escritoras de la época, que eran, a su juicio, las hermanas Brontë. Considerar contemporáneas a las Brontë y a Jane Austen es un error frecuente. Y no solo no es así por cronología (Charlotte nació en 1816, Emily en 1818 y Anne en 1820, mientras que Jane vino al mundo en 1775) sino porque sus trayectorias se insertan en dos momentos históricos tan

diferentes (la era georgiana de Austen, la victoriana de las hermanas Brontë) que, por fuerza, ellas también han de serlo. Pero hay quien asume el desprecio que Charlotte Brontë, por ejemplo, la única Brontë que leyó a Jane Austen, sintió por la obra de su predecesora, al considerarla poco interesante y llena de un detallismo frívolo. Está claro que la mayor de las Brontë no entendió que la aparente

superficialidad de Austen es, sobre todo, una estrategia literaria.

Jane Austen es una escritora leída sobre todo por mujeres, pero no solamente, lo que no deja de ser importante y positivo porque las mujeres formamos el grueso de los lectores de novelas. Las lectoras de Austen son mujeres de todas las edades, lectoras avanzadas y también lectoras noveles.

La presencia de Jane Austen en las bibliotecas de las chicas jóvenes es muy destacada. No solo leen sus obras sino también los derivados. Manga, ediciones ilustradas, inventos varios (como buscar otros desenlaces o imaginarse otros personajes), secuelas más o menos imaginativas, recreaciones, sagas, todo eso la ha convertido en una escritora popular y algunos de sus protagonistas son iconos del pensamiento femenino. Incluso lectoras jovencísimas, en fase de iniciación, leen las historietas ilustradas de *Orgullo y prejuicio*.

Una característica de este enorme ejército es que cada una de sus lectoras tenemos en la cabeza una Austen diferente, propia, nuestra, y no queremos que nadie nos la toque. Las disputas son frecuentes entre las austenitas aunque tengamos algunas coincidencias de apreciación entre todas: nos hemos enamorado del señor Darcy, y, llegando a la edad madura, hemos convenido en que el señor Knightley nos interesa mucho más, porque tiene esa mezcla de conocimiento y encanto que engatusa, además de mucho menos orgullo, dónde va a parar. Darcy está bien para la efervescencia juvenil y quizá para la primera madurez, pero el remanso de paz que todas

deseamos conseguir algún día está en Knightley y su visión de la vida.

Siempre he pensado que era el favorito de la propia autora, aunque esté más escondido a los ojos del público y sea más discreto. Al fin y al cabo, ella misma permaneció oculta mucho más tiempo del que le hubiera gustado y del que era conveniente para alguien que escribe.

EL MERCADO DE LAS ADAPTACIONES

A la lectura de sus novelas hay que sumar el gran número de espectadores que han visto alguna de las adaptaciones de esas obras al cine o a la televisión. Entonces comienza el curioso fenómeno por el cual identificamos a Colin Firth con el señor Darcy. El personaje se ha superpuesto al actor así que ha dado lo mismo que luego haya hecho de rey tartamudo o de navegante solitario o de soltero angustiado. Es Darcy y punto. Todo lo más, hacemos una concesión a su papel en *El Diario de Bridget Jones* y lo convertimos en Mark Darcy. Es el yerno que todas las madres desean para sus hijas (eso lo tuvo claro la señora Bennet pasados los primeros disgustos) y el hombre indomable al que todas las chicas quieren convertir a su religión. Un tipo tan estirado, orgulloso y lleno de seguridad en sí mismo siempre es un reto y la educación sentimental de las muchachas de estas últimas décadas tiene mucho que ver con esa mezcla de atracción irresistible y de noble esgrima de caracteres que se establece entre él y Elizabeth Bennet.

Haré aquí un pequeño paréntesis para referirme a las adaptaciones austenianas. La mayoría de ellas son incapaces de evocar ese "espíritu Austen" que las debería distinguir. No se trata solamente de recrear las casas, los vestidos, ni siquiera los diálogos, es algo más. Un aire especial, una forma diferente de presentar la vida cotidiana. Tampoco basta con que

haya bailes, vestidos Imperio o lugares emblemáticos. Sobre ese telón de fondo que, en apariencia, solo es la espuma de los días, están los grandes problemas sociales y personales que la escritora abordó desde el punto de vista de la vida cotidiana. Y hay que decir que el "punto de vista" no es nada desdeñable en su literatura.

De todas esas adaptaciones hay varias dignas, bastantes que están faltas de interés y alguna obra maestra. En el cine, esto último es, sin dudarlo, *Sentido y sensibilidad* de Ang Lee (1995). El director coreano fue capaz de captar la atmósfera de uno de los libros más complejos y difíciles. Y lo logró con creces auxiliado por un elemento fundamental, el guion de Emma Thompson, excelente actriz inglesa, conocedora de la obra de Austen (y de la de Shakespeare) que supo obtener lo esencial y destacar lo sublime. La historia de ese guion, contada por ella misma, merece conocerse. Fue un trabajo hecho entre pañuelos de papel, lágrimas y pijamas, porque se encontraba "convaleciente" por el abandono de su entonces marido, Kenneth Branagh, actor y

director, que había decidido romancear con la también actriz Helena Bonham-Carter. El dolor de la pérdida le dio a Thompson la cobertura emocional precisa para recrear en su guion el espíritu de la historia que inventó Austen. Aunque la Thompson interpretaba en la película el papel de la sensata Elinor, en la vida real era una Marianne desconsolada.

Además de esta película, la serie de la BBC de 1995 sobre *Orgullo y prejuicio* es considerada por muchos como la mejor adaptación audiovisual de una obra de Austen. Es aquí donde el señor Darcy se convierte en el hombre ideal, y la ambientación, la vestimenta, los diálogos, el paisaje, todo se conjuga para hacer de esta producción el principal motivo por el que los lectores se han acercado a Austen desde los años noventa hasta la actualidad. No es muy conocido el hecho de que Colin Firth mantuviera

entonces un romance con la Elizabeth Bennet de la película, la actriz Jennifer Ehle, lo que le daba a la historia mucha más verosimilitud. Como esto del cine tiene siempre conejos guardados en la chistera, años más tarde, cuando Colin Firth interpretó el papel del rey George VI, el padre de la reina Isabel II de Inglaterra, en "El discurso del rey", volvió a trabajar con Ehle, ella desempeñando el corto pero bonito rol de esposa de Lionel Logue, el logopeda australiano que ayuda al duque de York, antes y después de ser proclamado rey, a superar su problema con el habla.

En cuanto a *Emma*, hay dos adaptaciones interesantes y bien hechas. Una serie de la BBC, de cuatro capítulos, que se rodó en 2009, con Romola Garai y Jonny Lee Miller en los papeles principales, y una película de 1996, con Gwyneth Paltrow y Jeremy Northam como Emma y el señor Knightley respectivamente. En la película se echa de menos un mejor acierto en el *casting*, pues Toni Colette no da para nada el tipo de Harriet Smith ni Ewan McGregor el de Frank Churchill. La última adaptación, que he citado antes, la de Autumn de Wilde, tiene demasiado colorido en los vestidos y unos personajes dudosamente adecuados. Se realiza en clave de comedia burlesca, lo que no logra captar matices delicados como la ironía, la compasión, la transformación de la propia Emma y el cruce de diálogos ingeniosos. Sin embargo, resulta interesante la aparición de un nuevo concepto del señor Elton, el clérigo ridículo y trepa de la novela, que aquí es interpretado por el joven y prometedor Josh O'Connor, quien, en una entrevista dio las claves de su representación: considera a Elton un arribista, que intenta salir a través del matrimonio de su propio estrato social para subir unos peldaños. De este modo y gracias al actor, nos hacemos una visión más amable y comprendemos mejor la

frustración de Elton por no alcanzar el favor de Emma Woodhouse. Pero la película no tiene el “toque Austen” y Emma aquí es fría, dura e impersonal. Una especie de Scarlet

O’Hara trasplantada desde Georgia, pero sin la épica de la guerra y sin la belleza de Vivian Leigh.

Es interesante la versión cinematográfica de *Lady Susan*, una novela epistolar y corta que estaba entre sus papeles y que se publicó años después de su muerte, junto con la pequeña biografía que de ella hizo su sobrino James Edward Austen-Leigh. La película se estrenó en 2016 y lleva un nombre, erróneo, *Amor y amistad,* que corresponde a otra obra de Austen y que nos da alguna pista de la escasa labor de documentación que se hizo para rodarla, pero, a pesar de los errores, la protagonista estaba muy bien elegida. Kate Beckinsale le proporcionaba el toque adecuado y mostraba ese tipo de mujer fatal, tan ambicioso y atractivo al mismo tiempo, que es una *rara avis* en las obras de Austen.

No son estas las únicas adaptaciones. Hay un gran número de ellas que pretenden captar el espíritu Austen y que han tenido desigual fortuna entre los espectadores. La novela inacabada *Sanditon*, apareció en forma de serie en Netflix, basada en los doce capítulos que quedaron escritos antes de morir. Hasta el momento se le ha añadido ya otra temporada. Y en julio de 2022 se estrena una nueva versión de *Persuasión,* con Dakota Johnson como Anne Elliot, que ha suscitado toda clase de comentarios en las redes sociales acerca de su pertinencia, fiabilidad y forma de acercamiento al mundo Austen. Las opiniones, casi unánimes en esta ocasión, son de franca repulsa.

VIGENCIA DE JANE AUSTEN

A pesar de que el señor Darcy es el personaje más archifamoso de Austen, son sus “mujeres”, las chicas de sus novelas, las damas, las amigas, las vecinas, las arpías o las madres, quienes llevan el peso de las tramas. Las

novelas de Austen son para todos, hombres y mujeres, pero son novelas, sobre todo “de mujeres”. La psicología femenina ha recibido de ellas más aportaciones que cien tratados sesudos escritos por afamados expertos sentados en sus sillones de orejeras. De cualquier modo, lo que no podemos negar es que la “vulgarización” de su obra a través del formato audiovisual ha contribuido a aumentar el número de sus lectores.

Puede ser que encontremos a alguien que no ha leído a Austen, pero lo que no hallaremos es una persona que no haya “oído hablar” de Austen.

Entre los que no la han leído hay mayoría de hombres porque, y esto es otra evidencia no científica, las mujeres leen muchas más novelas y entre esas novelas ocupan un lugar privilegiado las suyas. Algunos hombres inteligentes a los que trato argumentan para no leerla que “no les interesan los temas específicamente femeninos”, lo que no deja de ser una toma de postura radical y bastante pretenciosa, pues, de esa forma, se pierden al menos el cincuenta por ciento de los asuntos que atañen a la humanidad entera. Los despistados dirán que escribía “novelas románticas” o que ella misma lo era. Dirán que es cosa de chicas o que les suena muy blandengue todo. El caso es que les suena.

En un primer momento resulta difícil entender la permanencia de su obra si consideramos cuándo se escribió y cómo ha cambiado nuestra vida desde entonces. Pero esto cambia cuando la leemos. Las novelas Austen no son reliquias del pasado, ni se leen en plan arqueología, sino que permanecen tan vivas como entonces y nos dicen las cosas que hoy, todavía, pueblan nuestras conversaciones y nuestros anhelos. Nos reconocemos en ellas.

Están de nuestro lado. Alguna amiga es como Caroline Bingley y otra se parece a la mosquita muerta de Lucy Steele. También hay por ahí demasiados presumidos como Collins o Elton y señoras escasamente despiertas como Augusta Hawkins. Y vecinas encantadoras como las Bates.

Y madres atolondradas y padres dispersos. Y malos casamientos y muchos, muchísimos amores apasionados.

La escritora colombiana Pilar Quintana, una de las voces más destacadas de la literatura hispanoamericana, pone el énfasis en esa consideración de Jane Austen como escritora influyente:

«Yo leía a Jane Austen cuando estaba en el colegio. Leía sus historias como si fueran novelas sentimentales. Cuando revisité estas lecturas descubrí una mirada absolutamente sarcástica sobre la sociedad en que le había tocado vivir. Es una autora inteligente con dominio del sarcasmo y la burla. Eso me encanta».

¿Por qué? ¿Dónde está el gran misterio de esta mujer? Es un caso muy parecido al de William Shakespeare. Sus sentimientos son intemporales y universales, da igual cómo se vistan sus protagonistas. Y la sorprendente modernidad de sus diálogos se puede incluso trasplantar a nuestra época casi sin modificaciones. Es curioso observar que en las adaptaciones audiovisuales los diálogos se mantienen tal cual, porque resisten el paso del tiempo con fortaleza y cordura. Y, en cuanto a las emociones que representan, siguen siendo las de los seres humanos. Por eso nos seguimos identificando con sus tramas y sus personajes. Esa identificación actúa como motor de la lectura, como elemento propulsor del interés hacia lo que escribe y hacia las soluciones que le da a los conflictos. Hablamos de amor, de interés, de engaño, de familia, de conveniencias sociales, de prejuicios, de dobles intenciones, de dependencias emocionales, de costumbres cotidianas, de relaciones humanas, de hijos y padres…hablamos de poder y dinero, de pobreza y sumisión, de nobleza y de mezquindad, de sentimientos puros y de mentiras e invenciones. De todo ello hablamos cuando leemos a Austen. No se nos ocurriría sentirnos cerca de las heroínas góticas, ni del sufrimiento intenso de las victorianas, de las románticas, pero

estas mujeres de Austen, tan sencillas, sensatas, tiernas, directas, ingeniosas y prácticas, sí nos hacen *tilín* aunque no queramos.

Como todos los buenos libros, su lectura tiene muchas capas, asequibles a todo tipo de lector. Es una hermosa y redonda cebolla de esas que pican y te hacen llorar, en la que han de separarse una a una las capas para llegar al centro. Pero, incluso en las capas sueltas, desgajadas, siempre hay detalles que nos llaman la atención. Vemos una lectura superficial para los que quieren quedarse con muchas bodas y chicas que van de un lado a otro asistiendo a todos los bailes que se les ponen por delante. Hay otra lectura intermedia para quienes

piensan en la época que les tocó vivir y en las imposiciones que esta suponía en sus vidas. Hay una lectura feminista, que pone el acento en la enorme diferencia de vida y de trato que había entre hombres y mujeres. Hay una lectura histórica, una lectura romántica, una lectura sociológica, una lectura literaria, una lectura irónica y humorística, una lectura emocional. Hay tantas lecturas como lectores y de todas ellas puede sacarse algún beneficio. La lectura global, que también existe, pone al lector avanzado en la privilegiada posición de entender lo más posible a la autora, con su contexto, su biografía y su talento propio.

No solo es una escritora muy leída y versionada, sino que, además, es muy discutida. Esa discusión también ha favorecido su vigencia. Todos pretendemos saber de Austen, entenderla más que los demás. Es "mi"

Austen, decimos. Es mía y no vas a cambiármela por mucho que lo intentes, añadimos. Las redes sociales, sobre todo Twitter, arden de vez en cuando con alguna de sus referencias. Se montan discusiones épicas sobre tal o cual versión, personaje o idea. Se habla de ella como si hubiera muerto ayer por la tarde. Es, en este sentido, una obra inacabada, a la que el lector puede añadirle los matices que quiera. Jane Austen levanta pasiones y disputas, lo que es un índice de permanencia y de actualidad, algo que no se puede decir

de muchos grandes escritores. Lo que en su época era novedoso, sigue siéndolo.

A MODO DE INSPIRACIÓN

No sería exacto decir únicamente que de Jane Austen se ha escrito mucho.

Más bien lo correcto es afirmar que Jane Austen ha inspirado mucha literatura. No toda ella buena literatura, no toda literatura, en realidad. Ha inspirado películas, series, novelas de todo signo, adaptaciones de sus obras en las que el contenido y los personajes aparecen en otro tiempo y lugar, cómics, libros ilustrados, adaptaciones para niños, guías de viajes, y toda suerte de *merchandising*: cojines, tazas para el té, sombreros, lapiceros, almohadas, bolígrafos. Todo lo de Jane Austen es un negocio.

Los lugares en los que vivió o en los que estuvo de forma temporal tienen en ella un reclamo seguro. Con esa tradición de señalizar y poner en valor el mínimo detalle de la historia o de sus protagonistas, de los personajes importantes tanto literarios como reales, el sur de

Inglaterra está lleno de testigos materiales de la vida de Jane. Hay posadas en las que paró, casas alquiladas, museos, bibliotecas que frecuentó, Chawton Cottage, la casa grande o Chawton Hall, la casa de su hermano en Kent (Godmersham Park), la vicaría de su padre en Steventon (aunque trasladada de ubicación), el espigón de Lyme Regis (el Cobb), todo Bath, que es un escaparate preciso de su estancia allí, un negocio lucrativo en torno a su vida y su obra, incluida la catedral de Winchester donde reposa bajo una lápida en la que no se habla de ella, salvo para decir que era piadosa y humilde e hija de su padre. También se comentan los libros que leía, los autores a los que admiraba, las posibles influencias, la literatura que detestaba. Es como si hubiéramos colocado sobre ella una enorme lupa para conocer todo el

detalle. Sin embargo, como contrapartida a lo anterior, todavía hay muchos errores, prevenciones y perspectivas equívocas acerca de la autora y del significado de su obra.

¿Quiere esto decir que ya se ha dicho todo de Jane Austen? No. Porque hay un lugar en el que cabe excavar hasta el fondo para hallar más explicaciones. Y ese lugar son sus obras. El vivero básico, el fundamental, la fuente de todo. Y todos tenemos algo que contar de ella y de sus novelas.

Y cada lector tiene derecho a verla a su manera. Verla y tratar de acercarse a su mirada femenina sobre un mundo eminentemente femenino. El mundo masculino de entonces, el de la guerra contra el francés, el de la política de los Georges, queda orillado, al margen, solo entrevisto por una rendija. Así, la historia de la época georgiana en la que vivió aparece en sus libros teniendo en cuenta la vida doméstica de cierta clase social. No la de los criados ni la de la aristocracia, sino la de la gente mediana, la clase media de entonces, el inicio de la burguesía comercial, los profesionales liberales emergentes y, sobre todo, la *landed gentry,* la pequeña aristocracia rural, la que poseía tierras, una casa solariega y, a veces, un título, la que tenía dificultades para cuadrar las cuentas y debía, por fuerza, usar el gran instrumento de aquellos años para sobrevivir (a veces, solo a veces, para progresar): el matrimonio.

Es el matrimonio el centro de todas las tramas de Austen porque era el centro de aquellas vidas. Un buen matrimonio te aseguraba la vejez y la subsistencia de los tuyos. El matrimonio era un buen plan de pensiones. Un mal matrimonio o la soltería eran la muerte social y la aparición de un fenómeno increíblemente importante entonces, terriblemente doloroso: la dependencia. Casi siempre, de la mujer al

hombre. Mejor dicho, de la mujer pobre al hombre con posibles. Como en tantas otras cuestiones sociales, el dinero marca la diferencia. No es ninguna frivolidad, pues, eso de que la

señora Bennet quiera casar bien a algunas de sus cinco hijas. Es, sobre todo, una obligación y, por desgracia, una necesidad. De igual modo que ahora todos los padres queremos que nuestros hijos vayan a la universidad y estudien una carrera, entonces era prioritario casarse bien. Y no tanto por el prurito de dar un heredero a la casa sino por asegurar el bienestar de la familia. Por el presente y no solo por el futuro.

En ese mundo de luces y sombras, las luces de las velas de los bailes a los que acudían las hermosas jovencitas casaderas vestidas de muselina, y las sombras de los pretendientes forzados y de los parientes pobres, se desarrollan las historias de Austen.

Su obra es una estampa de la vida doméstica a veces desde dentro y, otras veces, entrevista desde una ventana. Todo muy sencillo. Pero no simple. Al contrario: una afilada observación es la base de sus argumentos, que desmenuzan con sumo cuidado y fineza de bisturí lo que ocurría en esas tres o cuatro familias que vivían en el campo y que bastaban para escribir una novela, como afirmó la autora a una de sus sobrinas. Ella se olvidó de los fantasmas, de los castillos, de las damas desesperadas y los caballeros audaces, de la literatura gótica que había leído y conocía bien. Desdeñó el coetáneo romanticismo, que hacía bellas a todas las heroínas y valientes a todos los hombres, para centrarse en la sencillez (aparente) de una vida llena de asperezas que solo la conversación, el cotilleo entre amigas o la solidaridad entre mujeres podía hacer más llevadera. Ese fue el camino elegido y lo defendió cada vez que se puso en cuestión de una manera firme y convencida. Esa convicción se parece mucho al orgullo del artista, al papel del escritor que asume su obra y considera que eso es, exactamente, lo que debe y puede hacer.

A Jane Austen le costó publicar, tuvo guardados sus manuscritos en los cajones del escritorio durante años, pagó de su bolsillo a los “avispados”

editores y no vivió para ver su éxito. Solo por eso, merece conocerse bien a partir de lo que mejor la define: su propia obra. El mayor motivo, no obstante, para leerla no es tan noble ni tan elevado. Simplemente se trata de disfrute y diversión, de risas y sonrisas. Lo que es la lectura. Un placer.

2.

A propósito de Jane

«Steventon, 17 de diciembre de 1775

Querida cuñada,

Sin duda estarás esperando desde hace tiempo noticias de Hampshire y quizá te sorprenda que a nuestra edad nos hayamos vuelto incapaces de contar, pero así ha sido, pues Cassy esperaba dar a luz hace un mes; sin embargo, ayer por la tarde llegó el momento y, sin muchos preámbulos, todo concluyó felizmente. Ahora tenemos otra niña, de momento un juguete para su hermana Cassy y una compañera para el futuro. Se llamará Jenny, y creemos que se parece a Henry, así como Cassy se parece a Neddy».

(Extracto de una carta del reverendo Austen a su cuñada Susannah Walter (1716-1811), esposa del hermanastro William-Hampson Walter (1721-1798), hijo del primer matrimonio de su madre, Rebecca Hampson, anunciando el nacimiento de Jane Austen, acontecido el día 16).

AUNQUE ESTO NO ES UNA biografía puede ser conveniente recordar algunos detalles de la vida de Jane. Los detalles son sustantivos y explican en gran medida su obra como ocurre con cualquier escritor. Interesan porque centran la vida familiar en su justo término y también la época en que le tocó vivir, un tiempo escaso porque murió con solo cuarenta y un años. Nos ayudan a entenderla mejor, despejan algunas de nuestras dudas y nos sitúan en el lugar exacto. Pero están elegidos por mí y no tienen por qué significar lo mismo para otras personas. Del gran mosaico que es su obra y su vida, escojo las teselas que me ayudan a componer mi propia imagen de ella.

Austen escribió de su tiempo en todos los sentidos, ni de un tiempo anterior,

ni del futuro. Fijó sus argumentos en tiempo real, de modo que, lo que narraba, podía estar sucediendo en el mismo momento en que ella lo contaba. Eso le da una cualidad indudable de realidad, de foto-fija de una vida que existía y que ella convirtió en personajes y trasladó a sus historias.

Argumentos y personajes tienen un poderoso lazo con la verdad y a ella se añade la imaginación como elemento que convierte lo que ve y lo que vive y lo que sabe en una historia que merece contarse. Sus

historias no son toda la realidad, pero son realidad. Es una realidad seleccionada y pasada por el tamiz de la creación literaria, narrada desde el punto de vista de una aguda observadora que interviene cuando lo considera oportuno y que deja a los personajes expresarse en otras ocasiones. Lo que su vida aportó a su escritura puede ser objeto de controversia, pero, en todo caso, todas las biografías contextualizan a los escritores y les otorgan la posibilidad de adoptar su propio punto de vista.

NACIMIENTO Y FAMILIA

Jane Austen nació en la rectoría de la aldea de Steventon, Hampshire, el 16

de diciembre de 1775. En ese momento su madre (de soltera, Cassandra Leigh) tenía treinta y seis años y su padre, George Austen, pastor anglicano, cuarenta y cuatro. Jane fue la séptima hija y la segunda niña. James, George, Edward, Henry, Cassandra, Francis, Jane y Charles fueron los ocho hijos de los señores Austen. La familia Austen era extensa y llena de ramificaciones. De los ocho hijos, solo de cuatro hubo descendencia.

Cassandra y Jane no se casaron nunca, al igual que George, enfermo desde niño, el hermano casi invisible. Henry se casó dos veces pero no tuvo hijos.

Sin embargo, Cassandra y George Austen tuvieron un número considerable de nietos de sus hijos James, Edward, Francis y Charles. Hay una actriz

inglesa de porte aristocrático, Anna Chancellor, nacida en 1965, que es, al mismo tiempo, descendiente del primer ministro H. H. Asquit y de Jane Austen. Chancellor interpretó a Caroline Bingley, una de las mujeres más antipáticas entre las creadas por Jane, en la versión de la BBC de *Orgullo y prejuicio* (1995). Tiene una nariz aristocrática y un aire exquisito, quizá producto de tan excelente parentela.

El hermano mayor, James (1765-1819), también dedicado a la iglesia y heredero de la rectoría de Deane, primero y de Steventon después una vez que el padre se jubiló, se casó dos veces. La primera, con Anne Matthew, de cuyo matrimonio nació su hija Anna (1793-1872) una de las sobrinas preferidas de Jane con la que compartía consejos literarios y cartas. Del segundo matrimonio, con Mary Lloyd (una amiga de la familia que no gustaba demasiado a ninguno de ellos porque tenía un carácter muy arisco, hermana, a su vez, de Martha Lloyd, también amiga) nacieron James Edward Austen-Leigh (1798-1874) que heredó la parroquia de su padre y abuelo y fue el autor de un libro biográfico sobre su tía (*Recuerdos de mi tía Jane Austen*, título original *A Memoir of Jane Austen,* 1870) y Caroline (1805-1880). Si observamos las fechas de nacimiento de estos niños podemos concluir que cuando su tía falleció en 1817 ya habían tenido ocasión de conocerla bien, sobre todo los dos primeros. De los treinta

y tres sobrinos de Jane Austen, veinticuatro la conocieron en vida y algunos de ellos la trataron con asiduidad.

El tercer hijo de los Austen, Edward, que tomó el apellido Knight por adopción, tuvo diez hijos de su boda con una señorita de buena familia con antepasados baronet, Elizabeth Bridges. Edward era un niño cariñoso, un muchacho agradable y un hijo generoso. En su infancia pasó mucho tiempo con Thomas y Catherine Knight, primos lejanos y poseedores de fortuna, que, llegado un momento, lo adoptaron, le dieron su apellido y su herencia.

Cuando hubo ocasión de ayudar a su madre y hermanas no lo dudó y por eso la adopción fue una bendición para todos. No lo separó de su familia y lo puso en situación de ayudarla. De todos sus hijos la más querida por Jane Austen fue la mayor, Fanny (1793-1882), con la que tuvo una grandísima relación de complicidad. Los hijos de los Austen-Knight tuvieron una larga vida. La que murió más joven se llamaba, precisamente, Cassandra Jane y falleció a los 36 años.

La siguiente hija fue precisamente una niña, la primera, y se llamó como su madre, Cassandra (1773-1845). No se casó nunca, aunque estuvo prometida, y fue la mejor compañera para su hermana. Tenía también aptitudes artísticas, aunque, en su caso, para la pintura y el dibujo.

Francis Willian Austen (Frank) (1774-1865), graduado en la Real Academia Naval de Portsmouth, llegó a alcanzar el título de sir y el grado de almirante y fue el que más vivió de todos los hermanos, pues alcanzó la edad de noventa y un años. De su boda con Mary Gibson tuvo once hijos, la mayor Mary Jane nacida en 1807. Tanto ella como Francis William, Henry Edgar, George, Cassandra Eliza, Herbert Gray y Elizabeth, nacieron antes de que su tía muriera. No así el resto de su prole. Cuando enviudó se casó con Martha Lloyd, la amiga de la familia que compartió casa con Jane, su hermana y su madre en Chawton Cottage y hermana de la segunda mujer de James, Mary Lloyd. Francis Austen tuvo una larga carrera militar y participó en el bloqueo de Cádiz y en otras misiones navales de gran importancia. Su casamiento en segundas nupcias era algo normal. Los viudos permanecían poco tiempo en este estado, había muchas solteras donde elegir (los hombres escaseaban por las guerras) y necesitaban tener una madre para sus hijos que quedaban huérfanos. La maraña de relaciones personales incluía muchos hermanos casados con hermanas y muchos segundos casamientos. Además, como la mayoría de militares, Francis

Austen pasaba la mayor parte del tiempo embarcado, con lo que la necesidad de tener una madre para sus hijos era acuciante.

Por su parte, el otro marino de la familia, Charles (1779-1852), el hijo más pequeño de los Austen, se casó dos veces, con dos hermanas, algo que también era muy frecuente. La primera boda con Frances Palmer tuvo como consecuencia cuatro hijos y la segunda, con Harriet Palmer, otros cuatro.

Jane Austen solo llegó a conocer a los tres primeros (Cassandra, Harriet Jane y Frances) y no vivía cuando la segunda boda de su hermano. La longevidad de sus sobrinos y el hecho de que solo tres murieran antes del año de vida indica que era una familia de buena genética y costumbres sanas. La temprana muerte de la autora en este panorama de longevos no deja de ser una cuestión llamativa.

Además de sus hijos y nietos hubo otro niño en la vida de los esposos Austen. Recién casados, cuando llegaron a la rectoría de Deane para vivir allí acompañados de la madre de Cassandra, también estaba con ellos el hijo de Warren Hastings, gobernador general de Bengala, llamado George, que tenía, en ese año de 1764, unos siete años. Era una costumbre muy usual que, debido a que los padres habían fallecido, los dos o uno de ellos, o que estaban fuera del país por algún motivo, por ejemplo, en la India como en este caso, los niños se quedaran a cargo de amigos íntimos, tutores o familiares que los cuidaban. Este fue el caso del pequeño George Hastings, que murió ese mismo año causando un gran dolor a los señores Austen.

Algunos de los nombres de sus sobrinos y hermanos aparecen reflejados en sus novelas: George, Henry, Elizabeth, Marianne, Louisa, Charles, Fanny, Anna, Caroline, Catherine, Harriet, Jane, Mary… El nombre de George, que era también el de su padre, lo usó con el personaje masculino que ella consideraba más perfecto, el señor Knightley, de *Emma*. Por su parte, ahí están las heroínas Elizabeth Bennet, Marianne Dashwood, Fanny

Price, Catherine Morland, Anne Elliot y las menos destacadas Caroline Bingley, Harriet Smith…En realidad ella usó nombres corrientes para sus personajes, dejando atrás toda esa legión de Camilas, Griseldas, Belindas, Elvinas, de las novelas góticas. Esta circunstancia, en la que se repara poco, es ya una declaración de intenciones que merece señalarse. No quería damas exhaustas, jóvenes transidas de amor y virtudes, chicas enfermizas a causa del desamor, ni toda esa clase de estereotipos de la novela en su tiempo, sino personas de carne y hueso, con sus defectos y sus virtudes.

Ninguna de sus heroínas es, por tanto, perfecta y alguna borda la imperfección.

LOS PRIMEROS AÑOS

Ese diciembre de 1775, cuando nació Jane Austen, fue un tiempo de heladas y fríos muy intensos, como recordaba la madre en ocasiones.

Además, el parto se retrasó casi un mes y, por eso mismo, la niña nació muy grande. Su padre, que era un hombre cariñoso con sus hijos, la llamó Jenny desde el principio, de igual modo que a Cassandra la llamaba Cassy. Siendo las dos únicas niñas en una casa llena de chicos estaba claro que la unión entre ambas iba a ser inquebrantable. No obstante, faltan datos de esa relación porque las cartas más íntimas de las muchas que se cruzaron entre ellas no han sobrevivido y este es un terreno que admitiría más investigaciones. La figura de Cassandra tiene un importante peso en la biografía de la autora, no solo por ser la hermana con la que compartía más cosas sino porque fueron las únicas que quedaron en la casa familiar cuando todos los demás hermanos se fueron y permanecieron juntas hasta el final de la vida de la autora. Ninguna de las dos se casó ni tuvo hijos, aunque ambas vivieron el significado de la atracción y de la pasión amorosa.

Después de bautizar a la pequeña Jane y de que la señora Austen terminara de darle el pecho, la niña fue enviada a los seis meses con Elizabeth Litteworth, un ama que vivía en Cheesedown Farm y que la mantuvo en su casa por un estipendio junto a sus hijas Nanny y Bet, que serían grandes amigas de Jane toda la vida. Esto mismo hizo Cassandra Austen con todos sus hijos. No se trataba de un abandono sino de una costumbre, porque la familia visitaba a la niña todos los días. Hay mucha literatura sobre si era buena o mala esta separación prematura y, desde luego, hoy nadie recomendaría a una madre que se deshiciera de sus hijos de esta forma. Sin embargo, entonces solo era una forma de crianza aceptada entre determinadas clases sociales.

De este modo, y añadiendo el escaso tiempo de estancia en colegios, durante los primeros once años de vida la niña Jane pasó casi cinco fuera de su casa, lejos de su hogar y de su familia. Esto pudo haber dado lugar a un apego escaso con respecto a su madre, que estaba, por otra parte, muy ocupada con toda la prole y el trabajo en la rectoría. Quizá también significó una unión especial con su hermana, con la que formaría un tándem en todos los aspectos. ¿Afectó esto a la personalidad de Jane? La relación madre-hija y la de la hija con el núcleo familiar se han revelado como fundamentales a la hora de

asegurar un carácter equilibrado. Pero entonces las cosas no se veían igual que ahora y todos los hijos de los Austen pasaron por este protocolo y, no solo sobrevivieron, sino que tuvieron una vida larga y aceptable. Esto no deja de ser un aspecto muy interesante de esta familia.

Conocemos otras familias "literarias" que están salpicadas de desgraciadas enfermedades, pérdidas continuas y llamativos problemas mentales o de adicciones. Los Austen, en cambio, fueron una familia muy normal, equilibrada, tranquila y sin apenas sobresaltos. Más que sobresaltos tenían

"situaciones", esto es, chismes que adornaban la existencia, como ocurre en

todas partes, y que se trataban con la debida seriedad y prudencia. El problema de salud de George, el segundo hijo, fue una excepción, si no contamos un tío en la misma situación. Pero da la impresión de que todo se sobrellevaba con gran entereza.

Jane era una niña tímida, muy inteligente, que se relacionaba mejor con gente más mayor, precisamente por esto. Hoy podría superar uno de esos tests que indican la sobredotación intelectual, porque tanto sus cualidades como su creatividad tenían que estar muy por encima de la media. Basta leer sus escritos de adolescencia para comprobarlo. Poseía una gran facilidad para observar y para sacar conclusiones irónicas de las cosas. No había en su carácter nada de ese fatalismo que se achaca a otras personalidades atormentadas que hicieron de la escritura su forma de expresión. Más bien es el humor uno de sus rasgos distintivos y la risa un aditamento sustancial. Su mayor afecto siempre fue para su hermana, Cassandra, en realidad una segunda madre, aunque solo se llevaban tres años. La carta que Cassandra escribe a su sobrina Fanny después de morir Jane es enternecedora. Jane era su ángel, la persona con la que se entendía sin hablar, con solo mirarse. La inteligencia de Cassandra y su sentido común se ven reflejados en la carta, en la forma de expresar su profundo dolor sin caer en aspavientos. Da la impresión de que Cassandra era sensata, seria y poco dada a las exageraciones, aunque no hay duda de su cariño por sus hermanos y, muy en especial, por Jane.

A Jane se le daba bien la costura y hacía labores de fantasía y bordados satinados. La habilidad con la aguja era algo que se apreciaba mucho en las jóvenes de entonces. No eran trabajos burdos, sino finos y que formaban parte luego del arreglo de las casas a modo de tapetes, pañitos, mantas…La música era otra de sus pasiones.

Tocaba el pianoforte con soltura y era una excelente bailarina. Sin embargo, desde un momento determinado, su

mayor pasión tuvo que ver con la lectura y con la escritura. Este era su gran talento. En todos los días de su vida la escritura, presente o ausente, era un foco de atención para ella. Siempre tenía algo que escribir, algo que decir.

No resulta difícil imaginarla con unas cuartillas en el bolsillo de la bata que se ponía para estar en casa. Las cuartillas de papel (que su padre le suministraba en un alarde de intuición generosa) y los lápices, fueron, quizá, los instrumentos más familiares para ella. Y, como telón de fondo, los libros, casi un objeto de culto dada su afición a frecuentar bibliotecas.

Bibliotecas que, por cierto, abundaban en pueblos y ciudades y tenían un gran uso en forma de préstamos. Incluso Bath, la ciudad balnearia de moda que puede resultar superficial y poco dada a desarrollar el intelecto, disponía nada menos que de seis buenas bibliotecas, que se consideraban imprescindibles en cualquier complejo de ocio. Como ocurre con otras damas escritoras, fueron los libros el gran elemento educativo del que Jane Austen se benefició. El escaso tiempo que estuvo escolarizada no le aportó conocimientos útiles, salvo el aprendizaje del francés y el gusto por las representaciones teatrales que le transmitió una de sus maestras. Pero el colegio siempre se le quedó escaso. Nunca la convenció. Y acrecentó su idea de que las maestras tenían una profesión difícil y poco deseable. En *Emma* a la protagonista le parece un destino horrible el que le espera a Jane Fairfax, condenada a ser institutriz.

EL TELÓN DE FONDO

Los tiempos históricos de Jane Austen fueron apasionantes. El último tercio del siglo XVIII contempla el fin del Antiguo Régimen y el nacimiento de la modernidad, que vendría a afectar por igual a la estructura interna del sistema político y a la composición del Imperio, al producirse la secesión de

las colonias de América de Norte y darse los primeros pasos hacia una redefinición de las relaciones con Irlanda. Se trata del reinado de George III (1760-1820) un momento clave en la historia de Inglaterra y, por extensión, en la historia intelectual del mundo anglosajón, lo que se denomina la *long eighteenth-century* que es, en esencia, un periodo altamente controvertido al que se ha asignado un cierto carácter fundacional de la particular modernidad anglosajona. Es

decir, en Inglaterra, igual que en otras monarquías europeas, uno de los principales elementos de la política del periodo será cómo conciliar los intereses de las élites locales, que cuentan con un amplio espacio para la gestión y el control de sus propios asuntos, con los del poder central.

La escritora nació después de la guerra de los Siete Años y antes de la Revolución Francesa. La guerra de los Siete Años (1756-1763) es la primera contienda global de la historia, con Francia y Gran Bretaña como principales oponentes y la aparición en el escenario bélico de las colonias americanas. Por su parte, la Revolución Francesa (1789-1799) supone la culminación del empeño de los ilustrados por cambiar las estructuras económicas, políticas y sociales de Francia.

Jane Austen vivió también la ardorosa época de Napoleón Bonaparte y la declaración de independencia de las trece colonias americanas. En 1775, año de su nacimiento, comienza la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos y George Washington es nombrado comandante en jefe del nuevo ejército estadounidense en su lucha contra el ejército colonial británico.

No fueron estos convulsos hechos los únicos que forman el telón de fondo de su vida, sino que también tuvo lugar entre 1760 y 1820 la primera Revolución Industrial. Se produjo una transición demográfica que aumentó la población, cayendo la tasa de mortalidad y la de mortalidad infantil por la

mejora de las condiciones higiénicas, sanitarias y alimenticias. En estos años casi nueve millones de personas vivían en Inglaterra y Gales. Este fenómeno demográfico se vio acompañado por el consiguiente éxodo del campo a la ciudad, en busca de una vida mejor, lo que hizo que la población de algunas ciudades, las más industriales, creciera exponencialmente. La literatura se hizo eco, como es lógico, de esta nueva situación.

De este modo se puede decir que Jane Austen retrata la vida rural inglesa en un momento en que está a punto de desaparecer. En realidad, es el último vestigio de una situación que cambiará a pasos agigantados. La prueba de lo que decimos está en la imponente diferencia entre la época georgiana y la victoriana. Es un hecho análogo al que ocurre con el libro del barón de Davillier *Viaje por España*. Sus relatos, historias, costumbres y personajes, muestran un mundo acabado, que deja paso a una realidad emergente y opuesta.

El telón de fondo histórico presenta un escenario de guerra persistente

que ocupó desde 1688 (Revolución Gloriosa) hasta 1815 (batalla de Waterloo). Hay que volver a la Guerra de los Cien años (1337-1453) para encontrar un período tan prolongado de conflictos.

La época en la que transcurre la vida de Jane Austen es la llamada

"Georgian era", la era georgiana. Se llama así porque hubo hasta cuatro reyes llamados George. George I (1714-1727), George II (1727-1760), George III (1760-1820), George IV (1820-1830). Sus reinados ocuparon desde 1714 hasta 1830, año en que subió al trono Guillermo IV, una especie de transición hasta la reina Victoria, que reinó desde 1837 a 1901, lo que se denomina "Victorian era", era victoriana. Aunque Jane vivió durante el reinado de George III, en realidad este rey, debido a sus ataques de locura continuos, estuvo sujeto a la regencia de su hijo en el período 1811-1820.

Justamente en ese período Regencia (llamado así en arte y en literatura,

"Regency style"), publicó Jane sus libros. Tanto los Georges, como Guillermo IV y la reina Victoria pertenecían a la casa de Hannover.

El sucesor de esta, Eduardo VII, su hijo, inauguró la casa de Sajonia-Coburgo-Gotha, a la que pertenecía su padre, el príncipe Alberto. Sin embargo, a partir de 1917, el siguiente rey, George V, cambió la denominación, usando la de "Casa Windsor", que permanece hoy. Los motivos están relacionados con el papel germánico en la Gran Guerra.

Después de él reinó, de enero a diciembre de 1936, Eduardo VIII, quien, en medio de un escándalo que recogieron oportunamente las publicaciones serias y las dedicadas al chismorreo cardíaco, abdicó por amor a la señora Wallis Simpson, divorciada americana, por lo que subió al trono, inopinadamente, el duque de York, George VI, que fue rey desde ese año hasta 1952. Tras su muerte temprana le sucedió su hija Isabel II, cuyo larguísimo reinado terminó en 2022, sucediéndola su hijo Carlos. La historia de George VI ha trascendido a la opinión pública a raíz de la película *El discurso del rey* (2010), que he citado antes, en la que se muestran las dificultades en el habla del duque de York, posteriormente rey, y cómo sus logros en este sentido fueron capaces de elevar la moral de la población al entrar en la guerra contra Alemania y a través de los discursos radiados. Una especie de arengas cesaristas en toda regla. Lo curioso, como ya se ha dicho, es que en el cine el papel de George VI lo interpreta Colin Firth, el mismo actor que hace del señor Darcy en la serie *Orgullo y prejuicio* de la BBC (1995).

La época georgiana, ligera, equilibrada, luminosa, a pesar de la guerra de fondo, tiene su máxima representación artística en la arquitectura. El barroco había tenido poca aceptación en Inglaterra, pero la vuelta al clasicismo según el estilo de Andrea Palladio fue todo un éxito. Se construyeron hermosas mansiones por parte de afamados arquitectos, como

Iñigo Jones, John Nash o William Chambers. También se creó el jardín inglés, que, al contrario que el francés, estructurado en cuadrículas ordenadas, aquí presenta un aspecto casi salvaje, dinámico, espontáneo.

Resulta curioso que unas mentes tan rectilíneas decidieran que sus espacios al aire libre aunaran tantos elementos diversos, con un orden interno no fácilmente observable. Pero la era georgiana lleva consigo esa especie de libertad compositiva y expresiva. Una de las construcciones más famosas de este tiempo es el Royal Crescent, de Bath, imponente edificación que contiene tanto zonas residenciales como los famosos baños termales por los que la ciudad era tan conocida.

Además de este ejemplo muchas de las grandes casas que todavía hoy se asocian con la obra de Austen tienen ese aspecto clásico que lo georgiano impuso en la estética. Claridad, limpieza de líneas, el blanco como soporte, la luz de los jardines a través de los enormes ventanales, todo ello constituye el estilo en el que los personajes de Austen se mueven con mayor comodidad. Y los *cottage*, las pequeñas casas de campo, anexas a las mansiones, protagonistas de muchas de sus historias, situadas en un cruce de caminos, como si fueran vigías, centinelas, del trasiego de la gente que, aunque no lo parezca, era muy dada a cambiar de ubicación. Comenzaba, sin darnos cuenta, el tiempo de los viajeros.

UNA VIDA PRIVADA CASI OCULTA

La dificultad de indagar en la vida privada de Jane Austen está relacionada con que jamás hizo anotaciones biográficas en ninguno de sus libros. No sabemos si llevaba algún diario personal, pero sí que las numerosas cartas que escribió (casi tres mil) fueron destruidas en su mayoría, tanto por su hermana Cassandra como por una de sus primas, siguiendo, al parecer, las

indicaciones de la propia Jane, aunque sobre esto hay otra versión: la que afirma que esas cartas contenían alusiones a la familia no siempre agradables, que no debían ser leídas por ojos extraños. Esto no resulta nada raro. Su carácter irónico y la manera original con que contaba las cosas que iba observando nos puede hacer pensar que sus opiniones no fueran siempre políticamente correctas. Y la familia directa de Jane pretendió hacer de ella una especie de santa laica, una mujer sin tacha, lo que incluía no criticar a los parientes ni vecinos.

Las únicas cartas que han sobrevivido a esa criba, unas ciento sesenta, están fechadas a partir de los veinte años y no hay en ellas nada de su infancia. Esta especie de destrucción de pruebas tiene mucho que ver con el carácter de la época, en la que los sentimientos se ocultaban y se cubrían incluso de una capa de humor. Después de eso, los miembros de su familia que han escrito sobre ella han mantenido ese manto de silencio, dejando solamente entrever algunas cuestiones simples que parecen consensuadas, al menos tácitamente, entre todos. Han querido proteger a su autora y, con ello, nos han negado un mejor y mayor conocimiento de ella.

Lo que sabemos de Jane Austen a la luz de las cartas es que mantuvo una cierta distancia emocional con su madre, evidenciando una falta de apego muy notable. La señora Austen era una madre competente, organizada y muy trabajadora, pero quizá no tan cariñosa como sería deseable. Ya hemos comentado su método de crianza, usual en esta época dentro de su clase social, que consistía en dar el pecho a sus hijos durante los primeros meses y dejarlos a cargo de alguna mujer de la aldea para que los cuidara durante algún tiempo, hasta que fueran lo suficientemente mayores como para poder manejarlos con facilidad. Los chicos Austen tuvieron, sin duda, una buena crianza, cuidados y alimentación adecuada porque ninguno murió a los pocos meses o en los primeros años, como era usual en un tiempo en el que

la mortalidad infantil era elevada. La madre de Jane no era, en

absoluto, una mujer sentimental sino bastante práctica, aunque cuando fue envejeciendo mostró un egocentrismo importante y necesitaba que sus hijos estuvieran pendientes de ella y de su hipocondria continuamente.

Jane, al igual que su hermana Cassandra, jamás se permitía confidencias sobre sus propios deseos o sentimientos y desarrolló una personalidad racional y sin sensiblerías. Por eso sorprende tanto que haya quien la considere una "novelista romántica". En realidad, su obra está dentro de una literatura realista. El realismo de lo cotidiano. Una coraza aparente la protegió de la falta de afecto. Quizá a imagen y semejanza de su propia madre, las que aparecen en sus novelas son bastante peculiares, aunque ninguna de ellas tenía las cualidades que se reconocen en la suya.

Porque la madre de Jane Austen era una persona notable. Escribía muy bien, sobre todo poesía, tenía un gran sentido común y llevaba la familia adelante con tino, formando un equipo equilibrado con su marido, el pastor.

La facilidad para escribir y el gusto por la lectura, el lenguaje en general y la poesía en particular, no eran excepciones en esta familia, sino al contrario, unas aficiones que se repiten en otros miembros, algunos hermanos y sobrinos. Por eso es un elemento muy notable de la vida de Jane el hecho de que compartiera con ellos (también con algunos amigos y vecinos) el contenido de sus libros antes de publicarlos. Les leía sus obras en voz alta, oía comentarios y opiniones, discutía sus títulos con ellos. Esta circunstancia la diferencia enormemente de otras escritoras destacadas de la época posterior, como las Brontë, George Elliot, Mary Shelley o la propia Virginia Woolf. Todas ellas ocultaron sus escritos a su propia familia. En este caso, la familia era la primera oyente y de ese modo Jane pulsaba sus reacciones ante sus textos.

Además de ciento sesenta cartas, las menos comprometidas, se conservan los *Juvenilia*, textos escritos en torno a los catorce o quince años, que sirven para arrojar luz, al menos, de su talento precoz y de su gusto por la lectura y la escritura. Los *Juvenilia* están publicados en castellano en un volumen conjunto llamado *Amor y Amistad*. Ese volumen conjunto (que contiene los volúmenes I, II, III) lo creó ella misma, por el sencillo procedimiento de pasar a limpio todas aquellas narraciones sueltas que había ido escribiendo.

También decidió su título. Este acto nos muestra una decidida voluntad de ser escritora aun en sus inicios, cuando la posibilidad de

publicar se presentaba muy lejana. Su padre le regaló la encuadernación de esos volúmenes que hoy día se conservan repartidos, el primero de ellos en la Bodleian Library de Oxford y los volúmenes II y III en la British Library de Londres. En enero de 2022 la universidad de Oxford hizo un importante anuncio con respecto al legado de Austen. Una campaña pública de donaciones consiguió comprar y evitar la dispersión del contenido de la Biblioteca de Honresfield, cuya colección incluye manuscritos de las Brontë, Robert Burns y Sir Walter Scott, además de Jane Austen. Esta donación cuenta con primeras ediciones y cartas de Austen. Los receptores de esta son la biblioteca Bodleian de la universidad de Oxford y la casa-museo de Jane Austen en Chawton. Las primeras ediciones corresponden a *Orgullo y prejuicio, La abadía de Northanger, Emma y Persuasión.* Las cartas son dos, una de enero de 1796 y otra de 1813. Ambas van dirigidas a Cassandra. En la primera Jane está todavía coqueteando con el joven Tom Lefroy y en la segunda está en Londres, contándole a su hermana las últimas noticias y chismes del momento. En esta última carta expresa su orgullo por la acogida que han tenido dos de sus novelas, ya publicadas, *Orgullo y prejuicio* y *Sentido y sensibilidad.*

La infancia de Jane transcurrió compartiendo juegos con sus hermanos, todos chicos menos Cassandra, y los propios alumnos de sus padres en la escuela masculina que tenían en la rectoría. Esto último era un hecho frecuente. La educación preuniversitaria no era un asunto estatal y se realizaba por personas con cierta formación, sobre todo clérigos. En casa de los Austen se alojaban una docena de muchachos de familias de la *gentry*, en régimen de internado y para recibir instrucción elemental. Significaba un ingreso extra que venía muy bien a la familia y también una oportunidad de convivencia para los hijos.

Como muchos pastores de la iglesia anglicana el señor Austen tenía una estimable biblioteca, con unos quinientos volúmenes, que usaban tanto los alumnos a los que acogía en la rectoría como sus propios hijos. Esto tuvo que influir decididamente en la formación de Jane, mucho más que su breve asistencia al colegio, que ocupó solamente tres años discontinuos, entre los ocho y los once. En la biblioteca estaban las obras de Samuel Richardson, Henry Fielding y Samuel Johnson, además de los consabidos libros de sermones, los clásicos o Shakespeare. El hecho de que Austen leyera novelas y libros contemporáneos es un hecho diferenciador con respecto a otras educaciones. Al contrario de lo que sucedía con otros padres de esta época y posteriores, el señor Austen dejó que sus hijas se educaran igual que los varones, con acceso libre a la biblioteca y sin ninguna

cortapisa exterior, quizá salvando sus obligaciones en relación al mantenimiento del hogar porque la vida de la familia no solo se desarrollaba en torno a las cuestiones intelectuales, antes al contrario, las tareas del campo se compatibilizaban con los estudios, la escritura y la lectura. Vivir en el campo era tener que cobrar los diezmos, atender a los animales, cuidar el huerto y ayudar a los parroquianos.

Como una consecuencia natural de vivir en una casa de chicos, los juegos infantiles de Jane eran varoniles. Había tiempo para los acertijos, las carreras, las travesuras. Esa forma natural que tienen las mujeres Austen de relacionarse con los hombres puede deberse al propio contacto de la autora con los muchachos, a los que día a día trataba como camaradas y compañeros de juegos. No hay tiquismiquis ni distancias ni subterfugios.

En *Orgullo y prejuicio* se observa con claridad la forma tan diferente en que Elizabeth Bennet se relaciona con el señor Darcy en contraposición con la de Caroline Bingley, que usa tretas consideradas "femeninas" para atraer su atención. Podíamos hablar aquí de "naturalidad" y también de

"modernidad". Tratarse de igual a igual, lo que no era poca cosa. Es, precisamente, este tratamiento el que llama la atención de Darcy con respecto a Elizabeth. Algo en lo que reparará, por cierto, Georgiana Darcy, educada de forma mucho más tradicional. También Emma Woodhouse tiene una amistad casi masculina con el señor Knightley, que no se ve entorpecida por el hecho de que ambos se enamoren.

Otro elemento relacionado con su crianza es el sentido del humor que desplegó toda su vida y que se observa con claridad en sus novelas. Sentido del humor que abarca aspectos que, en su época, podrían considerarse incluso tabúes, como la mirada irónica que dirige a los clérigos. Resulta interesante observar cuánto respetaba y quería Jane a su padre, un hombre educado, culto, generoso y cariñoso. Esta imagen del clérigo no se repite, curiosamente, en sus libros. Los clérigos de Jane son personas insensatas y hasta ridículas. Los más conocidos, el señor Collins de *Orgullo y prejuicio* y el señor Elton, de *Emma*, son rechazados por las protagonistas en sus pretensiones matrimoniales ¿Por qué esta visión? nos preguntamos. La respuesta quizá pueda estar en que conoció durante su vida a algunos otros que no eran, ni mucho menos, como el modelo de su padre. Este es uno más

de los enigmas en torno a su obra. El caso es que formando parte de una familia de clérigos, ella tuvo la capacidad de ridiculizarlos, cuestionarlos e, incluso, considerarlos aburridos, como ocurre con el

mismo Edward Ferrars de *Sentido y sensibilidad*, quien para Marianne Dashwood tenía tan poco fuego interior que no le venía mal esa profesión. En realidad, toda la obra de Jane está traspasada de una fina ironía que no la abandona en ningún momento, aunque quizá en *Persuasión,* su novela más dramática, haya momentos en los que no se aprecie.

Resulta destacable que George Austen decidiera educar a sus hijas como si fueran chicos, es decir, aportándoles todos los conocimientos y saberes que eran propios de estos y no solo los que parecían constituir el universo pedagógico de las mujeres. En *Orgullo y prejuicio,* y de boca del señor Bingley, podemos conocer cuales eran esos "adornos" adecuados a la educación femenina: coser labores finas, bordar, tocar el pianoforte, entonar canciones populares, reformar sombreros, dibujar al natural, bailar, conocer la economía doméstica. El señor Darcy, que se encontraba presente en ese momento, añadió algo más: el gusto por la lectura. De todo ello resulta una mujer perfecta, algo en lo que Jane Austen no creía y así lo manifiesta a través de Elizabeth Bennet: « No me extraña que conozca usted a pocas mujeres así. Lo que me pregunto es si existe alguna» . Desde luego ninguna de las heroínas Austen es un dechado de perfecciones si nos atenemos a esa lista. Parece que Jane se empeñó en que sus "mujeres" fueran muchachas normales. Esa "normalidad" también se extiende a su aspecto físico. De la única que se dice abiertamente que es hermosa es de Emma Woodhouse.

Pero yo no me fiaría demasiado, dado que el comienzo de la novela, donde se ponen de manifiesto los dones que la adornaban, tiene un tinte bastante irónico. Esa doble lectura, que sobrevuela todos sus textos, pone al lector en más de un apuro de percepción.

LA PRIMERA BIOGRAFÍA

Por eso resulta un intento fallido el hecho de que su sobrino James Edward Austen-Leigh (1798-1874), el hijo de su hermano mayor James, intentara, con su relato de parte, edulcorado, poco realista, colarnos una visión nada creíble de la autora. Fue en 1870 cuando se publicó la primera biografía de la escritora, *Recuerdos de Jane Austen.* James Edward también fue clérigo y acabó siendo rector de una parroquia rural como lo habían sido su padre y su abuelo. Era, por tanto, un hombre de orden. No obstante, del conjunto del comportamiento familiar acerca de la escritora, aparte el lógico afecto parental, parece deducirse que la familia nunca terminó de creer en su valía, al menos al principio, seguramente porque había otros escritores en la familia, como el propio James que lo era y mucho más serio y,

desde luego, ninguno de ellos podría haber esperado la repercusión que tuvieron sus novelas y el papel que ocupa en la historia de la literatura universal. Al fin y al cabo, escribir novelas era una ocupación de segunda en comparación con escribir sermones.

Así, el sobrino la convierte en alguien piadoso, convencional, cumplidor y nada extravagante. En realidad, la primera que sufrió esta costumbre familiar de cambiar la realidad fue Jane Austen, pero no la única. Otras escritoras pasaron por esa criba para convertirlas en lo que no eran. Un caso muy destacado es el de Emily y Anne Brontë. Cuando las dos habían fallecido y solo quedaba viva Charlotte, esta, convertida en albacea literaria de sus hermanas, escribió una especie de introducción a sus novelas en las que intentaba limar asperezas con aquellos que consideraban que tanto *Cumbres borrascosas* como *La inquilina de Wildfell Hall* eran ejemplos de lo que no debería ser escrito por una dama. Y lo mismo sucedió con el *Frankenstein* de Mary Shelley, tan poco apropiado para adjudicarlo a una muchacha *come il faut*. La biografía que hizo Elizabeth Gaskell, la gran

escritora, sobre Charlotte Brontë, tiene esa idéntica postura de ocultación y de transformación de la realidad para suavizarla. No deja de resultar extraño ya que Gaskell, contemporánea de las Brontë, tiene una consistente obra en la que se contiene ya una crítica social muy destacada, como sucede en sus novelas *Cranford, Norte y Sur* o *Mary Barton.* Se trataba, pese a todo, de proteger la reputación de las escritoras.

Resulta interesante saber que la esposa de James Edward Austen-Leigh, llamada Emma, también escribió sobre la tía Jane. Se trata del libro *Jane Austen en Lyme Regis* que se centra en la corta estancia de la escritora en esa localidad de la costa. Por su parte, el libro del sobrino desvela detalles acerca de la figura de George, el padre de los Austen, que tienen interés dede el punto de vista de la biografía familiar de la que él estaba tan orgulloso. Siguiendo su relato sabemos que George Austen se había quedado huérfano a los nueve años y que procedía de una familia de Kent relacionada con los textiles, es decir, con el comercio, esa actividad que en algunos de los libros de Austen se considera tan inferior para aquellos que aspiran a vivir de las rentas. Debido a su orfandad lo acogió su tío, el abogado Francis Austen, de Tunbridge.

Esta clase de acogimiento parental era una circunstancia muy frecuente por la gran cantidad de huérfanos que solían dejar los partos y la guerra, las dos cuestiones más ligadas a la mortalidad de muchachas y muchachos jóvenes. George Austen era un tipo

inteligente y muy buscavidas, que llegó a ser rector de dos parroquias colindantes, las de Deane y Steventon, distantes entre sí 2 kms y situadas en Hampshire, la primera recibida como beneficio del citado Francis Austen, el tío Francis, y la segunda de Thomas Knight, un primo lejano. Los nacimientos de sus hijos se repartieron entre las dos. Se casó, en abril de 1764 en la ciudad de Bath con Cassandra Leigh, hija menor del reverendo Thomas Leigh, de los Leigh de

Warwickshire. Una característica familiar de los Leigh era el sentido del humor, algo que heredó Jane Austen. Eran una familia de abolengo y de ahí la recuperación de su apellido por el sobrino biógrafo tras recibir la herencia de una tía-abuela. No era cosa de perder pedigrí.

Cassandra Leigh era un buen partido. En caso contrario quizá George Austen no hubiera podido casarse con ella. Alguien debía disponer de recursos en un matrimonio que pretendiera llevar una vida digna dentro de su clase. Su familia tenía medios económicos y también era culta. Toda su existencia desempeñó con enorme eficacia su papel de esposa de pastor y de madre de ocho hijos.

El matrimonio Austen vivió cerca de treinta años en Steventon, adonde se desplazaron después de una corta estancia en Deane. La rectoría de Steventon es la casa familiar de Jane, el lugar de sus recuerdos. Veinticinco años de su vida los pasó allí. La zona estaba llena de pequeños terratenientes y propietarios rurales, lo que se llama *landed gentry*, clase a la que Jane pertenecía y a la que refleja en su obra. Era una sociedad en la que un clérigo rural con buena formación tenía un papel importante. Los clérigos anglicanos solían ser personas muy formadas, que habían acudido a una buena universidad pero que no tenían medios propios de subsistencia, por lo que solían acogerse al favor de un terrateniente bien situado que les concedía un “beneficio” que incluía una parroquia a su cargo. De este modo debía contribuir a los gastos del señor y dependía de él, que ejercía el papel de patrono.

En el caso de George Austen las parroquias recibidas, Deane y Steventon, de Francis Austen y Thomas Knight, estaban situadas en Hampshire, en el sudeste de Inglaterra, y tenían cerca algunas ciudades importantes, como Basingstoke o Reading. También a relativa corta distancia estaba Southampton, más al sur y a la orilla del mar.

Si hablamos de clases sociales (algo que en aquel tiempo era muy importante porque determinaba la vida de las personas) existe alguna controversia sobre si Austen y su familia pertenecían o no a la

pseudogentry o *minor gentry*. Se trata de una clase media formada básicamente por clérigos, militares y profesionales liberales, sin lazos de nobleza o de aristocracia. Aunque es cierto que el padre formaba parte de este grupo, no ocurre lo mismo en el caso de la madre que desciende de una familia perteneciente a la *landed gentry* y no solo eso sino que, además, posee un escudo de armas y una baronía. Los Leigh eran una muy distinguida familia y, aunque el título no esté en la generación de sus padres, sigue estando en la de sus antepasados. Al hablar de clases en el Reino Unido, siempre hablamos del linaje o el pasado social familiar de cada persona. Austen no ha nacido de unos terratenientes, pero sí desciende, por parte materna, de una de las mejores familias, lo que hace que sea injusto considerarla simplemente parte de la *pseudogentry*.

El señor Austen, a juicio de su sobrino, «era extraordinariamente guapo, tanto de joven como a una edad avanzada». Era, también, muy erudito y poseía una buena biblioteca que ponía a disposición de sus hijos e hijas. La señora Austen tenía «gran sentido común con una imaginación muy viva».

Se expresaba muy bien, tanto por escrito como oralmente y esto parece ser una característica común a la familia, algunos de cuyos miembros escribían y todos usaban la correspondencia como un medio importante de comunicación entre ellos. Eran, por así decirlo, grandes escritores de cartas.

QUERIDO STEVENTON

La casa de Steventon ya no existe. Fue un nieto del señor Austen, hijo de James, el que derribó en la década de 1820 la rectoría para construirla en un

lugar más habitable. Entonces estaba al final de una calle de casas con jardines delanteros. La casa estaba rodeada de setos, que delimitaban cada uno de ellos un camino, el camino del bosque y el camino de la iglesia. Los Austen tuvieron en sus mejores tiempos carruaje y caballos, lo que facilitaba sus desplazamientos a las ciudades cercanas, la más importante de las cuales era Basingstoke. Sigue siendo una importante ciudad comercial, con gran actividad económica y un número destacado de empresas allí asentadas. En los tiempos de Jane Austen tenía industrias textiles y de producción de cerveza. Estaba a unos once kilómetros de Steventon. Cerca se encuentra otra importante ciudad, la de Winchester, en cuya catedral está enterrada la escritora, no sabemos muy bien por qué, salvo que el motivo fuera que murió allí en los días de julio en que visitaba a un médico para buscar algún remedio a sus dolencias. La catedral gótica es espléndida, con una larguísima nave central visible desde toda la ciudad.

La afición principal de la Jane jovencita era el baile y de eso nos habla su sobrino. Un baile era un acontecimiento social de primer orden, ya fuera en un lugar público (una posada) o privado (el salón de una mansión). Era una buena bailarina que ejecutaba con gracia el minué, las danzas escocesas o la popular contradanza. Todavía no había llegado el momento del vals, ese baile en el que las parejas ya podían tocarse algo más que las puntas de los dedos, como ocurría con los bailes georgianos. El baile constituye un momento central en las historias que narra porque allí se conocían los jóvenes, se producían encuentros o desaires y se entablaban nuevas relaciones. Los bailes de Basingstoke eran un acontecimiento semanal que todas las chicas de la zona aprovechaban. Pero Jane también bailó en otras ciudades, en las que pasó temporadas, por ejemplo en Southampton, donde acudió a un baile muy importante con motivo de su visita a los primos John y Elizabeth Butler-Harrison, familia de su padre, de cuyo hijo fue madrina.

Los bailes campestres de Basingstoke, los realizados en casas de vecinos o en los salones de algunas amistades, eran menos brillantes que este. Las *assembly rooms* se decoraban para tal fin con velas y tenían una orquesta interesante. Hay algunas escenas que suceden en

el baile que tienen una relevancia especial. Marianne Dashwood observa cómo su amado Willoughby, del que no sabe nada hace meses y que no contesta a sus cartas, está con una muchacha en un baile en Londres. Elizabeth Bennet es rechazada discretamente por el señor Darcy cuando Bingley le sugiere a este, al verlo sin pareja, que baile con ella. En *Emma* la elegancia con la que el señor Knigthley saca a Harriet Smith de la embarazosa situación en la que la coloca el señor Elton logra que Emma lo vea con otros ojos y también que Harriet se haga ilusiones.

Austen-Leigh alaba también la habilidad de su tía con la aguja y afirma que tenía una letra preciosa. Esto último parece constatado por otras fuentes y era una de las cosas que más enorgullecían a una muchacha. Tener una bonita letra puede parecer hoy una insignificancia, sobre todo porque ya no escribimos a mano, pero la tuvo durante mucho tiempo, todo el que las cartas manuscritas fueron el centro de la comunicación. Escribir bien una carta, tanto por la grafía como por el contenido, era una envidiable cualidad.

En *Una historia personal* (1998), la autobiografía que escribió a los setenta y nueve años la editora del *Washington Post*, Katharine Graham, se deja clara esta observación. Las cartas tienen un enorme valor para fijar los acontecimientos en la memoria y son una especie de itinerario que va marcando las etapas de la vida, los conocimientos y las emociones del que escribe. Si no se hubiera cruzado tantas cartas, durante años, con las personas de su vida, viene a decir la señora Graham, contar su historia no habría sido posible. Las cartas eran, por tanto, el hilo conductor de las vidas. Por eso, vuelvo a ello, la destrucción de más de dos mil quinientas

cartas escritas por Jane Austen es un auténtico desastre para su conocimiento y nos priva de un excepcional bagaje.

Queda bastante claro en todas las fuentes que la ocupación que más satisfacciones proporcionaba a Jane desde siempre era inventar historias y escribirlas. El poder de la imaginación, que no tiene diques y no necesita nada más, es el motor de cualquier escritor y en ella se manifestaba desde siempre. Asombra leer sus textos a los catorce o quince años afortunadamente conservados por su propio empeño. El dominio del lenguaje, aun siendo prodigioso, no es su principal cualidad, y hay que fijarse también en su ironía finísima y en su inteligente observación, todo ello sinónimo de un ingenio y de una capacidad intelectual por encima de la media. También se observa que hay un cierto número de historias inacabadas, de modo que algo nos dice que, si el relato no le satisfacía por algún motivo, era muy capaz

de dejarlo de lado y de empezar otra historia.

Qué elemento propiciaba este abandono es algo que no podemos conocer.

Lo que queda claro es que era muy precoz. Por mucho que el rango de edades tuviera entonces un significado distinto al actual, no es usual que se complete una novela de tanta categoría como *Orgullo y prejuicio* con solo veintidós años, la edad de la protagonista, como si estuviera escribiendo en tiempo real, y de hecho era así. De ahí la verosimilitud, una de las características que más agradan de sus libros.

Jane Austen reunía dos cualidades que son esenciales para la escritura.

Primero, la capacidad para volcar en historias lo que su propia imaginación le iba sugiriendo. Segundo, la revisión constante de sus escritos, con la conciencia exacta de que debía perfeccionarlos. Eso es respetarse a sí mismo y tener adquirido un sentido de la responsabilidad como escritor.

Además de lo anterior, queda claro que disfrutaba del acto de escribir,

incluso cuando lo hacía a hurtadillas, en pequeñas hojas de papel y robando tiempo a los quehaceres normales de una chica de su clase.

La referencia más antigua sobre ella, según nos cuenta su sobrino, procede de sir Egerton Brydges, que en su autobiografía dice que era

«atractiva, delgada y elegante». Esto mismo debían pensar los jóvenes con los que trataba. Aunque James Edward Austen-Leigh no relata todos los incidentes “amorosos” que vivió Jane y solo se refiere a dos de ellos, está claro que su presencia era muy agradable y su encanto sobrepasaba al de la mayoría. Ese encanto lo recordaba cuando ya era muy anciano uno de los jóvenes que se relacionaron con ella, Thomas Lefroy, del que hablaré en otros momentos y que llegó a ser presidente del Tribunal Supremo de Irlanda. Tom Lefroy (1776-1869) conoció a Jane cuando ambos tenían unos veinte años. Se trataba de una familia de hugonotes huidos de Francia a Irlanda. Parece que se enamoraron, pero ambos eran pobres y, por tanto, el matrimonio era imposible. Ese es el conflicto moral que surge también en sus novelas, recogido directamente de la vida real y de su experiencia. El amor frente a la realidad social y económica. Como ocurre con sus heroínas, también a Jane le pasó factura la carencia de fortuna propia y la dependencia de un buen matrimonio desde el punto de vista económico.

Cuando relata el triste destino de las chicas, abocadas a un matrimonio sin amor o a depender de sus parientes masculinos, no habla de oídas. Era la vida misma. Su obra está, podría decirse, basada en hechos reales.

Las descripciones de su sobrino la califican, además, como de apariencia saludable, muy animada, morena de tez blanca y sonrosada, con mejillas redondas, nariz y boca pequeñas y ojos expresivos de color avellana. Tenía el pelo oscuro y caía formando rizos naturales alrededor de su cara. Parecía que medía uno setenta de estatura, lo que indica que era una mujer alta.

Vestía sencillamente y, en sus últimos años, siempre llevaba cofia. Además

de la escritura practicaba otros dones, como la música, pues tocaba el pianoforte y cantaba; leía francés con facilidad y sabía algo de italiano. Leía libros de Historia y era una ardiente defensora de Carlos I y de María Estuardo. El conocimiento del francés era una de las habilidades que resultaban más admiradas en aquel tiempo, a pesar de la inquina entre los dos países que los mantuvo prácticamente en estado de guerra durante años.

LOS AÑOS DE BATH

En 1801 la familia, en concreto las dos hijas y los padres, se trasladaron a vivir a Bath, a instancias del padre, recién jubilado y que lo decidió sin consultar a nadie. Sin embargo, no era una decisión extravagante. Muchos jubilados lo hacían. Steventon dejó de ser, de este modo, el centro de su vida, después de vivir allí durante veinticinco años. A Jane no le gustó en absoluto el traslado. No solo porque se despidió para siempre de su casa sino porque Bath no era un lugar que apreciara. Ya entonces era un centro turístico, de vida frívola y relaciones sociales superficiales, aunque no tenía el esplendor de hacía años y, debido a las guerras y a los cambios sociales, abundaban más los jubilados que los muchachos en edad de casarse.

Las circunstancias de su marcha a Bath han sido relatadas en ocasiones y hay coincidencias y también divergencias en ese relato. Parece ser que el padre no consideró necesario consultar la decisión ni con ella ni con su hermana Cassandra. Por mucho que fuera un hombre ciertamente adelantado a la hora de educarlas, estaba claro que seguía considerando a las mujeres como dependientes del destino que los hombres le marcaran.

Cumplió setenta años, se acogió a la jubilación, él dejó la rectoría y sus dos parroquias (Steventon y Deane) en manos de su hijo mayor, James, que ya se encargaba de Deane, y decidió cambiar de residencia. Los motivos no se

han puesto de manifiesto nunca. Parece extraño que no los hubiera porque era un hombre sensato. Cansancio de una vida campesina, el deseo de disfrutar de otro tipo de distracciones, el hecho de que hubiera médicos cerca. Además de eso, Bath no era un lugar extraño para la señora Austen, porque había vivido allí en su juventud y, precisamente allí, se habían casado.

Los señores Austen habían decidido deshacerse de la mayor parte de sus enseres y recuerdos con este traslado. Pusieron a la venta los cuadros, los decorados teatrales que usaban los niños, los adornos, los regalos, los armarios incluso y, para aumentar el dolor de Jane, la biblioteca del padre, más de quinientos volúmenes que habían sido el alimento espiritual de su niñez.

Todo esto lo relata Jane Austen en las cartas que escribe en esta época y lo hace con la vivacidad y la ligereza que acostumbraba a usar en sus misivas, además de ese ingenio especial que hacía del suyo un punto de vista único. La ciudad no le gustó, ni le gustó el estilo de la gente, ni los bailes públicos, ni el modo de vida. Además, sabía que era un sitio al que las muchachas acudían en busca de marido y eso le producía la extraña sensación de estar situada en un escaparate, expuesta a las miradas ajenas, esperando que alguien se decidiera a elegirla. Nada de eso concordaba con su forma de entender el amor ni las relaciones entre los hombres y las mujeres.

Era la tercera vez que podía sentirse arrojada de su casa. La primera, siendo un bebé, para ser criada por una mujer del pueblo. La segunda, a los siete años, para ir al colegio. La tercera, y más difícil, este cambio de residencia, inopinado y que se realizó sin consulta previa. Así puede explicarse el carácter de Jane Austen, que era una niña callada, aunque con sentido del humor; que no se sentía bien en presencia de extraños y que

desarrolló, por el contrario y para compensar, unas enormes dotes de observación de lo que ocurría alrededor y una capacidad de introspección absoluta. Sobre todo, además, una imaginación desbordante, única.

Imaginaba relatos e historias y los contaba a su familia. Y luego, cuando se ponía a escribir, ese momento de crear los personajes y las

tramas la hacía inmensamente feliz.

Para Jane el cambio de residencia fue un duro golpe. La vida rural era su medio y la ciudad no la convencía. La novela inacabada, publicada con el título de *Los Watson* debió ser escrita mientras la autora residía en Bath. La producción literaria de esos cinco años y medio que vivió en Bath, antes de trasladarse a Southampton tras la muerte de su padre, es algo que está también en el centro de algunas discusiones. Es verdad que no consta que acabara ninguna novela, pero puede ser que perfilara las que tenía escritas o que iniciara otras que no culminaron o, quizá, que fuera un tiempo de imaginar historias que luego saldrían a la luz. Es muy difícil conocer su estado de ánimo y lo que este pudiera influir en su escritura, pero resulta raro pensar que no escribió. Teniendo en cuenta que aún no había publicado nada puede haber existido cierto desánimo que actuó a modo de paréntesis, pero esto es solo una conjetura. No obstante Bath es el escenario de algunas de sus novelas, en las que aparece como una ciudad difícil, llena de relaciones interesadas y de malentendidos y engaños, aunque el mayor protagonismo lo tiene en un libro que tenía escrito desde antes de vivir allí, *La abadía de Northanger,* entonces titulada como *Susan.* El caso es que en Bath estaban muy ocupados cambiándose de casa y tratándose con algunos de sus parientes de allí, como los Leigh-Perrot, un matrimonio bastante excéntrico, formado por James Leigh y Jane Chalmeley, cuya fortuna los trajo de cabeza a todos durante algún tiempo. La esperanza de heredar se desvaneció muy pronto, sin embargo.

Además de participar en los ritos normales de la vida en la ciudad, las compras, los paseos, los baños termales y de hacer, sobre todo, nuevas amistades, Jane se empapó de color local y pudo plasmarlo con mayor exactitud en su última novela *Persuasión,* que escribiría más adelante. En ese momento hubo una cuestión interesante relacionada con su obra. La revista *The Flowers of Literature for 1801 and 1802* anunció que una nueva novela vería pronto la luz. Se llamaba *Susan* y la publicaría la editorial Benjamin Crosby e hijo. Podemos reconocer en ella a la novela escrita entre 1798 y 1799 titulada finalmente *La abadía de Northanger.* Austen la había revisado en los años 1801 y 1802 y en la primavera de 1803 vende los derechos a cambio de diez libras. Este fue el primer dinero que obtuvo en su vida por escribir. Y era un pago considerable teniendo en cuenta que la asignación anual que recibía de su padre para sus gastos personales era de veinte libras. Como sabemos, el libro nunca fue publicado por estos editores y a ella le costó el reembolso del anticipo. Pero esto fue después. En este momento nos indica que Bath nunca la alejó de la literatura. Además, hay que señalar que tanto durante el tiempo que vivió en Steventon

como durante su estancia en Bath, la escritora hizo frecuentes viajes a otras localidades, algunas de las cuales dejaron una honda huella en su obra.

Entre estas localidades están Lyme Regis, Sidmouth, Colyton, Dawlish, Teignmouth, Tenby, Barmouth…Era el mar lo que la atraía.

En Bath murió el señor Austen el 21 de enero de 1805 a los 74 años.

Había sobrevivido a su única hermana Philadelphia, de casada Hancock y para la familia la tía Phila, que tenía un año más que él y había muerto en 1792 después de una vida llena de peripecias. No hay correspondencia de Jane sobre la muerte de su padre pero las consecuencias fueron claras. Le cambió la vida. Significó la itinerancia de un lugar a otro hacia un lugar donde vivir al menor coste. Una especie de desarraigo. Eran, como podría

decir un titular de periódico de los de hoy, cuatro mujeres solas. Cassandra Austen-Leigh, la madre, tenía en aquel entonces sesenta y seis años, pues había nacido en 1739. Había estado casada con George Austen treinta y nueve años. Cassandra Austen, la hermana, cumplía treinta y dos años y era lo que entonces se definía con toda claridad y con muy poca compasión una solterona. Jane tenía más de dos años menos y su amiga Martha Lloyd, diez años mayor que Jane y hermana de su cuñada Mary, se unió a ellas después de una serie de desgracias personales.

UNA ETAPA VIAJERA

El 2 de julio de 1806 el grupo se marchó a Southampton. Vivir en Bath ya no tenía sentido pues, además, no tenían casa propia, sino que estaban de alquiler. Quizá los señores Austen habían albergado alguna esperanza de casamiento para sus hijas cuando llegaron a la ciudad balnearia pero, a esas alturas, las circunstancias ya eran otras. Las mujeres se colocaron su cofia blanca en la cabeza y renunciaron a estar en el mercado. Y, desde luego, lo hicieron prematuramente.

Las visitas a familiares se sucedieron durante esta época, algo que resultaba lógico cuando no había una casa a la que volver. Esas estancias en casa ajena podían resultar hasta molestas para personas independientes y que entendían con claridad su situación de vulnerabilidad económica y personal. Jane Austen lo sabía, desde luego, y debió ocasionarle no poca amargura. A principios de agosto de 1806 hicieron una visita al reverendo Thomas Leigh a Adlestrop, en Gloucestershire, donde pasaron una temporada. Después, viajaron a la casa de sus amigos los Cooper en Hamstall Ridware, en Staffordshire, en la misma situación. El fin del periplo tuvo lugar en octubre de ese mismo año. Estaba claro que se trataba

de hacer tiempo mientras alguien decidía qué hacer con ellas.

Probablemente había conversaciones confidenciales entre los hermanos en las que se hablaba de cómo solucionar la situación de aquellas mujeres.

En Southampton estuvieron dos años y medio hasta que sucedió una de esas circunstancias excepcionales que influyen poderosamente en la vida: su hermano Edward, que tomaría en 1812 el apellido Knight al convertirse en heredero de una fortuna importante de la familia que lo había adoptado y con la que vivía desde pequeño, les ofreció cederles una casita. Podían quedarse junto a su residencia habitual en Godmersham Park en Kent o en un cottage en Chawton, Hampshire. Chawton House, que era la casa principal, es ahora mismo la sede de la Home to Early Women's Writing y acoge las reuniones de asociaciones dedicadas a estudiar la obra de Austen.

Es una hermosa casa señorial que alberga una importante biblioteca, cuyos fondos pueden consultarse en línea y de la que se cuenta que era uno de los lugares a los que Jane Austen acudía para leer. Esta última opción, Chawton Cottage, fue la elegida, seguramente porque

significaba la vuelta a Hampshire, su lugar de origen, el sitio en el que habían nacido y vivido tanto tiempo antes de marcharse a Bath.

AL FIN, CHAWTON

De este modo, en la primavera de 1809, su madre, su hermana Cassandra y su amiga Martha Lloyd (que más tarde se casará con el viudo sir Francis Austen) junto con Jane, se instalaron para vivir en esa casita de Chawton, que se convertiría en su último hogar y en el sitio que hoy representa mejor que ningún otro su memoria.

Las cuatro mujeres muestran con fidelidad esa situación de dependencia de los parientes varones que era corriente. Un sistema de relaciones viciado

que no podía asegurar el cariño filial ni el matrimonial. La necesidad mandaba. Esa asociación de mujeres solas llegaba a ser muy numerosa y frecuente. No había otro remedio. Durante su estancia en Southampton vivieron juntas nueve: Jane, Cassandra, la madre, la amiga Martha, la cuñada Mary, Jenny que era la cocinera, la criada Molly, la doncella Phoebe y una comadrona porque Mary estaba embarazada.

No era inusual el hecho de que las mujeres se agruparan entre sí para fortalecerse las unas a las otras y para compartir casa y forma de vida. Esto las hacía más seguras y menos vulnerables. Se aseguraban la asistencia mutua, la compañía y la necesaria conversación. Sus vidas eran, desde luego, sencillas y modestas porque no olvidaban que la casa se la debían a sus parientes y que tenían que estar agradecidas y proporcionar las menores molestias posibles.

Los vecinos formaban parte de esa red de ayuda que alegraba la vida y que estaba disponible para cualquier emergencia. Para Jane eran también un motivo de inspiración. Cualquier mente despierta como la suya tenía en la vida cotidiana y en las relaciones vecinales unas vivencias que se unían a su imaginación desbordante. Su propio carácter contribuía a ello. Tenía una agudeza extraordinaria para captar lo ridículo, bromear sobre las situaciones y buscar la parte cómica de la vida.

Así lo expresó un contemporáneo suyo, el poeta romántico Robert Southey (1774-1843): «Habla usted de la señorita Austen. Sus novelas son más fieles a la naturaleza humana y contienen, lo que suscita mi simpatía, pasajes con sentimientos más nobles que las de cualquier autor de la época.

Es una persona de la que he oído hablar tan bien y a la que admiro tanto que lamento no haber tenido la oportunidad de manifestarle el respeto que sentía por ella» .

El pueblo de Chawton está a un kilómetro y medio de Alton y la casita se encontraba en un cruce de carreteras que conducían a Winchester y a Gosport. La casa pervivió en el estado de entonces hasta que murió Cassandra Austen en 1945. En el pueblo vivían entonces unas sesenta familias, todas ellas dedicadas a la labranza de las tierras de Edward Austen-Knight.

En Chawton hubo una especie de acuerdo tácito entre las mujeres para dejar a Jane tiempo suficiente para escribir. Su única ocupación doméstica era preparar el desayuno además de custodiar la llave del vino. El desayuno consistía en té con rebanadas de pan tostado y el hecho de ser la guardiana del vino tenía su importancia. Está demostrado que a Jane le gustaba tomarse su copita y no despreciaba ninguno de los placeres sencillos de la vida, como la buena mesa o la buena conversación.

Una de las cosas que hacía en Chawton era tocar el piano, algo que le producía placer y relajación al mismo tiempo. Quién sabe si sus argumentos salían al hilo de la música…

Jane Austen, contra lo que algunos de sus familiares con la mejor intención dejaron caer, no era una mujer puritana, estirada, modosita ni ajena a la dulzura de la vida. Le habría gustado casarse, pero, eso sí, no con cualquiera ni de cualquier modo. Su renuncia al matrimonio, pese a que tuvo varias ocasiones de contraerlo, siempre estuvo relacionada con su voluntad de hacerlo sin presiones y con alguien que la satisfaciera en todos los aspectos. No hubiera tenido sentido otra cosa y, desde luego, sus argumentos se habrían visto privados de credibilidad, porque casarse por amor era una de sus banderas.

Aquí en Chawton Jane revisó sus novelas, las reescribió definitivamente y creó otras nuevas. También fue el lugar desde el que empezó a publicar en 1811. Chawton fue el hogar en el que su actividad literaria fue más

prolífica. Las revisiones se refieren a *Sentido y sensibilidad*, *Orgullo y prejuicio* y *La abadía de Northanger*. Las novelas que escribió aquí son *Mansfield Park, Emma* y *Persuasión*.

En todas ellas retrató la vida cotidiana de la sociedad a la que

pertenecía.

No escribía de oídas, sino que ella misma era testigo de esa forma de vida.

Inventó a sus personajes, pero se movía en su propio terreno. Y, además, tenía muy claro que eso es lo que quería hacer y de lo que quería escribir.

La sociedad rural que retrata pervivió en Inglaterra mucho más tiempo que en otros países. Se trataba de pueblos bien comunicados entre sí a través de caminos y con una variedad suficiente de transportes. En un momento dado llegó el ferrocarril. La mano de obra era abundante. Allí se podía disfrutar de las actividades más placenteras para los ingleses de esta clase, como la caza, la jardinería, la horticultura, los paseos al aire libre, las visitas, los bailes campestres, las reuniones familiares y las excursiones.

Las casas importantes, las mansiones, las rectorías, tenían todas una biblioteca al menos aceptable, así como caballos y carruajes propios, una zona de granja para su abastecimiento, un buen número de criados y una parroquia anglicana a la que se acudía para la predicación y cuyo párroco era un verdadero director espiritual y un hombre con sentido práctico. Este es el mundo que Austen retrata.

EL UNIVERSO AUSTEN

En ese mundo sitúa a sus personajes. De ellos destaca siempre cuatro aspectos: Cabeza, corazón, modales y espíritu (*head, heart, manners y spirits*). Por eso las descripciones físicas son tan escasas y, cuando aparecen, solo sirven para aportar un detalle que ayude a entenderlos. Esta es una de las características de su estilo literario y yo diría también de su

concepción de la escritura, incluso de la vida. En lo que se refiere al aspecto físico algunas pinceladas bastan pero nunca tienen un aire hiperbólico, no son esenciales. No hay grandes bellezas ni fealdades, ni deformidades exageradas, sino gestos, miradas, movimiento de las manos, andares, todo eso que forma la imagen de una persona mucho mejor que los rasgos puramente físicos. Por eso mismo de Elizabeth Bennet dice que tiene unos ojos expresivos, un aire ingenioso y una figura agraciada. Y de la misma forma se refiere al porte noble del señor Knightley. O al estilo aristocrático de Darcy. Y, desde el otro lado, a la zafiedad de la señora Bennet, a la parsimonia perezosa de su marido o al aire mundano pero frívolo e insustancial de las hermanas de Bingley. Estos son algunos ejemplos que señalan su manera de definir a los personajes.

Solo con *Emma* se permite la licencia de describir, y al principio de la novela, a modo de carta de presentación, a esta protagonista tan peculiar:

«Emma Woodhouse, guapa, inteligente, rica, risueña por naturaleza y con una casa magnífica, parecía reunir algunas de las mayores bendiciones de la existencia…». Podemos detenernos en esta definición. La belleza, a la que ella alude muy raramente; la inteligencia, que es un elemento omnipresente en sus descripciones y al que le da enorme importancia; la riqueza, la única forma que tenía una mujer entonces de no ser dependiente de los parientes varones; la risa, como representación de la alegría, un rasgo de carácter que define a la persona, en este caso, además, de una manera natural, sin imposturas y, por último, “una casa magnífica”, algo que Austen nunca tuvo, ni en propiedad ni prestada, y que era uno de sus mayores deseos, porque significaba ser de algo, pertenecer a algo, tener la seguridad de una vida plácida. No obstante, dado el sentido del humor que está presente en todas sus obras, puede ocurrir que incluso esa definición sea solamente el reflejo de lo que Emma Woodhouse pensaba de sí misma y que Austen

relata casi con una segunda intención. Ninguna otra presentación nos la podría situar mejor.

En un interesante libro publicado en 2008 por la Universidad de Málaga en su colección Textos mínimos, escrito por Nieves Jiménez Carra y titulado *La traducción del lenguaje de Jane Austen,* se pone de manifiesto el cuidado que la escritora ponía en la redacción de sus textos, incluidos el vocabulario, la sintaxis, el uso de términos específicos y, en general, todo lo que denota que no solo escribía, sino que corregía, volvía a escribir, reescribía y, en suma, dedicaba mucho tiempo a perfeccionar sus novelas.

En el libro se distingue la forma de utilizar el lenguaje por el narrador y, por otro lado, los diálogos y elementos más coloquiales. En cuanto a estos, se han realizado estudios de frecuencia de palabras así como de expresiones, latinismos y otros aspectos de interés que aún resultan más curiosos si tenemos en cuenta que, salvo la presencia mínima de criados con diálogo (escasísimos), los personajes que aparecen en las novelas pertenecen todos a la misma clase social, con algunas excepciones de aristócratas.

Esto contradice el aserto familiar, expresado en la biografía de James Edward Austen-Leigh, de que Austen era una especie de escritora aficionada que, en los ratos libres, se dedicaba a emborronar cuartillas.

Sería imposible la perfección conseguida en sus libros de ser así. Aunque no dispusiera de una habitación propia, aunque la faceta de escritora la llevara muy escondida, esto no quiere decir que no tuviera perfecta conciencia de su talento, de su capacidad, de su necesidad de plasmar por escrito sus impresiones, ideas, sentimientos e imaginación. De ahí su vigencia, de ahí su lozanía, de ahí su vigor. Y de ahí todas las innovaciones temáticas que introdujo en sus novelas y la forma en la que su escritura puede leerse ahora con perfecta sensación de actualidad, al contrario de lo que ocurre con muchos otros escritores contemporáneos suyos que tuvieron

fama y ganaron dinero en ese tiempo, pero de los que ahora nadie se acuerda.

Seguramente la única manera en la que una joven de su época podía dar a la luz estas novelas era a través de una supuesta sumisión a la forma literaria o a los contenidos que tenían el *nihil obstat* de la época. Pero no creo que fuera esta la causa de su manera de hacer, sino que fue fruto de una elección que la llevó a crear su propio estilo. El estilo

Austen parte de una filosofía del escándalo, por la cual se cuestionan los cimientos de la vida social y personal de su época. Los mayorazgos, el desprecio a las mujeres, la sumisión a los hombres, los matrimonios de conveniencia, el amor como estorbo, el lujo de quererse y de odiarse, los lazos familiares, los parientes incómodos, los vecinos cotillas, las apariencias ante la servidumbre, los pobres que no quieren serlo, el papel de los clérigos y todo un arsenal de pequeños detalles que constreñían la vida de las personas hasta el punto de que estaba milimetrada desde que nacían.

Todas esas verdades absolutas son movilizadas y sacudidas por Jane Austen. Y lo hace sin ira, sin enojo y sin violencia. Delicadamente. Una inteligencia aplicada a conocer y a mostrar. El relato en sus manos es una fuente de sabiduría y también una manera de enfrentarse al mundo. Su propio papel en el círculo familiar así lo certifica. Y ese convencimiento personal de que no era una mujer que escribía (lo que supondría un *hobbie*, una ocupación, una actitud diletante) sino una "escritora", es el resumen exacto de lo que pretendió hacer, con voluntad de permanencia manriqueña y tozuda.

Resulta muy curioso cómo desarrollándose el tiempo de sus obras en momentos convulsos de la historia de Inglaterra, ella deje de lado ese cuadro exterior para centrarse en lo que a los hombres y a las mujeres les afecta. La apuesta por las emociones es, en sí misma, algo escandaloso.

Hasta entonces nadie había entendido (y todavía muchos no lo entienden) que la revolución mayor es la de los gestos y que las guerras más cruentas se libran en el interior de cada uno de nosotros.

3.

Una escritora nada romántica

SIN REPARAR DEMASIADO en fechas y estilos hay un gran número de lectores que identifican a Austen con una escritora romántica. Y, lo que es más llamativo, articulistas, escritores de periódicos, periodistas, incluso críticos literarios… Pero esto constituye un error fácilmente desmontable si uno lee sus libros con atención y repara en el panorama literario inglés en lo que respecta a la novela. Además desvela un enorme desconocimiento acerca de alguien que, por su misma popularidad, arrastra tópicos y atribuciones equivocadas. El género de la novela inglesa comenzó con las obras de Daniel Defoe (*Robinson Crusoe y Moll Flanders*) y de Jonathan Swift (*Los viajes de Gulliver*). Estamos a principios del siglo XVIII y se trata de obras de

aventuras. En la década de 1740 aparecen las novelas fundacionales de la literatura inglesa, en el género epistolar *Pamela* de Samuel Richardson y *Tom Jones* de Henry Fielding, en la picaresca realista. Esta última novela era muy apreciada por Jane Austen. Ambas estaban en la biblioteca familiar.

El escritor Samuel Johnson, de gran importancia en el conjunto de la novela inglesa, publica en 1759 una suerte de obra exótica, *Rasselas, príncipe de Abisinia,* y en los años siguientes conocemos a cuatro escritores, cada uno de los cuales hace una importante aportación al género novelístico inglés: Lawrence Sterne con su *Tristan Shandy*, Tobías Smollet,

que refleja en sus obras un retrato social de la época; Oliver Goldsmith y Horace Walpole, creador de la novela gótica con *El castillo de Otranto*.

A finales del siglo XVIII es el movimiento romántico el que tomará el relevo, con nombres señeros como Ann Radcliffe, Mary Wollstonecraft, William Godwin, Sir Walter Scott o Mary Shelley. Historias caballerescas, amores trágicos o relatos de fantasmas, todo cabe en este período. Ya en la época victoriana, tras el paréntesis conocido como era georgiana, aparece la novela en folletines, publicaciones de pocas páginas en periódicos y revistas, cuyos autores eran Charlotte o Emily Brontë, Elizabeth Gaskell, George Elliot o Charles Dickens.

Es precisamente en la época georgiana, es decir, entre los románticos y los victorianos, donde se inscribe la persona y la obra de Jane Austen. Sus libros son una isla con respecto a todos los demás. Rompe con el esquema tradicional de valores de la novela anterior, introduce elementos de modernidad y crea personajes y acciones que no se corresponden con los románticos ni serán continuados, salvo someramente, por los victorianos.

La novela de Jane Austen entronca más con las épocas fundacionales inglesas que con la inmediatamente anterior. Y hay algunos aspectos que son suyos: la ironía, el sentido del humor, el papel de la mujer. Es verdad que no se trata de una obra monolítica y que en cada una de sus novelas subyace una intención casi oculta, incluso de parodia (como *La Abadía de Northanger,* que es una especie de acercamiento personal al género gótico), pero, por eso mismo, no puede encuadrarse en ningún movimiento anterior ni posterior.

Los protagonistas de Austen son personas normales, no héroes, ni

aristócratas, sino la *gentry*, la baja nobleza rural. Los asuntos que trata son sencillos y cotidianos, el amor, casarse, las herencias, las disputas familiares...No hay grandilocuencia en ellos. Tampoco observamos prolijas

descripciones de paisajes ni de casas ni de ciudades, lo que importa son las emociones y cómo las viven esos personajes. Son libros minimalistas en cuanto al sentido descriptivo. No existe en ellos el desgarro de sentimientos, el sufrimiento de las tragedias románticas, ni la fantasmagoría, ni las aventuras, sino simple, sencilla y llana vida normal. Es un realismo emocional que antecede la modernidad y que hace que sean clásicas y no parezcan antiguas. Como las obras de Shakespeare.

Al igual que todas sus protagonistas, Jane Austen estaba decidida a casarse por amor. Y eso, lejos de ser muestra de un temperamento romántico al uso como se le achaca (cosa absurda puesto que aún el romanticismo no estaba ni siquiera esbozado como tal), lo que indica es una modernidad absoluta. Nadie en nuestro tiempo pensaría en casarse por el interés o, al menos, no se vería obligada a hacerlo. Pues eso es lo que hace Jane Austen. Utilizar su libre albedrío, su libertad, sus deseos, por encima de las conveniencias. Por eso es la escritora que rompe con las novelerías góticas y la que prepara el camino de la novela moderna. Ella, en sí misma, es tan moderna como tú y como yo.

MUJERES QUE ESCRIBEN

Dentro del panorama literario de esa época está el interesante fenómeno de las mujeres escritoras. Se trata de un número importante de mujeres de distinta extracción social y de diferentes estilos, que tienen en común su empeño por visibilizarse a través de la escritura. Sus biografías son diversas pero su carácter pionero influyó decisivamente no solo en la historia de la literatura sino en el papel de la mujer a la hora de conseguir la igualdad en el mundo del arte y en la vida en general. Precisamente en Chawton House, la casa señorial que pasó a manos de Edward Austen por herencia de los

Knigth, existe un centro de estudios sobre la escritura temprana femenina que incluye a autoras como Mary Astell, Penélope Aubin, Aphra Behn, Frances Brooke, Frances Burney, Sarah Burney, Elizabeth Inchbald, Charlotte Lennox, Ann Radcliffe, Mary Shelley o Mary Wollstonecraft.

Entre las autoras contemporáneas de Jane Austen (Elizabeth Hamilton, Charlotte Smith, Amelia Opie, Hannah More, Elizabeth Inchbald, Fanny Burney y Maria Edgeworth), ella prefería a esta última y así lo especificó en una carta dirigida a una de sus sobrinas aficionada a escribir y a la que le daba consejos de escritura. Maria Edgeworth vivió entre 1768 y 1849 y es una autora de novela gótica, destacando entre sus obras *Castle Rackrent* de 1800 y *Belinda* de 1801.

Algunos han señalado la posible influencia de Edgeworth en la obra literaria de Austen, pero esto hay que descartarlo por dos motivos esenciales. El primero es que cuando Edgeworth publica estos libros ya ha escrito Jane Austen tres de sus principales novelas, *Sentido y sensibilidad, Orgullo y prejuicio* y *La abadía de Northanger*, en las que su estilo está ya completamente definido. Lo segundo, es un hecho estrictamente literario: cualquiera que conozca la obra de Edgeworth y la de Austen tiene que darse cuenta de la distancia sideral entre una y otra, tanto en temática, como en tratamiento e intención.

Otra autora a la que ella leía y que se ha relacionado con su obra es Fanny Burney (1752-1840), cuyos libros *Evelina, Cecilia y Camilla*, los tres en forma epistolar, fueron muy famosos. Se dice que Austen tomó el título de *Orgullo y prejuicio* precisamente de *Cecilia*, en concreto de la frase que dice: «Todo este desafortunado asunto ha sido el resultado del orgullo y del prejuicio». Aparte de la posibilidad de que esto sea cierto, las obras de Burney tratan de muchachas de la alta sociedad,

que era el estrato social en

el que la autora se movía y conocía bien, contando las dificultades que encuentran en ella esas jóvenes damas.

LO QUE LEÍA JANE AUSTEN

Desconocemos muchas de las lecturas de Jane Austen. Contemporáneos suyos fueron los poetas Wordsworth, Coleridge, Lord Byron, Robert Southey y Shelley. Lo que sabemos con certeza es que leía y admiraba a Walter Scott, otro contemporáneo, lo que no quiere decir que ambos estilos tengan relación o parecido alguno. Walter Scott es el gran reivindicador del medioevo, recuperando estilos populares que se habían perdido y dirigiéndose siempre a la clase media y sus valores. Vivió entre 1771 y 1832 y fue un autor consagrado cuya crítica favorable, sin exagerar, de *Emma*, favoreció a la escritora.

También conocía bien Jane Austen a los escritores de novela gótica del momento, como Clara Reeve, Horace Walpole, Matthew Gregory Lewis y, sobre todo, Ann Radcliffe, cuya obra *Los misterios de Udolfo* aparece en su libro *La abadía de Northanger*, feroz crítica a modo de parodia de las novelas góticas que vuelven loca a las muchachas que exageran su lectura.

Jane Austen admiraba a Samuel Richardson (1689-1761) y leía *Pamela* o *Clarissa*, obras de este escritor, así como *Sir Charles Grandison,* de quien incluye una parodia en uno de sus escritos juveniles. Era lectora de Henry Fielding (1707-1754) y contó que ella y Thomas Lefroy comentaban con gran satisfacción la lectura de *Tom Jones*, su obra más conocida y rompedora. Ambos representan el inicio de la novela realista, pero tienen una lejanía de lo doméstico que los separan de Austen.

Resulta reiterativo el error que sitúa a Jane Austen como una escritora victoriana. Algo absolutamente imposible pues murió en 1817 y la era

victoriana no comenzó hasta 1837. Basta la lectura de los autores de este período para contrastar la diferencia en todos los aspectos. Ellos fueron las hermanas Brontë, George Eliot, Elizabeth Gaskell, Charles Dickens, William Thackeray, Trollope, George Meredith, Thomas Hardy, Henry James o Rudyard Kipling. Este último era un seguidor confeso de Jane Austen y su historia corta *The Janeites* habla de un grupo de soldados que, en la Gran Guerra, eran secretamente admiradores de Jane Austen.

La conclusión de este breve recorrido por el ambiente literario de su época, anterior y posterior es que Jane Austen es una isla. Su literatura tiene características propias, originales y distintas a lo que se escribía en su momento o lo que se publicaba. Su universo es particular, su manera de enfrentarse a los personajes también, sus diálogos, su lenguaje, todo forma parte de una única y especial manera de entender la escritura. Escoge sus temas entre los que tenía alrededor pero, lejos de mostrarlos tal y como solían verse entre sus coetáneos, rompe la estructura del relato aceptado por todos para crear un discurso propio, innovador, rebelde incluso. Se centra en la clase social que conoce y en los ambientes en los que se mueve, con escasas apariciones de aristócratas o criados. No obstante, el análisis que hace de su clase social, de sus costumbres y de sus actos, no es complaciente, benevolente, permisivo o de exaltación.

UNA AVISPADA OBSERVADORA

Más bien lo que sucede es que ella se pone las gafas de observadora imparcial, como si viniera de lejos a ver qué ocurre y por qué. Hay una ironía implícita en esa mirada suya, una ironía que evita caer en el drama, en la tragedia o en la farsa. Hay también una toma de postura ante algunos acontecimientos, incluso en temas que estaban muy asentados en la vida

cotidiana, denotando su oposición o su incomodidad. No se guarda para sí lo que piensa y lo desliza de una forma suave pero contundente. Se expresa tanto a través de la narración como de los personajes, a los que caracteriza de un plumazo, con muy pocos rasgos, sin detalles innecesarios, casi con frialdad, diseccionando lo justo para que los entendamos. Deja a nuestra imaginación muchos de esos detalles, sobre todo físicos, dando explicaciones más prolijas, aunque nunca exhaustivas, de los aspectos psicológicos. Pero no podemos tampoco afirmar que sea una literatura introspectiva, basada en el carácter de la gente y en sus reacciones, digamos, clínicas, fisiológicas o psicológicas. No. Todo es mucho más sencillo en apariencia. Los personajes actúan con coherencia en función de quiénes son y cómo son. Se expresan, asimismo, de la forma que se espera de ellos y ese lenguaje lo domina la escritora porque es, en efecto, el suyo propio, el de su propia clase.

Con relación a los temas, hay uno central, que es el matrimonio. Pero no hay que entenderlo como un mero compromiso sentimental entre dos personas que se quieren (como sería nuestra definición actual) sino como un contrato, un acto con implicaciones sociales, personales, económicas y familiares, que atañe a toda la familia y que tiene consecuencias de todo tipo. Al entender de esa forma el matrimonio surgen toda una serie de temas colaterales: la conveniencia, los lazos familiares, la ayuda entre los miembros de la familia, el amor y el desamor, las posibilidades económicas, el respeto a las normas, la obediencia a los padres, la lealtad entre amigos, la permeabilidad de las clases sociales, las cuestiones prácticas de la vida cotidiana, el desgaste emocional…

Además de eso aparecen otras cuestiones que pueden parecer insignificantes (y que así han sido consideradas por los que denostan la obra de Austen) como el galanteo o el cortejo, los bailes de sociedad, el ocio de

los jóvenes, la relación maternofilial, los vestidos y adornos, los talentos de las jóvenes casaderas, la soltería, etcétera.

Algunos retratos sociales tienen excepcional importancia en su temática: la orfandad, por ejemplo, el modo en que los partos dejan a los niños sin madre y la guerra sin padres. Los hijos ilegítimos, que han de buscar acomodo de alguna forma en una sociedad basada en las clases y en los lazos de sangre. La dependencia de la mujer que no puede heredar siendo soltera y depende de su marido, su padre o sus hermanos. La imposibilidad de los muchachos sin recursos para casarse por amor, ya que deben buscar la conveniencia de las uniones tanto como las chicas.

También podemos interrogarnos acerca del motivo por el cual la guerra y sus consecuencias no aparecen en sus novelas. Ni siquiera los militares en sentido estricto, pues solo los vemos en Meryton, acampando y acudiendo a bailes con sus vistosas casacas rojas que entusiasman a las chicas (*Orgullo y prejuicio*) o en *Persuasión* como protagonista masculino (el capitán Frederick Wentworth a quien la guerra trajo los ascensos). En el resto de sus novelas no hay asomo alguno de conflicto bélico ni de sus ecos siquiera.

No es posible pensar que no estuviera bien informada, al contrario, en su propia familia tenía fuentes informativas suficientes. Dos de sus hermanos, Francis y Charles, eran marinos y participaban en misiones navales. El primero llegó a ser almirante y a poseer el título de sir y el segundo fue contralmirante. Pero, además, su hermana Cassandra había vivido en primera persona las consecuencias de la guerra. Thomas Fowle, antiguo alumno del señor Austen, graduado en Oxford, se comprometió con ella.

Para lograr dinero y poder casarse se embarcó como capellán en una misión de guerra en el Caribe, al mando de su primo, el general Craven. Allí Fowle murió de fiebre amarilla en 1797, dejando a Cassandra en situación de

“viuda” con veinticuatro años. En su testamento Fowle le dejaba mil libras

y los intereses de este dinero constituyeron el único ingreso que Cassandra recibió durante toda su vida. No es raro que Jane pensara que fue un hecho tan triste que resultaba más sano huir de ello en sus escritos. Una forma de alejarse del sufrimiento que aquello causó de por vida a su querida hermana.

Los temas coloniales tampoco se recogen en las novelas de Austen, a excepción de una sola referencia en *Mansfield Park* cuando el señor Bertram debe ausentarse para cuidar sus posesiones en Antigua y de un personaje procedente de las colonias que aparece en la inacabada *Sanditon*.

El colonialismo y sus consecuencias eran cuestiones que producía muchas discusiones públicas y actuaciones de todo tipo. Y tampoco era ajena a esto la familia Austen y la propia Jane.

En diciembre de 1786, cuando las dos hermanas volvieron a la rectoría después de pasar por su último colegio, un internado en Reading, llegaron a la casa unos viajeros que tienen gran importancia en este esbozo biográfico.

Se trata de la tía Philadelphia, hermana del padre, y de su hija Eliza, que venía con su bebé. Esta es otra de las historias familiares llenas de interés y misterio que seguro se comentarían en las veladas. Philadelphia, Phila para la familia, huérfana como sus hermanos, entró a los quince años de aprendiza en una sombrerería de Covent Garden, un lugar de dudosa reputación hay que decir.

Un cliente de su tío Francis Austen el abogado, llamado Tysoe Saul Hancock, propuso a Phila matrimonio, esta aceptó y se marcharon a la India, con la circunstancia de que el entonces gobernador de Bengala, el señor Warren Hastings, era un antiguo amigo de los Austen y Phila se convirtió en su amante. Hubo mucha discreción al respecto, pero siempre se pensó que Eliza era hija de Hastings y este lo confirmó con la cuantiosa herencia que le dejó. Eliza y su madre marcharon a Francia, allí

coincidieron con el fervor revolucionario y su matrimonio con todo un conde, Jean François Capot de Feuillide, acabó con el marido en la guillotina y con ella, embarazada, dirigiéndose de nuevo a Inglaterra con su madre. Además de esta aventura hay que recordar que George Austen actuaba de comisionado de un propietario de Antigua, con lo que el tema colonial lo conocían muy bien.

Tampoco aparecen referencias en su obra a las enfermedades mentales o las deficiencias psíquicas. Ni siquiera a los defectos físicos, salvo en el caso de la leve cojera que tiene uno de los personajes masculinos de *Persuasión.*

Uno de sus hermanos, George, sufría ataques, al parecer epilépticos, y era sordomudo. Lo mismo le sucedía a uno de los hermanos mayores

de la señora Austen y ambos, tío y sobrino, vivían acogidos con una familia que los cuidaba, los Cullum, en Monk Sherborne, al norte de Basingstoke.

Siempre estuvieron bien atendidos y llegaron a viejos, lo que indica preocupación familiar y buen trato. Los problemas del hermano George debieron constituir un motivo de permanente dolor para la familia y por eso, quizá, Jane Austen jamás alude a este tipo de dolencias. La enfermedad no aparece apenas en sus novelas. Sí la hipocondría (Mary Elliot en *Persuasión* o el señor Woodhouse en *Emma),* pero las enfermedades graves y la muerte se tratan a modo de elipsis y más por sus consecuencias que en sí mismas.

MADRES E HIJOS

Una cuestión curiosa es la referente a la maternidad. Es un tema que no se halla en los libros de Austen salvo para señalar lo molestos que son los niños maleducados (como los de Mary Elliot en *Persuasión)*. La carga que suponen los hijos para las familias numerosas cuando los medios son

insuficientes también tiene reflejo en alguna novela, como el caso de Fanny Price en *Mansfield Park*. Un matrimonio irresponsable tenía consecuencias graves y de eso Fanny sabe mucho pues tiene el ejemplo de sus padres. Es cierto que se describen grupos familiares con niños bien educados y encantadores, como los hijos de los señores Gardiner, en *Orgullo y prejuicio,* o los de Isabella Woodhouse, en *Emma,* pero no interesan en el transcurso de la trama ni añaden nada a ella. No hay novelas "con niño", de modo que ese tema es totalmente tangencial y casi ausente. El único caso de embarazo que se relata es, y de pasada, el de la señora Weston, en *Emma.*

Podíamos decir que con la boda acaba todo. Todo lo que se puede contar.

Esto puede hacernos reflexionar sobre qué pensaba Jane Austen acerca de tener hijos y su influencia en la felicidad de las personas. Puede ser que la vivencia directa de las dificultades que la crianza traía, la falta de tranquilidad que surgía en los padres, el hecho de que hubiera tenido tantos hermanos o el conocimiento de los dolores y problemas de los partos, fuera razón suficiente no solo para no querer tener hijos, sino para no interesarle el tema en absoluto en sus novelas. En ellas hay profusión de bodas, pero los embarazos y los partos no forman parte de su núcleo central.

Como dice Alasdair McIntyre (*Tras la virtud*), «sus novelas son una crítica moral sobre los padres y guardianes, así como también sobre los jóvenes románticos; porque los peores padres y guardianes, la estúpida señora Bennet y el irresponsable señor Bennet, son lo que pueden llegar a ser los jóvenes románticos si no aprenden lo que es debido acerca del matrimonio».

Esto nos indica que, aunque Austen no recoge como telón de fondo los acontecimientos históricos, económicos y sociales de la época, sus novelas están plenamente insertas en su tiempo. Jane Austen escribió de lo que conocía de primera mano, por eso su espacio es reducido

con el fin de que

el detalle se pueda ampliar. Esa fue una opción consciente: hablar de lo que se conoce bien y profundizar en ello. Y, además, seleccionó el punto de vista de aquello que le interesaba destacar, sobre todo la situación de la mujer en un contexto tan cambiante y que producía daños irreparables. La mirada de la mujer sobre la sociedad, en suma.

Siguiendo con McIntyre «la emoción más importante que subyace a las novelas de Jane Austen es lo que D. W. Harding llamó su odio metódico hacia la actitud de la sociedad para con la mujer soltera».

4.

La vida no es una novela

DE LAS SEIS NOVELAS MAYORES que escribió Jane Austen, tres fueron escritas en Steventon y otras tres en Chawton. La novela epistolar *Lady Susan* también se escribió en Steventon al igual que sus escritos de juventud. En cuanto a la inacabada *Los Watson*, todo parece indicar que se redactó durante su estancia larga en Bath. Después de Bath fue Southampton su lugar provisional de residencia y allí pudo terminar *Lady Susan,* que estaba sin final. Por último, *Sanditon*, la última novela que empezó y no logró terminar es, como resulta lógico, del tiempo de Chawton.

De modo que podríamos organizar su escritura con un criterio geográfico y temporal:

Sus primeros veinticinco años los vive en Steventon y aquí podemos situar los *Juvenilia, Lady Susan* (sin su desenlace), la primera y la segunda versión de *Sentido y sensibilidad; La abadía de Northanger* que primero se llamó *Susan* y después *Catherine*; *Primeras impresiones* que fue la primera versión de *Orgullo y prejuicio*. Cuatro novelas, más los escritos de juventud y muchas cartas es el balance de Steventon.

La rectoría de Steventon, su primera vivienda, ya no existe en su edificio y emplazamiento antiguos mientras que la casita de campo que el hermano Edward les cedió y que fue su último hogar, cerca de su mansión de Chawton House, tiene una curiosa historia. Nunca se llamó Chawton

Cottage, a pesar de que este nombre ha hecho fortuna. Se edificó a fines del siglo XVII por un campesino que la llamó Petty John. En 1769 se vendió a Thomas Knight, el primo rico de los Austen. Desde entonces fue una fonda hasta que en 1791 el administrador del señor

Knight, Bridger Seward, la ocupó junto con su esposa. A la muerte de Seward en 1809 su nuevo dueño, el hermano Edward, la cedió a su madre y hermanas, después de que saliera de allí a la fuerza la esposa del administrador.

La primera novela que publicó fue la segunda en escribirse, *Sense and Sensibility* (*Sentido y sensibilidad)*, que inició en 1795. Su título original era *Elinor and Marianne* y hacía referencia a las dos protagonistas, aunque el hilo conductor del libro es la mayor, Elinor. No fue publicada hasta 1811, es decir, dieciséis años después de iniciarse. Entre el primer borrador y su publicación Jane Austen fue haciendo correcciones y cambios, quitando y poniendo páginas, reescribiendo. Este era su procedimiento habitual y viene a significar que cuidaba al máximo tanto el estilo como los argumentos y las tramas. Al igual que sus otras dos primeras novelas publicadas lo fue por el editor Egerton. Y, como todas las demás, sin autoría.

La firma: *By A Lady*, sin embargo, resulta interesante. Algunas escritoras usaban y usarían en tiempos posteriores nombres de varón; otras, los de sus propios maridos. También las habrá con pseudónimos ambivalentes, como las hermanas Brontë (Currer, Ellis y Acton Bell). Pero Jane Austen, aunque no puso su nombre, sí dejó claro que la novela estaba escrita por "una dama". Una mujer. Esto podemos anotarlo. Más adelante, sus novelas llevarían el indicativo de: "Por el autor de *Pride and Prejudice* y *Sense and Sensibility*". Aquí desaparece ya la condición femenina aunque todo el mundo, a esas alturas, sabía que era una dama la firmante.

Pride and Prejudice (Orgullo y prejuicio), la novela más famosa de todas, se comenzó a escribir en 1792 y llevó el primigenio título de *First*

Impressions (*Primeras impresiones*). Es otra novela de la época de Steventon y su editor fue el mismo Egerton, en 1813. Por su parte, *Northanger Abbey (La abadía de Northanger)*, es la tercera novela compuesta en Steventon y se escribió entre los años 1798 y 1799, llevando el título inicial de *Susan*, que se cambió para su publicación, póstuma, en 1818, conjuntamente con *Persuasion*, en cuatro volúmenes, dos para cada obra. Así, aunque *Northanger Abbey* es una de sus primeras novelas, fue la última en publicarse y lo hizo con el nuevo editor de Austen, el señor Murray. Hay que decir que ni Egerton ni Murray confiaron plenamente en la escritora y ninguno le ofreció buenas condiciones de publicación. Hubo otro editor, Crosby and Co., a quien ella había vendido los derechos de *Northanger Abbey* por diez libras, que él le reembolsó ante la evidencia de que no pensaba publicarla y tras la pertinente reclamación por parte de Jane,

quien firmó la carta de requerimiento con el seudónimo de Mrs. Ashton Dennis. Resulta extraordinario cómo defendía sus derechos de autora.

Los años de Bath y el subsiguiente peregrinaje posterior tras la muerte de su padre fueron poco productivos. Parece que inició *The Watson* pero la dejó inacabada, como después ocurriría con *Sanditon* aunque por motivos muy distintos. En el caso de *The Watson*, leyendo la novela he concluido que la historia dejó de tener interés para ella, unido a que no hallaba en Bath el sosiego suficiente como para escribir. El problema de *Sanditon* fue su mal estado de salud.

Tenemos que saltar a 1809 para encontrar otro tiempo prolífico en la autora, asentada ya en Chawton. Desde 1809 a 1812 revisa y deja listas para publicación tanto *Orgullo y prejuicio* como *Sentido y sensibilidad*. Entre 1811 y 1813 Jane Austen escribe *Mansfield Park*, cuya primera edición publica Egerton en 1814 pero que pasa a manos del editor Murray en las siguientes ediciones.

Entre 1814 y 1815 escribe y publica *Emma*, que vio la luz en diciembre de 1815, también en una edición de Murray. Por último, *Persuasion* (*Persuasión*) es la última que escribe, durante los años 1815-1816, para publicarse póstumamente en diciembre de 1817-enero 1818, junto con *Northanger Abbey*. Fue su hermano Henry, el más querido por la escritora y el que había estado al tanto de su vida editorial, el que cuidó de esta edición póstuma y desveló, con toda claridad, quién era la autora.

Las tres novelas de Steventon son, pues, *Sense and Sensibility, Pride and Prejudice y Northanger Abbey*. Las tres de Chawton, *Mansfield Park, Emma y Persuasion.* En cuanto a su ambientación, en dos de ellas tiene la ciudad de Bath un enorme protagonismo, *Northanger Abbey* y *Persuasion*.

Resulta curioso que la autora escriba de Bath antes de vivir allí y después de haber abandonado la ciudad, pero no consiguió hacerlo con amplitud durante el tiempo de su estancia, quizá no solo por la impresión que le causó la decisión unilateral de sus padres de dejar atrás Steventon (y con ello sus libros y sus muebles, por ejemplo) sino también porque el tipo de vida en Bath (cambios de domicilio incluidos) no se avenía a la tranquilidad de espíritu que ella necesitaba para su escritura. Esto son conjeturas, sin embargo. No obstante, en la vida de los escritores suelen darse esos períodos de sequía alternándose con otros de enorme productividad y ello suele deberse siempre a más de una circunstancia. La vida cotidiana puede

servir de acicate o de rémora a la hora de escribir. En algunos casos es la infelicidad la que te lleva a la escritura y, en otras, esa misma infelicidad supone un dique de contención para tu imaginación. O quizá todo sea mucho más sencillo y práctico y tiene que ver con tareas inaplazables, obligaciones o necesidades cotidianas. Recordemos que Jane Austen no llevaba vida de escritora y las ventajas que ello conlleva en cuando a dedicación exclusiva.

Antes de esas novelas mayores y desde que tenía trece o catorce años escribió una serie de relatos, pequeñas dramatizaciones, textos ensayísticos y de otros géneros, incluso históricos, que se han reunido en lo que se llama *Juvenilia*. Ella misma hizo esta selección al acometer la tarea de pasarlas a limpio. Es de suponer que colaboraría en la escritura de obras de teatro que solían representarse en Steventon por parte de la familia, en una tradición muy asentada y que contribuía al disfrute de todos. También escribió en Steventon la novela epistolar corta *Lady Susan, r* evisada años después y publicada póstumamente. A todo ello hay que añadirle sus *Cartas*. Jane Austen era una prolífica escritora de cartas como muchos otros miembros de su familia siguiendo la costumbre de una época en la que los lazos familiares se mantenían a base de la información que provenía de la correspondencia. Su necesidad de comunicación y de expresión se plasmaba de esa forma y salía a la luz en forma de detalladas descripciones que abarcaban muchísimos aspectos.

Muchas de esas cartas, las que contenían determinados asuntos íntimos, fueron destruidas a su muerte por su hermana Cassandra. En total se supone que escribió unas tres mil. Se conservan ciento sesenta y han sido objeto de publicación. En sus novelas, además, las relaciones epistolares tienen singular importancia y la llegada de una carta o la escritura de otra constituyen un detalle que no pasa desapercibido. Hay casos en los que una carta es el medio del que se vale el personaje para dar a conocer hechos relevantes o para aclarar algún malentendido. La carta permite expresar los sentimientos de un modo más abierto y completo que la conversación y ambas, cartas y conversaciones, son los recursos fundamentales por los que se establecía la comunicación y el contacto entre los seres humanos tanto en la vida de Jane como en su obra. Ser un buen escritor de cartas no es

sencillo y ella lo era al igual que otros miembros de su familia, como su hermano James, su madre o su sobrina Anna.

Las novelas de Jane Austen no hablan de castillos, doncellas perseguidas, príncipes o fantasmas. No se refieren a la aristocracia ni a

los criados.

Tratan, sencillamente, de la clase social a la que ella pertenecía y que conocía bien, lo que se llama la *gentry*, la baja y mediana aristocracia rural, en la que había caballeros, clérigos, muchos de ellos sin fortuna, aunque con cierta formación. También aparecen algunos militares, profesionales liberales como excepción y una gran cantidad de viudas, viudos y jóvenes casaderas.

El telón de fondo lo tenía a mano, era su propia sociedad, la gente que la rodeaba, las normas sociales de su época. El talento lo traía de serie y el estilo se fue depurando desde sus primeros escritos a los catorce o quince años hasta sus novelas mayores.

Se ha dicho en ocasiones que la escritora halló una especie de paraíso en su estancia en Chawton. Pero nada más incierto. En realidad, era muy consciente y así lo siguió manifestando en su obra, que estaba allí de favor.

Y la situación nunca podía obviarse pues trataba continuamente con la rama rica de la familia, la de los Knight, representada por su hermano Edward y sus hijos. No es fácil olvidar que debes a alguien tu bienestar y eso se trasluce en los pensamientos de sus personajes.

Para añadir más leña al fuego, parece que las dos ramas de la familia, los Austen y los Knight, no se llevaban bien y la prueba está en que a la muerte de Jane iniciaron una competición bastante obvia para lograr hacerla suya.

Esto, que se llama apropiación, continuó con el paso de los años.

LA TRILOGÍA DE STEVENTON

Sentido y sensibilidad (Sense and Sensibility) Título original: *Elinor and Marianne*

[Escrita en 1795, revisada en 1809-1811, publicada en 1811]

LA CARA Y LA CRUZ… O QUIZÁ NO TANTO

Los Dashwood llevaban mucho tiempo establecidos en Sussex. Dueños de extensas propiedades, vivían en Norland Park, su residencia familiar; allí, durante muchas generaciones, la respetabilidad de sus costumbres les había granjeado el general aprecio de los habitantes de la zona. El último propietario había sido un soltero que vivió hasta una edad muy avanzada y que durante muchos años tuvo a su

hermana como compañera y ama de llaves. Pero la muerte de esta última, acaecida diez años antes de la suya, produjo grandes cambios en su hogar; porque para compensar su ausencia, el terrateniente invitó y recibió en su casa a la familia de Henry Dashwood, su sobrino, el heredero legítimo de sus propiedades y la persona a quien se proponía legarlas. En compañía de su sobrino y de su esposa, junto con las tres hijas de ambos, transcurrieron de manera muy agradable los últimos años de la vida del anciano caballero.

Elinor y Marianne Dashwood son las dos hijas mayores del señor y la señora Dashwood. Como se ve no tenían fortuna propia, ni su padre la había tenido, sino que su bienestar dependía del legado de un pariente. Era un hecho muy corriente. Las personas con buena situación económica y sin descendencia se aseguraban la compañía y el trato de parientes pobres a los que favorecían, ofreciéndoles una vida mejor y la posibilidad de una buena herencia. Esto fue lo que ocurrió con las Dashwood. Pero esta situación se truncó porque a la muerte de su padre, cuyo matrimonio con su madre era en segundas nupcias, la herencia no fue para ellas sino para el hijo varón del primer matrimonio. Así funcionaban las cosas. Las Dashwood, acostumbradas a vivir en las mejores condiciones posibles, se vieron

abocadas a cambiar de residencia y a subsistir humildemente. Este es el arranque de la novela y en ese contexto las dos hermanas tienen que sobrevivir junto con su madre y su hermana pequeña, Margaret. En este sentido la novela trata de superación y de supervivencia.

Desde el principio es Elinor la que se hace consciente de lo que ocurre e intenta llevarlo de una forma adecuada, sin histrionismos ni lágrimas. O sin demasiadas lágrimas. Sabe que todo es diferente y procura adaptarse a la nueva situación. Tiene que tirar de la familia y de hecho se convierte en la principal fuerza de esta. Mucho más al quedar claro que no van a recibir ayuda por parte del heredero, su hermanastro John Dashwood, un tipo dominado por su mujer, Fanny Ferrars, de escasa dignidad y de comportamiento bastante deplorable. El diálogo entre ambos, cuando están decidiendo cómo debe John responder a la promesa hecha a su padre en el lecho de muerte de ayudar a su madrastra e hijas, es antológico. Entre la ironía, la sátira y la crítica, la cuestión comienza siendo cómo se puede ayudar a las cuatro mujeres y termina acordándose que, en realidad, ellas estarán, incluso, en situación de prestar su ayuda al matrimonio. El diálogo es un prodigio literario, muestra inequívoca del tono satírico de la autora, incluso en temas muy delicados como este. No parece que Austen tuviera excesiva confianza en la bondad de la naturaleza humana y más de un caso tuvo que contemplar de este mismo tenor y

que reforzaba esa idea.

Hacer una buena boda es, por lo tanto, una necesidad acuciante para al menos una de las chicas mayores, que tienen diecisiete y diecinueve años cuando la historia arranca. Esa boda habrá de garantizar el cuidado y el confort del resto de la familia. Por lo tanto, no es un pensamiento egoísta sino todo lo contrario, solidario. El individualismo se consideraba fuera de lugar, era la familia la unidad social en la que se basaban la vida y el desarrollo personal. He aquí una idea de gran importancia y que merece un

mayor interés en futuros estudios sobre la autora: la forma en la que la familia es el eje central de la vida social y personal de todos ellos y cómo todos a su manera intentan contribuir a ese núcleo o al menos no perjudicarlo. Hay una gran exposición de las posturas egoístas en algunos momentos y, por el contrario, una bondadosa visión de las que redundan en beneficio de la colectividad familiar.

A dos chicas corresponden dos caballeros, pero, en este caso, hay tres: el coronel Brandon, el señor Edward Ferrars y el señor Willoughby. Tres hombres absolutamente diferentes tanto en carácter como en condiciones.

El primero tiene fortuna propia, el segundo depende de la posible herencia de su madre y el tercero está al albur de una tía bastante caprichosa. Elinor se enamora de Edward Ferrars con ocasión de la visita de este a Norland, la casa familiar, a la que llega porque es hermano de la temible Fanny, la esposa de John el hermanastro. Edward es un hombre tímido, poco brillante y sin atractivo físico, pero tiene buen corazón, nobleza y una gran afinidad con ella desde el principio. Son almas gemelas. La afinidad de caracteres es la gran cualidad que Austen destaca como esencial para un matrimonio feliz. Ambos tendrán que pasar por algunas pruebas antes de conseguir estar juntos. Parece que la única persona decente y sensata de los Ferrars es él precisamente, porque más adelante conoceremos también a su hermano y a su madre, ambos poco agradables y muy egoístas.

Por su parte Marianne pierde la cabeza, literalmente, por un guapo tarambana, Willoughby, nada recomendable y que, después de enamorarla, se marcha a Londres. La vida de este tipo tiene zonas oscuras que solo se comentan en voz baja y con recelo. No es nada edificante y dice mucho de su carácter caprichoso y sin principios. Una amoralidad que no es un caso único en las novelas de Austen y sobre la que ella no opina, aunque la trama condena de alguna forma esos caracteres. Hay un cierto paralelismo entre

este personaje y otros de conducta reprochable: Wickham, de *Orgullo y prejuicio* o Henry Crawford de *Mansfield Park*. Incluso hay algunos rasgos comunes con el Frank Churchill de *Emma*, a pesar de que este tiene bastante más suerte, no solo porque recibe una herencia cuantiosa de su tía sino porque, además de tener un padre solícito, tropieza con una muchacha que puede conducirlo por un camino bastante más aceptable, la enigmática y elegante Jane Fairfax.

Willoughby, como todos los guapos sin fortuna, va a la caza de alguna muchacha con dote a pesar de que en el fondo quiere a Marianne, aunque la pobreza relativa de ella es un impedimento que nunca salvará. Se muestra aquí que en esta clase social solo existían tres posibilidades (vivir de las rentas, ser clérigo o militar) porque el trabajo estaba mal visto, y, por tanto, casarse bien era una necesidad tanto de hombres como de mujeres. Esta es una realidad que las propias protagonistas comentan en ocasiones. Por muy buenas intenciones que tenga un muchacho, enamorarse de alguien sin dote no resulta razonable si ellos mismos no poseen una fortuna considerable.

Los hombres pobres estaban casi tan limitados en sus posibilidades de afecto como las muchachas pobres. Las alternativas laborales de ellas eran, desde luego, todavía menores: ser institutrices parece ser la única salida honorable. De eso se queja amargamente Elinor Dashwood: no tenemos lo necesario para vivir con decoro y no nos dejan ganarnos la vida, viene a decir.

El coronel Brandon es el segundo hombre, el que aparece para salvar a Marianne de la tristeza del desamor. Sus cualidades son ampliamente ponderadas por todos y tiene un pasado triste que él no quiere evocar. Por supuesto es un hombre rico y respetado con unos años más que Marianne lo cual, según se mire, es una bendición del cielo y algo nada raro en la época porque se exigía que el hombre tuviera la vida resuelta antes de casarse. La

enamoradiza Marianne, la Marianne que lee sonetos de Shakespeare, la que sufre intensamente por la conducta errática y engañosa, poco honesta, de Willoughby, se conforma (es una manera de decirlo que parece ajustada al caso) con vivir junto a alguien que la va a cuidar, querer, respetar y proteger. Es un salvoconducto contra su propio carácter propenso a la locura de amor.

La enfermedad que sufre Marianne en medio de la crisis es un aviso. Es también un caso excepcional en las novelas de Austen, donde no parecen existir sino dolencias leves. Aquí la enfermedad ocupa un

lugar importante porque señala un antes y un después en la actitud de la joven. Unas fiebres incontrolables que no tienen razón de ser y que solo pueden ser debidas a un estado emocional tan intenso que lleva al desvarío. Hoy hablaríamos de estrés, de depresión, de relaciones tóxicas, de dependencia emocional, pero en ese tiempo uno enfermaba como estaba previsto. La cura con sanguijuelas y los paños fríos eran el remedio para que la fiebre pasara y la resistencia del paciente hacía el resto. Da la impresión de que Marianne se deja arrastrar por su dolor y no quiere seguir viviendo, pero, al final, una especie de impulso de supervivencia aflora y se salva. Esto mismo es una apuesta por la esperanza y lo es porque es un libro de Jane Austen y no de alguna de las Brontë que, de seguro, hubieran dejado morir a la pobre Marianne entre reconvenciones por su mala inclinación. En las novelas de Austen nadie muere. Todos los que han de morir, ya han muerto al iniciarse la historia. La muerte es el pasado y sus consecuencias. Cuando Marianne abre los ojos es el coronel Brandon el que está cerca, el hombre firme y virtuoso, el baluarte de seguridad. Y también está en su convalecencia.

Marianne debió sentirse asustada al comprobar a qué desgracia la había abocado su pasión por Willoughby y tomará nota de ello. Por eso la novela es también de aprendizaje. Las heroínas de las historias góticas se

despeñaban por el horror, no eran capaces de mirar con sosiego y no se dan cuenta de los errores o no pueden evitarlos. Austen logra que sus mujeres apliquen la sensatez incluso en los momentos más convulsos. Este logro biográfico no tendrá continuidad en las escritoras del pleno novecientos, cuyas protagonistas andan entre el desvarío, el maltrato y la obcecación.

La unión con el coronel Brandon asegura la salvación de Marianne, que guardará en un cajón las ilusiones viejas para protegerse a sí misma. Es cierto que no hay aquí un amor apasionado pero la pasión está sobrevalorada, parece decirnos Austen, sobre todo porque tiene fecha de caducidad, y la tranquilidad de una buena convivencia es mucho más deseable. Afinidad, respeto, complicidad, entendimiento, son las palabras que pueden llevar a un estado matrimonial estable y adecuado. Amor, pero de cierta clase. Y hay muchas clases de amor, podemos deducir también de la novela.

De forma paralela a la tragedia y resurrección de Marianne está la vida íntima de Elinor, siempre a resguardo. Aparenta ser una mujer volcada hacia los demás, sin privacidad. Pero no nos engañemos. Su inclinación hacia Edward Ferrars, que parece correspondida aunque

tímidamente, se verá frenada por la inesperada confesión de una señorita llamada Lucy Steele que le contará en confianza (es decir, impidiendo así que Elinor pueda contrastar esa información o, al menos, desahogarse contándola a su vez) su secreta y antigua promesa de matrimonio con el propio Ferrars, pupilo de un tío clérigo en otro tiempo. Esto dejará a Elinor desolada y nos mostrará a los lectores el *modus operandi* de las mosquitas muertas.

Consiste en presentarse como víctimas, como gente discreta y sufriente, involucrando a los demás en sus problemas para lograr sus fines. No otra cosa es lo que pretende Lucy al contarle su secreto precisamente a Elinor. Y

lo hace porque ha oído rumores (los rumores son cosa de todas las épocas y

ambientes) acerca de la posible afinidad entre Elinor y Edward. Ferrars es un hombre honorable y ella una arpía interesada, de modo que únicamente el hecho de que su madre lo desherede dejando su fortuna a su hermano lo salva de caer en las garras de Lucy.

La novela da aquí un giro curioso. La madre de Edward lo deshereda al enterarse de su compromiso con Lucy, que no tiene un penique, y al contravenir su deseo de que se case con la señorita Morton, que posee una importante dote, así que no se entiende cómo luego es tan permisiva con su segundo hijo, Robert, que hereda su dinero y con quien termina desposándose Lucy, siempre atenta a una mejora de su posición. La autora da a entender que Lucy despliega con su suegra las artes de seducción que utiliza con todo el mundo para salirse con la suya. Esa mano izquierda, mezcla de servilismo y de impostura que tan buenos resultados le da. El tipo de mujer que Lucy Steele representa aparece en otras novelas de Jane Austen, dando a entender que era moneda corriente en la época. Y en todas las épocas, debo añadir.

Elinor, con su paciencia, su serenidad y su autocontrol (es un ejemplo claro de esto último) termina por casarse con Ferrars y se acomoda divinamente a la vida de clérigo rural que este debe llevar. Por supuesto aquí de nuevo el coronel Brandon hace una intervención gloriosa. Suyo es el beneficio eclesiástico que ocupará Ferrars. Quizá la existencia plácida de la esposa de un pastor, con sus obligaciones a la hora de llevar la casa y los criados, las labores relacionadas con la vida doméstica y el campo, la ayuda a su marido en la atención a los feligreses, fuera una meta feliz para la propia autora que, sin embargo, no la llevó nunca.

Si esta fuera una novela moralista podíamos entender que el verdadero amor no es nunca un río impetuoso que te lleva al precipicio y que es mejor casarse bien que casarse con el corazón encogido, pero el desenlace elegido

para Elinor lo desmiente. Ella quiere de verdad a Edward y su carácter sin exageraciones encuentra en él la afinidad necesaria para ser feliz. Se trata, quizá, de mostrar todas las formas de amar y ser amado que Jane Austen tenía en la cabeza. Y la importancia del afecto, algo que se muestra con claridad en todas sus novelas.

El debate filosófico está servido, no obstante. O, más exactamente, el dilema moral. La contraposición entre la expresividad elocuente de Marianne, por la cual todo el mundo sabe de sus amores y desamores, y la discreción intimista de Elinor, abre una discusión entre posturas que, aún hoy, encontramos a nuestro alrededor. Si Marianne hubiera vivido en esta época quizá usaría las redes sociales y lanzaría corazones a modo de emoticonos dirigidos a Willoughby. Por su parte, Elinor estaría ausente del trasiego virtual y guardaría para sí, en una incomunicación no exenta de sufrimiento, sus deseos insatisfechos. Elegir una u otra postura no nos es dado porque depende más del carácter que de la voluntad, pero quizá Jane Austen quiera mostrarnos, si no una opinión sobre cuál le parece mejor (porque ella se mantiene neutral), sí las consecuencias de una y de otra.

Aunque a Marianne termina por salvarla el amor desinteresado y cabal del coronel Brandon ¿quién puede resarcirla del sufrimiento anterior? ¿no era una especie de alejamiento de sí misma y del mundo lo que pretendía al perder sus ilusiones? En este sentido, la actitud de Elinor es mucho más moderna, independiente y realista que la de su hermana, de modo que encontramos en un mismo libro dos protagonistas que representan un modelo que debía superarse y otro al que se debía aspirar.

El quid de la cuestión puede estar en las posturas de ambas ante un mismo fenómeno: el enamoramiento. Marianne vive para sí y para su amor, mientras que Elinor se encarga de llevar la casa, de ayudar a su madre, de vigilar que sus hermanas estén bien, de controlar los números en un estado

de casi necesidad como el que viven, en suma, tiene obligaciones que debe cumplir. No puede soltarse la melena, gritar su sufrimiento o encerrarse a llorar. Eso lo hace Marianne porque el resto del mundo no le interesa o no forma parte de ella. Su focalización en el amor la lleva a hundirse cuando este falla.

Da la impresión de que la madre, la señora Dashwood, está más cerca de Marianne que de Elinor. Seguramente porque esta última es autosuficiente, o lo parece, y no necesita guía. Marianne y su debilidad son una fuente de preocupaciones para la señora Dashwood quien, al fin y al cabo, está buscando lo que todas las madres Austen: una buena boda para sus hijas.

En el libro hay algunos otros personajes de mujer que destacan por su peculiaridad. Sobre todos ellos, la señora de John Dashwood, de soltera Fanny Ferrars, a la sazón hermana de Edward y Robert. Fanny es una arpía.

No tiene consideración ninguna hacia los demás y manifiesta una especial inquina contra las Dashwood, quizá para acallar su mala conciencia al haberlas desposeído de su casa y su fortuna en virtud de la preeminencia masculina que ostenta su marido. Fanny es desagradable, egoísta, molesta y casi malvada. No siente la mínima empatía por el otro y consigue manejar a su marido de la forma más conveniente para ella. No es que este sea inocente de la fechoría, antes al contrario, es culpable en grado sumo.

Fanny es una Lady Susan (*Lady Susan*) sin belleza y con mal estilo. Es también, una señora Hurst (*Orgullo y prejuicio*) con malos modales. O

quizá una Mary Elliot (*Persuasión*) con peor carácter y sin achaques de salud. Un tipo de mujer desagradable, fatuo y lleno de defectos que la autora no se molesta en disimular. Su intervención siempre es negativa para los demás y beneficiosa para ella misma. Su marido es una marioneta que llega a olvidar, incluso, la promesa hecha a su padre moribundo. Es, lo

hemos dicho, una arpía con todas las letras. Hoy diríamos que es una persona tóxica.

Resulta curioso pensar el motivo por el que Austen publicó esta novela en primer lugar y no *Orgullo y prejuicio*, que también estaba acabada en ese tiempo. Puede ser que se diera cuenta de que esta última era mucho más innovadora y que el tiempo de *Sentido y sensibilidad* y su vigencia estaban acabando. La figura de Marianne, incluso añadiéndole toda la poesía de una amante de Shakespeare, resulta demasiado “romántica” y excesiva, con lo que es más difícil identificarse con ella. Sin embargo, en una lectura más profunda sabemos que plantea cuestiones que tienen enorme vigencia y que esa dialéctica entre la razón y el sentimiento no es, en realidad, una forma de oposición entre ambos sino de definición de la manera en que

influyen en la conducta humana.

Publicar significó para Austen el punto de partida de una nueva etapa en su vida. En el invierno de 1810 su hermano Henry, que vivía en Londres y estaba bien relacionado, logra que el editor Thomas Egerton se interese por *Sentido y sensibilidad*. Las condiciones de la publicación eran muy parecidas a lo que hoy llamamos autopublicación, porque editor y autora iban a comisión. Estaba claro que Egerton no se fiaba demasiado del producto y, además, tampoco iba en la línea de su editorial, dedicada básicamente a temas militares. En octubre de 1811, un año después del acuerdo (los trabajos de impresión eran muy arduos y duraban muchísimo tiempo) sale el libro a la luz y su salida se ve reflejada en cuatro medios de comunicación. El aviso de la publicación puede leerse en *The Star* y en el *Morning Chronicle*. Pero, además, hay dos reseñas bastante favorables en *Critical Review* y en *The British Critic*. Me gusta figurarme la gran alegría de Jane Austen al confirmarse la publicación y al ver la obra, por fin, en sus

manos. También el nerviosismo ante las críticas. Después de tanto tiempo todo esto tuvo que ser un revulsivo para su vida y su vocación.

Es evidente que el anonimato inicial no podía durar mucho tiempo, pero también se entiende la intención de la autora. El argumento de la novela, con todo lo que conlleva el hecho de que las Dashwood se quedaran en la calle a la muerte del padre, no era ajeno a lo que sucedía en la vida real y, además, ella misma estaba en una situación parecida. Así que mucha gente podría verse aludida, como así fue. No conocemos la reacción de las personas cercanas, pero sería interesante saberlo. Aunque hoy consideremos que la evidencia del problema es un anacronismo social, en aquel tiempo había que ser muy atrevida para denunciar esta situación que movía los cimientos del mayorazgo y proclamaba la situación de precariedad de las mujeres. Esto no ha sido suficientemente ponderado por la crítica posterior.

No es lo mismo escribir de las cruzadas, hablar de doncellas desairadas por aristócratas confusos, o de mal de amores que acababa en inmensos lagos, que hacerlo de la gente normal con la que uno se cruza cada día. Esto no solo resulta más subversivo y atrevido, sino más innovador y peligroso. ¿De qué habla ese libro? podían preguntarse los vecinos de Jane, sus conocidos o la gente de la misma clase social. De nosotros, sería la respuesta.

Sobre el carácter de las hermanas Dashwood y su parecido con la propia Jane se ha escrito mucho. Sin embargo, da la impresión de que ambas presentan posturas extremas bastante lejos de la ecuanimidad

que caracteriza a la autora, lo que no quiere decir blandenguería ni equidistancia. Probablemente la mujer ideal sería la mezcla de ambas y quizá por eso Jane no se decidió por una u otra. Aunque eso es también una característica de su literatura, no describir, sino mostrar. Y luego, que cada cual saque sus conclusiones. Esto es, asimismo, otra prueba más de su

modernidad, porque concede al lector la facultad de discernir, de mantener su criterio y de opinar sin cortapisas.

Orgullo y Prejuicio (Pride and Prejudice) Título original: *First Impressions*

[Escrita en 1792, reescrita en 1812, publicada en 1813]

CINCO CHICAS CASADERAS

Es una verdad universalmente aceptada que un soltero en posesión de fortuna ha de buscar esposa.

Por muy poco que se sepa de los gustos u opiniones de tal varón cuando se incorpora a una comunidad, esa verdad tiene tanto arraigo en la mente de las familias circundantes que se le considera, por derecho, propiedad de una u otra de sus hijas.

Este inicio, uno de los más famosos de toda la literatura universal, muestra a las claras el resumen de su contenido. *Orgullo y prejuicio* trata de bodas.

Y una boda no es ninguna tontería sino todo lo contrario. Es el acontecimiento que estructura el orden social, decide la vida de una familia entera y aventura el grado de dicha o de infelicidad de dos personas y de sus allegados. Es tanto un compromiso sentimental, como un acuerdo, un contrato, una obligación, una necesidad. Pocas veces una elección libre. No es un hecho que incumba a los contrayentes en exclusiva, sino también a sus familias respectivas.

Los Bennet son una familia de la *gentry* que vive en Longbourn, un enclave rural cercano al imaginario pueblo de Meryton. La familia está formada por el padre, la madre y sus cinco hijas: Jane, Elizabeth, Mary, Kitty (Catherine) y Lydia. Jane es muy bella y sensata, delicada y sincera.

Elizabeth es ingeniosa, atrevida y tiene unos hermosos ojos. Mary pasa todo el día leyendo libros sesudos de los que saca poco aprovechamiento. Kitty y

Lydia, las menores, son alocadas y solo piensan en bailar con los soldados del acuartelamiento cercano. Aquí, los militares (normalmente pertenecientes a las milicias territoriales y no a la marina) no luchan, sino que lucen sus casacas rojas en fiestas de sociedad y hacen estragos entre las chicas. La prueba de que este estado de cosas fue duradero debido a los años en que el país estuvo en guerra es la afirmación de la señora Bennet de que ella, en su juventud, también bebía los vientos por los casacas rojas.

Los caracteres de las hermanas son muy distintos y la autora despliega un verdadero muestrario. Los señores Bennet no son un modelo de

matrimonio feliz. El padre no respeta a la madre y las hijas lo saben. Hablamos de verdadero respeto, del respeto intelectual, el que pasa por no desairar a la otra persona o no ridiculizarla. Además, el señor Bennet manifiesta mayor confianza y complicidad con sus hijas mayores que con su propia esposa y esta es una distorsión de los roles familiares que, aunque frecuente, nunca da buenos resultados. Hay un desprecio implícito hacia la esposa en esta forma de actuar.

La madre se está poniendo, es cierto, continuamente en evidencia.

Cambia de humor sin razón aparente, hace comentarios indiscretos, demuestra una falta de seso que pone sobre aviso a quienes la rodean.

Queda mal ante las amistades y sus hijas, que se dan cuenta de todo ello, no siguen sus advertencias y, por supuesto, no la obedecen. Más que una educación liberal es una no-educación. Resulta milagroso, por tanto, que, al menos las dos mayores sigan una recta senda. El recurso que la madre emplea para lograr lo que desea, sus "pobres nervios", no es más que una excusa para no asumir responsabilidades y no aceptar sus propios errores.

El modelo conyugal que tienen ante sus ojos las muchachas no puede ser más negativo. Dado que es la única de sus novelas junto a los poco conocidos señores Morland en las que los padres de las protagonistas

forman un matrimonio estable, el hecho de que el ejemplo de conducta sea este, resulta muy interesante. Da la impresión de que Austen quiere mostrarnos lo que no debe ser.

Jane Bennet (la señorita Bennet, porque solo la hija mayor era acreedora de ese tratamiento) es, pese a todo, una muchacha sensata y discreta. Su belleza corre pareja a su serenidad y su bondad. Es una chica perfecta. Por eso no es la protagonista. Este puesto se reserva a la segunda hija, Elizabeth, atractiva, con bonitos ojos y agradable figura, pero, sobre todo, ingeniosa, inteligente e intrépida. Esta puesta en valor de las cualidades intelectuales no obsta para que la gracia, el sentido del humor y el trato agradable de Elizabeth también se ponderen.

Jane y Elizabeth mantienen una relación de complicidad que refleja muy bien la que pudieron tener en la vida real Jane y Cassandra Austen. Y es muy parecida a la de Elinor y Marianne Dashwood (*Sentido y sensibilidad*).

Hermanas distintas en carácter, pero que comparten vicisitudes, sueños y decepciones. La empatía superlativa que tiene Jane Bennet se

contrarresta con la visión práctica de Elizabeth. Esta es una mujer moderna en todos los aspectos, también en su preocupación por la salud representada en su afición al ejercicio físico, por ejemplo.

Las dos hermanas pequeñas forman un equipo también. En medio queda Mary, ocupada en sus libros. Aquí representa Austen una figura femenina algo tópica, poco agraciada, libresca, pero con escaso sentido común, lectora compulsiva pero que no asimila lo que lee. Es una sátira de aquellos que leen mucho y aprenden poco, aquellos que sueltan nombres de libros y autores en plan fatuo. Mary está destinada a cuidar a sus padres en la vejez, aunque, quién sabe, quizá el destino le depare un encuentro tardío con algún clérigo con el que pueda casarse.

Y luego están Kitty y Lydia, descerebradas, muy parecidas entre sí, por más que la pequeña arrastre a la otra porque es más decidida y descarada.

Lydia es la favorita de la señora Bennet, al igual que Elizabeth lo es del padre. A Lydia y Kitty les encantan los oficiales, los bailes, los vestidos y los sombreros. De las dos hermanas será Kitty la más afortunada porque tras la huida de Lydia con el señor Wickham, ella va a estar en el punto de mira de los demás para que no haya otra caída y se beneficiará de los matrimonios de sus hermanas mayores, ya bien casadas, a las que acompañará en sus mansiones durante largas temporadas. Las buenas influencias contribuirán decisivamente a la formación del carácter de las jóvenes, según la idea que defiende Austen. Se educaba con el ejemplo.

Para Kitty pasar algunos meses al año con Elizabeth o con Jane es una oportunidad de relacionarse con personas adecuadas, de fortalecer su carácter y de madurar.

Esa educación, por otro lado, la realizaba no solo la familia nuclear sino también la familia extensa, todo ese ejército de tíos, primos, parientes en general e, incluso, amigos y vecinos. En los entornos rurales las relaciones eran muy estrechas y daban lugar a que todos se conocieran con un alto grado de cercanía y a que, por lo tanto, se estuviera al tanto de lo bueno y lo malo de cada cual. Cualquiera podía reñir a un niño, imponerle un castigo u opinar sobre su conducta. El concepto de “intimidad” no estaba desarrollado. En realidad, la mayoría de los asuntos eran públicos y este hecho es admitido por todos.

La señora Bennet se empeña en que sus hijas se casen bien. Y no lo

hace por un mero deseo personal sino porque, en realidad, esa es la única salida para sus vidas. Como si las apuntara a una academia para estudiar corte y confección o las obligara a hacer oposiciones. Por mucho que se la tache de casamentera y de frívola, en realidad esa preocupación tiene un enorme

fondo de realidad. Las tierras, la renta y la casa, están vinculadas a la rama masculina de la familia. Ellos no tienen hijos varones, de modo que será un primo, el señor Collins, el que a la muerte del señor Bennet lo herede todo, casa incluida. El señor Bennet, confiado en tener un hijo varón, no ha ahorrado nada, más bien no ha reparado en gastos. No es tampoco un hombre sensato, aunque su manera de huir de los problemas no sea refugiarse en sus "pobres nervios" sino en su biblioteca. Pero, al fin y al cabo, su conducta ha sido tan poco previsora como la de su esposa. Quizá en este reparto de culpas no resulta justo que las hijas, sobre todo las mayores, culpen más a la madre que al padre aunque no se diga expresamente.

En la búsqueda de buenos partidos (al menos uno, para que pueda tirar de toda la familia) se entrecruzan los encuentros con jóvenes de posibles. El señor Bingley, que tiene cinco mil libras al año de renta, llega de forma providencial al vecindario. El señor Darcy, su amigo, mucho más rico pero menos amable, poseedor de la hermosa casa de Pemberley, en el Derbyshire, lo acompaña en su estancia en Hertfordshire.

El señor Collins en su intento de buscar esposa pedirá matrimonio a Elizabeth pero ante su negativa (Elizabeth es la única heroína de Austen que dice "no" dos veces a una propuesta de matrimonio) se casará con Charlotte Lucas, una señorita amiga de la familia que no está enamorada del clérigo pero prefiere tener su propio hogar antes que vivir al amparo de algún pariente masculino. Aquí Jane Austen nos muestra dos reacciones diferentes a una misma situación. Y no toma partido, al menos no con claridad. Charlotte Lucas sabe que la única oportunidad de tener casa propia es casarse con el insoportable señor Collins y acepta conociendo lo que hace. Es verdad que intenta mermar los inconvenientes con algunas triquiñuelas prácticas en la vida diaria, pero, como ella dice, no es

romántica ni le da importancia al amor. A Elizabeth Bennet esta actitud de su querida amiga la decepciona, pero luego mantiene con ella una relación cordial, quizá con alguna reserva interior que antes no existía. Los matices de su reacción son interesantes de conocer.

Las relaciones amorosas en todas sus vertientes (la afinidad, el gusto,

el deseo, la complicidad, la pasión, la atracción física, el amor, el cariño) son el motivo principal del libro y la disección que se hace de ellas es abrumadora. Sentimientos profundos, frivolidad, búsqueda de un buen marido, conveniencia, deseos insatisfechos, aspiraciones frustradas, todo eso forma parte del cóctel. Y al final habrá nada menos que cuatro bodas.

No bate el récord de *Emma*, donde hay cinco, pero se le acerca.

Además del señor Collins, el clérigo primo y heredero de los Bennet, un tipo ridículo que habla sin pensar, y de los mencionados Darcy y Bingley, hay otros personajes masculinos en la trama, como el señor Wickham, por ejemplo, el modelo de tipo interesado, mentiroso, depravado y engañabobas. Su apariencia física, que a todas las chicas encandila, no tiene nada que ver con su carácter o sus inclinaciones. Es capaz de mentir, de engañar, con tal de cumplir su objetivo de vivir bien y de hacer su gusto. No tiene ningún sentido de la responsabilidad ni de la lealtad y, en realidad, llega a rozar conductas delictivas, como esa relación que se narra con la hermana de Darcy, Giorgiana, de solo quince años, a la que pretende, con malas artes, seducir. O el pseudo rapto de Lydia Bennet, de la misma edad, que cae a sus pies y con la que se escapa en dirección a Londres (no a Escocia, donde podría pensarse que se casarían). Eso sin contar todas las deudas de juego que deja en Meryton y que tendrá que satisfacer el señor Bennet con dinero ajeno. Esta conducta ignominiosa es un baldón que cae sobre toda la familia y las muchachas lo saben. Lydia es una insensata que no acierta a comprender el alcance de sus actos, pero en ese tiempo y en ese

lugar todas las acciones malas abarcaban a la fama de la familia entera.

Podemos imaginar los comentarios que hubo en toda la comarca sobre la marcha de Lydia con el militar. Y un hecho así, todos lo saben, puede acabar con las aspiraciones matrimoniales de toda una familia. En la figura de Wickham pueden encontrarse las dos cuestiones que a la autora preocupa cuando no hay coherencia entre una y otra: la conversación y la conducta.

Se trata de un hombre sociable, popular, amable y de maneras muy atractivas en las formas. Pero su fondo humano no se corresponde a esta apariencia, sino que su conducta es atroz. Ese otro dilema entre apariencia y realidad está también servido.

El señor Darcy es el personaje masculino más conocido y admirado de

cuantos creó la autora. Ha sido representado tantas veces en películas, series, adaptaciones, dibujos, *merchandising*, que todo el mundo lo conoce incluso si no se ha leído el libro. Este es un problema que resulta de la enorme fama de la obra. Muchas personas opinan y juzgan a raíz de sus adaptaciones audiovisuales lo que supone un cierto atrevimiento porque una película o una serie tienen vida propia y no sustituyen nunca a la obra original y escrita. Darcy ha tenido que oír de todo. Hay una corriente que lo eleva a los altares de la apostura masculina, el encanto físico y la inteligencia, pero existen también los que critican el modelo considerando que la autora nunca quiso decir que era tan guapo, ni tan alto, ni tan atractivo.

Achacan estos últimos el malentendido a la serie de la BBC que en 1995

protagonizó el actor Colin Firth. Se argumenta que hay una confusión entre la apostura del actor y la realidad del personaje. Obtener la referencia exacta es sencillo, basta con ir a las fuentes: «El señor Darcy, el amigo del señor Bingley, pronto llamó la atención de los presentes por su aventajada estatura y buen talle, facciones regulares, nobleza de porte y por la

información…de que contaba con diez mil libras de renta. Los caballeros decidieron que era un hombre de excelente figura y las damas lo declararon mucho más apuesto que el señor Bingley». La discusión carece así de sentido. Está claro que era atractivo y rico. Cuestiones como esta surgen una y otra vez en relación con la obra de Austen, provocando la reacción de sus seguidores en forma de ferviente discusión. El *fandom* austenita es implacable.

Resulta muy curioso el comportamiento despreciativo de las hermanas de Bingley con respecto a la sociedad de Meryton y a las propias Bennet y esta conducta es indicativa de un estado de cosas que se daba cada vez con más frecuencia en la época. La fortuna de los Bingley procede del comercio, algo que era muy corriente en este tiempo en el que emergían nuevos ricos a consecuencia de las actividades económicas que se originan a raíz de la revolución industrial y del comercio con las colonias. Las dos hermanas dependen económicamente de Bingley, pues, aunque Louisa está casada con el señor Hurst, su marido es un caballero sin fortuna, que solo ha aportado un poco de lustre a la unión. No se trata, por tanto, de gente aristocrática, ni siquiera de la burguesía territorial, porque, a pesar del dinero que tienen, cinco mil libras de renta al año, no poseen tierras y esto era determinante.

El padre de las Bennet es un caballero con tierras y aunque su renta sea menor siempre estará por encima en el entramado social. Esto lo sabe perfectamente Elizabeth y lo quiere olvidar, como sea, la absurda Caroline Bingley. Por mucho que ella desprecie a los tíos Gardiner porque viven en un sitio de Londres poco chic o por su trabajo de abogado, en el fondo se trata de una reacción de quien tiene la certeza de haber ascendido en la escala social simplemente por el dinero. En realidad, no se explica que pretenda casarse con Darcy, porque no es de su clase. Ni Bingley es de la

misma clase que Jane Bennet, aunque la boda está bien vista porque se suman el dinero al linaje de la familia.

Orgullo y prejuicio es la novela de Austen en la que con más claridad se representan las clases sociales de la época, incluyendo las rentas anuales de cada una de ellas. A los extremos dinerarios se les presta mucha atención, así como a los detalles domésticos con ellos relacionados. El señor Bennet se ve obligado a ajustar las cuentas de la casa debido a su necesidad. La cantidad con la que dota a su hija Lydia, para intentar que su escapada con Wickham termine en una honesta boda, la aporta su cuñado, el señor Gardiner, ante la falta de liquidez que él padece. Todo supone un retrato socioeconómico muy esclarecedor. Las conversaciones sobre dinero, lejos de ser una cuestión tangencial como suele ocurrir, son aquí algo sustancial.

Las dotes de las chicas, las rentas de los caballeros, todo se convierte en número. El número determina las relaciones, tanto como las familias y tanto como el carácter. Estos tres elementos (renta, familia, carácter) son los que configuran la persona en la época de Jane y ella lo plasmó aquí con una visión irónica que no se aleja del trasfondo crítico.

Se utilizan aspectos de la vida doméstica para significar las diferencias sociales. La señora Bennet deja claro al señor Collins que a sus hijas no se les ha perdido nada en la cocina. Y lady Catherine de Bourgh desciende a decirle a Charlotte Lucas, tras su boda con el señor Collins, cómo debe hacer las maletas o colocar la ropa en los armarios. Se usa así un subterfugio sencillo para expresar la prepotencia de la señora. Es, asimismo, la única novela en la que la visión de los criados tiene alguna importancia, por ejemplo el ama de llaves de Pemberley que habla de cómo era Darcy en su niñez y de sus cualidades como amo, contribuyendo así al aprecio de Elizabeth.

Orgullo y prejuicio es la obra más leída de Jane Austen. Y no solo eso.

Se han realizado tantas adaptaciones en tantos formatos que rara es la jovencita puesta al día que no conoce alguna versión cinematográfica, televisiva o algún libro adaptado. No todas, desde luego, han leído la novela en su integridad, pero los personajes de Elizabeth y del señor Darcy protagonizan romances a todos los niveles

La abadía de Northanger (Northanger Abbey) Título original: *Susan.* Segundo título: *Catherine*

[Escrita en 1798-99, revisada en 1803 y publicada en 1817-1818 como obra póstuma]

GENTE CORRIENTE

Nadie que hubiera conocido a Catherine Morland en su infancia habría imaginado que el destino le reservaba un papel de heroína de novela. Ni su posición social ni el carácter de sus padres, ni siquiera la personalidad de la niña, favorecían tal suposición. Mr. Morland era un hombre de vida ordenada, clérigo y dueño de una pequeña fortuna que, unida a los dos excelentes beneficios que en virtud de su profesión usufructuaba, le daban para vivir holgadamente. Su nombre era Richard; jamás pudo jactarse de ser bien parecido y no se mostró en su vida partidario de tener sujetas a sus hijas. La madre de Catherine era una mujer de buen sentido, carácter afable y una salud a toda prueba. Fruto del matrimonio nacieron, en primer lugar, tres hijos varones; luego Catherine, y lejos de fallecer la madre al advenimiento de esta, dejándola huérfana, como habría correspondido tratándose de la protagonista de una novela, Mrs. Morland siguió disfrutando de una salud excelente, lo que le permitió a su debido tiempo dar a luz seis hijos más.

Catherine Morland es una chica normal, de una familia normal, pero con una cabeza a pájaros debido a que lee continuamente novelas góticas, como, por ejemplo, las de Ann Radcliffe (*El misterio de Udolfo*). De modo que se cree una heroína. Es una creencia personal e íntima que nadie más comparte y menos que nadie su propia familia que tiene claro cómo es la muchacha y a qué puede aspirar. Pero las heroínas supuestas, viene a decir Austen con gracejo, siempre encuentran un cauce por el que impulsar sus sueños y hallar su destino. Y esos son los Allen, que la invitan a pasar una temporada con ellos en la ciudad balnearia de Bath, el centro de la ostentación, donde

ella podrá lucir a modo sus cualidades. Muy pronto, en ese mundo de entretejidos que terminan siempre en lo económico, se concitará el interés de quienes la creen una rica heredera. Y conocerá a dos familias que serán decisivas en su desenvolvimiento social: los Thorpe y los Tilney. Los Thorpe son egoístas, interesados y manipuladores, caracteres todos muy propios de una sociedad que necesitaba con urgencia ser rescatada de la miseria y llevada a la comodidad de una vida basada en una economía lo más saneada posible. Los Tilney, una familia rica que posee la abadía de Northanger, la tendrán como huésped hasta que el padre descubre el error.

La abadía de Northanger es, por tanto, la historia de un gran

malentendido. Una comedia de situación en la que nada es lo que parece, en la que los afectos aparecen camuflados y las chicas tontas y poco formadas son presa fácil del oportunismo, aunque ellas mismas contribuyan en cierto modo a que eso suceda. No puede decirse que Catherine Morland haya recibido una buena educación. Como ocurre con otras mujeres Austen su familia no ha sido nada severa ni ha tenido un objetivo claro al educarla.

Las críticas a la no-educación, no solo intelectual sino, sobre todo, del carácter, están presentes también en esta novela. En realidad, salvo Emma Woodhouse (*Emma*), ninguna de las chicas Austen ha tenido institutriz.

Catherine ha hecho lo que le ha dado la gana y ha ido dando tumbos de una afición a otra. No es que fuera corta de entendimiento… «pero en lo que a estudios se refería, se empeñaba en seguir los impulsos de su capricho» . No consiguió aprender música («estudió la espineta durante un año, pero como en ese tiempo no se logró más que despertar en ella una aversión inconfundible por la música, su madre, deseosa siempre de evitar contrariedades a su hija, decidió despedir al maestro»), tampoco dibujo y asimiló como pudo algo de aritmética, caligrafía y francés que le enseñaron los padres. «No era mala ni tenía un carácter ingrato, odiaba el aseo

excesivo y que se ejerciese cualquier control sobre ella y amaba sobre todas las cosas rodar por la pendiente suave y cubierta de musgo que había por detrás de la casa».

Catherine Morland, ya lo vemos, es un potrillo. También la casa de los Austen en Steventon tenía una agradable pendiente por la que tirarse en los juegos.

Siguiendo con la sátira (todas las explicaciones que da Austen sobre el carácter de Catherine están escritas en ese registro) resulta que la chica fue mejorando a partir de los quince años, se cuidó más, se embelleció un poco y se puso con “lecturas serias” que le proporcionaban «citas literarias tan oportunas como útiles para quien estaba destinada a una vida de vicisitudes y peripecias». Lo único que no logró mejorar fue el dibujo porque «en este terreno no alcanzó tanta perfección como su porvenir heroico-romántico exigía. Claro que, por el momento, y no teniendo a mano a quien retratar, no se daba cuenta de que carecía de esa habilidad». A estas alturas del libro (todo esto son las primeras páginas) ya nos estamos riendo a modo.

Por desgracia la joven Catherine no había conocido aún el amor a los

diecisiete años. Dice la autora que eso era «muy extraño». Aunque añade

«se comprenderá fácilmente si se considera que ninguna de las familias que conocía había traído al mundo un niño de origen desconocido; detalle importantísimo tratándose de la historia de una heroína» .

Sin embargo, «cuando una joven nace para ser protagonista de una historia de amor no puede oponerse a su destino…». Así que surge milagrosamente la invitación del señor Allen, un propietario acaudalado del pueblo en el que viven los Morland (Fullerton) para que acuda con ellos a Bath, el centro balneario y social más famoso de toda Inglaterra. Ahí es nada.

De manera que entra en acción el torbellino de la vida en Bath, donde nada es lo que parece, donde cualquiera puede presumir de ser lo que no es y donde las relaciones sociales se cogen con pinzas. «Los peligros que, como todo el mundo sabe, rodean a los balnearios», dice la autora cuando nos cuenta los preparativos del ansiado viaje. La descripción de la forma en la que la señora Morland se toma la partida de su hija es una obra maestra de la ironía más aguda. No se puede recrear uno más en la emulación paródica de lo que debía ser, según contaban las novelas, ese peligro. La señora Morland, por cierto, es uno de esos personajes poco conocidos pero que tienen mucha trastienda y pueden dar de sí lo suficiente como para dedicarles un párrafo…o un tratado entero.

Durante toda la novela, Jane Austen interroga al lector y le hace preguntas incómodas sobre los personajes. Esas preguntas llevan cargas de profundidad y, por eso mismo, tienen una cantidad de humor y de parodia que siguen haciéndonos reír. Es un vodevil, una continua broma, una comedia de altura.

Catherine Morland es, además de inocente, bastante primaria y poco sofisticada intelectualmente. No ha sido suficiente para cultivarse la lectura constante de novelas góticas, sobre todo las de su amada Ann Radcliffe, a la que menciona con reiteración, destacando su obra *Los misterios de Udolfo* que es para la joven una especie de biblia. Los ratos que dedica a comentar la obra con alguna amiga son especiales y mucho más aún los que emplea en leer la novela.

Esta afición novelesca hace que Austen reflexione sobre el género y también que sus personajes se pronuncien sobre él. La escritora hace una encendida defensa de la novela pero también pone en boca de uno

de sus personajes masculinos, Henry Tilney, el héroe de la historia, algunas frases en relación con la bondad de esas obras y opiniones acerca de que a los

hombres de buen gusto e inteligencia también les interesan. De esta forma, la aprobación de la novela como género literario viene dada tanto por la propia escritora como por sus personajes. Y la consideración que a Austen le merecen las novelas se reafirma con este pasaje del libro, que no deja de resultar enigmático porque desconocemos a qué "colega" se refiere:

«Las ventajas que reporta para una joven bonita carecer de juicio han sido ya destacadas por la brillante pluma de una colega novelista, y a su tratamiento del tema solo añadiremos, para hacer justicia a los hombres, que si bien para la mayor parte, los más superficiales, la necedad en la mujer supone un gran realce de sus encantos personales, hay también otros lo bastante sensatos y bien informados para buscar en la mujer algo más que la ignorancia».

Catherine Morland es "nuestra heroína" pero nada de ello se corresponde ni con su historia, ni con sus cualidades ni temperamento, ni con los hechos que le acontecen. Esa es la primera gran ironía de la novela. Tampoco está rodeada de personas que tengan rasgos heroicos, al contrario. Su amiga Isabella Thorpe, a la que ella considera una persona cabal, resulta ser en realidad, aunque Catherine no se dé cuenta, egoísta y manipuladora al extremo. Solo piensa en ella misma y usa la adulación, el engaño y la falsedad para conseguir sus objetivos. De su hermano, John Thorpe, únicamente pueden decirse cosas negativas. Es cínico, aprovechado e insustancial, además de bastante insoportable, pues pasa todo el día hablando de sí mismo y de sus supuestas e inexistentes hazañas. El hecho de que sea compañero de universidad (Oxford) del hermano mayor de Catherine, James Morland, es la única razón por la que ella se siente obligada a soportarlo.

Con respecto a la señora Allen, la amable anfitriona que la invita a pasar con ella y con su marido una temporada en Bath, se trata de alguien

solamente dedicado a sus vestidos, adornos y chismes. Es tan egocéntrica y pobre de espíritu que solo ve telas y telas en cualquier conversación. No es mala persona, pero resulta aburrida y falta de interés.

En cuanto al general Tilney, el padre de Eleanor y Henry Tilney, tiene

mal ojo para escoger a sus invitadas, lo cual no es raro si sabemos que solo se deja llevar por la apreciación de si tiene o no buenas condiciones económicas. Tan deseoso está el general de tratar con personas de buena posición que se deja influir por las apariencias y aquí Austen nos vuelve a indicar que estas suelen engañar y que las amistades por interés nunca tienen una buena evolución.

La acción de la novela tiene dos escenarios bien distintos. El primero de ellos, Bath, supone el colmo de la frivolidad. Resulta altamente difícil mantener allí el equilibrio emocional y la calidad del espíritu, porque todo se va en charlas, bailes, paseos en calesín, almuerzos y esperas. Por su parte, el segundo escenario, la abadía de Northanger, propiedad de los Tilney y adonde la joven se encamina atendiendo la invitación de estos, por mucho que se le eche fantasía y muchas novelas que uno haya leído no deja de ser un edificio medio en ruinas.

La vida no es una novela, desde luego, y eso Catherine Morland habrá de aprenderlo por fuerza. El hecho de que al final se produzcan las ansiadas bodas no quita para que el camino haya sido decididamente molesto.

«Novela, sí ¿Por qué no decirlo? No pienso ser como esos escritores que censuran un hecho al que ellos mismos contribuyen con sus obras, uniéndose a sus enemigos para vituperar este género de literatura, cubriendo de escarnio a las heroínas que su propia imaginación fabrica y calificando de sosas e insípidas las páginas que sus protagonistas hojean, según ellos, con disgusto. Si las heroínas no se respetan mutuamente, ¿cómo esperar de otros el aprecio y la estima debidos?» .

He aquí la proclama que realiza Jane Austen a favor de la novela aprovechando la charla amigable sobre el tema entre Isabella Thorpe y Catherine Morland.

También hay algo para los críticos literarios, que no se vieron nunca tan justamente vapuleados: «Dejemos a quienes publican en revistas criticar a su antojo un género que no dudan en calificar de insulso, y mantengámonos unidos los novelistas para defender lo mejor que podamos nuestros intereses». Este mitin lo escribe Austen cuando todavía no ha publicado ninguna obra, ni la publicación se otea en el horizonte. Extraordinaria conciencia de sí misma como lo que se sentía, una escritora de novelas.

Y no acaba ahí la cosa. Continúa el párrafo con algunos datos que nos hacen pensar en el panorama literario en la época: «Por soberbia, por

ignorancia o por presiones de la moda, resulta que el número de nuestros detractores es casi igual al de nuestros lectores, y mientras mil plumas se dedican a alabar el ejemplo y el esfuerzo de los hombres que no hicieron más que compendiar por enésima vez la historia de Inglaterra o coleccionar en una nueva edición algunas líneas de Milton, de Pope y de Prior, junto con un artículo del *Spectator* y un capítulo de Sterne, la inmensa mayoría de los escritores procura desacreditar la labor del novelista».

El rapapolvo no se extiende solo a los críticos literarios y la gente del mundillo, sino también a los lectores de novela que niegan serlo: «Si preguntamos a una dama: ¿Qué lee usted? y esta, llámese Cecilia, Camilla o Belinda, que para el caso lo mismo da, se encuentra ocupada en la lectura de una obra novelesca, nos dirá sonrojándose: Nada… Una novela».

Los nombres de la dama en cuestión nos deben recordar la literatura de éxito entonces. *Cecilia* y *Camilla* son obras de Fanny Burney, mientras que *Belinda* lo es de María Edgeworth. Nunca sabremos qué pensaba en

realidad de las novelas de estas contemporáneas porque el tono irónico del libro oculta su verdadera opinión.

La abadía de Northanger es una inmensa sátira, una completa ironía acerca de los males que causan en las jovencitas la lectura de malas novelas. Lo que es muy distinto a leer novelas, algo que la autora defiende en el libro. Las malas novelas, las novelas de argumento manido y de personajes fantásticos, en las que todo lo misterioso es un reclamo, atrapan a las muchachas y las hacen vivir en una burbuja de aventura que no es real.

Como le ocurrió a Cervantes con *El Quijote* se da la paradoja de que se critican determinadas novelas de moda por quienes están llamados a ser genios de la novela universal. Y no deja de resultar extraordinario que defienda con tanto ardor a los novelistas y se considere uno de ellos cuando ni siquiera tiene en perspectiva publicar lo que escribe. Cuánto tesón, cuánto convencimiento, cuánta fe…

La publicación póstuma de la novela, en 1818, junto con *Persuasión,* en cuatro tomos, dos para cada una, reunió obras radicalmente distintas. La distancia cronológica en la redacción de ambas y las vicisitudes de Austen con los editores, que impidieron la publicación de *La abadía* en su momento, dieron lugar a esta circunstancia. Así, mientras *La abadía de Northanger* presenta referencias a las novelas

góticas, *Persuasión* es una novela de futuro, que antecede la novelística victoriana, con sus protagonistas atormentados y sus enfrentamientos familiares y morales.

Además, el tono es, asimismo, opuesto. La primera es una sátira, con tono burlesco y humorístico. En la segunda no hay ni un ápice de humor porque la mirada de la autora ha cambiado y es otra. Poco se ha incidido en este cambio de rumbo que hubiera dado lugar, de no mediar la muerte de Austen, en otras novelas que pudieran confirmar esta evolución. De modo

que resulta casi indiscutible pensar que *Persuasión* abre el camino por el que transitará la senda brontiana y literatura inglesa en general.

LA TRILOGÍA DE CHAWTON

Mansfield Park (Mansfield Park)

[Escrita en 1812-1814. Publicada en 1814]

UNA MUCHACHA DE LAS QUE YA NO QUEDAN

Hará unos treinta años, miss María Ward, de Huntingdon, con una dote de solo siete mil libras, tuvo la buena fortuna de cautivar a Sir Thomas Bertram, de Mansfield Park, condado de Northampton, viéndose así elevada al rango de baronesa, con todas las comodidades y consecuencias que entraña disponer de una hermosa casa y una abultada renta. Todo Huntingdon comentó lo magníficamente bien que se casaba, y hasta su propio tío, el abogado, admitió que le faltaban tres mil libras al menos para tener justo derecho a él. Tenía ella dos hermanas que bien podrían beneficiarse de su encumbramiento; y aquellos de sus conocidos que consideraban a Miss Ward y Miss Frances tan hermosas como miss Maria no tenían reparos en augurarles un casamiento casi tan ventajoso como el suyo. Pero en el mundo no existen tantos hombres de sólida fortuna como bonitas mujeres que los merezcan. Miss Ward, al cabo de seis años, se vio obligada a casarse con el reverendo Norris, amigo de su cuñado y hombre que apenas disponía de algunos bienes particulares; y a miss Frances le fue todavía peor. El enlace de miss Ward no puede decirse que fuera tan desastroso; Sir Thomas tuvo ocasión, afortunadamente, de proporcionar a su amigo una renta con los beneficios eclesiásticos de Mansfield; y el matrimonio Norris emprendió una carrera de felicidad conyugal con poco menos de mil libras al año. Pero miss Frances se casó, según expresión vulgar, para fastidiar a su familia; y al decidirse por un teniente de marina sin educación, fortuna ni

relación, lo consiguió plenamente.

EL FRAGMENTO QUE ANTECEDE, inicio de *Mansfield Park,* es una excelente muestra de lo que significa hacer un buen o mal matrimonio. Hacer un mal matrimonio era capaz de terminar con el amor, si es que este existió alguna vez. Y casarse sin amor era un pasaporte a la infelicidad, porque no siempre se daban las circunstancias adecuadas para que la indiferencia se transformara en respeto y cariño. No parece que Jane Austen fuera

partidaria del matrimonio y desde luego no de cualquier matrimonio. En muchos momentos nos habla sobre eso y da la impresión de que, en su opinión, la mayoría de las uniones estaban condenadas al fracaso. No obstante tenía en su casa un ejemplo de todo lo contrario. El matrimonio de sus padres fue feliz, duradero y pleno de satisfacciones. Sin embargo, debió conocer suficientes ejemplos contrarios a lo largo de su vida.

El argumento de esta obra es largo y complejo. Y el tono no tiene esa visión humorística e ingeniosa de otras obras de Austen sino que es sombrío y desalentador. Hay aquí un cambio, si no de estilo, sí de punto de vista.

Parece como si reflejara lo que la autora piensa de un grupo social con más poder económico y mejor posición social que el suyo, pero también con menos compasión y más egoísmo. El entorno y los personajes difieren del resto de sus novelas y solo la presencia de Fanny Price supondrá una especie de contrapunto. Sir Thomas Bertram, a pesar de sus títulos y su dinero que abarca posesiones en la Antigua (aquí se introduce de pasada el tema colonial), no tiene grandeza alguna, ni un punto de vista fiable sobre las cosas. Su esposa, de soltera Miss María Ward, luego lady Bertram, solo piensa en sí misma, no se ocupa de sus hijos ni tiene más interés que el suyo propio. Lo mismo puede decirse de su hermana, casada con el reverendo Norris y ocupante de la rectoría correspondiente al beneficio de Mansfield.

La señora Norris es una mujer interesada, avara y amante del dinero, que no es capaz de sacrificarse, ni molestarse siquiera por nadie que no sea ella.

Por su parte, la tercera hermana Ward en cuestión, Frances, no tiene ni el mínimo sentido común y, embarcada en un matrimonio insensato, termina por pedir ayuda a lady Bertram, quien se lleva acogida a su mansión a la niña mayor, Fanny, con nueve años.

Pongamos mucha atención porque es la única vez en las novelas de Austen en que se sigue la pista de una protagonista desde su infancia. Los

niños aparecen individualizados, con sus caracteres y sus comportamientos.

Y se verá muy pronto cómo las hermanas Bertram, Julia y María, son tan insulsas y prepotentes como sus padres, y los hijos, Tom y Edmund, no pueden ser más dispares entre sí, pues mientras Tom es un vividor, Edmund ha salido razonable y empático. Un verdadero milagro habida cuenta la crianza y los valores que les han transmitido. La novela separa claramente estos dos planos, en un ejercicio impropio de Austen que siempre suele ser más sutil en las diferencias y deja al lector la opción de elegir. Aquí está todo decidido de antemano: Fanny y Edmund, los buenos y el resto, los malos. Eso le quita brillantez a la novela y la acerca, peligrosamente, a un territorio con más moraleja que intriga.

Otros personajes tienen interés en la trama. Los Grant son un matrimonio que ocupan la rectoría a la muerte del señor Norris. La señora Grant tiene dos hermanos de madre, Mary y Henry Crawford, que van a vivir con ellos cuando se quedan sin la protección de un tío que los tenía acogidos tras la muerte de su madre (ya sabemos que las segundas familias, e incluso las terceras, estaban a la orden del día). Ambos, Mary y Henry, cada cual a su manera, son seres sin escrúpulos. Rara vez dibuja tan claramente Jane Austen a este tipo de manipuladores sin ambages, gente que es capaz de hacer daño, de mover los hilos, de mentir, engañar y hacer todo lo posible por sacar beneficio de situaciones y personas. Son estos personajes los que hacen de *Mansfield Park* una novela muy dura, en la que la compasión brilla por su ausencia y el oportunismo campa a sus anchas. Es difícil ponerle ironía al relato pero, aún así, hay ciertos pasajes que, a la hora de describir los defectos de unos y otros, lo consiguen.

También hay aspectos muy escabrosos y casi obscenos que se plantean en esta novela y en ningún otro libro de la autora, como la causa por la que los hermanos Crawford se van de casa de su tío el almirante. Al parecer este

había llegado al extremo de meter allí a su propia querida. La depravación que la corte vivía de algún modo, con la lista de amantes del regente y luego rey George IV, se refleja aquí. Ese jugueteo emocional lo lleva a cabo Henry, que, a pesar de saber que María Bertram, la hija mayor, está prometida con el señor Rushworth, la

galantea sin control y sin ningún pudor.

La mezquindad y las segundas intenciones, las apariencias que no corresponden a la realidad, el egoísmo puro, son elementos fundamentales de la trama. Una visión muy negativa, o quizá muy realista, de lo que sucede en los aledaños de la aristocracia rural y en una sociedad de ricos.

La catadura moral de la mayoría de los personajes es deleznable y la búsqueda de su comodidad el principal objetivo.

El resumen de la actuación de los personajes es demoledor: sir y lady Bertram están bastante imbuidos de sus razones y ven poco las razones de los otros. Sus hijos, cada cual a su manera, expresan los males de una crianza equivocada, algo que una y otra vez se pone de manifiesto en las novelas de Austen. Las chicas, Maria y Julia, son envidiosas, insensatas y con pocos escrúpulos. Tom, otro de los hijos, es prácticamente un delincuente, un tipo peligroso. Edmund, el que al final se casa con Fanny Price (ella está perdidamente enamorada) tiene poca vista porque se deja engañar por Mary Crawford la mayor parte del tiempo y no distingue lo que tiene delante.

Los Crawford son como los Thorpe de *La abadía de Northanger*, pero bastante más dañinos. Mary y Henry buscan su interés sin pensar en los demás, aunque al final resultan perjudicados por su propia actitud. Los secundarios echan más leña al fuego. Y las referencias a las posesiones en las colonias de Sir Thomas contienen las necesarias alusiones a la

esclavitud aunque tampoco puede decirse que el personaje se muestre todo lo decente que sería necesario para poder pontificar a tal extremo.

Es una novela atípica en el universo Austen, alejada de las otras y con personajes difíciles. ¿Fue un ejercicio literario que, en el fondo, se le fue de las manos? ¿Permanecen en el libro algunos tópicos de la época que actúan a modo de servidumbre temática? La impresión que el libro produce es que tiene muchas aristas por aclarar y muchas interpretaciones por discutir. Da la sensación de que el ambiente de las clases altas inglesas y el propio ejemplo de la Corte influyó más que otras veces en el ánimo de la escritora que lo reflejó en su libro sin poder evitarlo o quizá siendo consciente de que había que visibilizar de alguna forma esa especie de corrupción moral a la que se estaba asistiendo.

Emma (Emma)

[Escrita en 1814-15, publicada en diciembre de 1815]

CASI PERFECTA

Emma Woodhouse, guapa, inteligente, rica, risueña por naturaleza y con una casa magnífica, parecía reunir algunas de las mayores bendiciones de la existencia; y llevaba vividos en este mundo casi veintiún años sin que casi nada la afligiera o fastidiara.

Era la menor de las dos hijas de un padre cariñosísimo y muy indulgente, y como consecuencia de la boda de su hermana se había convertido en la señora de la casa desde muy pronto. Había pasado demasiado tiempo desde la muerte de su madre como para que conservara algo más que un recuerdo borroso de sus caricias, y su lugar lo había ocupado una excelente institutriz cuyo cariño era casi como el de una madre.

Tanto Hartfield, la casa solariega de los Woodhouse, como el pueblo en el que se encuentra ubicado, Highbury, en la región de Surrey, no existen en la realidad. Jane Austen sitúa la acción en lugares imaginados (también lo hace con Meryton en *Orgullo y prejuicio*), aunque sus características podrían ser las de cualquier pueblo de ese condado. Para dar verosimilitud a su existencia incluso añade las distancias del pueblo a otros enclaves, estos sí, reales: 16 millas a Londres, 9 a Richmond, 7 a Box Hill. Es un recurso literario que no empleará en otras ocasiones. El contraste entre estas localizaciones de la campiña es Bath, una localidad recurrente en su obra aunque con connotaciones negativas. No le gustaba Bath, parece que no fue feliz allí pero está presente en sus novelas como contraste, precisamente, a la vida campestre.

Allí vive Emma con su padre, hipocondríaco y cariñoso, muy preocupado por el bienestar de todos. En el pueblo y alrededores residen otros personajes, como la señora Goddard, que tiene un internado de señoritas donde está Harriet Smith, la futura mejor amiga de Emma; la señora Bates y la señorita Bates, abuela y tía de Jane Fairfax; los señores Weston (ella, antigua institutriz de Emma); la familia Martin, granjeros; el señor Elton, que es el vicario y que se casará con una joven de Bath; y el señor Knightley, la otra persona de categoría de la zona. De visita acudirán Jane Fairfax y Frank Churchill, así como el hermano de Knightley, que está casado con Isabella Woodhouse, la hermana de Emma y tienen una caterva de chiquillos.

Cuando el libro se inicia se han celebrado ya dos bodas: la de Isabella,

que vive en Londres y la de la señorita Taylor, después señora Weston.

Otras cuatro tendrán lugar durante y al final la historia: la del señor Elton con la joven Augusta, la de Jane Fairfax y Frank Churchill, la de Harriet Smith y el señor Martin y la de Emma con el señor Knightley. Tal cantidad de enlaces ha dado pie a que se considere que esta es una trama eminentemente casamentera, pero, en realidad, casarse pronto y bien era el objetivo de toda muchacha en la época. Y de sus familias, por añadidura. Es más bien, por lo tanto, una comedia de costumbres. Y resume, de modo magistral, circunstancias, actitudes, normas, ideas, que dominaban la sociedad en la que Jane Austen se desenvolvía y que, por razones de cambio social, estaban a punto de desaparecer. Es, por tanto, un testimonio de un tiempo que no volvería a existir.

Emma se publicó en diciembre de 1815. Fue dedicada al Príncipe Regente. Se distribuyó en tres tomos como era habitual y su autoría seguía siendo anónima. Se había escrito entre 1814 y 1815. Es la novela más optimista de Jane Austen, también la que tiene una mejor estructura

argumental y personajes mejor definidos. No queda nada al azar. Todos los cabos se van atando y todo termina encontrando su explicación. Su ejecución es muy cuidada y precisa, un delicado mecanismo de relojería.

Emma Woodhouse, la protagonista, no lo tiene fácil. Todos la consideran muy inteligente, pero, a veces, esas mismas personas que la rodean, excepto su padre, claro, piensan que utiliza su inteligencia de una forma incorrecta.

Hay gente que la teme incluso. Usar bien la inteligencia no es algo que pueda aprenderse en diez lecciones. Ni siquiera el señor Knightley, su amigo y mentor, ha podido lograr que sea menos impulsiva, que piense algunas cosas antes de decirlas, o que calle cuando hablar causa un efecto negativo. Por su posición social es superior al resto de las personas con las que se relaciona, excepto el señor Knightley, y esto conlleva soledad y también incomprensión. Para buscar amigas lo tiene muy difícil, por ejemplo. La señora Weston al casarse la deja sin la institutriz que la comprendía y estimulaba y sin la amiga que escuchaba sus cuitas. Su hermana mayor se ha casado y vive en Londres. No hay amigas a su altura con las que pueda hablar con soltura y sinceridad. Esto, que se pasa en ocasiones por alto, es un elemento muy importante en el libro. La única persona en la que puede confiar plenamente por su criterio y su actitud es, precisamente, el señor Knightley. Con él no tiene que callarse las ideas, las bromas o

las ocurrencias. El sentido del humor de Emma no es bien comprendido por los demás, porque requiere fina inteligencia y agudo ingenio. Y eso no es agradable para ella, que debe guardarse para sí muchos de sus pensamientos, siendo que le gusta conversar y compartir ideas.

Emma hace verdaderos esfuerzos por ocultar, en ocasiones, su pensamiento que vuela y vuela, traspasa las conversaciones y se posa en algo nunca visto por los otros. Su claridad de mente es un talento, pero también un motivo de distancia. Hay veces en que se encuentra sola. No

siempre los demás aplauden la chispa de sus observaciones. En esos

“demás” no entra, desde luego, el señor Knightley, probablemente el único ser sobre la tierra que alienta la inteligencia de Emma y la considera un atributo adorable.

Emma tiene, con respecto al resto de las heroínas de Austen, un problema añadido. Algo que, difícilmente, puede ser perdonado. Su status económico, su posición social son superiores a todos aquellos que la rodean. Y esto no puede ser considerado una ventaja a la hora de ser querida. Pueden respetarte o temerte, pero quererte es otra cosa. Emma es inteligente y rica.

Y esa segunda cuestión le resta aprecio, le suma reticencias. Además, esa inteligencia abre siempre un resquicio a la duda sobre su propia actuación.

Lo expresa claramente cuando dice «no siempre se sentía tan absolutamente satisfecha consigo misma, tan completamente convencida de que sus opiniones eran las correctas y las del otro las equivocadas, como el señor Knightley». Es decir, la sombra de esa duda revolotea sobre las discusiones entre los dos protagonistas del libro. Y siempre la razón cae del lado de él.

¿Por qué, nos preguntamos? ¿Cede, al fin y al cabo, Jane Austen, en su apreciación de la inteligencia femenina, reconociendo que, a la postre, no puede compararse con la de un hombre mesurado, un caballero, como el señor Knightley?

No sabemos lo que piensa acerca de Emma la enigmática Jane Fairfax, cuyos sentimientos no llegamos a conocer, pero sí oímos claramente a la señora Elton considerar que es una desgracia que el señor Knightley y Emma acaben casándose, y a Harriet Smith, que llega a abominar de la amistad de Emma y de las turbulencias que le ha ocasionado.

Ser mujer y ser inteligente no es fácil. Hagamos una traslación a cualquier época. En muchos tiempos históricos las mujeres han tenido que ocultar lo que sabían y, sobre todo, lo que pensaban. El ideal femenino se ha

sostenido durante mucho tiempo sobre el modelo de la mujer prudente, la columna que sostiene en silencio a la familia. Y, aunque las cosas han cambiado, no se han superado ciertos clichés. El hombre inteligente y sesudo con la rubia tonta, por ejemplo.

Emma se escribió en Chawton Cottage. Es una casa de ladrillo visto, de planta rectangular, con dos alturas y buhardilla, tejado a dos aguas, ventanas blancas y una puerta de acceso de tamaño mediano, sin escalones. Toda la casa se encuentra al pie de una carretera, de un cruce de carreteras mejor dicho, lo que debió augurar distracción para las moradoras de la casa. Las habitaciones son pequeñas y poco acogedoras. El jardín que la rodea es sencillo, aunque aparece muy cuidado y la yedra escala los muros del acceso principal, formando un agradable arco de medio punto. Se reservó el comedor, que era una estancia luminosa y de mayor tamaño, para que ella pudiera escribir en un lugar cómodo y tranquilo. Esto significó que la zona de estar se relegó a un pequeño cuarto que daba a la parte de atrás. Los ingleses son muy aficionados a la contemplación de la naturaleza y a la vida social, por lo que esa renuncia tenía gran importancia. El comedor daba al camino y a los jardines de acceso. Parece ser que todos consideraron que era el momento de que ella dispusiera de un espacio específico dedicado a la tarea de escribir. Antes de eso, Jane Austen había sido una escritora “sin habitación propia”. Lo dijo Virginia Woolf, tener un lugar propio es un elemento de afirmación y un reconocimiento de la voluntad de escribir como acto autónomo y valioso.

Cassandra Austen, albacea de Jane a su muerte, anotó exactamente el período de tiempo que tardó en escribirse la novela: del 21 de enero de 1814 al 29 de marzo de 1815. Jane Austen tenía la costumbre de leer sus libros a un reducido auditorio de familiares y amigas. Eran las primeras críticas. Dado que tardó tantísimo en publicar no es de extrañar que retocara

los libros una y otra vez, y que, quizá, hiciera caso a determinadas opiniones. Cuando leyó *Emma*, las reacciones fueron muy variadas. Entre las oyentes estaban su madre y su hermana, además de sus amigas Alethea Bigg y la señorita Sharp, esta última, institutriz. También estaba su querida sobrina Fanny, hija de su hermano Edward Austen-Knigth, que tenía, a la sazón, veintidós años, pues había nacido

en 1793 y la lectura de Emma debió producirse en 1815. Fanny tuvo una vida larga, se casó con un baronet y su hijo fue el que editó por primera vez las *Cartas* de Jane Austen.

A Cassandra Austen le gustó más *Emma* que *Orgullo y Prejuicio*. A la madre de Jane le resultó entretenido. A Fanny no le gustó nada el libro, lo encontró insoportable y aún más a su protagonista. Alethea Bigg opinó que no eran de su agrado ni el libro ni las mujeres que aparecían en él. Por su parte, la señorita Sharp, que adoraba *Orgullo y Prejuicio* consideró a *Emma* un buen libro con un personaje maravilloso (se refería al señor Knightley).

Sobre Jane Fairfax tuvo una opinión muy directa: le parecía incongruente que una persona tan anodina como ella fuera capaz de prometerse en secreto.

La novela fue editada por John Murray, fundador de *Quaterly Review* y editor, a su vez, de Lord Byron. Murray dio a leer el manuscrito al crítico William Gifford que hizo una alabanza de la obra. Se trata, además, de la única de sus novelas que incluye una dedicatoria. Durante unos meses Henry Austen, el hermano favorito de Jane y el que se dedicará tras su muerte a publicar las obras inéditas, estuvo gravemente enfermo y uno de los médicos que lo atendieron prestaba sus servicios en la Corte del Regente. Sabedor de quién era la hermana de su paciente lo comentó al bibliotecario real, James Stanier Clarke, que intervino para que ella dedicara su novela al Regente. No le hizo mucha gracia a Jane. Entre otras

cosas porque de todos era conocido el estilo de vida que llevaba esa Corte y lo poco que se avenía a los principios que ella y su familia respetaban. Pero entendió que aquello no era una sugerencia sino prácticamente una orden.

Así que la dedicatoria salió con el libro, publicado en tres tomos como era habitual, en diciembre de 1815.

«A su Alteza Real El Príncipe Regente, esta obra está, por permiso de su Alteza Real, respetuosamente dedicada, por la sumisa, obediente y humilde servidora de su Alteza Real, la autora».

Cuando reflexiono sobre esta dedicatoria tengo la sensación de que Jane Austen enfatizó lo de Alteza Real de un modo que sugiere más ironía que acatamiento. No puedo dejar de pensar que hay mucha guasa en el texto.

Demasiada “Alteza Real”. Me recuerda esa escena de la película

Casablanca en la que conversan el mayor Strasser y el capitán Renault, sentados ambos una noche en una mesa privilegia del café de Rick: «Usted enfatiza lo del III Reich, ¿es que espera otro?», dice el alemán.

«Personalmente me adaptaré a lo que venga», contesta el francés.

Del libro se imprimieron dos mil ejemplares, un número considerable para la época. Los tres volúmenes en los que se presentó, a razón de diecisiete o dieciocho capítulos cada uno, se vendieron a veintiún peniques.

El Príncipe Regente no agradeció el envío ni comunicó nunca si había leído la novela. Pero el solo hecho de que le hubiese sido “aconsejado”

dedicárselo demuestra que Jane Austen ya no era una desconocida en el ambiente literario inglés y que su sobrino James Edward Austen-Leigh no dijo la verdad cuando la calificó de totalmente alejada de ese ambiente.

Persuasión (Persuasion)

[Escrita en 1815-16, publicada en 1818 con carácter póstumo]

UNA LARGA ESPERA

Sir Walter Elliot, señor de Kellynch Hall, en el condado de Somerset, era un hombre que jamás leía para entretenerse otro libro que la Crónica de los baronets; en él hallaba ocupación para sus horas de ocio y consuelo en las de abatimiento; allí se llenaba su alma de admiración y respeto al considerar el limitado resto de los antiguos privilegios; cualquier desazón originada en asuntos domésticos se reconvertía fácilmente en piadoso desdén cuando su vista recorría la serie casi interminable de los títulos concedidos en el último siglo y, por fin, ya que otras páginas no le resultaban lo bastante atractivas, allí podía leer su propia historia con renovado interés. La página por la que siempre abría su libro favorito comenzaba así: ELLIOT DE KELLYNCH HALL

Walter Elliot, nacido el 1 de marzo de 1760, se casó el 15 de julio de 1784 con Elizabeth, hija de James Stevenson, señor de South Park, en el condado de Gloucester; de esta mujer, que murió en 1830, tuvo a Elizabeth, nacida el 1 de junio de 1785; a Anne, nacida el 9 de agosto de 1787; un hijo, nacido muerto, el 5 de noviembre de 1789, y a Mary, que vio la luz el 20 de noviembre de 1791.

Así se inicia *Persuasión*, la última novela completa que escribió Jane Austen y que se publicó de forma póstuma y conjuntamente con *La abadía de Northanger* en 1818. Resulta curioso este maridaje de dos novelas absolutamente distintas y escritas en períodos muy alejados uno del otro.

Una de su primera época, del tiempo de Steventon, y otra del final de su vida, en Chawton. Es una especie de muestra del estilo Austen, de su evolución, de sus características. Nada hubo de premeditado en ello. Ya sabemos las dificultades de publicación que la autora tuvo siempre, así que el hecho de esta doble publicación es solo un avatar más en un panorama

complicado. Podíamos decir que los editores (sus editores, Egerton y Murray sucesivamente) no fueron los mejores amigos de la autora y sus libros.

Anne Elliot, la protagonista del libro, tiene veintisiete años. Esto quiere decir que Austen ha subido de forma importante la edad de su heroína. Y no solo eso, sino que su conducta no tiene ni un ápice de locura y sí mucha reflexión, cordura y paciencia. Por eso resulta tan

evidente el contraste entre ella y su padre, un vanidoso sin remedio, y sus hermanas, una prepotente y la otra irresponsable. Nada hay aquí del trato fraternal que había reflejado en otros libros. El realce del carácter de Anne contribuye a embellecerla, siendo por tanto una novela en la que el interior prevalece sobre el exterior.

Ha desaparecido la efervescencia de la juventud, parece decirnos, pero queda lo esencial, lo que, según diría Saint-Exupéry en su famoso *El Principito*, es invisible a los ojos.

El trasfondo principal del libro son las preocupaciones económicas de sir Walter. Está, prácticamente, en la ruina. Y su hacienda se halla vinculada a un pariente al no haber tenido hijos varones. Este es un tema recurrente, como vemos, en la narrativa Austen, lo que indica con claridad la importancia que tenía en su tiempo y en su entorno. Y las consecuencias directas para la vida de los hijos. La esperanza de sir Walter estaría en que una de sus hijas se casara con el futuro baronet, pero para empeorarlo todo el tal señor ha desdeñado a la mayor, Elizabeth, causándole un gran desasosiego. William Walter Elliot, que así se llama el heredero, ha preferido casarse con una mujer de menor extracción social pero más rica.

Esa dicotomía riqueza-apellido sigue apareciendo.

«En vida de Mrs. Elliot hubo moderación, orden y economía, gracias a los cuales no se gastaba más de lo que la renta daba de sí; pero con aquella

se había marchado el buen sentido, y desde entonces los desembolsos superaban a los ingresos».

Jane Austen amaba el orden doméstico y apreciaba el trabajo de las mujeres a la hora de organizar la casa y la vida diaria de la familia. Le parecía una tarea difícil y pesada y, cuando le tocaba hacerla porque su hermana Cassandra se ausentaba (en un momento dado su madre sucumbió a la tentación de ser guiada por sus hijas y descansar ella misma), le resultaba poco agradable quitar tiempo de su escritura para vigilar a los criados, estar atenta al orden doméstico y cuidar de las mil y una incidencias que tiene la vida cotidiana en una familia.

Controlar los gastos, conducir a la servidumbre, tener lista la ropa de la familia, adecentar la casa, cuidar los jardines y criar a los niños, eran tareas suficientemente importantes como para que ella considerara que suponían una auténtica carga para las mujeres y para que valorara a aquellas que eran capaces de hacerlas con solvencia.

Las familias de la *gentry* o de la *pseudogentry* disponían de criados, pero había muchas tareas que recaían en las mujeres. Está claro que una equivocada forma de conducir una casa llevaba al desastre. Esto se puede extender a la economía. Muchos de sus personajes llegan a la ruina debido a una mala gestión de sus vidas.

Cuando las deudas llegaron a un extremo exagerado, sir Walter tiene que tomar una decisión crucial para la familia y para la trama: alquilar Kellynch Hall, su casa solariega. Esto es un oprobio de cara al exterior y una humillación para el propio Sir Walter. Pero resulta imprescindible para que la economía se sanee mínimamente. El inquilino tendrá que estar a la altura de la categoría de la casa y será, nada más y nada menos, el almirante Croft, cuya esposa es (coincidencia crucial) hermana del capitán Frederick Wentworth.

El hecho de que un militar sea el protagonista masculino de la novela, y que otro militar esté en mejores condiciones que un aristócrata para asumir la mansión en liza, es una concesión de Jane Austen al momento histórico, en el que la *landed gentry* iba en retroceso y los marinos adquirían cada vez mayor predicamento en la sociedad. Por eso mismo considera sir Walter que no era ningún desdoro alquilar su casa a un miembro de la milicia naval. O, al menos, que era un mal menor.

Frederick Wentworth era un viejo conocido de todos porque había vivido por aquella zona y enamorado a la joven Anne, pero un consejo mal atinado la hizo alejarse de él. La consejera fue una querida amiga de la familia, lady Russell, con mucho predicamento sobre todos, que consideró que el joven era poco para la muchacha y ella se dejó llevar por la fuerza del consejo y, sobre todo, por el cariño que sentía por la señora Russell. Para convencerse a sí misma de que aquello era lo más sensato se dijo que lo hacía porque no quería entorpecer su carrera. El caso es que él se fue desairado y molesto y ella se quedó triste y desolada. No es la única novela de Austen en la que la pareja protagonista ya ha tenido la oportunidad de unirse y la pierde.

También Elizabeth Bennet rechaza al señor Darcy en su primera petición de matrimonio, pero no hay separación, sino un corto período en el que ambos reafirman sus sentimientos. No hay despecho sino necesidad de aclaraciones.

Persuasión plantea si existen las segundas oportunidades, ya a una edad más madura y con la lección aprendida. Esto último, el aprendizaje de los errores pasados, es otra aportación de Austen a los dilemas morales que presenta en sus obras. Arrepentimiento sin

aprendizaje no tiene sentido.

Pero aprender de lo que uno ha hecho mal en el pasado es una oportunidad que no puede desaprovecharse. En este sentido, es una obra tanto de redención como de esperanza. Anne tiene derecho a ser feliz y si es posible

rectificar ha de hacerlo. Por su parte, Wentworth demuestra grandeza de miras y afectos sólidos si es capaz de olvidarse del desdén anterior y dar a conocer que sigue amando a la muchacha a pesar de los años transcurridos.

Ambos, por tanto, son ejemplo de carácter y de fortaleza moral.

También hay en la novela una crítica soterrada a los consejeros matrimoniales, a las personas que intervenían en las parejas, a veces con buena intención, y que producían efectos terribles en la vida personal de sus aconsejados. Desconocemos si la propia Jane Austen tuvo en su vida alguna circunstancia parecida y algún consejo que no logró atinar con lo que ella quería o necesitaba. En todo caso, un mal consejo siempre es un problema para el que lo recibe y quizá para el que lo da. lady Russell, por otra parte, debía estar muy segura de sí misma porque no fue el único momento en que desaconsejó un matrimonio a Anne.

Los consejos matrimoniales estaban muy en boga en la época, sobre todo desde la publicación de un manual de cartas en el que se recogían todos los modelos para actuar en las diversas situaciones que las jóvenes encontraban en su carrera por casarse. El autor del manual (*Cartas de familia*) fue el editor y escritor Samuel Richardson, un experto en historias de jóvenes casaderas, que luego escribiría *Pamela* y *Sir Charles Grandison*, la novela favorita de Jane, llena de adulterios, borracheras, violaciones, erotismo y cazafortunas. Cualquier familia bien estructurada como la de los Austen intervenía de modo activo y consciente a la hora de indicar a sus hijos con quiénes debían o no casarse. Pero a veces se podían cometer errores. Y un error de apreciación acerca del futuro cónyuge podía resultar una desgracia.

De ahí la importancia de los consejos.

Volviendo a *Persuasión*, una consecuencia del alquiler de la casa es que la familia Elliot se traslada a vivir a Bath, que aparece de nuevo como en *La*

abadía de Northanger convertida en paisaje geográfico de una novela de Austen.

En Bath vivió la escritora unos años y no hay rastro de su producción artística en ese período, salvo la inacabada *Los Watson* pero, desde luego, debió tomar buena nota de la forma de vida de esa sociedad frívola de la ciudad balnearia porque no solo aparece en las dos novelas citadas, sino también en *Emma,* en este caso como el lugar de residencia de la esposa insoportable del vicario Elton.

Persuasión es la única novela de Austen en la que el paisaje tiene protagonismo. En otras ocasiones aparece relacionado con los personajes de forma muy directa, como en *Orgullo y prejuicio* cuando Pemberley es la suma de las virtudes del señor Darcy y su contemplación un motivo para que Elizabeth Bennet se replantee su negativa. O como en *Emma* donde el mar es el sueño de la protagonista, que nunca lo ha visto y que motiva también discusiones familiares. No obstante, el mar no terminó de desarrollar su presencia en Austen, porque la novela en la que podría ser protagonista, *Sanditon*, se quedó sin concluir. En *Persuasión* la naturaleza es un elemento más de la narración y también los paisajes en general.

«Uppercross era un pueblecito que hasta cinco años antes había conservado las características típicas del antiguo estilo inglés».

Los cambios en la fisonomía de Inglaterra que el éxodo del campo a la ciudad debido a la industrialización estaba promoviendo también se recogen en esta especie de recuerdo del pasado. Y resulta lógico que aparezcan ahora, en esta novela última, y también en la inacabada y posterior a esta, *Sanditon*, donde se habla con claridad de cómo el paisaje inglés cambiaba debido a las nuevas costumbres de ocio, del turismo, los viajeros o los baños de mar. Es como si la autora presintiera que las imágenes que habían acompañado su vida iban a modificarse por la acción de los cambios

económicos que se estaban viviendo desde mediados del siglo XVIII y que, indudablemente, ella conocía. Hay algo de nostalgia por la decadencia de la Inglaterra rural en sus palabras. En este sentido se contrapone a *Emma* escrita inmediatamente antes, porque allí la muchacha no sale de Hartfield sino para moverse por las cercanías del pueblo, mientras que Anne Elliot va de un lado para otro constantemente, una señal de su vida insegura. Como suele ocurrir con Austen, ella no nos da su opinión sobre el asunto, pero lo plantea de modo indirecto.

En realidad, el amor exagerado por los paisajes (concediéndoles atributos casi humanos a todos los elementos de la naturaleza) y la sensibilidad, fueron los dos aspectos de la literatura romántica inglesa,

ingredientes de todas las novelas, que acabaron hartando a los lectores.

Hay otra cuestión que aquí se aborda y que no aparece en otras novelas de la escritora. En cuatro de sus seis novelas mayores, la familia protagonista no tiene hijos, solo hijas, de ahí la situación sobrevenida. Solo en *Mansfield Park* (aunque aquí la situación de la protagonista es tan desfavorecida que no le sirve de nada) y en *La abadía de Northanger* (pues Catherine Morland tiene hermanos pequeños, algunos de ellos varones), aparecen familias mixtas.

Pero en *Persuasión* se da algo más: el trato desigual entre las hijas. Anne Elliot es la cenicienta de la familia. Sin que haya una razón objetiva para ello a la joven la trata mal su padre y la tratan mal sus hermanas. Es el único caso de desajuste familiar de todos sus libros y llama la atención que lo refleje en su última novela. La gran desgracia de Anne Elliot no solo viene dada por la pérdida del amor de juventud, sino también por carecer de verdadero cariño entre sus allegados. La señora Russell está perfectamente al tanto de esto y por eso se siente mal con ella misma al darse cuenta de que su consejo (su persuasión) acerca de la inconveniencia de aceptar a

Wentworth como marido ha convertido a Anne en una solterona sola y sin afectos.

Sir Walter Elliot es, por decirlo de una forma explicativa, el peor padre de todos los que retrata Austen. El más despreocupado de su prole y el más atento a sí mismo. No solo derrocha, sino que no admite recortes en los gastos y, por supuesto, nunca llegará a reconocer sus errores, como sí hace el señor Bennet, por ejemplo, al darse cuenta de su mala gestión económica.

El señor Woodhouse de *Emma*, el señor Bennet de *Orgullo y prejuicio* y el señor Morland de *La abadía de Northanger* son los padres presentes en las narraciones respectivas al igual que lo es el señor Elliot. Pero ninguno llega a su desapego, su egoísmo y su trato despectivo a una de sus hijas.

Todo lo contrario, el señor Woodhouse podía haberse casado en segundas nupcias cuando murió su esposa, pero no quiso darle una madrastra a sus hijas. El señor Bennet tiene un carácter peculiar y poco práctico, pero su amor por las cinco chicas es evidente. Y la familia Morland, menos presente en el relato, no deja de ser una familia normal.

Al igual que en otros de sus libros una carta es el elemento que termina por solucionar el problema. ¿Qué sería de la narrativa de Austen sin esas cartas fundamentales? La de Darcy a Elizabeth, aclarándole todo, por ejemplo. En este caso la carta la escribe Frederick Wentworth y es la carta más apasionada, amorosa y sentida de todas las que se cruzan en las novelas de Austen. No se puede leer sin aspirar la emoción del que la escribe y de quien la recibe. Como dice la propia escritora "el efecto de una carta como aquella no podía ser pasajero":

Me resulta imposible seguir escuchando en silencio, y para dirigirme a usted empleo el único medio del que dispongo. Se me parte el alma y vacilo entre la desolación y la esperanza. No me diga, por Dios, que ya es tarde y que esos bellísimos sentimientos no anidan ya en su pecho.

Nuevamente me ofrezco a usted, y mi corazón es aún más suyo ahora que cuando me lo destrozó hace ocho años. No diga que el hombre olvida más pronto que la mujer ni que en él el amor tiene

vida más corta. A nadie he amado más que a usted. Podré haber sido injusto, he sido débil, y lo reconozco, pero inconstante, jamás. Solo por usted he venido a Bath. Solo en usted pienso y en usted solo cifro mis ilusiones y proyectos. ¿No lo ha adivinado ya? ¿Es posible que no haya adivinado mis intenciones? Créame firmemente que no habría esperado estos días si hubiera podido leer sus pensamientos del mismo modo que usted, sin duda, ha leído los míos ¡Qué difícil se me hace escribir! A cada instante llegan a mis oídos palabras que me dejan anonadado…Usted baja el tono de voz, pero yo percibo claramente esos acentos, aunque se pierdan para los demás.

¡Dulce y admirable mujer! Nos hace usted justicia al reconocer que también cabe en el hombre el afecto sincero y persistente. Crea en el amor ferviente e invariable de F. W.

Las carencias familiares de Anne Elliot están presentes hasta el final de la novela. Cuando el desenlace de su amor es positivo todavía sigue pensando que no puede ofrecer a su futuro marido un núcleo familiar afectuoso y adecuado. Eso sí, aporta un par de inestimables amigas, cuyo papel en la novela es fundamental, la señora Smith y la señora Russell, ya mencionada.

Con respecto a la primera aclara que no tenía medios materiales, pero era capaz de disfrutar de la vida.

Por primera vez la guerra aparece en la obra de Jane Austen. Y lo

hace en las últimas palabras que escribió: «Anne era la ternura misma, encontraba su mayor anhelo en el amor de su marido. La profesión de este era lo único que hacía a sus amigos mirar con cierta inquietud aquella ternura extraordinaria, y el temor de una guerra futura, todo lo que pudiera ensombrecer el brillante sol de su existencia».

Se trata de una guerra futura porque la paz llegó en junio de 1815 con la batalla de Waterloo y con ella muchos militares de toda graduación volvieron al país, ofreciendo nuevas posibilidades a las muchachas solteras.

Esto se aprecia en el relato como también la descripción de la vida en el mar, a través de los comentarios del almirante Croft y de su esposa, que ha vivido siempre con él cuando ha estado embarcado. Es la primera vez que se produce esa atención a estos detalles en la obra de Austen. Y no solamente eso, se trata de una novela llena de matices, mucho más

detallada, plena de observaciones y de razonamientos que las anteriores, con un número importante de personajes destacados y bien desarrollados.

Es una novela de total madurez. Y muy compleja, por lo tanto.

Jane Austen pudo disfrutar poco de ese nuevo tiempo pues, aunque la guerra acabó en 1815, ella murió solo dos años después. Pero al redactar *Persuasión* todavía existía la novedad agradable de la paz.

UNA NOVELA EPISTOLAR: *LADY SUSAN* ESCRITA EN 1794-95, TERMINADA EN 1805. PUBLICADA EN 1870.

DE LADY SUSAN VERNON AL SEÑOR VERNON

Langford, dic.

Querido hermano:

No puedo seguir negándome el placer de aceptar la gentil invitación que me hiciste, cuando nos despedimos por última vez, para que pase unas semanas contigo en Churchill. Por lo tanto, si la señora Vernon y tú no tienen problema en recibirme, espero que en unos días puedas presentarme a esa hermana a la que anhelo conocer desde hace mucho tiempo.

EN 1870, EN EL MISMO VOLUMEN que contenía los recuerdos de su tía, James Edward Austen-Leigh incluyó una novela corta, escrita de

modo epistolar y a la que él mismo tituló *Lady Susan.* Las indagaciones posteriores no han logrado aclarar en qué momento exacto se escribió, pero sí que se hizo en Steventon a partir de 1794, dejando sin acabar el final, que se terminó en Bath en 1805.

Lady Susan es una novela extraordinaria por muchos motivos. Es la única que adopta la forma de intercambio de cartas, la única novela epistolar, aunque sabemos que esta fue la forma original de *Sentido y sensibilidad.* El epistolar es un estilo que ella conocía muy bien no solamente porque era una gran usuaria de las misivas sino porque había leído a algunos autores fundamentales en este género, que tuvo mucha relevancia durante su juventud.

Además, algo inusual en la narrativa de Austen, la ciudad de Londres aparece como uno de los escenarios en los que tiene lugar la acción. Y, en tercer lugar, la protagonista no es una joven casadera, sino una mujer de treinta y tantos años, bella, manipuladora y dotada de tanto bueno como malo. Una arpía, en resumen. Hacer de ella una protagonista no es solo un atrevimiento, es una revolución.

Lady Susan Vernon es una viuda dotada de los mayores encantos posibles para conquistar la voluntad de un hombre, y usa esos encantos de forma dañina. Su objetivo no es otro que vivir lo mejor posible, un hedonismo excesivo incluso para la feliz época georgiana. Y para ello no le importa utilizar a cualquiera, hasta a su hija. Es un ejemplo de manipuladora y egoísta de libro. Tiene una cómplice en sus artimañas, la señora Johnson, de tan pocos escrúpulos como ella, de modo que las cartas que se intercambian desvelan sus verdaderos planes, mientras que el resto de las cartas únicamente muestran sus mentiras. Esta doble imagen resulta atrayente para el lector, que llega a enfadarse de verdad con esta señora cuando se dedica a maltratar a su hija, una chica dulce y sencilla, Frederica, a quien pretende quitar de en medio por el procedimiento de casarla con un rico.

El resto de los autores de las cartas oscilan entre quienes la tienen bien calada y los que se dejan seducir por ella. Entre los primeros está su cuñada, la señora Catherine Vernon, o los padres de esta, sir Reginald y lady De Courcy. A ninguno de ellos le pasa inadvertida la continua estratagema de la bella lady Susan. Sin embargo, Reginald De Courcy, el heredero de la familia, hermano de Catherine Vernon, queda tan subyugado por el ingenio y el atractivo de la viuda que cae en sus redes de inmediato. Hay que decir que lo que más seduce de lady Susan Vernon no es su belleza sino su inteligencia, su perspicacia, su capacidad para encantar.

¿Cómo es posible que una chica de la edad de Jane supiera describir con tanta exactitud un tipo de trama así, un personaje de estas características?

Tengo que volver a hablar de su capacidad de observación y de su imaginación, como dos pilares básicos de su escritura. Ambas se combinan para ofrecer una muestra clara de cierta sociedad que utilizaba el engaño para relacionarse. Lady Susan no es solo una pérfida señora que usa a los hombres sino una madre desnaturalizada, que no quiere ni pizca a su hija.

¿Conocía Jane a este tipo de personas? ¿Se había topado con alguna madre así?

Puede que la historia personal de su padre, arrojado a la calle con sus hermanos por su madrastra, influyera en algo. Desde luego no tuvo delante el espejo de su pariente más aventurera, la prima Eliza, porque ella cuidó hasta el extremo de su hijo en toda su enfermedad. Hilos de conocimiento mezclados con intuiciones poderosas y con una imaginación desbordante.

He ahí una historia.

En la galería de personajes femeninos de Jane Austen, lady Susan Vernon ocupa un lugar muy especial. El libro fue llevado al cine en 2016 con el título (erróneo) de *Amor y amistad*, aunque se trata de una sólida versión que tiene en Kate Beckinsale a una intérprete ideal.

UNA NOVELA INACABADA: *LOS WATSON* ESCRITA DURANTE 1803-1804

En D., una localidad de Surrey, iba a celebrarse el primer baile de invierno el martes 13 de octubre, y todo el mundo esperaba que fuera muy señalado. De forma confidencial, se hizo circular una larga lista de familias del condado cuya asistencia se daba por segura, y había grandes esperanzas de que incluso los Osborne hicieran acto de presencia. Después, claro está, vino la invitación de los Edwards a los Watson. Los Edwards eran gente pudiente, vivían en la ciudad y tenían carruaje propio. Los Watson vivían en un pueblo a cinco kilómetros de distancia, eran pobres y carecían de coche cerrado.

Parece ser que fue durante su residencia en Bath tras la jubilación de su padre cuando Jane Austen comenzó a escribir esta novela. Desconocemos los motivos por los que quedó inconclusa y, desde luego, tuvo tiempo suficiente para acabarla. En esos años no había logrado publicar todavía ninguna novela, a pesar de que tenía escritas

al menos tres, y puede ser que considerara más adecuado revisar y reescribir los textos consolidados antes que iniciar otra aventura. El caso es que hoy *Los Watson* es una de las dos novelas que dejó sin terminar, aunque por motivos diferentes.

El argumento general gira en torno a los temas más importantes de su narrativa. El matrimonio como salida lógica y casi única para las mujeres de la *gentry* y la problemática que sufrían las muchachas que tenían dificultades para ello. El núcleo de la narración está en la familia que da título al libro, los Watson, compuesta por el padre y varios hijos e hijas, ya que la esposa ha fallecido como se nos dice al principio de la historia. Todo transcurre en el condado de Surrey y entre las diversas familias de ese condado que solían relacionarse entre ellas. Los Osborne, los Edwards, los Watson. Como sucede en *Orgullo y prejuicio* la protagonista es la segunda hermana, Emma, una de las cuatro chicas de la familia. Las otras son la señorita Watson, la mayor y las dos más pequeñas, Penelope y Margaret que, al contrario que sus hermanas, resultan bastante indeseables en sus modales y forma de pensar. Mientras que la señorita Watson es muy sensata y Emma una chica bien educada que se ha criado con una de sus tías (hecho

que, como hemos comentado, solía ser corriente en la época cuando una familia tenía muchos hijos), las más jóvenes están auténticamente desesperadas por conseguir marido y no les importa en absoluto pasar por encima incluso de sus propias hermanas.

La cosa comienza con el anuncio de un baile. Será la presentación, como una importante novedad en el grupo, de Emma Watson que acudirá al baile gracias a que los Edward, una familia adinerada, le proporcionarán carruaje y estancia. Allí estarán los más poderosos de la zona, los Osborne, así como una legión de intereses mezclados. Los trajines del baile y de las relaciones entre los personajes ocupan buena parte del inicio que contiene algunas conversaciones interesantes acerca de la mencionada necesidad y casi obligación de pescar marido por parte de las chicas. Algunas de las frases que se recogen en el libro son verdaderamente paradigmáticas de esta cuestión. Además de eso, se menciona la única salida que les queda a las solteras sin posibilidad de casamiento, esto es, la de ser institutrices. Lo que sí queda claro es la mala opinión que tienen las chicas del trabajo de maestras, además del hecho de que la supuesta relación fraternal se quebraba con facilidad si había hombres de por medio. Lo que no deja de ser una amarga conclusión.

Dado que la novela no se terminó, hay un apéndice final que se añadió

por su sobrino James Edward Austen-Leigh, biógrafo de la escritora, en su libro *Recuerdos de Jane Austen*, publicado en 1870. En ese apéndice se menciona que Cassandra heredó el manuscrito de la novela y lo enseñó a unas sobrinas, contándoles además el final que había previsto Jane, que se relata de forma sucinta y resumida.

El misterio de por qué la autora no terminó la novela es otro más de los que rodean el proceso, prolijo y cuidadoso, de escritura que llevaba Jane Austen.

LA ÚLTIMA NOVELA: *SANDITON* INICIADA EN 1817. INACABADA.

Un señor y su esposa que se dirigían de Tonbridge hacia esa parte de la costa de Sussex que hay entre Hastings y Eastbourne, inducidos por sus intereses a dejar el camino real y meterse por un camino abrupto, volcaron cuando subían penosamente la larga cuesta mitad piedra, mitad arena.

El accidente ocurrió justo después de pasar la única casa señorial cercana al camino: casa que el cochero, al indicársele que fuese en esa dirección, había supuesto que era su destino, y tuvo que dejar atrás claramente contrariado.

EL CASO DE *SANDITON* ES SUMAMENTE interesante. Se sabe que estaba escribiéndola en su residencia de Chawton Cottage desde principios de 1817 pero que su escritura se interrumpió al llegar al capítulo 12. Es evidente, por las fechas, que la enfermedad impidió su culminación. En esos doce capítulos, sin embargo, surgen nuevas ideas y ambientes, algunos personajes verdaderamente curiosos y una trama singular.

Ya el comienzo de la historia es genuino por lo prosaico que resulta: un accidente de carruaje pone en contacto a los señores Parker con la familia Heywood, que vive en las cercanías del lugar donde tiene lugar el accidente y en la que hay una legión de hijos. De resultas de ese encuentro fortuito y como era costumbre en la época los Parker invitan a una de las chicas, Charlotte, a que pase con ellos una temporada en su casa de Sanditon.

Sanditon, explica el señor Parker lleno de entusiasmo, es un lugar excelente, bendecido por el mejor clima, y en él se está construyendo un complejo veraniego de enorme categoría. Esto es, como vemos, algo modernísimo.

El señor Parker es, pues, un emprendedor, alguien metido en negocios, que quiere cambiar la fisonomía del lugar, aprovechar sus bondades

climáticas y paisajísticas y convertirlo en un centro de ocio. Es la primera vez que aparece una figura así en la novela de Austen y de ahí el aire de modernidad que tiene la historia. Charlotte sigue un poco la pauta de sus heroínas, bonita sin ser espectacular, discreta, simpática e ingeniosa. Es

independiente en sus opiniones y atrevida en su conducta, pero sin pasarse de la raya y sin resultar desagradable. No se ha enamorado nunca y quizá lo haga cuando conozca a Sidney Parker, uno de los hermanos del señor Parker, que trabaja también en el negocio. Eso es algo que se insinúa al final del texto conservado y que podemos intuir pero que no se relata. Otros personajes interesantes son lady Denham, aristócrata, altiva, bastante prepotente y que cree tener siempre la razón, siguiendo el modelo, seguramente, de lady Catherine De Bourgh; la señorita Georgiana Lamb, la nativa de las colonias que pone el punto exótico y un tipo de personaje que por primera vez aparece en su narrativa, respondiendo a los nuevos tiempos y al trasiego de personas entre los territorios de ultramar y la metrópolis; así como los sobrinos arruinados a la espera de la herencia, un prototipo hacia el que la autora no parece manifestar simpatía alguna.

Por desgracia, en el capítulo 12 se interrumpió la escritura, con toda seguridad debido al avance de la enfermedad de Jane, así que nos quedamos sin saber qué ocurre con todo este planteamiento, que se antoja divertido a la vez que novedoso. Austen se decide a escribir de algo que está ocurriendo en esos momentos y es la aparición de nuevos enclaves en los que la vida no está centrada en el campo o en la milicia, sino que ofrece otras perspectivas económicas que serían las que, al fin y al cabo, cambiarían la historia de Inglaterra. La vida en los lugares de veraneo no le era extraña, pues ella misma los había frecuentado y conocido durante años.

De modo que su efervescencia debió darle la idea de una historia ambientada en un lugar así. Además, también le era familiar el asunto de las colonias, pues su padre gestionaba unas rentas en una de las islas americanas y su familia, en concreto la tía Philadelphia, había vivido durante años en la India.

El título original de la novela, *Los hermanos,* parece darnos una idea de cómo sería el desarrollo y aquí también hay una novedad con respecto a su escritura anterior, pues esos hermanos son, en este caso, varones, siendo que los protagonistas anteriores de sus historias eran hermanas, esto es, chicas.

Quién sabe si todo esto no abría nuevas perspectivas en su obra que la

muerte impidió desarrollar.

LOS ESCRITOS DE JUVENTUD: *JUVENILIA* ESCRITOS ENTRE 1791 Y 1793.

PUBLICADOS EN 1922 (VOL. II), 1933 (VOL. I) Y 1951 (VOL. III)

JANE AUSTEN ES TAN CONSCIENTE de ser una escritora que, desde muy pequeña, fue escribiendo historias de todo tipo. Y guardándolas, concediéndoles valor. Obras de teatro, textos históricos, pequeños ensayos, poemas en prosa, novelas, cuentos. Es una escritora desde que nace. De todo ese material que escribió desde los dieciséis hasta los dieciocho años (1791-1793), ella misma recopiló lo que le pareció más interesante y lo ordenó en tres volúmenes. Antes de esa fecha parece que había otros textos escritos, llegando hasta el año 1787, es decir, cuando tenía doce años.

Volumen I, volumen II, volumen III, así tituló ella esa recopilación. El volumen II se publicó en 1922, el I en 1933 y el III en 1951. En 1993 se publicaron los tres juntos en una edición de Margaret Anne Doody y Douglas Murray con el título *Catherine and Other Writings.*

En 2017 la editorial Alba publica en España la traducción de estos volúmenes y le incluye un prólogo que se había añadido a la edición de 1922 del Volumen II, el que se llamó *Love and Freindship* (*sic*). El interés de este prólogo no estriba solo en lo que dice sino en quién lo dice, ni más ni menos que G. K. Chesterton. El prólogo es una verdadera delicia. Narra algunas cuestiones referidas a los escritos que contienen el Volumen II, cuándo se escribieron, quién los heredó, etc., pero lo más interesante de todo son las consideraciones que hace sobre la autora, probablemente algunas de las opiniones más clarividentes que se hayan publicado sobre ella:

Con su propio talento artístico ella hizo interesante lo que miles de personas aparentemente iguales hubieran hecho aburrido.

Jane Austen no se inflamó, no se inspiró para ser un genio, ni siquiera lo persiguió, simplemente era un genio.

Porque Amor y Amistad es realmente una soberbia obra burlesca, algo muy superior a lo que las damas de aquel tiempo llamaban un chascarrillo agradable.

El Volumen I contiene algunas novelas (*Jack y Alice, Henry y Eliza, La bella Cassandra, Las tres hermanas*), además de un cuento, *Edgar y Emma.*

Todos ellos están convenientemente dedicados y en sus propios títulos vemos nombres familiares que reconocemos. No podía ser de otro modo puesto que se escribieron para ser leídos y disfrutados en familia. La lectura en voz alta durante las veladas familiares eran algo obligado y que deparaba momentos deliciosos.

El Volumen II tiene un contenido muy heterogéneo. La novela epistolar *Amor y Amistad*, otra novela epistolar llamada *El castillo de Lesley*, una colección de cartas, fragmentos sueltos, y una curiosa *Historia de Inglaterra escrita por una historiadora parcial, ignorante y con perjuicios*.

La *Historia de Inglaterra* está llena de opiniones políticas y sociales que resultan extrañas en una jovencita, pero Jane Austen debió tener las ideas muy claras desde el principio.

Por su parte, el Volumen III, que está fechado en 1792, contiene dos novelas, *Evelyn* y *Catherine o el Cenador*.

La novela *Henry y Eliza* (« dedicada humildemente a la Señorita Cooper por su obediente y Humilde Servidora») comienza con una muestra del estilo literario que tenía en esos años, en el que sobresale un curioso y personal uso de las mayúsculas, para enfatizar la importancia de algunas palabras:

Mientras Sir George y Lady Harcourt supervisaban el Trabajo de sus Segadores, recompensando el esfuerzo de unos con sonrisas de aprobación, y castigando la ociosidad de otros con una caña, descubrieron, en el suelo y casi oculta tras un montón de heno, a una bonita Niña de no más de tres meses de edad.

Conmovidos por la encantadora Gracia de su cara y deleitados por las respuestas, infantiles pero vivaces, que daba a sus numerosas preguntas, resolvieron llevársela a casa y, no teniendo Hijos propios, cuidar de ella y educarla a sus expensas.

Dejando a un lado lo milagroso que resulta que una niña de tres meses de edad responda a pregunta alguna, he ahí una ingenuidad expresiva lógica en una adolescente y al mismo tiempo un reiterativo asunto que tenía muchos visos de realidad, esto es, la adopción espontánea de niños por parte de parejas sin descendencia. La historia prosigue felizmente hasta que la asombrosa y precoz niña «cumplió los dieciocho años, momento en el cual, descubierta cuando robaba un cheque de cincuenta libras, fue puesta de patitas en la calle por sus inhumanos Benefactores». La cosa se pone fea porque la joven autora,

lejos de criticar el robo de Eliza, que es como se llama la niña, la califica como dueña de una inteligencia noble y exaltada, haciendo que se divierta sentada bajo un árbol, componiendo y cantando canciones. No se puede ser más absurdo, ni tampoco más divertido, en lo tocante a un argumento. Y la tal Eliza era, desde luego, una buena pieza.

Esta curiosa mezcla de pomposidad y de momentos jocosos planea sobre todos sus escritos juveniles, dando a entender ya cuánto iba a significar el humor en su escritura y la manera en que se acercaba directamente a las peripecias que sucedían a sus contemporáneos, en una muestra palpable de su poder de observación. Algo así como un aviso evidente del futuro estilo Austen.

5.

Madres ausentes

¿QUIÉNES SON LAS PRINCIPALES "MADRES" DE LAS NOVELAS DE JANE

AUSTEN?

Veamos.

En *Orgullo y prejuicio* está la señora Bennet; en *Mansfield Park* hay dos madres significativas, la señora Bertram y Frances Ward; en *Sentido y sensibilidad* está la señora Dashwood; en *La abadía de Northanger*, la señora Morland.

En *Emma* no hay madres, y el número de huérfanos es bastante más alto de lo que podría considerarse normal. Pero en *Persuasión* aparecen varios tipos de madres que tienen su interés: está la difunta señora Elliot, cuya falta ha dejado a la protagonista en la más absoluta soledad dentro de la familia y está el prototipo de joven madre incapaz de educar a sus hijos adecuadamente, que es Mary Elliot.

Y luego está lady Susan Vernon (*Lady Susan*), esa madre desnaturalizada.

Las madres austenianas son una anomalía. Ninguna de las que retrata se acerca a ese tipo de madre que querríamos tener o querríamos ser. Por un motivo o por otro son espejos en los que no nos gusta mirarnos. No se trata de pequeñas imperfecciones sino de que en muchas de ellas se observa un aire poco maternal, una conducta egoísta y una falta de principios evidente.

Ese equilibrio entre firmeza y cariño que define la buena crianza está ausente.

CASSANDRA LEIGH, LA MADRE DE JANE

Como primer elemento de referencia quizá haya que fijarse en la relación entre Jane Austen y su propia madre, Cassandra Austen, de soltera Leigh, una mujer inteligente, con criterio, que influía en las decisiones familiares de una manera importante, pero que debió ser poco expresiva, poco afectuosa. En los últimos años era también difícil de tratar y sus continuas quejas por el deterioro de su salud cansaban a las hijas. Su habitual hipocondría se acentuó tanto que resultaba molesta en el trato diario.

Cassandra Leigh era la sobrina del decano del Balliol College, que forma parte de la universidad de Oxford. Balliol College, fundado en 1263 bajo el patronazgo espiritual de Santa Catalina de Alejandría, es un centro educativo muy ilustre con una prestigiosa nómina de antiguos alumnos, entre los que están Robertson Davies, Graham Greene, Masako Owada, Adam Smith o Arnold Toynbee, por ejemplo. Cassandra y George Austen, los padres de Jane, se conocieron porque él era el encargado de la disciplina de los estudiantes en su condición de clérigo joven. No formaban parte del mismo círculo social pero el hecho de que él se elevara por encima de su propia familia entrando en el orden académico propició que se conocieran.

Se cuenta que era un hombre muy guapo e inteligente, lo que debió ser también un elemento influyente en el amorío.

Después de contraer matrimonio en Bath, los esposos Austen marcharon, primero a Deane, donde residieron cuatro años de alquiler, y luego a Steventon a vivir en la rectoría que se había restaurado al efecto, porque estaba en muy mal estado. En el verano de 1768 la familia hizo el

peregrinaje de dos kilómetros entre un pueblo y otro, de Deane a Steventon.

Iban George Austen, el padre, de treinta y ocho años; la madre, Cassandra, de veintinueve; Jane Leigh, la abuela materna, con su doncella Mary Ellis; los hijos que ya habían nacido en esa fecha: James (Jemmy), de tres años; George, de dos años; Edward (Neddy) de menos de un año. El señor Austen había tenido que vender algunas acciones de las que tenía en el Banco Hoare de Londres para poder sufragar los gastos del arreglo de la vivienda y el consiguiente

traslado.

Puede parecer extraño que una muchacha de talento como Cassandra, miembro de una familia con cierto ascendiente en la zona, los Leigh de Warwickshire, se casara con un clérigo que acababa de situarse y que nunca andaría sobrante de medios. La familia de Cassandra tenía algunos miembros eminentes, como su padre, que ya era miembro del All Souls College antes de convertirse en reverendo de Oxfordshire o su tío, el doctor Theophilus Leigh, del que hemos hablado antes. Los Leigh eran excéntricos y brillantes. Descendían de un alcalde de Londres de la época isabelina. En la familia abundaban los reverendos y sus antepasados tenían títulos nobiliarios, importantes propiedades y grandes fortunas, incluida la enorme abadía Stoneleigh.

Cassandra era una muchacha muy especial. Se expresaba muy bien hablando y por escrito, tenía sentido común, era muy ocurrente e irónica.

También bastante hipocondríaca, una de esas enfermas perpetuas (¿la señora Bennet?). Cuando se casó tenía veinticinco años, una edad ya avanzada para la época y estuvo teniendo hijos hasta los cuarenta, aunque los espació de forma que pudo preservar su salud. En este aspecto también demostró ser inteligente.

Se ha descrito el aspecto físico de la madre de Jane: tenía un espeso cabello negro, los ojos grises y una nariz aristocrática. Su apariencia general

era tan frágil como distinguida. La boda suscitó dudas entre sus parientes: les daba la impresión de que tuvo lugar a la muerte de su padre sobre todo por darle un hogar a su madre. Pero el señor Austen también contemplaba la unión con espíritu práctico. Estaba convencido de que Cassandra sería capaz de sacar adelante un hogar con poco dinero. Y no se equivocó porque nunca tuvieron deudas y criaron a todos sus hijos, si no con holgura, sí decentemente.

La casa de Steventon, que fue destruida por uno de los nietos en 1825

para levantarla en un lugar más adecuado a salvo de inundaciones, tenía tres plantas, un estanque, un seto de castaños y abetos, un muro de adobe, un jardín con frutas y hortalizas, y, a la derecha, el lavadero, un cobertizo, el granero, la fermentadora y el establo, además del corral de las aves, la vaquería para fabricar mantequilla y queso y una zona de cultivo de patatas, en lo que era muy habilidosa la señora Austen. Al fondo había un lugar maravilloso para el juego

infantil: un terraplén para lanzarse. Y también dos huertos vallados (los cerramientos ya eran una realidad): el de cerezos y otros frutales y el de los pepinos.

El interior tenía dos salones, dos cocinas y el despacho del párroco, además de hasta siete dormitorios en las plantas altas. El carácter agrícola y ganadero de la explotación hacía necesario mucho trabajo para sacarla adelante y en esto la señora Austen fue de un valor inestimable. Aunque la familia quiso ocultar estas actividades humildes para convertir la vida de la escritora en una especie de paraíso distinguido, está claro que no correspondía a la realidad de esfuerzo y trabajo diarios.

Cassandra Austen sobrevivió a su hija diez años y los datos que tenemos de la vida en común suenan a que Jane Austen no se sintió muy querida. La afectividad es un valor que no siempre ha estado bien considerado y menos en determinadas sociedades. Expresar los sentimientos es un fenómeno

moderno. Hay en los personajes de la escritora una especie de lucha entre la contención y la comunicación. Algo así podría suceder en la vida real. En su historia familiar hay tres circunstancias que eran moneda común en la época y que quizá hay que considerar en mucho a la hora de comprender su obra: La primera es que el empleo más repetido entre sus miembros masculinos es la religión. Hay clérigos por doquier. Esto garantizaba una paga, una casa rectoral, cierta dosis de cultura, pero también la pobreza, sobre todo en sus descendientes. La segunda es la propensión, por pura necesidad, de asumir herencias de tíos o de parientes, cambiando el apellido o siendo prohijado o adoptado para ello. Eso generaba en la familia hijos de primera y de segunda. Y la tercera cuestión es el peregrinaje a Bath de los jubilados. No solo el padre de Austen decidió marcharse a la localidad balnearia tras ceder su rectoría, sino que ya lo habían hecho otros antepasados, como los propios padres de Cassandra Leigh.

El caso es que las madres salen malparadas en sus libros. Cuando no han fallecido (ausencia física) no están a la altura de lo que sus hijos necesitan (ausencia afectiva). Las hay que abiertamente carecen de sensatez, eso que tanto apreciaba Austen, o de capacidad de organización y de decisión.

Incluso existen madres terribles, como lady Susan Vernon (*Lady Susan*), que trae mártir a su jovencísima hija, Frederica, porque se empeña en casarla a su antojo. También aquí Austen dará una vuelta de tuerca y logrará que la muchacha siga los dictados de su corazón,

eso tan revolucionario para la época.

LAS MADRES LITERARIAS

Una de las pocas familias “normalizadas” que podemos encontrar en su obra es la de los Bennet, en *Orgullo y prejuicio.* Y usar ese término,

teniendo en cuenta la parentela, ya resulta indicativo. La señora Bennet es el ejemplo claro de persona descerebrada, falta de juicio e imprudente. Su forma de ser avergüenza a sus dos hijas sensatas, Elizabeth y Jane. A las otras tres, sin pizca de sentido común, Mary, Kitty y Lydia les traen sin cuidado los excesos verbales de la madre. Su marido se ha desenamorado de ella, si es que alguna vez existió amor, y se ha refugiado en su biblioteca.

He aquí, dice Austen, cómo el poco ingenio es capaz de acabar con el más apasionado de los enamoramientos.

La actitud de la señora Bennet en relación con los posibles pretendientes de sus hijas es tan alocada y poco lógica que está a punto de dar al traste con las perspectivas de las chicas. Solamente un milagro consigue revertir el problema. Pero viéndola desde otro punto de vista, la madre Bennet no es una matrona opulenta sino una señora en la cuarentena y que todavía quiere asistir a bailes y arreglarse para disfrutar de la vida. El hecho de que desee ver a sus hijas casadas tiene más índole práctica que afectiva y por ello, como se ha dicho, la señora Bennet es la primera madre moderna de la literatura.

En *Persuasión*, Anne Elliot es huérfana de madre. El padre y las hermanas menosprecian a Anne por su carácter tranquilo y reservado. Lady Russell, la señora encargada de ejercer una especie de tutoría informal, comete el error de influir de manera equivocada en una decisión fundamental en su vida y eso condiciona la juventud de la muchacha y su futuro. Anne Elliot es una resiliente, alguien que lucha por conseguir su deseo, incluso en contra de todos, buscando una segunda oportunidad que, en otros casos, ni siquiera se intenta. Por eso Anne Elliot es una heroína moderna, porque aprende de sus errores pasados y se afirma en su presente.

Y lo es sin referencias maternas. Su hermana Mary, que es madre de dos niños, no sabe criarlos, les da todos los caprichos y no tiene ni idea de cómo

enderezarlos. Hay una mezcla de permisividad y desapego que parece remitir a lo que hoy llamaríamos el “nuevo abandono”, el de los niños

que se crían con la llave de la casa en la mano.

En *Sentido y sensibilidad* es el padre el que ha fallecido. La señora Dashwood, la madre, es una persona de carácter débil, tan centrada en su hija Marianne y en su propio sufrimiento que no se da cuenta de lo que siente otra de sus hijas, Elinor, más reservada y poco dada a expresar sus sentimientos. En realidad, la madre tiene bastante con sobrevivir después de la muerte de su marido, ya que este ha dejado toda su herencia al hijo que tuvo en sus primeras nupcias, algo que era también muy frecuente, sobre todo si se trataba de un descendiente varón. La señora Dashwood es un ejemplo clásico de alguien sobrepasado por los acontecimientos, aturdida ante el hecho de tener que cambiar de vida, de dejar de ser señora de una buena casa para vivir de favor en un *cottage*, en el que tiene que soportar, además de las estrecheces, la falta de un servicio adecuado y una vida sin relaciones sociales agradables. Es, en puridad, la hija de sus hijas, que son las que deben tomar las riendas de la existencia, sobre todo la mayor, Elinor, de quien se pone a prueba constantemente su capacidad de hacer frente a las dificultades y su sentido común. La madre, por tanto, no ejerce el papel de tal, sino que es una especie de colega más, que forma parte del grupo y que se deja embelesar por los sueños más que preocuparse por las realidades.

En *Mansfield Park* la protagonista, Fanny Price, es la segunda de nueve hermanos de un matrimonio por amor que genera una historia de miseria y pobreza que la obliga a que sea criada por sus tíos, sir Thomas y lady Bertram. La cerebro de mosquito de su madre se enamoró de un teniente de infantería pobre, cuyo sueldo no podía abarcar el suficiente sustento familiar, lo que la convierte a ella, antaño perezosa y débil, en desaliñada y

sin atención a su prole. No es que el amor no deba ser una guía para el matrimonio, dice Austen, sino que hay que aplicar también la cabeza, y un matrimonio loco entre personas desiguales y sin las mínimas condiciones solo puede llevar al desastre. También los hombres de aquel tiempo pensaban antes de casarse pues no solo se fijaban en los encantos de las muchachas, sino en su dinero. En realidad, los únicos que podían escoger a su gusto eran los ricos, los que poseían medios de vida o posibilidad cierta de una buena herencia.

Lady Bertram *(Mansfield Park)* « era una de esas personas que creen que nada puede ser peligroso, difícil o fatigoso para nadie, excepto para ella misma» . La no-educación que da a sus hijas produce unas niñas que «tenían una vanidad tan bien disciplinada que parecían carecer de ella y no darse importancia alguna».

Véase el caso de Edward Ferrars en *Sentido y Sensibilidad* que no puede pretender a Elinor porque su fortuna depende del capricho de su madre.

Este tipo de figuras maternales caprichosas, que dirigen la vida de sus hijos, aparece repetido en el libro, y no solo en las madres sino en las tías, unas parientes muy usuales porque los fallecimientos de las madres las dejaban como referentes en la vida de los niños, ejerciendo a veces un papel despótico, como ocurre con la tía de Frank Churchill en *Emma*.

CINCO HUÉRFANOS Y EMMA

En *Emma* hay cinco niños huérfanos. De esta manera se deja clara una situación que era corriente. Los cinco niños huérfanos responden, en realidad, a los cinco jóvenes de la historia: Isabella y Emma Woodhouse, Harriet Smith, Jane Fairfax y Frank Churchill. Ninguno de ellos tiene madre y en el caso de Harriet y Jane Fairfax tampoco padre. No es esto una

cuestión menor ni una excepción en los libros de Jane Austen. Cuando se quedaban viudos, los hombres solían contraer segundas nupcias (y terceras) con bastante rapidez, con lo que solía ser corriente que hubiera hermanastros de todas las edades.

La abundancia de niños huérfanos resulta coherente con la cifra de madres que morían en el parto. Y el número de partos por cada mujer era tan elevado (uno cada dieciocho meses) que el peligro era cierto. Jane Austen temía a la maternidad, como expresó alguna vez en cartas a su hermana o a sus sobrinas. Un embarazo era un acontecimiento repetido, complicado y que generaba inquietud en las mujeres. A la mortalidad maternal se sumaba la de los hijos, muchos de los cuales no alcanzaban el año de vida. En este sentido, resulta interesante ver que a los Austen les vivieron sus ocho hijos y, la mayoría, vivieron largos años. Eso indica mucho de sus benéficas condiciones de vida, que, dentro de su clase, eran muy convenientes.

Los huérfanos de *Emma* tienen una suerte desigual. El caso más raro es el de Harriet Smith, que en realidad ni siquiera era huérfana porque no tenía padres conocidos y se había criado sin ellos. Era una de esas hijas no deseadas que terminan en abandono y en un colegio interno a cambio de un pago mensual que no se sabía quién pagaba. La fantasía de Emma la hace imaginar que es hija de un caballero, pero, como bien afirma el señor Knightley, de ser así no la hubiera dejado nunca en un colegio de segunda.

Era frecuente que los hijos fuera del matrimonio se entregaran en adopción o acogimiento a otras familias o instituciones, lo que da cuenta de la enorme hipocresía social del momento. El trato que Emma Woodhouse dispensa a Harriet Smith puede dar lugar al debate. ¿La considera una amiga, de igual a igual o se aprovecha de la inferioridad de Harriet para mangonearla a su gusto? Para el señor Knightley tan mal está creerse

superior a los demás como tratar a los inferiores como iguales de una forma equívoca. El hecho de que cada cual supiera exactamente qué lugar social ocupa parece algo muy ponderado por los personajes sensatos de las novelas de Austen.

Otros casos corrientes eran aquellos en los que se dejaba al niño a cargo de un pariente o amigo rico, por la dificultad de mantenerlos en las mejores condiciones o ante la muerte de la madre o el padre. En la familia de Jane hay un ejemplo muy cercano: su hermano Edward. Aunque este caso tiene más que ver con el deseo de una pareja sin hijos de tener un niño al que cuidar. Cuando era un niño de doce años, guapo, gracioso y alegre, Edward comenzó a pasar largas temporadas con unos primos lejanos del señor Austen, poseedores de fortuna. Eran Thomas y Catherine Knight que, llegado el momento y al no tener hijos propios, lo adoptaron y le dieron su apellido y su herencia. De ese modo, y por una de esas carambolas del destino, pudo Jane acceder a Chawton Cottage, propiedad de su hermano, como otras casas importantes en Kent.

Esto le ocurre en *Emma* a Frank Churchill, que quedó a cargo de su tía, una señora bastante estirada que no aprobó el matrimonio de su hermana y que se llevó al niño con intención de que no volviera a tener contacto con su padre. Frank es hijo del señor Weston, pero se cambió el apellido. Su educación no es todo lo adecuada que podía pensarse teniendo medios económicos. La tía es una persona muy caprichosa, que necesita atención constante y que vuelca en el niño todas sus necesidades. Al tiempo, le suministra todo lo que se pueda tener en orden material y esa enseñanza ha convertido a Frank en un muchacho bastante poseído de sí mismo, muy descuidado con los demás y poco atento. El hecho de que haya que insistirle continuamente para que visite a su padre y a su nueva esposa corrobora todo esto. Frank necesita lucirse y emplea en ello todas sus armas. Incluso

va a caballo a Londres desde Highbury para cortarse el pelo, lo que el señor Knightley considera el colmo de la excentricidad y del derroche. Frank es el ejemplo de que el bienestar económico no garantiza una

buena educación ni buenas cualidades. Quizá si viviera en este tiempo sería un afamado *influencer* que viviría de la exhibición de las marcas de moda.

También Jane Fairfax pasó al cuidado de un matrimonio amigo que tenía medios para criarla, aunque sin llegar a la adopción. Los Campbell tienen una hija de la edad de Jane y aquí acaba todo el parecido porque la ahijada es mil veces más ingeniosa, guapa, elegante y primorosa que la hija biológica. Sin embargo, la chica se casa bien y este es el momento que retrata el libro: Jane Fairfax tiene que volver a casa de sus parientes en Highbury porque ya no tiene sentido su papel de dama de compañía de la señorita Campbell, ahora señora Dixon. En relación con el señor Dixon hay un asunto escabroso que se deja caer en la historia, como prueba de que los chismes de alto voltaje no le eran nada extraños a Austen.

Todas las virtudes que adornan a Jane Fairfax no le van a servir de nada en su nueva vida, es más, puede que esa educación exquisita sea un estorbo a la hora de adaptarse a ser una sencilla institutriz, o a vivir en una casa modesta. A veces esa vuelta a la realidad revela heridas incurables y la actitud retraída, desconfiada, oscura, de Jane Fairfax puede tener que ver con el sentimiento de injusticia social que no ha sido capaz de superar. Y

también se nos muestra que el olvido de las condiciones de la persona por criarse en un hogar superior puede dar lugar a muchas frustraciones indeseadas. El ascensor social tenía sus desventajas, viene a decir la autora.

No siempre funciona convenientemente.

Nos quedan dos huérfanas más, pero esas, después de todo, son afortunadas. La posición social y económica de su padre permitió que a la muerte de la madre cuando Emma, la pequeña, tenía seis años, se encargara

de ella y de su hermana Isabella una institutriz, una persona muy valiosa que les da tanto cariño como firmeza, las dos condiciones de una buena educación. La señorita Anne Taylor, luego señora Weston, es un dechado de perfecciones y así Emma vuelve a constituir en el universo Austen la mujer más afortunada. Además, su padre no vuelve a casarse, lo que las libra de madrastras, unas personas que no siempre son bien vistas en los libros de Austen, quizá porque la experiencia de su propio padre al respecto fue demoledora. El sacrificio que hace el señor Woodhouse de quedarse solo con sus dos

niñas es algo que Emma reconoce en voz alta cuando se trata de decidir su futuro con el señor Knightley.

Podría pensarse que las vidas de estos niños y la ausencia de su madre o de sus dos progenitores constituye en sí una enorme desgracia y de ese modo habría de ser tratado literariamente por Jane Austen. Pero no es verdad. Porque su mirada está llena de sentido común y evita el drama a toda costa. Sobre todo en *Emma*, la novela más equilibrada y madura de las que escribió, sin sombra de angustias innecesarias y sin caer en el desánimo. Hay una pátina de felicidad natural, de aceptación de la vida tal y como viene que llena las páginas del libro. Quizá porque su escritura tuvo lugar en las mejores condiciones de las que hasta entonces había gozado su autora.

AUSENCIA FÍSICA, AUSENCIA AFECTIVA

Sea por un motivo biográfico, por pura imaginación o por la mezcla de lo vivido y lo imaginado, las madres de los libros de Jane Austen tienen en la cualidad de la ausencia su rasgo principal. Se nota la falta de una madre de cuerpo entero, de un referente materno sólido, de una figura parental sensata (también podríamos hablar mucho de los padres y no saldrían bien

parados), lo que tiene algunas consecuencias importantes en la crianza de las chicas, y, desde luego, en algunos casos es muy evidente. Véase, si no, lo que ocurre con Lydia Bennet, en *Orgullo y Prejuicio* que termina escapándose con el canalla de Wickham y sin promesa de matrimonio. O el sufrimiento oculto de Elinor Dashwood (*Sentido y sensibilidad*) por ser incapaz de tener con su madre ni la mínima confianza. O la baja autoestima que denotan tanto Anne Elliot como Fanny Price, al no sentirse queridas.

Tampoco podemos decir que los padres sustituyan con éxito la ausencia de las madres, salvo, repetimos, el caso de Emma Woodhouse.

Puestos a pensar, todo esto es demasiada casualidad. La costumbre extendida en la época y que también seguía la señora Austen, de entregar a los hijos desde los dos o tres meses al cuidado y crianza de una mujer de la zona, separándolos del núcleo familiar al que se reincorporaban convenientemente criados no parece ser la mejor forma de alentar el apego maternal ni siquiera las relaciones cálidas entre las familias. Si hacemos caso a la psicología son esos primeros años los que definen el carácter, los que generan los mayores lazos de afecto. Podrían producirse niños independientes, pero, en todo caso,

también inseguridades y caracteres herméticos.

Lo que sabemos de Jane Austen confirma que era una persona reservada en su vida privada. Ello no quiere decir que fuera triste, todo lo contrario.

Más bien esa reserva se refiere a la escasa complicidad que tiene con su propia madre. Parece una cierta incapacidad de expresar emociones, al estilo, quizá de Elinor Dashwood, aunque, por otro lado, un torrente de esas emociones aparecen volcadas en sus cartas y en sus libros. Sabemos que fueron su prima Eliza (que había llevado una vida ciertamente irregular) y su hermana Cassandra, sus mayores confidentes. Pero no creemos que esas confidencias fueran más allá de lo cotidiano. Porque, seguramente,

Cassandra, criada de igual forma, tuvo esa pantalla colocada sobre lo íntimo, tanto es así que la destrucción de las cartas de Austen estuvo auspiciada por ella. Cassandra protegió a su hermana, tanto en su memoria, como en su intimidad.

Las madres austenianas son madres de hijas. Los hijos son prácticamente inexistentes, hay un enorme predominio del género femenino. El hecho de no tener hijos varones es definitivo, porque ellos heredaban las tierras y las herencias y estaban obligados a proteger a la familia. El hecho de que sean todas chicas genera un añadido de incertidumbre e inquietud. En todas sus obras, Austen pone sobre el papel, una y otra vez, el problema del mayorazgo y de la vinculación de las herencias a la línea masculina. No lo hace, desde luego, desde el punto de vista moral, ni siquiera legal, sino simple y llanamente desde el sentido común. Es una mujer de su tiempo que observa las circunstancias desde un pensamiento crítico. Es una escritora que conoce de primera mano aquello que narra, pero que no convierte sus frustraciones personales en una pesada carga para el lector, ni sus vivencias en un pozo de nostalgia que entristezca el relato. Más bien, lo aligera y lo suaviza de modo que vamos flotando por entre sus páginas, aspirando un suave aroma, que, sin embargo, penetra en nuestro interior y pasa a formar parte de nuestro almacén de historias bien contadas. Sus novelas nos han dado a conocer la situación social del momento en el grupo al que ella pertenecía mucho mejor que cien tratados que, por otra parte, no vamos a leer. Pero todo ello con sentido del humor, afabilidad, sencillez y sin pretender fastidiarnos la lectura con reconvenciones o con sermones ni quejas políticas. Basta observar lo que sucedía para poder sacar conclusiones.

Como suele ocurrir en la vida, aquella heroína que más merecía tener

una madre desequilibrada, posesiva, fatalmente trastornada o que la hiciera

sufrir…resulta que tiene una madre que en nada colabora a ese heroísmo.

Se trata de la madre de Catherine Morland (*La abadía de Northanger*).

La señora Morland, que vive en Fullerton, es una mujer muy ocupada porque ha tenido cinco hijos. El mayor, James, está en la universidad de Oxford, la segunda es la propia Catherine que tiene ya diecinueve años y luego hay otros tres más pequeños que le ocupan mucho tiempo, Sarah, George y Harriet. La señora Morland es de esas mujeres tranquilas que no pierden los nervios y que, aunque quiere a sus hijos, no intenta estar demasiado encima ni corregirlos. Con Catherine, por ejemplo, nunca pudo lograr que se convirtiera en una joven talentosa. Ninguna de las ocupaciones propias de las chicas de entonces son del agrado de la muchacha, que solo tiene una gran pasión: la lectura de las novelas góticas, tan de moda entonces. Así que su imaginación se dispara y sus conocimientos prácticos siguen siendo rudimentarios. Contra ese exceso de romanticismo y esa falta de sentido común, la señora Morland tiene algunas frases brillantes, como esta que dice a su hija cuando vuelve fracasada:

«Hay que vivir para aprender». Y viendo que su hija vuelve desmoralizada y despistada después de su experiencia en Bath y en la abadía, le suelta un sermón de madre que cualquiera podría asumir como propio llegado el caso:

«Mi querida Catherine, temo que te estés volviendo una señorita demasiado fina. Si solo contara contigo, no sé cuándo iban a quedar terminadas las corbatas de tu padre. Tienes la cabeza demasiado tiempo en Bath, y hay un momento para cada cosa; un momento para bailar e ir al teatro, y un momento para trabajar. Has pasado una buena temporada de diversiones, y ahora debes tratar de ser útil».

Cómo es posible que de una madre tan sensata descienda una criatura tan fantasiosa y excéntrica como Catherine es todo un milagro, pero mucho

más lo es que, con todo y con eso, al final enamore a Henry Tilney, aunque quizá tampoco diga mucho del carácter del muchacho.

6.

Una institutriz con suerte

LAS INSTITUTRICES LITERARIAS SON esas mujeres grises, agobiadas con el cuidado de los niños y sin alicientes en sus vidas, que pasan sin pena ni gloria. A no ser que te llames *Agnes Grey* o *Jane Eyre* y hagan un libro sobre ti, pero eso son excepciones. Ellas pertenecen a un tiempo cronológico posterior a Jane Austen porque sus historias se publicaron en 1847, es decir, treinta años exactos después de su muerte, escritas por alguna de las hermanas Brontë, Anne y Charlotte, respectivamente. Ambas novelas nacen en plena era victoriana (1837-1901) un tiempo histórico, y por añadidura cultural y artístico, muy diferente a la época georgiana (1714-1830), y a su sub-período, la Regencia (1811-1820), en las que había vivido y escrito Jane Austen. El reinado de Guillermo IV (1830-1837) es una especie de apéndice de lo georgiano. La misma actitud estricta, moralista, llena de pesimismo y de rectitud estética que la propia reina Victoria asumió en su persona (agudizado todo ello tras la muerte de su marido, el príncipe Alberto) es lo que se transmite a la sociedad y a todas sus manifestaciones. Lo victoriano es sinónimo de formalidad y de corsés. No solo para convertir la cintura de mujer en una cintura de avispa sino para aplicarlo a todas las relaciones sociales y personales.

A Jane Austen no le gustaba el oficio de institutriz. Es más, nunca tuvo institutrices y la mayoría de sus conocimientos los adquirió leyendo en la

biblioteca de su padre y en la de su hermano Edward cuando este heredó Godmersham Park en 1794, a la muerte de su padre adoptivo, Thomas Knight, el primo político del señor George Austen que le había proporcionado a este el beneficio eclesiástico de Steventon.

Se ha constatado la presencia asidua de Jane en la magnífica biblioteca de la casa, de más de nueve mi volúmenes, entre 1798 y 1813.

Godmersham Park, después de muchos avatares en relación con su uso y propiedad, pertenece ahora a la Sunley Farms Limited y es la sede de una Asociación de Ópticos. Se trata de una hermosa casa de estilo georgiano, situada en el condado de Kent y que fue construida en 1732. Esto nos recuerda que Jane fue una excelente lectora y que su formación se la debió a los libros. De ese modo lo consideraba ella misma. Siempre pensaba que leía poco para lo que debería leer y ello a causa de su conjuntivitis crónica que le producía periódicamente molestias agudas en los ojos y que duraba semanas.

La única enseñanza reglada que recibieron Jane y Cassandra, pues ambas andaban siempre a la par en todo, fue en un colegio bastante

poco riguroso y otro corto período en un internado de segunda fila en Reading.

Precisamente una réplica de ese internado, sencillo pero no terrible como otros (las atrocidades que ocurrían en algunos internados pueden conocerse en los libros y biografías de las hermanas Brontë), aparece en *Emma*, regentado por la amable señora Goddard, que forma parte del paisaje de Highbury como una de las vecinas más simpáticas y educadas. Es ella la que cuida a sus alumnas con todo esmero, entre ellas a Harriet Smith, la huérfana de padres desconocidos que termina siendo amiga de Emma Woodhouse y participando de sus aventuras.

Con siete años Jane, su hermana Cassandra de diez y su amiga Jane Cooper de doce, comenzaron su formación externa en el colegio de la

señora Ann Cawley, en Oxford. La señora Cooper era una viuda, tía de Jane Cooper. Después de que se declarara en Oxford una epidemia de sarampión, el colegio se trasladó a Southampton, con tan mala suerte que allí había otra de tifus. Las tres se contagiaron sin que los padres estuvieran informados ni del traslado ni de las epidemias. Así que volvieron a casa. En 1785, Cassandra y Jane estuvieron internas en Abbey School, en Reading, donde ya estaba Jane Cooper. La directora de este centro era la señora Latournelle, francesa, que aplicaba un currículum al uso de la época: francés, música, dibujo, escritura, labor y conversación. Jane llegó a tener una caligrafía preciosa que la enorgullecía. En ese establecimiento se aficionó al teatro, pero tuvieron que dejarlo en 1786 por motivos económicos. Ya no hubo otra ocasión de salir de casa.

La opinión de la escritora sobre las maestras aparece recogida en un fragmento de *Los Watson*, la obra inacabada que escribió en su exilio de Bath:

«Pues yo preferiría cualquier cosa antes que ser maestra de escuela… He trabajado en una y sé la vida que te espera en ellas. Tú no. Casarme con un hombre desagradable me gustaría tan poco como a ti, pero no creo que haya tantos. Creo que podría gustarme cualquiera que tuviera buen carácter y una buena renta».

Pocos textos más esclarecedores de la situación de la mujer en esta época. Mujer que debía aprovechar la juventud sin pérdida de tiempo para conseguir un marido decente, más o menos aceptable, tampoco había que exagerar en esto, con el fin de no depender de un padre sin recursos y, sobre todo, para no ser motivo de risa en la vejez.

Estremecedor y, al tiempo, real.

Esa era la evidencia que contempló Jane Austen durante su vida, tanto en sus amigas y conocidas, como en ella misma. Que, a pesar de todo esto, Austen defienda el matrimonio por amor y no por interés, es una verdadera

proeza personal, una auténtica revolución. O quizá una consecuencia natural. A nosotros puede parecernos algo lógico, pero no lo era en absoluto y la prueba es que, a continuación, llegaron los escritores victorianos con su sentido del deber y chafaron todo el invento.

Con respecto a su formación, Jane Austen fue una autodidacta. Tampoco era extraño. En ese tiempo no existía un sistema educativo entendido como en la actualidad. Las escuelas dominicales recibían los domingos después del oficio a los chicos de clase baja. Ese tipo de escuelas nos resultan muy conocidas a los lectores de Mark Twain quien, casi un siglo después, narra las peripecias y los ardides que usa Tom Sawyer para no acudir a una de ellas. Eran tanto transmisoras de conocimiento como de los preceptos religiosos y de las normas de conducta y decoro.

Por su parte, las institutrices y los preceptores atendían en sus propias mansiones a los niños de la clase alta. Vivían con la familia en una situación extraña, puesto que eran asalariados, pero no criados. La literatura ha dejado constancia de esta difícil adaptación a un contexto en el que todo dependía de la bondad de los señores y de la buena actitud de los niños a los que había que enseñar y corregir.

Y existía una situación intermedia, la figura de los tutores, aplicable a aquellos casos en los que la familia enviaba a sus hijos (varones siempre) a formarse a casa de un tutor a cambio de una compensación económica.

Precisamente el padre de Jane Austen ejercía de tutor de un grupo de chicos que vivían en la rectoría salvo en vacaciones. Eso obligaba a la familia a estrechar sus propios espacios vitales, pero suponía un ingreso económico seguro y ganado de forma decorosa, una preocupación muy frecuente en las buenas familias de la época.

La máxima inspiración en materia educativa era el *Emilio* de Rousseau y ya sabemos lo que pensaba de la educación femenina: ser buena esposa y

madre era la máxima aspiración para Sofía. De ese modo, la formación de la mujer se centraba en adquirir los conocimientos domésticos

propios para llevar adelante la casa, así como el desarrollo de algunos "talentos" que la hicieran atractiva a los ojos de los futuros pretendientes en ese mercado del amor que era la búsqueda de buenos partidos para casarse. La opinión de Austen al respecto la expresa en *Persuasión*, en boca de Anne Elliot: Los hombres han tenido siempre la ventaja de contarnos su propia historia. Como han accedido con mayores medios a la educación, han dispuesto del poder de la pluma en sus manos. No reconoceré por eso que los libros demuestren nada».

Cassandra y Jane compadecían a las institutrices y consideraban ese empleo como uno de los más molestos e insatisfactorios. No solo a las institutrices, sino a las maestras en general, a las que veían como verdaderas mártires que tenían que soportar los caprichos de niños maleducados y sin interés por aprender. Siguiendo su ejemplo tampoco las muchachas Bennet en *Orgullo y prejuicio* tuvieron nunca ninguna institutriz y se instruyeron con las lecturas que había en la casa. Esta circunstancia le resultó muy llamativa a lady Catherine de Bourgh, la tía del señor Darcy y protectora del señor Collins, que no dejó de señalarlo como un inconveniente educativo muy grave. Pero obedecía al pensamiento de la autora que abogaba por una educación liberal para las mujeres, basada en el sentido común, la sensatez, el modelo positivo de los padres y la lectura de libros. Lo referido al dominio de los "talentos" que se consideraban propios del género femenino (coser, pintar, tocar el piano, arreglar cojines o sombreros, hacer cuadernos de acertijos…) le parecía a Austen una solemne estupidez y ninguna de sus heroínas se ve muy predispuesta a ello. Les gusta más una buena conversación que perder el tiempo con esas zarandajas. Claro está que ninguna de ellas, hay que reconocerlo, ha salido tampoco una voraz lectora.

Salvo el caso, quizá, de Marianne Dashwood, en *Sentido y sensibilidad*, que lee mucho a Shakespeare, y su hermana pequeña Margaret, una gran aficionada a los mapas. Emma Woodhouse hace listas de libros que tiene pendientes de leer. Listas bien confeccionadas, por orden alfabético, incluyendo textos complejos e interesantes. Pero todo se va en hacerlas y, quizá, en empezar a leer las primeras líneas del primer libro indicado.

Cualquier noticia, novedad, chismorreo o conversación, tendrá sobre ella una fuerza superior a la de la lectura. Es así y Jane Austen siempre dijo que Emma no era la perfección, ni se acercaba siquiera a ella.

EL CASO DE LA SEÑORITA TAYLOR

La única heroína que se educa con una institutriz es, sin embargo, Emma Woodhouse. También es la única rica, la única que no depende de un buen matrimonio para vivir confortablemente. Crear un personaje de estas características debió ser una especie de triunfo, de resarcimiento, de logro.

Sobre todo, después de tantas muchachas pobres o sin recursos propios. La señorita Taylor es la institutriz de Emma y de su hermana Isabella desde la muerte de su madre. La relación entre las hermanas y la señorita Taylor es de respeto y cariño, las dos condiciones que el educador y el educando necesitan para que su labor sea fructífera y bien aprovechada. El resto de las mujeres Austen, como la misma escritora, se educan sin institutrices. En el caso de las hermanas Dashwood (*Sentido y sensibilidad*), su ambiente familiar acomodado hasta la muerte de su padre las puso en contacto con lecturas y música, aunque nada sabemos con detalle de todo ello, salvo la enorme afición al piano y a los sonetos de Shakespeare que tiene Marianne Dashwood y lo que le gustan los mapas a la pequeña Margaret.

Por su parte, la familia Bennet (*Orgullo y prejuicio*), si bien el padre es algo pusilánime y poco práctico, tiene una importante biblioteca en la que las hijas que lo desean pueden cultivarse. La más aficionada a los libros es Mary, la tercera, pero Elizabeth Bennet, la segunda y protagonista de la obra deja claro en una conversación con lady Catherine de Bourgh, estando de visita en su mansión con tantísimas ventanas (deliciosa esa frase de Elizabeth cuando el señor Collins le pregunta por su impresión de la casa:

«Muy agradable y en modo alguno carente de ventanas»), que ninguna de sus hermanas ha tenido institutriz y que cada cual ha podido aprender lo que ha deseado con total libertad. Quizá por todo esto las mujeres en Austen no son muy aficionadas a la lectura, ni un dechado de “talentos”, esas virtudes que todas debían poseer para hacer feliz a un hombre. Parece que Austen consideraba como la mayor de ellas el “sentido común”, y eso es algo cuyo cultivo exige algo más que tener una institutriz.

En *Persuasión* aparece la figura ambivalente de lady Russell que, si bien no es la institutriz de Anne Elliot, ejerce el papel de mentora, de ahí su enorme influencia en las decisiones que la joven toma en su juventud y que la llevan directamente al desastre. En una elipsis narrativa muy lograda, cuando comienza la historia estas decisiones ya son pasado, aunque su peso en el presente es enorme porque dan lugar al nudo de la trama. La postura de lady Russell es muy singular.

Sus opiniones tienen gran ascendiente en la familia y deja callados incluso a sus miembros más díscolos, como Mary, la hija menor. Su error con Anne es tanto más grave por cuanto que viene motivado por un exceso de cariño hacia ella. Viendo que se encuentra desprotegida en una familia que la trata con desprecio y que la utiliza, no quiere pensar que un mal matrimonio la deje todavía peor al albur de otros.

Por eso la persuade de que rechace al capitán Wentworth pero también a Charles Musgrove, que termina casándose con su hermana Mary pero que a

juicio de todos habría sido más afortunado si Anne le hubiera dado el sí.

Dos errores son demasiados. Y así, la influencia de los adultos con autoridad moral llevaba muchas veces a las chicas a un callejón sin salida.

Como las novelas de Jane Austen transcurren en la época georgiana vamos a ver una sustancial diferencia con lo que ocurre en las novelas de las hermanas Brontë. Aunque los años de diferencia cronológica entre unas y otras no son muchos, sí lo suficiente como para que la época contemple cambios políticos, sociales y cambios en los usos y costumbres. La era victoriana marca por sí sola un extenso período en el que la vida inglesa en las zonas rurales estuvo determinada por la emigración a las ciudades fruto de la revolución industrial.

Los años georgianos son luminosos. Eso se observa en la arquitectura, de aire palladiano, trasunto de lo clásico, blanca y abierta. Se observa en todo el arte y también en la literatura. Es una especie de triunfo de la inocencia en un mundo convulso, porque Inglaterra estaba en permanente guerra con Francia. Por el contrario, las historias victorianas se enredan, lo tétrico toma carta de naturaleza, el romanticismo lo llevó todo a los extremos. Jane Austen fue, por eso, una isla de sabiduría, de tranquilidad y de buenas maneras, entre lo gótico y lo romántico. Reivindicó el papel de la novela en tiempos en que la clase media emergente a raíz de la industrialización y el aumento de población en las ciudades requería lecturas apacibles, porque ellos no sabían lenguas clásicas y preferían historias vivas con personajes reales.

Las institutrices que aparecen en las obras de las hermanas Brontë sufren horriblemente. Tanto *Jane Eyre* como *Agnes Grey* están llamadas a soportar un destino inhóspito, el reservado a las chicas de buena familia que no tenían recursos económicos y que se avergonzaban de

trabajar fuera de casa. Todavía no había llegado el momento de la profesionalización y las

institutrices eran tierra de nadie. Ni criadas ni señoras, un punto intermedio que marcaba un *status* de soledad difícilmente compatible con su juventud.

Ese cabello estirado, las manos blancas y juntas con recato, los vestidos negros o marrones, sin vida, el único broche colocado en el escote, alto y sin que nada de carne apareciera para evitar que se desatara el deseo masculino, son una imagen dolorida de quienes vendían sus enseñanzas por necesidad. Charlotte y Anne fueron institutrices y lo pasaron muy mal en ese trabajo, así que ese malestar lo volcaron ambas en sus obras principales.

Fue una huella que solo se aliviaba cuando pasaba a ser literatura. No eran de nadie. Ni estaban a la altura de los señores ni podían relacionarse con los criados.

De la alegre, bella y amigable señorita Taylor, de *Emma*, a las institutrices brontianas, hay diferencias tan notables como entre las épocas que se escriben y las autoras que las alumbran. De la luz a la sombra sin pasos intermedios. La señorita Taylor, además, se convertirá pronto, por obra y gracia de las artes casamenteras de Emma, en la señora Weston y tendrá así su propia casa y no será una mujer sola. Como decía Charlotte Brontë lo malo no es ser una mujer soltera, sino una mujer sola. Pero Emma Woodhouse, años antes, había decidido que lo terrible no eran ni la soltería ni la soledad sino la pobreza. Una mujer con dinero era una mujer acompañada y feliz, incluso sin compañía masculina. Sin embargo, las Brontë dibujaron el retrato de mujeres pobres que no tenían nada más que su deseo de encontrar algún camino. La fortuna que llega a manos de Jane Eyre de forma sorprendente no es sino uno de esos caminos, mucho más importante de lo que nos podamos imaginar en nuestro tiempo. Algo que ya adivinó Austen, por mucho que las Brontë criticaran sus relatos de mesa de camilla y de confortables meriendas cruzadas por susurros de mujeres cómplices.

La institutriz de Emma Woodhouse es una novedad para Austen. Esto quiere decir que hay una excepción a la regla o quizá fue una especie de resarcimiento hacia esas mujeres. Porque quiso construir un personaje que se alejara totalmente del martirio que condenaba a esas figuras grises a una existencia plagada de inconvenientes y sin ninguna recompensa. Las institutrices invisibles de la vida real se transforman aquí en una persona muy diferente. La señorita Taylor es

una mujer guapa, inteligente y formada, con un acusado sentido común y un dominio perfecto de los modales y “talentos” que toda mujer debía poseer en su época. Ella es la que sustituye a la madre ausente, a la madre que murió al dar a luz a la niña, y la que cuidó hasta su boda a Isabella y hasta sus propias nupcias a Emma.

La señorita Taylor, es, por lo tanto, una institutriz con suerte. Dado que el libro comienza con su boda no hay que desdeñar el papel de casamentera de Emma que se ha ponderado tanto.

El hecho de que la hermosa señorita Taylor se case con un hombre viudo de buena posición convirtiéndose así en la señora Weston, es un tributo de cariño de la propia autora a esas mujeres, gente respetable que no tenían otra salida para sobrevivir. Y hay otra circunstancia que acontece en la vida de la señora Weston que también es excepcional. Es la única mujer Austen que se queda embarazada durante la trama del libro y que da a luz a un niño. No deja de ser una situación bastante irónica que culmine lo que se consideraba una trayectoria aceptable para cualquier mujer alguien que, de partida, no estaba destinada a ello. Por eso, quizá, tiene más mérito la intuición de Emma.

LA CRIANZA DE LOS NIÑOS

Hablando de niños, es *Emma* una de las novelas de Jane Austen en las que hay niños de por medio, niños, bebés de corta edad. Son los hijos de Isabella, la hermana de Emma, que viven en Londres pero que visitan Hartfield a menudo, aunque no tanto como quisiera el abuelo, el señor Woodhouse, siempre atento a la salud de todos y a la suya propia. También hay niños en *Orgullo y prejuicio*, aunque en un papel aún más secundario.

Son los hijos de los señores Gardiner, los tíos de Elizabeth, que dejan a los chicos en casa de los Bennet, atendidos por la gentil Jane, mientras ellos se van de viaje con Elizabeth. Y están los hermanos pequeños de Catherine Morland en *La abadía de Northanger* pero solo se mencionan de pasada.

Los más maleducados de todos los niños Austen aparecen en *Persuasión* y son los dos hijos de Mary Elliot y Charles Musgrove. Son tan insoportables y están tan mal criados que ni la abuela Musgrove los aguanta. Y, desde luego, a su carácter contribuye el de su madre, indulgente y despreocupada ante sus fechorías dando ejemplo de la peor de las crianzas. De cualquier forma, ninguno de los niños es el foco de atención nada más que para señalar los defectos de una mala

educación o de una maternidad equivocada. Las novelas de Jane Austen ni son para niños ni son de niños.

Esta reflexión entronca con el concepto de maternidad, ya mencionado antes, que pudo tener Jane Austen. A bastantes muchachas de la época les daban miedo los embarazos y los partos, lo cual resulta lógico teniendo en cuenta el número de ellas que morían a consecuencia de estos y la de veces que se quedaban embarazadas durante su período fértil, más o menos un embarazo cada dieciocho meses. La mortalidad infantil andaba a la par de la mortalidad materna, así que no era ninguna ganga, ninguna especial ilusión, ser madre en esas condiciones. Jane siempre dijo, igual que su hermana, que se conformaba con cuidar a sus sobrinos. Por eso dedicó siempre mucho tiempo a Fanny y Anna, sus sobrinas favoritas, a quienes daba consejos. Les

decía que no se casaran sin amor y que nunca existiría el pretendiente perfecto. A ellas, aficionadas a la escritura, también les hablaba en sus cartas de la tarea de escribir:

«Ahora te deleitas reuniendo a tus personajes, poniéndolos exactamente en el sitio que corresponde, eso que constituye las delicias de mi vida; con lo que hay que trabajar es con tres o con cuatro familias de una aldea rural».

Una de las habilidades principales que la señorita Taylor enseña a Emma desde pequeña es la de la observación. No nos resulta raro pensar que esa misma cualidad, muy desarrollada, era una fortaleza de Jane Austen. Una acertada observación requiere tiempo y reflexión, pero, si se consigue, proporciona una información valiosa tanto para la vida cotidiana como para la obra literaria. La observación se tiñe siempre, en el caso de Austen, de una cierta ironía, como corresponde a alguien con un sentido positivo de la vida, que evita las tragedias inútiles y que considera de mal gusto tanto la ocultación como las exageraciones.

Hay un pasaje de *Emma* que resulta, a estos efectos, extraordinariamente interesante. Una de las pocas descripciones paisajistas que realiza la autora.

La hace con ocasión de la visita del grupo de amigos de Highbury a la casa solariega del señor Knightley, la más importante de la zona (una casa, por otro lado, inexistente en la realidad). La descripción de la casa y el entorno es encantadora y Jane Austen la culmina con una aguda observación que demuestra su capacidad de sintetizar en pocas

palabras toda una visión de la vida y del carácter inglés:

«Era una panorámica deliciosa. Deliciosa para la vista y para la mente.

Verdor inglés, cultura inglesa, confort inglés, visto bajo un sol brillante, sin ser opresivo».

La excepción al escaso papel que la descripción de los paisajes hay en los libros de Austen es, también, como en otras cosas, *Persuasión,* que detalla

no solo los aposentos, espacios interiores, paseos, caminos, pueblos y lugares, sino también el aspecto físico de los personajes. Esto es una gran novedad en Jane Austen y se produce en su última novela completa. Pudo ser un nuevo camino narrativo para explorar por cuanto que lo continúa, de algún modo, en la incompleta *Sanditon.*

LA CONVERSACIÓN

La otra gran habilidad es la conversación. Ser una buena conversadora era un plus en un mundo en el que la comunicación verbal era el eje. Además de las cartas, que solían ser largas, prolijas, llenas de descripciones y de detalles concretos que eran el elemento primordial de contacto cuando se estaba lejos, son las conversaciones el eje principal de la vida en común, tanto en el seno familiar como con amigos y vecinos. El arte de la conversación requiere paciencia, también respeto, actitud de escucha, comprensión hacia el otro y, sobre todo, gracia y facilidad para comunicar sin aburrir a las ovejas. Emma era una contadora de historias muy grata a sus auditorios y era capaz de tenerlos embobados narrando cualquier peripecia, pero le resultaba más complicado escuchar largas peroratas sobre todo si eran repeticiones continuas de temas sobados que algunos vecinos se empeñaban en recordar a cada momento. En *Persuasión* y hablando con el señor Elliot, el primo de la familia que va a heredar el mayorazgo, lo deja muy claro la propia Anne:

«Para mí, señor Elliot, buena compañía es la de personas inteligentes, dotadas de una formación sólida, que saben conversar; eso es lo que yo llamo buena compañía».

Hay un detalle que no debería pasar desapercibido y es el énfasis que ponen la autora en los comienzos de dos de sus obras emblemáticas y

alejadas entre sí en el tiempo:

«Emma Woodhouse, guapa, inteligente, rica, risueña por naturaleza y

con una casa magnífica, parecía reunir algunas de las mayores bendiciones de la existencia; y llevaba vividos en este mundo casi veintiún años sin que casi nada la afligiera o fastidiara…».

Comparemos este inicio con el de *Orgullo y prejuicio*, su novela de los veinte años: «Es una verdad universalmente aceptada que todo hombre soltero, en posesión de fortuna, necesita una esposa» . La diferencia es abismal. Mientras que en *Orgullo y prejuicio* el centro de la trama es la búsqueda de parejas para las innumerables hijas de los Bennet, con todo el cruce de argumentos que ello conlleva, aquí en *Emma* la heroína lo es por sí misma, por sus cualidades innatas y por su propia situación, sin que haya que añadirle nada ajeno, nada extraño. Emma posee belleza física, un atributo que Austen no suele repartir en demasía entre sus mujeres; es inteligente, el don más preciado para la autora; es rica, la única forma que tenía una mujer de no ser dependiente de los parientes masculinos; posee una risa como algo natural de su personalidad; y por último vive en una casa magnífica, algo que no es baladí, habida cuenta de que ella, Jane Austen, nunca poseyó ninguna casa y ni siquiera vivió jamás, ni de prestado, en una casa magnífica.

La relación de Emma con su institutriz siempre resalta el papel de esta como la principal hacedora de las virtudes de Emma. Esto reivindica claramente el papel de estas trabajadoras y las coloca en una situación privilegiada con respecto a otras protagonistas que representan igual oficio.

El fuerte carácter de Emma, su forma de ser tan original y persuasiva, añade aún más mérito al trabajo realizado por la señorita Taylor, dotándola de cualidades que todos en el libro reconocen.

En cuanto a la institutriz, su inteligencia y su capacidad están, desde luego, por encima de las de su futuro marido, el señor Weston, aunque esto es una constante de todo el libro. Ellas son mejores que ellos. La única pareja igualitaria será la de la propia Emma con el señor Knightley porque

¿quién soportaría a una Emma sin tener la autoestima por las nubes?

La señora Weston no es un secundario en el libro, lo que incide en el interés de Jane Austen por reivindicar de algún modo el papel de las institutrices, al menos, cuando sustituyen a las madres, como es su caso.

Las opiniones de la señora Weston no suelen aparecer de forma directa

sino que se recogen a través de otros personajes, que expresan también la impresión que ella les causa. La institutriz resulta ser una mujer colmada de virtudes, pero estas no son pesadas ni fatuas, porque su actuación la preside siempre el sentido común y la sensatez, sin ser ni vanidosa ni creída.

A lo largo del libro, la señora Weston ofrece diferentes perfiles, todos ellos positivos. Puede decirse que es el personaje más perfecto de todos. Es la persona que cuida a Emma y a su hermana tras la muerte de su madre, ofreciéndoles cariño y seguridad. También es la que dirige su educación, incitándolas a la lectura, las bellas artes y todo aquello que formaba parte del equipaje educativo de una joven de buena familia. Se convierte, llegado el momento, en consejera, y, cuando Isabella abandona la casa tras su boda, llega a ser la mejor amiga de Emma, compartiendo paseos y confidencias.

Puede decirse que actúa con mano izquierda y primando el amor aunque con rectitud.

Su situación cambia cuando se casa con el señor Weston y, es en ese momento precisamente cuando Emma y su padre se dan cuenta del valor que su amistad y su presencia en la casa tiene para ellos. La búsqueda de una sustituta en el papel de mejor amiga, que es lo que lleva a Emma a conocer a Harriet, no tiene éxito. Quizá porque señorita Taylor solo hay

una. Siempre ofrece a Emma los mejores consejos y la novela culmina con el nacimiento de su propia hija, anticipando que será, a tener de las aptitudes de la señora Weston para la crianza, una muchacha excelente.

Un único error de apreciación comete la señora Weston y es cuando opina sobre el entramado sentimental que rodea a Emma. De ese modo adjudica al señor Knightley un interés más allá de la amistad con respecto a Jane Fairfax. Pero, indudablemente, este ardid de la trama sirve para que Emma se dé cuenta de sus propios sentimientos hacia él o, al menos, que empiece a sospecharlos.

El matrimonio del señor Weston con la señorita Taylor es el segundo éxito de la intuición casamentera de Emma. El primero fue el de su propia hermana Isabella y John Knightley, el hermano pequeño del señor Knightley. Pero, como este mismo dice, más que una adivinación, es un deseo. Eso motiva una fuerte disputa entre los dos porque él no está dispuesto a concederle poderes especiales, ni dones más allá de los normales, así que intenta que ella comprenda que

querer que dos personas se casen nunca puede convertirse en lograr que las personas se casen si uno lo desea.

La prueba de que el señor Knightley no andaba descaminado es que, a partir de esas dos bodas que abren el libro, una expresada en forma elíptica y otra más directa, Emma ya no volverá a dar pie con bola e irá de error en error.

No obstante, Emma no es una casamentera al estilo de la señora Bennet, que anda de aquí para allá buscando pretendientes y haciendo que estos huyan despavoridos. No. Se trata más bien de un deporte intelectual, de un modo de utilizar sus dotes de observación para un pasatiempo que ella consideraba muy divertido. Porque conocer la naturaleza humana y sus reacciones es algo que Emma adora y que Jane Austen adoraba.

7.

Juego de damas

ESTOY SEGURA DE QUE JANE AUSTEN tuvo que conocer en su vida a más de una señorita Bates. Una mujer sencilla, habladora, agradecida pero no servil, interesada por la vida de los demás sin ser maliciosa, pobre pero digna. Cualquier vecina de Steventon o de Chawton podía encajar en esta descripción. El retrato que hace en *Emma* de la gente desfavorecida que, a pesar de todo, conserva sus modales educados, su generosidad de trato y sus ganas de vivir, es inmejorable. La señorita Bates es soltera, vive con su madre (muy sorda y corta de vista) y adora a su sobrina, su única sobrina, Jane Fairfax, la hija de su hermana fallecida. Las cartas de Jane son la luz que alumbra a las dos mujeres. Su casa es pequeña, con poco desahogo, con escasos lujos, pero, como ella misma dice, tiene todo lo necesario y, además, cuando Jane está allí o cuando reciben noticias, parece que la pequeña sala se agranda y todo se ennoblece. La señorita Bates es, usando el lenguaje cinematográfico, una secundaria de lujo.

La pobreza acecha a las Bates como ocurría en la época con muchas otras mujeres. La pobreza es femenina. La señora Bates es la viuda del antiguo vicario de la parroquia de Highbury. Esto implica otro paralelismo con la vida de Jane. Los vicarios no dejaban herencia y sus parroquias eran generalmente ocupadas por un pariente cercano al que se cedía, si es que había varones a mano, que no es el caso de la señora Bates, o se devolvían a

sus patronos, generalmente la nobleza terrateniente, que eran quienes les habían concedido el beneficio. La escasa renta que les quedaba tras su retiro debe bastarles para vivir con suficiente decoro. Y la pobreza es muy difícil de llevar cuando una pertenece a una familia de clase media y no puede dedicarse a trabajar. Depender de los demás es una dura carga para estas personas. Y existían muchas así en los tiempos de Austen. Cuando su padre cedió la parroquia de Steventon a su hijo mayor, James, para pasar a jubilarse, no había herencia que repartir. Todos los hijos varones, excepto George debido a su enfermedad, se buscaban la vida de una forma o de otra, la mayoría de ellos bien. Pero las dos hijas, Cassandra y Jane, así como la madre, dependían completamente de que se les proporcionara sustento.

Aunque, en realidad, hay un pequeño (o grande, según se mire) matiz que hacer a esto. Cassandra recibía los intereses de las mil libras que recibió como legado de su prometido en su testamento y Jane tenía algún ingreso debido a las ventas de sus libros. Pero esto ocurrió años más tarde de la muerte del padre.

La señora Bates tenía una hija soltera que «gozaba de un grado de popularidad fuera de lo común para una mujer que no es ni joven, ni guapa, ni rica, ni casada». ¿En qué consiste el secreto por el cual todos quieren a la señorita Bates? Probablemente en cosas como estas: «Nunca se había jactado de guapa ni de lista». «Su juventud había pasado sin distinción alguna y, a la mitad de su vida, se dedicaba al cuidado de una madre llena de achaques, y al esfuerzo de estirar lo más posible una pequeña renta».

«Era una mujer feliz y una mujer a quien nadie nombraba sin buena voluntad». «Amaba a todo el mundo». «Sencillez y jovialidad». «Tan contenta y agradecida».

La lista de frases positivas sobre el carácter y los modales de la señorita Bates son definitorias de su buen carácter. Alguien como ella, tan poco

afortunada en la vida, nunca sentía envidia de los demás, sino, al contrario, se alegraba de la felicidad de los otros como si fuera la suya y, en realidad, lo era, por eso siempre tenía miles de motivos para sentirse a gusto con la vida. Estas personas son, hay que decirlo, la sal de la tierra. Su bienestar no depende de lo que poseen sino de lo que son. Alumbran allá donde van y siempre tienen algún motivo para sentirse satisfechas y agradecidas.

Cualquier cosa es para ellas un regalo y disfrutan de la vida que llevan

como si se tratara de un rico viajando alrededor del mundo rodeado de criados y de bienes. Esa era la señorita Bates y por eso suponía una acertada compañía para cualquiera. Los que hemos tenido en nuestra vida alguna señorita Bates sabemos cuánta luz proporcionan y cuánta belleza hay en su forma de ser.

LAS SENSATAS

Además de las Bates, en *Emma* aparece una tercera dama en cuestión: la directora del internado, la señora Goddard. El internado era un colegio.

Como dice Jane no se trata «de un seminario ni de una institución, ni de ninguna de esas cosas que prometen, con largas frases de estupidez refinada, combinar conocimientos liberales con una elegante moralidad sobre la base de nuevos principios y sistemas, y donde por una enorme suma de dinero extirpan la salud de las damas jóvenes y les injertan vanidad».

La crítica a algunos establecimientos educativos que, según Jane, eran más ruido que nueces, está servida en ese párrafo. Ella pensaba que había que transmitir conocimientos sólidos y una educación adecuada, cosa que no hacían todos y que todavía era más raro en los sitios más caros y más de moda. No extraña este pensamiento pues la época georgiana adoptó modos

educativos "modernos" que no a todos satisfacían y que duraron lo que duró la época, porque lo victoriano volvió a poner en su sitio algunos postulados que se dejaron atrás por su probada ineficacia. Una educación de postureo, diríamos en nuestro lenguaje actual.

Por el contrario, a juicio de Austen, el colegio de la señora Goddard era

«un honesto internado al estilo antiguo, en el que se vendía una razonable cantidad de cualidades a precio razonable». Es decir, un precio ajustado al servicio. En un contexto en el que tener dinero se asocia a la supervivencia y el bienestar no estaba amparado el derroche. Y la señora Goddard era tan sólida de carácter como lo era su internado por lo que suponía una amistad ideal para ese ambiente de sencillez y buenos modales que existía en la clase refinada de Highbury.

La señora Bates, la señorita Bates y la señora Goddard acompañaban al señor Woodhouse en sus tardes de cuatrillo. Los juegos de naipes eran tremendamente populares en la época y en las casas solían desplegarse en cuanto había un momento de charla con las visitas. A Emma Woodhouse le gustaba que su padre estuviera entretenido y por ello consideraba muy beneficiosa la compañía de unas damas que,

amén de ser allí muy bien atendidas con manjares y bebidas a los que quizá no tenían acceso por sí mismas, proporcionaban conversaciones y distracción. La conversación era el pasatiempo más barato y satisfactorio de todos los que se practicaban en esa sociedad rural. No solo suponía comunicación, sino información y desahogo. Era un elemento primordial de las relaciones humanas y en ella los sobreentendidos, las cursivas orales y los comentarios *sotto voce* tenían su papel, porque no todo lo que se hablaba era audible (o entendible) para todos los oídos.

Podíamos decir que a Jane Austen le gustaban los cotilleos. Son, en realidad, cuando no suponen calumnias, mentiras o malas intenciones, un

termómetro de la vida en sociedad. Conocer lo que se cuece en las familias o entre los vecinos es una manera de estar al día en un mundo en el que todo se producía *tête a tête*. Sus personajes hablan y hablan y también utilizan las cartas para aclarar asuntos espinosos de modo que, en algunas de sus novelas, una carta es el modo en que el nudo se desata. Los diálogos son, pues, el punto fuerte de sus obras. Sus personajes hablan por sí mismos, con lo que nos ahorramos prolijas explicaciones, dándole a la lectura una velocidad estimable y a los acontecimientos una ligereza increíble.

El hecho de que en los círculos habituales de la época los vecinos tuvieran una importancia excepcional es algo que se ha prolongado en la historia casi hasta nuestros días. Las relaciones de vecindad tienen enorme valor a la hora de constituir, sobre todo en las zonas rurales, una consistente red de solidaridad, que actúa a modo de sustitutivo del dinero o de los familiares directos. Eso lo había vivido también Jane Austen cuando empezó a hacerse mayor y, sobre todo, cuando murió su padre. Las mujeres solas eran frecuentes. Había muchas circunstancias que podían conducir a este estado: La viudez, la soltería, la falta de parientes cercanos, las malas relaciones familiares, los matrimonios inconvenientes que alejaban a las mujeres de su entorno. El paraguas familiar no era lo amplio que se necesitaba y se daban situaciones muy duras. Mientras se era joven quedaba la esperanza de conseguir un marido, o, en el peor de los casos, de entrar como institutriz en casa de alguna familia adecuada. Porque otro tipo de tareas o trabajos sería una deshonra para esta clase social y no se contemplaba. El paso de los años era letal. Y las consecuencias se podían observar en muchas mujeres.

Otra dama a la altura de las circunstancias es la señora Gardiner (*Orgullo y Prejuicio*). La señora Gardiner es la tía de las hermanas

Bennet. Vive en

Londres, donde su marido ejerce un honorable oficio liberal y tiene varios hijos. Es la persona mayor más razonable de todas las que aparecen en el libro. Sensata, bondadosa, prudente, generosa y abierta a las confidencias de sus sobrinas, sin caer en los chismes. Cada vez que hay una crisis, y hay varias, la señora Gardiner aparece para ayudar.

La primera gran intervención tiene lugar cuando se lleva a pasar una temporada a Londres a la mayor de las hermanas, Jane, desolada tras el abandono sin explicaciones del señor Bingley y sus hermanas. Allí, en la casa de los Gardiner, Jane espera día tras día una visita o una nota de saludo, sin que se produzca hasta muy tarde y solo por cumplido. Las hermanas de Bingley miran con desdén el barrio y la casa donde viven los Gardiner, por otra parte, perfectamente respetables, y hacen una visita de cumplido sin otra intención que salir corriendo en cuanto pueden.

En otra ocasión son la señora Gardiner y su marido los que llevan de viaje a Elizabeth por el Derbyshire para que pueda solazarse un poco durante el verano. Ese viaje será crucial porque en él se reencontrará con el señor Darcy, con ocasión de visitar Pemberley, y se producirá la reconciliación después del fallido ofrecimiento de matrimonio que tiene lugar anteriormente, cuando Elizabeth está de visita en casa de los señores Collins. En el relato de este viaje al Derbyshire, la naturaleza cobrará algún protagonismo y la escritora señalará con énfasis la importancia de ser unos buenos viajeros, observadores y receptivos a todo lo que el lugar ofrece.

La tercera y definitiva acción benefactora de los Gardiner, en la que ella tiene especial intervención, se produce en el desgraciado momento en que Lydia se ha escapado con Wickham sin que se conozca donde se encuentran. Es el matrimonio Gardiner el que la acogerá en su casa de Londres para que salga de allí a casarse, dando un aire de respetabilidad al incidente, aunque como es lógico, ya estaba en boca de todos. Un buen

chismorreo como este no era nada despreciable. «Que se conformen con gozar de lejos con nuestra desgracia» le dice Elizabeth a su madre cuando esta insinúa que las vecinas Lucas quieren pasarse por allí para condolerse.

Cuánta ironía y cuánto conocimiento de la naturaleza humana demuestra en este suceso la escritora…

LAS ARPÍAS

Pero en los libros de Austen no todo son mujeres agradables y entregadas.

Al contrario. Hubiera sido negar la realidad y este no es su estilo. Por eso también aparecen algunos otros modelos nada confiables. Por ejemplo, las arpías.

La arpía por excelencia es, sin duda, Fanny Dashwood, de soltera Ferrars, en *Sentido y sensibilidad*. Cuando muere el señor Dashwood está casado en segundas nupcias con la madre de Elinor, Marianne y Margaret Dashwood.

De su primer matrimonio tiene un hijo varón, John, casado precisamente con Fanny Ferrars. Tal y como estipulaba el mayorazgo, la casa en la que vivía el señor Dashwood con su segunda esposa y sus hijas, Norland, así como sus tierras, rentas y demás bienes, correspondían al hijo. Sin embargo, antes de expirar, el señor Dashwood había hecho prometer a su hijo que no dejaría desasistidas ni a su madrastra ni a sus hermanastras. El hijo tranquilizó a su padre a este respecto. Prometer cuesta poco.

Sin embargo, tras el fallecimiento, John Dashwood tiene que decidir cómo se sustancia esa promesa y discute la situación con su esposa, Fanny.

La forma en la que esta arpía manipuladora logra convencer a su marido de que, en realidad, no debe nada a sus parientes, y que ellas van a vivir mucho mejor cuanto menos tengan, es magistral. Revela tanto egoísmo como maldad y tanta inteligencia para manejar a una persona como ausencia de

sentimientos. Fanny Ferrars solo es comparable, en la narrativa de Austen, con lady Susan Vernon (*Lady Susan*), que no solo es capaz de manipular a cuántos se pongan a su alcance sino también de influir para lograr que su hija se pliegue a sus propios intereses dejando de lado totalmente su felicidad. Lady Susan Vernon es otro ejemplo negativo de madre en las novelas de Austen.

Ni siquiera las hermanas Bingley, con su desprecio por la vida campestre y sus luchas soterradas por conseguir que Caroline se case con Darcy, pueden compararse a lady Susan o a Fanny Ferrars. Ni, por supuesto, la señora Augusta Elton, que no deja de ser una necia venida a más. El hecho de que la escritora la haga proceder de Bath puede decirnos algo acerca de lo que pensaba ella de la sociedad frívola y

superficial de esa ciudad, en la que nada era lo que parecía.

Lady Susan Vernon, la protagonista de *Lady Susan* brilla sobre todas las malvadas y algunos de sus rasgos nos recuerdan el perfil clásico de esa mujer de novela negra que trae la perdición de los hombres. Belleza, inteligencia y astucia. Maldad con encanto, podría ser una buena definición.

Una inteligencia mal aplicada, que diría el mismísimo señor Knightley, usada para generar males y desgracias a su alrededor.

Lady Susan Vernon frisa los treinta y cinco, edad madura para la época, se ha quedado viuda hace nueve meses y ya está trajinando marido. El libro incluye una descripción física que no es usual en las novelas austenianas.

Rubia, de piel fina y ojos claros. Un aspecto angelical para alguien que alberga sentimientos llenos de oscuridad. Como es una novela epistolar tenemos que fiarnos de la carta que escribe la señora Vernon (concuñada de lady Susan) a su hermano, Reginald De Courcy, joven atractivo y soltero:

«Por más que dudes sobre el atractivo de una mujer que ya no es joven,

debo admitir que raras veces vi a un ser tan encantador como lady Susan. Es delicadamente rubia, con bellos ojos grises y pestañas oscuras».

Todas las cartas del libro sirven para definir la personalidad de la protagonista. En todas aparece, aunque sea indirectamente. Pero ella solo se descubre, y no del todo, cuando escribe a su amiga, la señora Johnson, tan ligera de moral como ella misma, casada con un hombre que, al contrario del marido de la protagonista, sabe bien cómo es su mujer e intenta controlarla a duras penas. Las palabras de lady Susan a la señora Johnson descubren un carácter ambicioso, nulo respeto y empatía hacia los demás y un deseo sin límites de lograr sus objetivos, sin reparar en el daño que pueda hacer. Pero no lo hace con dureza, ni acritud, sino, y esto es un verdadero hallazgo, con cierta ingenuidad, ironía, condescendencia consigo misma y un punto de infantilismo que resulta hasta gracioso. Es una maldad descrita sin aristas.

No solo ha engañado a su marido cuando vivía, sino que ha intentado quitarle el marido a la señora Manwaring, ha logrado que se rompa la relación de sir James con la señorita Manwaring, ha hecho desgraciada a su hija Frederica y ha escandalizado a toda la sociedad

de Londres. Aún más.

Cuando ante sus ojos aparezca un nuevo objetivo, el joven y rico Reginald De Courcy, no dudará en usar sus armas para lograr su afecto y conseguir unirse en matrimonio. Y las armas no serán las de la belleza, obvias en su caso, sino la mesura, el buen tino, la humildad, la buena conversación y la inteligencia. Un cóctel imposible de eludir.

Porque quizá sea este el elemento distintivo de lady Susan Vernon con respecto a las otras "malas" de Austen. La inteligencia. Atributo que la escritora concede sobre todo a sus mujeres "buenas". El escaso ingenio, la ridiculez, la falta de modales, la poca agilidad mental, son elementos que se reflejan en el carácter de esas "malas" que citamos. Pero no en lady Susan,

que es, si no fuera una verdadera bruja, la persona con la que todo hombre sueña como amante y toda mujer como amiga.

Quizá los personajes femeninos más dados a la manipulación sean Isabella Thorpe (*La abadía de Northanger*) y algunas mujeres de *Mansfield Park*, como Mary Crawford o la señora Norris. Todas ellas son inteligentes, pero también intentan remover las aguas a su favor y utilizan medios insanos para lograr sus objetivos. El cálculo forma parte de sus acciones y manifiestan sus peores maneras con respecto a las otras mujeres que ellas consideran más débiles, por ejemplo, en el segundo caso, Fanny Price y en el primero, la inocente y soñadora Catherine Morland.

Una mujer "peligrosa" a ojos de la protagonista, aparece en *Persuasión.*

Se trata de la señora Clay, viuda joven y amiga de la familia Elliot. Parece haber puesto sus ojos en el señor Elliot que, aunque padre de tres hijas mayores, solo tiene cincuenta y cuatro años y es un tipo atractivo, pero pagado de sí mismo. En esta novela todas las edades aparecen bien reflejadas y con detalle ya que comienza mostrando la inscripción en el Baronetario de la familia Elliot. Así sabemos que la acción transcurre en 1814 (el año en que se escribe) y se reflejan las edades de las tres chicas: Elizabeth tiene veintinueve, Anne tiene veintisiete y Mary veintitrés. Solo esta última está casada por lo que podemos observar con asombro cómo la edad de las protagonistas ha subido considerablemente. La anterior, que fue Emma Woodhouse (*Emma*) solo tenía veintiún años y aquí Anne tiene seis más. ¿Quiere indicarnos algo Austen con este detalle? ¿Es su particular aportación a la "injusticia" que suponía la invisibilidad social de las mujeres a partir de determinadas edades? Sea como sea, Anne Elliot tiene

veintisiete años y sigue enamorando, pero, además, Elizabeth Elliot tiene veintinueve y continúa estando en el mercado matrimonial. Con menos años Charlotte

Lucas se vio casi obligada a aceptar al ridículo señor Collins con tal de no quedarse soltera.

La señora Clay es una de esas mujeres que tienen un objetivo trazado y que se disponen a cumplirlo. Su trato con Elizabeth, la hija mayor y el ojo derecho del padre, es de total intimidad, y a través de ella, lo es también con sir Walter. Ella es la hija del señor Shepherd, abogado de la familia y tiene dos hijos de su matrimonio. La situación no es precisamente la mejor. Por eso hacer un buen casamiento es una necesidad.

También en *Persuasión* hay una rivalidad soterrada entre varias jóvenes que parecen disputarse el premio del mejor marido. Anne Elliot permanece indiferente al juego, lo que ya es un enorme mérito y dice mucho de su carácter. Pero ahí están su hermana Elizabeth, las amigas Isabella y Henrietta Musgrove, la citada señora Clay y alguna habitante de Bath en edad de casarse. Como hay varios hombres en juego, algunos solteros y otros viudos jóvenes, el movimiento de parejas es verdaderamente insólito y los bailes y paseos el centro de la acción. Por cierto, se ha transmitido indebidamente a través de las adaptaciones audiovisuales que Anne Elliot era poco agraciada físicamente, lo que es falso si nos atenemos a las palabras literales de la novela: bonita, dulce, modesta, con buen gusto y fina sensibilidad. Ese es su retrato.

LAS CURSIS

Además de mujeres sensatas y arpías, también las hay verdaderamente cursis. Ser cursi no tiene época, ni clase social, ni edad, ni sexo. Es una actitud que procede de la equivocada percepción de quien quiere ser sin poder serlo, de quien olvida las virtudes que adornan al individuo auténtico: la verdad, la espontaneidad. En *Orgullo y prejuicio*, hay espléndidos

ejemplos de cursilería. Y en *Sentido y sensibilidad* también. Para no ser exhaustivos, quedémonos con un par de ellos: comencemos con las hermanas de Bingley. Caroline Bingley y la señora Hurst dan vivas muestras de ser unas auténticas representantes del cursilísimo hábito de mirar a los demás por encima del hombro y de querer parecer más de lo que, en realidad, son.

Porque, vamos a ver, todavía se me escapan los méritos que ambas damas poseen para considerar que la sociedad de Longbourn es poco refinada para ellas. O que el noble ejercicio del comercio y de la abogacía son claramente manchas en tu *curriculum* familiar. O que los Bennet son inferiores por el hecho de tener una madre bocazas. Así podíamos hacer una enorme lista de consideraciones que nos dejarían patidifusos. Recuerdo el baile en casa de los señores Lucas en el que Darcy conoce a Elizabeth. Allí llegan, pagados de su grandeza, el propio Darcy, Bingley, sus hermanas y su cuñado. Un cuñado, por cierto, como deben ser los cuñados: borrachines, aprovechados y vividores. La gente del lugar los admira por sus vestidos elegantes, sus peinados sofisticados y sus expresiones afortunadas. Nada de c *ockney*, inglés de Oxford cien por cien. Y, por sus miles de libras de renta, todo hay que decirlo. «No sería tan guapo si no fuera tan rico», Elizabeth Bennet *dixit*.

Pero, aclaremos. Es Bingley quien tiene cinco mil libras de renta al año.

Y sus hermanas, sencillamente, viven de él. Por eso, entre otras cosas, no les interesa para nada que él se comprometa con una chica. Serían segundonas en la vida y hacienda de su hermano. Así que no está de más ser indecorosamente orgullosas y considerar que todos esos vecinos les deben un favor por acudir a su fiesta mediocre. El campo inglés en estado puro, la *gentry*, recibiendo a la élite de la sociedad londinense.

En la gran sala de baile de los señores Lucas (grande, pero incomparablemente más pequeña que la de la ínclita tía de Darcy, Lady Catherine de Bourgh), la mirada aviesa de las Bingley otea el horizonte y recorre, parsimoniosamente, el perímetro, observando a los bailarines, sus atuendos, sus peinados y joyas, así como la habitación, el moblaje, las velas, los criados…Puro cotilleo, diríamos hoy. Y sin condescendencia alguna. Cortar trajes es una ocupación tan vieja como el mundo. Y que no excluye a nadie por razones de sexo, clase social, raza o creencias, añado.

Ellas mismas, la señora Hurst y la señorita Bingley, van ataviadas de un modo exagerado, a la última moda de Londres. Vestimentas que pueden resultar adecuadas para ir al teatro o a una recepción en el palacio de Saint James, pero no desde luego para un baile campestre que es, al fin y al cabo, como podría definirse este festejo. Las chicas Bennet, las Lucas, el resto de invitadas, usan la muselina, la seda o el encaje blanco, beige, gris, celeste o rosa, propio de los bailes de la época, en los que no existiendo luz eléctrica había que alumbrarse con velas y lograr que la atención recayera en la ropa a través de esos tonos luminosos. También en las velas se notan las clases sociales: no es lo mismo la humilde vela de sebo que la cera de miel de abejas.

Pero las Bingley, que han decidido hacerse notar, aparecen con vestidos explosivos, de colores llamativos, con aderezos imposibles en el pelo, perlas en el cuello, pulseras estrambóticas, con un modernismo elegante, en suma, fuera de lugar. Son ostentosas y, por ello, resultan cursis. En un instante, al "verlas", pienso en Hermione Roddice y su atuendo gris de plumas en la boda de la hija pequeña de los Cricht, allá en las Middlands, tal y como la describió D. H. Lawrence en *Mujeres enamoradas* (1920). Y, aunque nos resulte curioso (al mismo Lawrence se lo resultaría) hay una edición conjunta en la que aparecen *Mujeres enamoradas* y *Sentido y*

sensibilidad, estableciendo la posibilidad de que comparemos ambos tipos de mujer. No está mal traída la comparación. Las hermanas Ursula y Gudrun Brangwen tienen entre sí una relación tan extraña y curiosa como la que mantienen Elinor y Marianne Dashwood. Ursula es sensata y práctica, mientras que Gudrun tiene un temperamento demasiado "artístico". Las dos hablan mucho de amor y de que desean encontrar al hombre adecuado, lo mismo que sucede con las Dashwood. Sus destinos son diferentes porque los libros de Austen nunca acaban en tragedia, pues eso sería demasiado pretencioso para una existencia cotidiana.

La actitud negativa de las Bingley en el salón de baile merece

reprobación y así se deja ver en la narración. La displicencia con la que tratan al señor Lucas, del que se ríen abiertamente al considerarlo un tendero venido a más. La diversión que obtienen del comportamiento de la señora Bennet, harto llamativo desde luego, pero que se convierte en objeto de sus chanzas. El desprecio hacia Wickham, no por sus hechos deleznables con Darcy sino por su origen, por ser hijo del administrador de Pemberley.

Por supuesto, la ojeriza que siente Caroline Bingley hacia Elizabeth tiene un origen más prosaico y quizá más profundo al mismo tiempo. Es tan sencillo como la mirada de las brujas sobre las hadas. Se da cuenta de inmediato de las atenciones y el interés que la muchacha despierta en Darcy, en el que ella tiene puestos sus ojos aunque, todo hay que decirlo, de manera inútil porque a él no le interesa ni le gusta lo más mínimo. En eso demuestra Darcy su inteligencia, algo no tan común en las personas a la hora de elegir el objeto de su veneración.

En *Sentido y Sensibilidad* hay una cursi subtipo mosquita muerta. Las mosquitas muertas son muy peligrosas porque se creen con el derecho de despertar la compasión de los demás y, por tanto, de tener trato de favor.

Una especie de mochila que cuelga de los otros. Actúan a modo de

parásitos, simplemente porque son unas inútiles que hablan en voz baja o, como decía una de mis tías, porque se desempeñan como “arañas mancas”, sin saber ni dónde tienen la cabeza.

Se trata de Lucy Steele, que aparece en la vida de Elinor Dashwood con el “sano” objetivo de contarle cuanto antes que ella y el señor Ferrars (Edward, por más señas) tienen un compromiso de antiguo que permanece en secreto. Elinor y Edward se enamoraron al tratarse en la casa de Norland, pero, tras esta confesión interesada de Lucy, Elinor sabe que ha perdido su oportunidad porque Edward es un caballero que nunca romperá la palabra dada y ella jamás se interpondrá entre él y Lucy. Esta, por su parte, usa ardides de boba y vocecita implorante para que nadie le quite su presa, que, por otra parte, solo le importa como medio de subsistencia. La prueba es que una carambola del destino hace que se quede con el otro hermano, Robert, intercambiando uno por otro. Y no hay color, todo hay que decirlo.

Las Bingley son cursis pécoras y Lucy Steel es una cursi boba. Todas ellas intentarán salirse con la suya a costa de los demás. Creen que lo merecen más que nadie. A Jane Austen no le gustaban determinadas artimañas femeninas y las deja en evidencia siempre que puede.

Todos estos juegos en torno a los compromisos de boda y a los hombres en general revelan una feroz competencia a la hora de conseguir un buen marido. Quizá podamos disculpar algunas de estas jugarretas por la necesidad que tenían las mujeres de lograrlo, pero, en todo caso, esas malas artes rebajan a la persona en su dignidad y eso es algo que tenía tan claro Jane Austen como que ella misma estuvo siempre al acecho para no caer en esas trampas de la vida.

LAS SENSIBLES

Las chicas sensibles (otro tipo interesante en las mujeres Austen) nos resultan más empáticas y conmovedoras. Algunas llevan esa sensibilidad al extremo, como Marianne Dashwood que enferma de amor al descubrir la doble vida de Willoughby con quien había compartido la lectura de sonetos de Shakespeare. «No es amor el amor que muda a cada instante». Y va el galán y se marcha a Londres y se monta un lío fenomenal en el que hay llantos, histerismos, encuentros desastrosos, una señora que ofrece aceitunas como consuelo y el papel caballeroso del coronel Brandon, en la recámara siempre.

Jane Bennet, por su parte, tiene un grado razonable de sensibilidad. Esto es posible si se establecen los límites del decoro y la dignidad. Jane Austen creía en que la dignidad era un elemento fundamental del ejercicio del amor. Y que pasarse de la raya llevaba al ridículo. Un enamoramiento arrebatado, sin tener en cuenta las condiciones de ambos amantes ni las circunstancias externas siempre estaba abocado al fracaso. Y por eso fracasan Lydia y Wickham (da igual que acaben casándose, no siempre el matrimonio es un final feliz), y por eso Marianne Dashwood recobra la cordura y vuelve sus ojos hacia alguien que le garantiza amor y fidelidad a partes iguales, más una considerable dosis de bienestar material.

Tal y como habían hablado muchas veces las hermanas Bennet en la intimidad (las imagino del mismo modo que a Cassandra y Jane Austen), Elizabeth y Jane, un pretendiente tiene que ser guapo a la vez que sensato.

La insensatez es un defecto cuyo juicio es inapelable. La madre de todos los males. Una forma de romper la fase de enamoramiento a marchas forzadas.

Estoy segura de que la señora Bennet era una muchacha adorable, de rizos sobre la frente y manos bonitas. Pero pronto apareció su carácter indiscreto, su falta de tacto, su cabeza a pájaros y todo el encanto que la envolvía y que había enamorado al señor Bennet, voló como por efecto de una pócima

mágica. Es eso el matrimonio, pensaba Jane Austen, una forma muy rápida de dejar de sentir aprecio y admiración por alguien.

LAS MISTERIOSAS

Las muchachas misteriosas están en los libros de Agatha Christie. Uno de ellos se titula, precisamente, *Tercera muchacha*. Son muchachas que desaparecen, muchachas que cambian de personalidad, muchachas que colaboran en sencillos y domésticos asesinatos, muchachas que se enamoran de quienes no deben, muchachas que investigan, muchachas que se dejan engañar.

Pero Austen también dibuja alguna muchacha misteriosa. Jane Fairfax podría ser la protagonista de un libro. En *Emma* es, en realidad, la antagonista de Emma Woodhouse; la persona a la que Emma, en el fondo, admira y teme porque puede hacerle sombra. Y también porque cierta faceta del carácter de Jane es, para Emma, insoportable.

Toda la historia va recogiendo los momentos en los que ambas se sitúan como personajes paralelos sin afinidad y sin intención de entenderse. Es una cuestión de piel.

El misterio de Jane Fairfax está en íntima relación (quién lo hubiera dicho) con la actitud del joven Frank Churchill, el hijo del señor Weston, que va y viene dejándose querer y soltando a su paso un aire de frivolidad entusiasta que no deja de ser advertido por un hombre tan inteligente y observador como el señor Knightley. La trama de la novela es en este punto verdaderamente notable. A Emma le atrae Frank, aunque no creo que sea por sus atractivos (es un hombre guapo pero tan caprichoso que nunca dejaría que Emma fuera el centro de la creación), sino porque en la zona hay poquísimos jóvenes en edad de casarse. Esto ocurría en la época de

Jane Austen. La escasez de hombres era alarmante. Las guerras contra Napoleón habían esquilmado al país de jóvenes en la buena edad y la cosa no parecía tener fin. La mayor parte de la existencia de Austen (hasta 1815) transcurrió en guerra contra los franceses así que la curva demográfica evidenciaba una diferencia enorme, en determinadas edades, entre hombres y mujeres. Y eso que el número de mujeres descendía, alarmantemente también, por la muerte en los partos.

Frank, por su parte, juguetea con Emma. La considera superior a todas las jóvenes en belleza y posición, pero no termina de arrancarse. El señor Knightley contempla ese juego desde fuera y siente un resquemor no disimulado contra el joven. A Emma le extraña esa

actitud porque su mejor amigo siempre es ponderado y juicioso a la hora de tratar con los demás.

Los misterios son, pues, múltiples. Frank y Jane Fairfax ocultan a todos que se han prometido en secreto. Frank da la impresión de que siente algo más de lo normal por Emma. Emma cree sentir algo por él. En medio del juego, Harriet Smith, otra vez marioneta de Emma.

Toda esta confusión, todo este juego de atracciones mutuas y engaños, se va resolviendo en conversaciones y también en cartas. La tela de araña se va disipando una vez que se llega al final. Pero, en tanto, los misterios continúan, como el del pianoforte que alguien (no se sabe quién) envía de regalo a la señorita Fairfax. ¿Quién es el misterioso admirador? Todos saben que es una extraordinaria pianista, pero ¿quién ha enviado el instrumento que apenas cabe en casa de sus parientes, las Bates, con las que ella vive en Highbury?

Las virtudes y "talentos" de Jane Fairfax molestan sobremanera a Emma.

Tiene que soportar oír hablar de ellos desde pequeña y, por si fuera poco, cada vez que la señorita Bates recibe una carta de la sobrina, se la lee palabra por palabra, incluyendo elogios a su letra, a lo poco que se queja, a

lo bien que hace esto y lo otro. Insoportable. Las cartas de Jane Fairfax son largas, llenas de detalles, dobladas en no sé cuántas veces, escritas con una caligrafía perfecta. Todo en Jane Fairfax parece perfecto.

Cuando la novela se inicia ella está a punto de volver al pueblo y también va a hacerlo Frank Churchill. Dos niños huérfanos que se marcharon a vivir una vida mejor van a regresar. Lo curioso es que se han conocido fuera, pero guardan una distancia bastante sospechosa. Incluso Frank se ríe un poco de ella, de su tiesura y del color de su piel, bastante pálido. Frank parece decidido a ser un buen hijo con su padre y a honrar con su visita a la nueva mujer de este, pero no encajan las situaciones, algo se está cociendo a nuestras espaldas. Esa trastienda prodigiosa es la que cultiva con esmero Jane Austen en muchos de sus libros. En *Orgullo y Prejuicio* es el señor Darcy el personaje enigmático, callado, pétreo. En *Persuasión* ambos callan, ambos sobreentienden cosas, pero no las dicen en voz alta, no las demuestran. En *Sentido y Sensibilidad* hay un continuo juego de ocultaciones entre los personajes, sentimientos no expresados, historias que no quedan claras. Eso hará sufrir enormemente a Elinor

Dashwood, lo que dará lugar a que salga a la luz su parte más emocional, más tierna. Detrás del telón suceden muchas cosas.

Ya digo que Jane Fairfax, esa misteriosa muchacha, daría para un libro completo:

… era huérfana, era hija única de la hija menor de la señora Bates. El matrimonio del teniente Fairfax, del… Regimiento de Infantería con la señorita Jane Bates había tenido sus días de gloria y placer, de esperanza y beneficio; pero ya no quedaba nada de todo aquellos, más que el recuerdo melancólico de su muerte en acto de servicio en el extranjero, de su viuda consumida hasta la muerte por la pena poco después, y esta niña.

Jane Fairfax no se cría en Highbury, aunque a él pertenece su familia y en él viven su abuela y su tía soltera, hermana de su madre, la señorita Bates,

simple e ingenua. Pasa su infancia y juventud con un amigo de su padre, el coronel Campbell, que la cría como a una hija junto a la suya propia. Por lo tanto, el modelo educativo de Jane está a la altura del mejor. Así, aprende todos los principios y enseñanzas que poseían, en ese tiempo, las señoritas de la clase cultivada. Sin embargo, su situación personal va a impedirle que pueda vivir sin trabajar y por ello deberá buscarse una ocupación decente cuanto antes. Llegados los veintiún años, la misma edad de Emma, Jane Fairfax tiene que empezar a trabajar de institutriz en una buena casa, que es la ocupación más acorde con su educación y sus expectativas.

¿Por qué Emma, tan compasiva y considerada con Harriet Smith, siente resquemor, fastidio y hartura ante Jane Fairfax y todo lo que atañe a la joven? ¿Puede ser por contrastar con la pesada y aburrida letanía de alabanzas que le dedica su propia tía, la señorita Bates, para quien Jane lo hace todo bien? ¿Puede ser porque Jane, aún siendo pobre, es elegante, fina, discreta, educada y, efectivamente, lo hace todo bien? ¡Qué subidón siente, por contra, Emma, cuando el señor Knightley desmiente tajantemente las insinuaciones acerca de su interés amoroso sobre Jane al dejarle claro que nunca querría a una mujer carente de alegría!

Hay una escena que ilustra enormemente esta situación de antagonismo.

Como la novela se escribe desde el pensamiento de Emma y lo que vemos es lo que Emma siente, no lo que sienten los demás, salvo que

lo expresen, no podemos adentrarnos en la antipatía o simpatía que Jane pueda tener hacia ella. Pero sí vemos en la escena del piano que a Emma le cuesta soportar de buen grado el desvelo del señor Knightley por la salud de Jane, haciendo que toque lo imprescindible, o el interés de todos por oírla, o los elogios que suscita su ejecución.

En esto, Emma es muy distinta, mucho, de Elizabeth Bennett. Lizzy es consciente de que no toca el piano con la perfección que debiera,

simplemente porque lo ha practicado poco. No siente envidia, ni siquiera la mínima, cuando tocan ante ella otras señoritas o señoras que lo hacen mejor. Porque Lizzy es consciente de que la responsable de aquello es ella misma por no dedicarle tiempo. Su autoestima está a salvo. Su seguridad en sí misma, también. He aquí una diferencia fundamental entre ambas protagonistas. Lizzy Bennett se acepta a sí misma como es y no siente reparo en expresarse ante nadie. Emma tiene el refuerzo añadido de su cuna y su posición económica.

La naturaleza enfermiza y triste de Jane Fairfax es demasiado para Emma. La considera bastante pusilánime y no le gusta esa autocompasión que cree observar en la joven, lo que hoy llamaríamos "victimismo". El desenlace de la novela nos explica que Jane Fairfax no era una quejica insoportable, sino una mujer enamorada que ve cómo su amado no cumple sus promesas. Cosa bien distinta, desde luego. ¿Cuánto hay en Emma de molestia por los halagos continuos que le brindan a Jane Fairfax muchas personas de su entorno? Porque Emma está acostumbrada a ser el centro de atención y, si bien Harriet no será nunca rival, el caso de Jane es distinto.

La última de las situaciones que enfrentan a Emma y Jane tiene lugar con la actuación de Frank Churchill. Este es un joven con unos valores bastante acomodaticios, un personaje que no parece caer muy bien a la propia autora. Juega con los sentimientos de Emma mientras mantiene un compromiso oculto con Jane. Y, al tiempo, actúa como un caballero medieval con Harriet salvándola de unos gitanos que la asaltan por un camino, desencadenando así las inefables trapacerías casamenteras de Emma. Pero Frank quiere a Jane y esto desarbola a Emma, no solamente porque él ha manifestado cierto interés por ella, sino, sobre todo, porque ella lo ha elegido, internamente, para que sea el marido de Harriet.

Todo esto nos indica que Emma no es una heroína al uso, no es una mujer perfecta. Sus defectos no están ocultos, se hacen evidentes en el libro. Su propensión para acertar siempre en sus predicciones, su facilidad para manejar a la gente, más debida a su posición y su gracia

personal que a mala intención, y, sobre todo, su conciencia de ser la estrella de una sociedad bastante opaca, pueden llegar a molestar al lector, igual que molestan al señor Knightley. Pero, al igual que este, nosotros, los lectores, adoptamos una postura comprensiva con ella, porque entendemos que los seres humanos tenemos defectos y virtudes y porque, como alguien diría muchos años después, nadie es perfecto. Lo advirtió Jane Austen al anunciar que iba a escribir esta novela: «Voy a crear una heroína que, aparte de mí, no va a gustar a nadie».

Uno de los méritos que Emma atribuye, con razón, a Jane Fairfax es su elegancia. A ello alude en algunos párrafos: «Era muy elegante, extraordinariamente elegante y lo que más valoraba Emma era la elegancia». O «tenía la estatura perfecta, justo para que casi todo el mundo la considerara alta y nadie muy alta; su figura tenía una gracia especial y su tipo un muy atractivo equilibrio, ni gruesa ni delgada». Austen se empeña en resaltar los dones de Fairfax más allá de lo que ha hecho con la misma Emma: «A sus ojos, de un gris profundo, con pestañas y cejas oscuras nunca se les había escatimado ningún elogio…».

La apostura física de Jane Fairfax se realzaba, esto es seguro, con un atuendo elegante y siempre apropiado al momento. Un atuendo elegante garantizaba la atención de los jóvenes y también una buena consideración social. La falta de elegancia se consideraba un error trascendente: nadie que no fuera capaz de vestirse adecuadamente, según la hora del día o su ocupación, tenía ninguna posibilidad de resultar agradable. Esto se extendía

tanto a los hombres como a las mujeres y no solo a los jóvenes sino a todas las edades. Era una norma imprescindible de buena educación.

LA MODA FEMENINA

Cuando se han adaptado al cine o a la televisión las novelas de Austen se observa claramente qué documentalistas han cuidado el vestuario y han respetado la época. En otros casos, lo que podemos apreciar es lo contrario.

Jóvenes con cabellos sueltos, vestidos oscuros, extraños sombreros, talles en su sitio, mangas largas…La moda georgiana está bien definida y tiene una influencia francesa clarísima que duró hasta el reinado de Guillermo IV

en el que se inició una transición que culminaría con la reina Victoria.

Las mujeres de Austen, como las de la época, llevaban una ropa interior que era de todo menos sugerente. Una camisa fina de algodón y unos pantaloncillos de ese mismo tejido sobre el cuerpo para preservar el resto del atuendo. Y esto era todo. Después, el corsé y las enaguas. El corsé no tenía la función de ajustar el diámetro de la cintura (ah, nuestra Scarlett O

'Hara haciendo mil contorsiones mientras que la fiel Hattie la rodea con la cinta métrica), sino de realzar el pecho como hacen ahora los bustier.

Habían desaparecido los corsés que intentaban controlar los centímetros de cintura, que volverían en la época victoriana. Probablemente el busto es la zona de la anatomía femenina más lucida en la época. Dado que se llevaba la cintura muy alta, el llamado “estilo Imperio”, los grandes escotes, cuadrados o redondos, ofrecían una visión completa del seno de las mujeres. Solamente un fino pañuelo de encaje lo cubría en las horas del día, pero, en la noche o en las fiestas, el encaje volaba y la piel aparecía en todo su esplendor.

Las enaguas eran fundamentales. Algunas mujeres se ponían solamente una enagua, con lo que, al ser los vestidos de muselina, tela finísima donde las haya, estos se pegaban al cuerpo, produciendo una sensación bastante...

insinuante... y demasiados resfriados. De muselina se hacían, además de los vestidos, los delantales, los pañuelos o los velos. Hasta cinco enaguas podían llevarse, dependiendo ya del recato que quisiera observar la dama.

Incluso se registran casos de señoritas, algo ligeras, que... ¡no se ponían enaguas! No era el caso de Emma, desde luego. Quizá por eso se libraba de los constantes resfriados que sufrían las muchachas de la época, debido a la liviandad de las telas.

Luego estaban las medias, por encima de las rodillas o en los muslos, ajustadas con ligas. Las medias eran de seda o de algodón, blancas lisas o bordadas. No había llegado todavía el mágico momento del nylon, ni, por supuesto, de los pantys.

En cuanto a los vestidos, los había de mañana, de tarde, de noche y de fiesta. Emma se cambiaba de ropa varias veces al día. No hacían lo mismo otras señoritas y señoras que aparecen en Hartfield, porque sus medios económicos eran menores y tenían menos vida social. Los vestidos eran de manga corta o larga, con diseño farol en la zona de los hombros. A veces se colocaba una Spencer, ajustada sobre el vestido, sin mangas a modo de chalecos o con mangas cortas o largas. En otras ocasiones usaba abrigos, ajustados y largos. Otra serie de accesorios textiles aparecen para determinados momentos del día, como capas, chales, encajes, esclavinas, mantos, peregrinas…

En el momento social por excelencia, el baile, el vestido es de colores pastel (celeste, rosa, malva, champán, vainilla, lavanda) o, incluso, blanco.

La elección del vestido de noche es muy importante, pues ha de lograr que se distinga a la mujer con claridad en un baile únicamente iluminado con

velas. Emma, al tener una buena posición social y medios económicos, llevaba adornos de perlas, así como vestidos de crujiente seda, capas de terciopelo e, incluso, recordemos, su carruaje estaba forrado de piel, haciendo las delicias del señor Elton en uno de sus viajes a la casa de Weston.

Las mujeres usaban una gran variedad de complementos: guantes de gamuza beige del modelo York Tan, amplios chales de Cachemira, pendientes, broches, adornos para el cabello, sombreros, parasoles o sombrillas, abanicos, carteras, bolsos de mano…

El tema de los sombreros resulta encantador. Podían ser de paja, seda, terciopelo, piel de castor, muselina o paño. Había sombreros decorados con flores artificiales, con cintas, con frutas. Una mujer se sentía más segura de sí misma cuando iba con un buen sombrero. Eso marcaba la diferencia. Por supuesto, el pelo siempre se llevaba

recogido, con una especie de moño bajo, en ocasiones o elevado hacia arriba con diadema de flores o de joyería, en los momentos de más vestir. El pelo suelto, lo que llamamos melena, no haría su entrada en la vida de la calle hasta muchísimo tiempo después. En estos momentos, la mujer solamente desplegaba su pelo en la intimidad de la alcoba. Y el sombrero, a la par de adornar y proteger del sol, tenía la virtualidad de cubrir el cabello sin que hubiera que lavarlo a menudo. Ya sabemos que la cuestión higiénica aún resultaba dudosa, de ahí la proliferación de perfumes de fuerte olor.

La blancura de la piel, tan cotizada y que diferenciaba a las que trabajaban al aire libre y a las mujeres de buena familia, se preservaba con los parasoles o sombrillas, que se encargaban a juego con el vestido y con los guantes, estos largos o cortos, y con los abanicos. Por último, estaban las carteras y los bolsos, hechos de tul, seda o crochet, la mayoría circulares

y muy pequeños, aunque suficientes para guardar el abanico, el pañuelo y un perfume.

Toda esta indumentaria femenina se completaba con el maquillaje de polvos de arroz, que aún hacía la piel más blanca y el *rouge* de los labios, pintados en forma de corazón. Si observamos el maquillaje de Lizzy Bennett en la versión de la BBC de *Orgullo y Prejuicio* (1985), vemos con toda claridad el arreglo facial característico de la época en las mujeres elegantes, jóvenes y discretas.

La moda francesa también se vio, a su vez, influida por la inglesa, sobre todo en el uso de las *spencer*, chaquetas cortas y ajustadas, o los abrigos largos, aunque el rey de los complementos era de origen clásico: el chal.

También los peinados de rizos cortos y rodeando la cabeza tenían aire grecolatino. Y no podemos olvidarnos de los abanicos: en los bailes solía hacer un calor sofocante y era imprescindible.

Además del físico y la elegancia en el vestir, Jane Fairfax era discreta, prudente, se movía con delicadeza y poseía innumerables talentos. Pero, al contrario que Emma, escondía algo. Al contrario que Emma, tenía cierto grado de oscuridad en su expresión que no podía pasar desapercibida si uno se fijaba. Al contrario que Emma, su vida había sido difícil y, por eso mismo, un fondo de sufrimiento la acompañaba siempre. Por eso era capaz de guardar un secreto. Porque ese secreto era, en realidad, la puerta a una existencia más feliz.

Y es precisamente esta evidencia, la reflexión sobre la clase de vida que espera a Jane Fairfax por su falta de medios (dedicarse a enseñar, ser institutriz) lo que, por una única vez, genera la empatía de Emma hacia ella, la compasión, diríamos. Porque el futuro de Jane Fairfax era semejante al de una hermosa flor a la que se coloca en una campana de cristal. Sin embargo, como sabemos, Jane Austen tenía otros planes para ella. Y el

cumplimento de esos planes desencadenarán, de forma indirecta, el descubrimiento de lo que Emma guardaba en su corazón.

ANTAGONISTAS

En *Orgullo y prejuicio* el antagonismo más destacado es el que se establece entre Elizabeth Bennet y Caroline Bingley. En este caso hay un hombre de por medio. Se trata del señor Darcy. Caroline Bingley vive a costa de su hermano y ansía casarse con Darcy para ser toda una señora. También espera que su propio hermano se despose con la hermana pequeña de Darcy.

Así todo quedaría en familia y admirablemente organizado. Como muchas muchachas de la época ella dependía en todo de su hermano, con el que tenía que vivir sin más remedio, constituyendo una carga indudable para ambos. Por eso no soporta a Elizabeth y, desde el primer momento, manifiesta su animadversión hacia ella del modo menos inteligente, ponderando sus defectos delante de Darcy. Este nota de inmediato la situación y saca sus propias conclusiones. Cualquier excusa es buena para que Caroline deje mal a Elizabeth. Por su parte, ella no responde a esas provocaciones, aunque la opinión que tiene de Caroline es pésima, mucho más cuando descubre que sus artimañas han influido enormemente para que el señor Bingley desaparezca de la vida de su querida hermana Jane sin aviso y sin motivo.

La señorita Lucy Steele usa otras herramientas, pero también es una antagonista de altura para Elinor Dashwood. Su técnica es comprometer a la otra para que la apoye en su secreto que no es otro que un compromiso de juventud con Edward Ferrars, de quien está enamorada Elinor sin querer decirlo ni reconocerlo. También Ferrars la ama, pero no puede sustraerse a este compromiso que hizo un poco a lo loco, como un caballero de

principios que es. Lucy Steele usa estratagemas para despertar la compasión de los otros y para que Elinor se dé cuenta de que no tiene nada que hacer con Ferrars. Pero caerá en su propia trampa y tendrá que modificar el objetivo de sus pretensiones. La facilidad con que lo hace nos demuestra que no tenía escrúpulo alguno en casarse con cualquiera, con tal de tener asegurada una vida confortable. Esta forma de pensar, sin duda, era propia de muchas mujeres, pero contra ellas reaccionó Austen desde sus libros.

8.

Vida social

Pero el majestuoso minué seguía siendo el rey; y todos los bailes normales empezaban con esa danza. Sus movimientos eran lentos y ceremoniosos, llenos de gracia y dignidad más que de júbilo (*Recuerdos de Jane Austen.* James Edward Austen-Leigh) BAILES

Los bailes eran el acontecimiento central en la sociedad georgiana. No solo para las chicas jóvenes, que tenían puesta toda su ilusión en encontrar un caballero a su medida, sino también para las señoras casadas o los caballeros. La cara opuesta era el desengaño que sentía la joven que no era requerida para bailar y se pasaba las horas sentada junto a las señoras mayores. Un absoluto fracaso que dejaba huellas.

Había bailes campestres y bailes ciudadanos que tenían lugar en las *assembly rooms*. También solían celebrarse en las casas importantes. Aquí había algunas diferencias. Años más tarde, Edith Wharton nos narrará en *La edad de la inocencia* lo diferente que era tener todo el año un salón de la casa destinado a bailar a tener que quitar los muebles de una habitación para dejar sitio. Frank Churchill, el hijo pródigo de *Emma,* cuenta con alegría cómo le gustan los bailes campestres y sus ritos. Lo mismo dice Bingley en *Orgullo y prejuicio,* aunque él resulta más creíble que Churchill quien, al fin y al cabo, pretendía agradar a todos. Un baile es, por tanto, un

acontecimiento de excepción y saber bailar un talento imprescindible. Lo más popular era la contradanza, donde los bailarines se disponen en filas y así ha pasado a la historia de las imágenes a través de las películas sobre las novelas de Austen. Todavía no había llegado el momento del abrazo al bailar, porque el vals, esa excusa perfecta para los jóvenes enamorados, es posterior. Aquí solo se rozan las manos y siempre enguantadas. A pesar de todo había un verdadero cruce de miradas que conllevaba cierta y auténtica pulsión sexual.

Para una muchacha era muy importante rellenar su cuaderno de baile con los nombres de los chicos más apuestos, lo que significaba que había estado ocupada todo el tiempo. No bailar o hacerlo poco era una verdadera decepción y significaba ser la comidilla de los demás. Las sociedades de toda época manifiestan siempre cierta crueldad a la hora de comentar el éxito o el fracaso social. Las señoritas más populares bailaban toda la noche, aunque nunca se repetía baile salvo que hubiera “algo más” entre la pareja. Cuando Jane Bennet repite baile con el señor Bingley (*Orgullo y prejuicio)* todos se dan cuenta de que aquello puede, incluso, acabar en boda. Desde luego la señora Bennet lo tiene claro y así lo manifiesta en voz muy alta a quien quiera escucharla. Este es, precisamente, uno de los motivos de la prevención del señor Darcy hacia la familia pues descubre de

inmediato que sus intenciones están dirigidas al casamiento de las hijas.

Algo que resultaba lógico, por otra parte, y que Darcy debería saber de antemano.

Los bailes tenían sus normas y sus roles. Se solía servir antes una cena fría que las jovencitas apenas probaban en su nerviosismo, y duraban varias horas. Por supuesto, existían los previos, esos momentos domésticos en los que se elegía vestido, tocado o exorno. Desde luego que, en este sentido, las diferencias económicas y sociales se hacían muy evidentes. No era lo

mismo repetir vestido, aunque modificando los adornos, que tener la capacidad de estrenar varios atuendos durante una temporada. Las adaptaciones audiovisuales dan a veces la impresión de que Austen dedica tiempo en sus novelas a estas descripciones, pero no es cierto. Le interesaban muy poco todas estas cuestiones y solo daba algunas pinceladas sueltas sobre las mismas.

Cuando los salones estaban atestados los bailes públicos resultaban incómodos y el calor no dejaba apenas lugar a la conversación pues todas las muchachas andaban pendientes del abanico. Las madres ocupaban los asientos disponibles y se mostraban muy atentas a lo que sucedía en la pista de baile, lo que no impedía los comentarios cruzados entre ellas, muchas veces en clave, acerca de las diferentes parejas, su posición y su actitud. Las carabinas realizaban su función con las chicas jóvenes. No era corriente que las muchachas participaran en el baile, ni, por tanto, que se presentaran en sociedad, antes de los quince años y de que las hermanas mayores se fueran casando, aunque Jane Austen narra casos de precocidad como el de Lydia Bennet (*Orgullo y prejuicio*), algo que, recordemos, hizo enfadar a lady Catherine de Bourgh cuando Elizabeth Bennet se lo cuenta. En casa de los Bennet la libertad se llevaba a todos los extremos y resulta muy curiosa la explicación que da Elizabeth al hecho: fomentar el cariño entre hermanas y no la rivalidad. Quiere decirnos que, si una de las chicas debido a su edad se veía privada de las diversiones que ocupaban a sus hermanas, estaba claro que eso no redundaría en beneficio del buen orden familiar y de la armonía.

Y ya sabemos que la tranquilidad y la ausencia de conflictos eran objetivos codiciados por el señor Bennet, un caso claro de persona nada amante de los problemas.

En los bailes participaban a menudo las tropas acantonadas de las

milicias, que tenían solo función defensiva y no entraban directamente en el

combate, entre otras cosas porque nunca embarcaban ni cruzaban el canal de la Mancha. A una de esas milicias, la de Oxfordshire, pertenecía Henry Austen, el hermano más querido de Jane, que llegó a tener un cargo económico de importancia. Los casacas rojas eran muy populares entre el público femenino y los bailes servían para elevar el ánimo de la tropa, mientras permanecía inactiva.

Había muchas diferencias importantes entre los bailes campestres y los bailes de las *assembly rooms* de las ciudades de moda por su vida social como Bath, por ejemplo. La primera diferencia es la envergadura y la segunda, el cosmopolitismo, es decir, el hecho de que en los bailes campestres de las residencias particulares o las posadas de los pueblos, todos se conocían, algo imposible en los bailes de Bath. En *Persuasión* y en *La abadía de Northanger* aparecen estos últimos bailes bien descritos y en *Orgullo y prejuicio* y *Emma* se reflejan los bailes campestres con exactitud.

Existían también reuniones sociales en las que el baile no era el protagonista, pero sí la música. Solían ser cenas o encuentros menos numerosos pero que tienen un destacado papel en la narración porque eran los momentos de socialización en los que las muchachas y los caballeros tenían ocasión de hablar y de iniciar un conocimiento relativo. En *Orgullo y prejuicio* se relatan varias de estas reuniones, alguna de ellas en casa de la señora Phillips, tía de las Bennet, en Meryton, donde el baile surge de manera espontánea y también la interpretación de las jóvenes al pianoforte, y otras en la mansión de lady Catherine de Bourgh y en Pemberley, la extraordinaria y lujosa casa del señor Darcy. Precisamente en estas últimas reuniones se va desarrollando la atracción entre Darcy y Elizabeth Bennet.

Eso representa muy bien lo que sucedía en la vida real. Las veladas con música eran una oportunidad de lucimiento para las chicas que tenían habilidades con el piano, que practicaban asiduamente como parte de su

aprendizaje. Una voz entonada y unas canciones del país eran capaces de levantar la admiración de los jóvenes que era de lo que se trataba, al fin y al cabo.

Lo mismo sucede en *Emma* con ocasión de las cenas de navidad en las que puede verse tanto la atracción del señor Elton hacia Emma Woodhouse como la admiración que despierta Jane Fairfax entre

todos, con su elegancia y sus dotes musicales. Por su parte, las reuniones y bailes de *Mansfield Park* tienen un denominador común: el desprecio hacia Fanny Price, la niña acogida por sus tíos y rechazada por sus primas. De ese modo, no participará en los eventos sociales que se organicen y siempre tendrá un papel subsidiario e incluso servil. Esto es otra muestra de evidente clasismo y, sobre todo, de falta de compasión, algo que en este libro se hace totalmente evidente. Es cierto que nos resulta muy victimista el papel que se le adjudica a la pobre Fanny, pero ¿no sería lógico que se desenvolvieran así los parientes ricos que acogían a niños pobres de su familia? ¿no recogerá una actitud repetida en determinados ambientes? Resulta muy diferente del papel que desempeñan los señores Thomas y Catherine Knight en relación con el pequeño Edward Austen y también el que los propios señores Austen tienen con el hijo de Warren Hastings, George. Ese aspecto del libro es el que otorga a *Mansfield Park* cierto aire diferente al resto de las novelas de Austen y a Fanny Price un carácter más retraído, oscuro y sin brillo que a las otras heroínas. Da la sensación de que Austen no pudo resistirse a plasmar cierto comportamiento social basado en la hipocresía que pretendía revestir de buenas obras lo que no era sino una especie de utilización de la pobreza por parte de los ricos. Aunque Austen no plantea abiertamente las cuestiones sociales como hará después, por ejemplo, Elizabeth Gaskell y, sobre todo, George Eliot, no deja de mostrarnos, con sus habituales dotes de

observación, lo que podía llegar a suceder con ese acogimiento tan aparentemente bondadoso.

En *Persuasión* «las jóvenes se chiflaban por bailar; y las noches terminaban a veces con algún pequeño baile improvisado». El papel de Anne Elliot era el de una chica que había perdido sus mejores años y que no estaba en la primera línea de las muchachas deseables y predispuestas a encontrar marido. Por eso su principal función era tocar el pianoforte todo el tiempo, ejecutando el baile favorito, las contradanzas, tan de moda y tan alegres que podía tocar «durante horas seguidas». Las caras nuevas tenían gran aceptación en los bailes. Cada temporada solía traer alguna y esto era un momento de gloria para la interesada. Por desgracia las novedades solían tener fecha de caducidad. En una especie de mercado de la carne, como era este, no es de extrañar el desasosiego de las muchachas cuando su temporada de esplendor terminaba sin haber conseguido un buen marido.

Austen nos relata muy bien esa sensación de la novedad en una escena de *Los Watson*:

«Entretanto Emma no había pasado inadvertida, y había suscitado gran admiración. Un rostro nuevo (y muy agraciado) no era algo que pudiera ignorarse».

Después del baile llegaban momentos muy especiales. El tiempo de las confidencias. Cómo le sentaba el vestido a la señorita X, cuántas veces bailé con el señor Y, cómo me sentí cuando el señor K me comentó tal cosa…Esa parte era tan importante como el baile mismo. Consistía en desmenuzar, descubrir, escudriñar, charlar hasta la extenuación, sacando partido de todos los acontecimientos, de todas las miradas, de lo bueno y lo malo, de lo positivo y de lo oscuro…En casa de los Bennet (*Orgullo y prejuicio)* había tantos de estos comentarios que cansaban al propio señor y así solía expresarlo con cierto malhumor no exento de su típica ironía. Las

hijas y la esposa enumeraban con detalle todos los acontecimientos por nimios que fueran y esto le terminaba resultando agotador. Claro que es una casa con cinco hijas de edades parecidas, algo que no se repite en ninguna de las novelas. Por eso tiene esta vivacidad, esta alegría intrínseca, esta vida cotidiana tan llena de detalles. Y el hecho de que las hijas recorran diferentes edades hace que las lectoras puedan elegir e identificarse con unas o con otras, aunque, es cierto, la unanimidad está en el señor Darcy.

Resulta imposible no enamorarse de él.

LAS VISITAS

Luego estaban las visitas. Eran siempre muy numerosas, pero se acrecentaban después de un baile. Normalmente antes de almorzar, después del desayuno, la visita era un rito que se celebraba casi a diario, hiciera el tiempo que hiciera, porque ya es sabido la propensión de los ingleses a disfrutar del aire libre y lo poco que les importan las lluvias o el frío para salir de casa. Los extranjeros siempre se extrañan de esas costumbres. A Hércules Poirot, el detective belga de Agatha Christie, le horrorizaban las corrientes de aire. En las comedias de Noël Coward siempre hay una chica americana que prefiere quedarse resguardada en el salón durante el tiempo neblinoso antes que salir a jugar al tenis o a visitar las plantas en los invernaderos. Los extranjeros no comprenden la comunión que existe entre los ingleses y sus jardines, sus caminos, sus páramos. Un jardín que se creó, precisamente, en la era georgiana, con sus flores silvestres, sus setos desordenados, su libertad compositiva tan alejada del gusto francés por la cuadrícula, por el orden.

Las visitas eran momentos mixtos en los que dependiendo del grado de intimidad se desgranaban confidencias o se contaban chismes al modo más

“rosa” que nos podamos imaginar. La información en los entornos vecinales y familiares corría de un lado a otro con total normalidad y todos lo sabían todo de todos. Era un periódico ambulante, una comunicación verbal que impedía guardarse nada para sí. No obstante, las visitas podían tener un toque más íntimo, más personal, cuando, por ejemplo, las muchachas hacían un aparte para contarse lo que ellas consideraban “sus cosas”, para intercambiar sus novedades. O cuando decidían “pasear”.

Entre esas visitas destacaban las que hacían los jóvenes a aquellas chicas a las que habían distinguido con su atención durante los bailes. Era un rito común y aceptado, de modo que no constituían ninguna sorpresa sino que se esperaban. No se consideraba de buen tono hacer visitas improvisadas, ni invitar a las personas sin consentimiento de los anfitriones. Esto lo hacía Lydia Bennet (*Orgullo y prejuicio)* con frecuencia y llamaba siempre la atención, aunque los modales de Lydia, expansivos y poco ortodoxos, eran una mezcla de espontaneidad y descaro difícilmente tolerable. Las visitas hacían que las mañanas después del baile se pasaran rápidamente, entre susurros, arreglos, acogidas y comentarios. Todo de buen tono, todo sin que

pareciera interesado.

LOS PASEOS

Los paseos eran la forma de deporte más sencilla y la que más practican los personajes de Jane Austen. Ella misma era una gran aficionada a la naturaleza, y, aunque no incluye en sus libros descripciones prolijas de los cambios estacionales, los árboles, caminos o paisajes, sí trasminan sus relatos una especie de olor a aire puro que contagia a todos. Las amigas y las hermanas se reúnen para recorrer el contorno de un punto a otro y lo que más les gusta de todo ese rito no es ver los campos o los sembrados o los

árboles o el color del cielo, sino el intercambio de noticias, que es una especie de sal que se le echa a la vida en el campo inglés.

Todas las mujeres de Austen son andarinas. A todas ellas les gusta salir y recorrer un buen trecho, incluso aventurarse a andar más de lo permitido.

Esa querencia, esa saludable costumbre del ejercicio físico que consiste en dejarse ir en la dirección que los pies nos lleven, se practica con muchísima frecuencia en los libros de Jane Austen. Incluso a Elizabeth Bennet la criticaron las hermanas de Bingley en *Orgullo y prejuicio* por haber recorrido a pie cinco kilómetros para visitar en Netherfield a su hermana Jane que tenía un buen resfriado de resultas de una intempestiva lluvia que la había sorprendido a caballo y de camino. La crítica no surtió efecto a los ojos del señor Darcy pues este tuvo ocasión de observar que el ejercicio físico había dado a los bonitos ojos de Elizabeth un brillo extra.

A la costumbre del paseo contribuye, desde luego, que la acción transcurra en enclaves reducidos, con mucho campo alrededor, pero incluso en Bath el paseo matutino para ver y ser visto es una tradición. En esos encuentros, sean visitas o paseos, la charla femenina tiene un suave runrún, un sonido interior de olas que rompen sin estruendo sobre la playa o susurros de aves mensajeras. A veces se vuelve extrañamente dura. Los sinsabores, el despecho, el amor no correspondido, las traiciones, todo aflora con naturalidad y sin ocultarse, formando parte de eso que llamamos conversación y que limpia los corazones y alivia el dolor a partes iguales.

El señor Woodhouse, el padre de Emma, es el ejemplo del buen paseante.

Dispone de una zona excepcionalmente amplia en su residencia de Hartfield y, ataviado con su abrigo y su bufanda, da todos los días un par de vueltas al recinto. Es una forma de señalar la importancia del ejercicio físico para mantener en forma a las personas mayores. El amor a la naturaleza de Jane Austen se respira en toda su obra, sin que haga falta ser detallista al

respecto. No. Ella simplemente nos da un pequeño dato y con eso entendemos perfectamente el valor que le asigna al aire libre y a la vida del campo. Eso se nota también cuando está en Bath, pues las historias que se desarrollan allí nunca inciden en los monumentos o edificios sino en detalles simples de árboles o de paisajes. Lo mismo pasa con la representación del mar, algo que a Jane Austen le parecía uno de los goces de la tierra y que retrata sobre todo en *Persuasión,* la novela en la que el mar y los marinos tienen mayor importancia, porque hay muchas escenas a la orilla del océano y porque un militar es su protagonista masculino. Es aquí donde la descripción del paseo y del gusto por visitar lugares y apreciar paisajes se da con mayor grado, como ya se ha comentado. Las hermanas Musgrove, Mary y Charles, Anne y Frederick Wentworth llevan a cabo algunas excursiones en las que lo más importante, pese a todo, es la disposición de las personas a la hora de pasear y también los comentarios que surgen, mientras se pondera la belleza exterior. Pasear imprime a las conversaciones una curiosa intimidad.

LAS CONFIDENCIAS

Cuando las reuniones sociales se desarrollan al aire libre tenemos las giras campestres. Un grupo de personas se reúne para hacer una determinada excursión, como sucede en *Persuasión* y en *Emma.* También en *Sentido y sensibilidad* hay encuentros campestres donde se juega y se comentan las incidencias del día. En *Emma* hay acontecimientos destacados que tienen lugar cuando visitan la abadía donde vive el señor Knightley y cuando hacen la excursión a Box Hill. Allí se pone de manifiesto la extraña actitud de Jane Fairfax por un lado y de Frank Churchill por otro. Las insinuaciones de este y sus comentarios desafortunados influyen en Emma

y la llevan a cometer errores que merecen una amplia reprobación de todos y, en especial, del señor Knightley, dando lugar a la marcha de este a Londres y, en resumen, a que el desenlace del enredo se produzca. No falta la parte más cómica, a cargo de los señores Elton, ella ataviada con sus lazos, su parasol y su cestita al brazo.

Por último, un reflejo de las relaciones de amistad, que iban más allá de la asistencia a un baile, a una reunión social o a una excursión, son las confidencias, que se podían dar directamente o por carta. Las confidencias tienen un papel muy importante en la novelística de Austen pues constituyen el modo en que se guardan o desvelan los secretos y estos van adobando los argumentos de manera que nos hacen conocer a los personajes y el porqué de sus actitudes. Son imprescindibles, por tanto.

Jane Austen apreciaba enormemente poder contar con alguien de confianza a su lado. En su caso no se trató de una amiga, aunque hay constancia de varias de ellas, fieles y cariñosas, sino de su propia hermana, Cassandra, el *alter ego* de Jane, casi tres años mayor, juiciosa, sensata e inteligente. Jane y Cassandra son las únicas mujeres en una casa de hombres, con una madre poco cariñosa y mucho que decirse entre ellas.

Puede que Cassandra fuera la persona que mejor conocía a Jane, pero también ha sido la más discreta y no vamos a conocer nunca cómo era en la intimidad de la alcoba que ambas compartieron toda la vida. Por ello, quizá, hay hermanas muy importantes en sus novelas.

Las escenas en las que Elizabeth y Jane Bennet de noche y sentadas en la cama hablan con libertad de sus ilusiones, sus deseos, sus miedos y

sus esperanzas; de los acontecimientos del día; de los disgustos y preocupaciones familiares, pueden ser un retrato fiel de las propias hermanas Austen. Ese era el momento en que, despojadas de sus vestidos, cubiertas por la ropa de dormir, deshechos los rizos, desplegadas las

cabelleras en total libertad, ellas se desprenden a la vez de sus convenciones, de sus contenidas frases de cumplido y de sus normas de buena educación para manifestarse tal cuales son.

También en *Sentido y sensibilidad* las hermanas Dashwood, Elinor y Marianne, disfrutan de una relación de intimidad muy poderosa. Las dos se entienden apenas sin hablar, solo con las miradas y los gestos, a pesar de que son muy distintas, de que sus caracteres más que complementarios son opuestos y de que tienen opiniones que chocan en asuntos cruciales. Pero, a la hora de la verdad, cuando el desamor y el engaño de Willoughby azota la cabeza de Marianne y ella se pone enferma, entonces surgirá todo el cariño fraternal que ambas se profesan y los lazos indisolubles que las unen florecerán de una forma imparable. Es la tragedia la que terminará acercando a las hermanas, en un curioso proceso de transformación por el cual Elinor dejará de ser tan cerrada en ella misma para acercarse a la forma de ser de Marianne (y por eso terminará derrumbándose al confesar su amor por Edward Ferrars) y Marianne, por el contrario, entenderá la simpleza de la vida y el dolor que provocan las fantasías mal encaminadas, por lo que aceptará a su paciente coronel Brandon, que no es un príncipe azul, pero sí un hombre honesto y que la ama.

No siempre se tiene la ventura de disfrutar de esas confidencias fraternales. Hay una heroína que tiene una decidida mala suerte con sus hermanas. Se trata de Anne Elliot la protagonista de *Persuasión*. Fue la última novela que escribió y la historia que cuenta no puede ser más intensa, ni los personajes más abocados al vaivén del destino. Anne Elliot es una protagonista azotada por los acontecimientos, a quien su padre ignora y sus dos hermanas desprecian y utilizan. Es el patito feo de una historia que solo se convierte en cisne por su propia perseverancia, por su propia actitud. Es la novela de las segundas oportunidades, la que sitúa a

una mujer que ha gastado ya su lozanía y que está a punto de perder todos los trenes, en la cima de la reconciliación consigo misma. En *Persuasión* han desaparecido las bromas y las ironías (salvo en las alusiones a la obsesión por el “baronetismo” de Sir Walter Elliot) porque lo que queda, condensado y fuertemente anclado al argumento, es el convencimiento de que no siempre la vida es justa y

de que hay existencias que tienen todas las de perder. Por eso las hermanas de Anne Elliot, Mary y Elizabeth, nunca serán para ella nada más que unas aprovechadas sin corazón.

Es cierto, por otro lado, que Emma Woodhouse tiene una hermana, Isabella. Isabella tiene unos años más que Emma y representa el prototipo de la “mujercita encantadora” y el uso de esa palabra “mujercita” lo indica casi todo. Se ha casado joven con un hombre magnífico, con un buen trabajo, una buena familia, una buena disposición. Es el segundo hijo de una familia de la aristocracia rural, hermano del señor Knightley por más señas, sensato, a veces rudo, pero nunca maleducado ni cruel. Pero la diferente situación personal (una boda llena a la novia de obligaciones) y la disparidad de caracteres impide que veamos entre ellas esa complicidad fraternal que, en otros textos, Austen borda.

ENTRE AMIGAS

Las amigas eran otro elemento fundamental de las relaciones sociales y de la vida en comunidad. Solían ser vecinas de edades parecidas y de situación similar. Pero esto no era siempre fácil. Emma Woodhouse, tan afortunada por otra parte, se pasa la novela buscando una amiga, una sola, en quien confiar del todo, alguien que esté a la altura de la rapidez de su cabeza, de su inteligencia. Alguien que entienda el doble sentido, el juego de las miradas, el acertijo o la adivinanza sobre tal o cual cosa. La señorita Taylor,

su institutriz, se casó y, desde entonces, ya no ha habido nadie que ocupe su sitio. Es verdad que lo intenta con Harriet Smith, pero pronto se da cuenta de que Harriet, con toda su bondad, tiene una simpleza de carácter que nunca va a constituir una consejera atinada ni una interlocutora divertida.

Es como una niña a la que ella debe instruir. Y ese papel le cansa. A Emma Woodhouse le gusta la esgrima mental, el debate entre inteligencias y eso no puede tenerlo con Harriet que, por otra parte, siempre termina dándole la razón.

La única persona de su edad que podría estar a su altura es, precisamente, su antagonista. Jane Fairfax está dotada de todas las perfecciones y podría haber sido una buena amiga de Emma. Pero el recelo entre las dos se mantiene fuerte durante todo el tiempo y no hay forma de disiparlo. Al contrario, los acontecimientos van reforzando esa desconfianza. A Emma no le gusta Jane y Jane teme a Emma. Sabe que su intuición y su capacidad para extraer conclusiones sobre cualquier actitud o acontecimiento puede dar al traste con su secreto tan bien guardado. Por eso ambas jamás se encontrarán en el mismo plano y predominará esa frustrante actitud que llamamos simulación. No confían la una en la otra, Jane Fairfax porque tiene mucho que ocultar y Emma porque no tiene nada que decirle. En este sentido, ambas son mujeres independientes y están, por ello, solas. Emma, hay que decirlo, no tiene amigas.

Las amigas forman parte a veces de una familia vecina. Este es el caso de María y Charlotte Lucas (*Orgullo y prejuicio*). Ambas hermanas son frecuentes visitantes de la casa de los Bennet y sus lazos con las chicas son muy fuertes. Sin embargo, puede que el tener el mismo objetivo vital (hacer una buena boda) fuera un elemento que distanciara a las chicas unas de otras, o, al menos, a sus madres. Por eso la señora

Bennet no se fía para nada de la señora Lucas.

Algunas amigas son peligrosas. Por ejemplo, Isabella Thorpe (*La abadía de Northanger*) que se acerca por puro interés a la ingenua Catherine Morland y en lugar de recibir con agrado y discreción sus confidencias intenta manipularla constantemente. También Mary Crawford (*Mansfield Park*) pervierte el sentido de la amistad con una actitud cobarde y mentirosa. Y en cuanto a Julia y Maria Bertram, de la misma novela, son más rivales que amigas. Representan la cruz de un sistema de relaciones que a Jane Austen la llevó a compartir su vida tanto con su hermana Cassandra como, en los últimos años, con su amiga Martha Lloyd. Un sistema en el que las mujeres (muchas de ellas viudas de guerra, solteras o sin fortuna) se sostenían las unas a las otras en un claro ejemplo de sororidad. Resulta significativo, sin embargo, la escalada de maldad que se produce en las obras de Austen conforme el tiempo pasa. Los máximos representantes de ello están en sus últimas obras, *Mansfield Park* y *Persuasión. Emma,* situada entre una y otra, es una isla en su escritura.

Las mujeres que protagonizan los libros de Jane Austen tienen esa clase de inteligencia que nace del ingenio natural, el razonamiento y la bondad.

Una inteligencia sin bondad es listeza y artimaña. Pero no es el caso.

Tampoco son impostadas, *sabelotodos*, marisabidillas, ni falsas. Ninguna de ellas, ni Catherine, ni Elizabeth, ni Elinor, ni Jane, ni Marianne, ni, por supuesto, Emma, utilizan recursos ni ardides para lograr sus objetivos. Por contra, encontramos que en estas mujeres predomina una limpieza de actuación que no es frecuente encontrar en las narraciones de la época, en las que las mujeres se veían obligadas a fingir, a esconder, a ocultar o a simular. La simulación es el gran recurso femenino que, en los inicios del siglo XIX, se consideraba incluso un arte. Nadie debe advertir que somos pobres, que nuestra fortuna es escasísima, que estamos necesitadas de una buena boda, que cosemos y recosemos los vestidos para que parezcan

nuevos, que cambiamos la forma de los sombreros para disimular que se han quedado antiguos, que ocultamos las manos para que nadie pueda pensar que hacemos trabajos duros....

Elizabeth Bennet tiene una inteligencia fresca y animada, una forma de ver la vida desde el prisma del ingenio y el humor. Su comprensión con respecto a la gente que la rodea solamente se ve alterada cuando puede verse perjudicada con respecto a las pretensiones amatorias del

señor Darcy.

Pero es solamente una ráfaga, un momento de duda, una ilusión momentánea. Por su parte, Elinor es la inteligencia sensata, que es capaz de aguardar, sin mover un músculo, que las aguas vuelvan a su cauce, incluso que el cauce se desborde y la arrastre a ella. En las intrigas que rodean su relación con Edward Ferrars ella es la única mujer que permanece incólume, que no se ve salpicada por ese oleaje de figuraciones y de engaños.

A veces se cuestiona la amistad entre las mujeres. Eso mismo le ocurre a Elizabeth Bennet. Su supuesta mejor amiga Charlotte Lucas no lo es tanto.

Cuando ella rechaza al señor Collins, este no tiene otra ocurrencia que ofrecerle matrimonio a la propia Charlotte, que se apresura a aceptar porque es una mujer práctica, con veintiocho años, escasa belleza y pocos recursos materiales. La verdadera mejor amiga de Elizabeth es su hermana Jane, remedando así la situación entre Jane y Cassandra Austen. La situación se repite en *Sentido y sensibilidad* con las hermanas Dashwood, Elinor y Marianne, a pesar de sus evidentes diferencias de carácter y a que sostienen no pocos puntos de vista distintos sobre la necesidad o no de mostrar sus sentimientos. ¿Hay que guardarse las penas para una misma o es mejor contarlas y dejar correr el caudal de las lágrimas?

RELACIONES DE VECINDAD

Como en todas las comunidades pequeñas y cerradas, los vecinos tienen mucho que decir a la hora de cumplir los ritos de la época, de organizar o asistir a bailes, de jugar a las cartas o, simplemente, de hacerse confidencias. En *Emma* las relaciones de vecindad se expresan con mucho detalle y tienen gran importancia. Se produce un continuo f *eedback* entre vecinos: los Woodhouse, los Weston, las Bates, los Elton, los Cole, la señora Godard, los Knightley, incluso los Martin pueden ser incluidos en esta relación. Tienen diferente posición social, fortuna y ocupación, pero todos ellos viven en Highbury y eso les añade un plus de cercanía que se manifiesta en la forma en que se visitan, se encuentran para pasar temporadas, comparten las cartas de sus seres queridos o cenan juntos en nochebuena. Las Bates, que están mal de dinero, reciben fruta y asados por parte de los más pudientes. Los Weston se convierten en anfitriones de los demás en su primera navidad de casados. La señora Godard es invitada a la casa de los Woodhouse con frecuencia. Los Martin acogieron en su casa a Harriet Smith durante un verano. Y aunque tienen que soportar algunos inconvenientes (la charla insustancial de la señorita Bates, la lectura continua de las cartas de Jane Fairfax por la misma señorita, las manías del señor Woodhouse, la obsequiosidad de Weston…) al final todo eso compensa.

A veces podía suceder que una pareja de vecinos bastante peculiar estropea un poco el conjunto. Porque no todo era idílico y había envidias y celos. Su adición al grupo genera tensiones y molestias porque no entienden las normas intrínsecas que rigen esta relación y cometen el error de creerse superiores: se trata del señor y la señora Elton, el vicario y su esposa, una estirada señorita de Bath que parece considerar a los otros una muestra campestre del peor gusto. Esa oposición campo-ciudad está presente, por otra parte, en todas las novelas de Austen.

Junto con *Emma,* son *Orgullo y prejuicio* y *Sentido y sensibilidad* las novelas en las que las relaciones de vecindad tienen más importancia. En ambas se prodigan las reuniones en casa de uno o de otro y en esas reuniones se dan las ocasiones necesarias para que los jóvenes se conozcan y, quién sabe, afiancen sus lazos. En la casa de la tía Philipps, en Meryton (*Orgullo y prejuicio*) son bien acogidos los jóvenes casacas rojas del acuartelamiento y ahí tiene ocasión Elizabeth Bennet de conocer más detalles sobre Wickham, produciendo una especie de *flash*, de atracción efímera, de la que se arrepentirá más

tarde. Los vecinos de las hermanas Dashwood *(Sentido y sensibilidad*) incluyen, entre otros bastante molestos, al propio coronel Brandon, que se introduce así en la vida familiar de todas ellas propiciando el posterior enamoramiento.

MATRIMONIOS POR CONVENIENCIA

«La encantadora Augusta Hawkins, además de la ventaja natural de sus virtudes y de su belleza perfecta, poseía una fortuna personal de esas que a tantas miles de libras siempre se les llama diez mil, algo que además de hacer digno a uno, siempre conviene… Era la menor de las dos hijas de un mercader de Bristol. Toda la grandeza de la posición social parecía depender de la hermana mayor que se había casado por todo lo alto con un caballero magnífico, cerca de Bristol, que mantenía ¡dos coches! Ese fue el chiste de la historia y la gloria de la señorita Hawkins», nos cuentan en *Emma*. El matrimonio de los Elton es uno de los ejemplos claros de boda por conveniencia, aunque no la única que vemos en sus novelas. Pero son unos personajes tan chirriantes que merece la pena ver cómo los retrata la autora.

Cuando Emma Woodhouse lo rechaza, al señor Elton el mundo se le cae encima. Es una negativa tajante y con muchas dosis añadidas de humillación. Él estaba totalmente convencido de que recibiría un "sí" como respuesta a su proposición de matrimonio. Estaba preparado para ello. La providencial enfermedad de Harriet Smith había añadido un grado más en su relación con Emma. El escenario escogido tenía cierto encanto y, desde luego, mucha intimidad: el carruaje en el que ambos vuelven de pasar una velada fuera de casa. La nieve cubre el camino y la conocida hipocondria del señor Woodhouse ha hecho que apresuren el regreso. En dos coches consecutivos regresan los habitantes de Hartfield y el señor Elton: en uno, Isabella Woodhouse y su marido, John Knightley, con el padre de ella. En otro, solos, oh, Dios, van Emma y el joven clérigo, de físico atractivo pero algo presuntuoso, algo fatuo, bastante ambicioso. Cuando suelta sus sermones en la iglesia da la impresión de que quiere convertirse en el hombre más admirado de la zona. Y casi lo consigue. Las feligresas lo adoran y quedan extasiadas ante el comienzo de sus alocuciones, siempre con alguna pregunta exquisitamente rebuscada, teatral, casi acusatoria.

«Para refrenarle en lo posible con sus propias maneras, inmediatamente se dispuso a hablar con exquisita calma y gravedad sobre el tiempo y la noche; pero apenas había empezado, apenas habían pasado la verja y alcanzado el otro coche, encontró que su tema quedaba cortado…su mano agarrada…su atención querida, y el señor Elton, nada menos, le hacía vehementemente el amor…».

Sin embargo, no será Emma una de sus conquistas, porque ella se

siente sorprendida e, incluso, ofendida, con la propuesta de casamiento. Él aprovecha la ocasión y se la lanza por sorpresa. Pero bueno, ¿cómo se le ocurre pensar que yo estoy enamorada de usted? y la voz de Emma suena segura y firme en la noche. ¿Cómo se me ocurre? Pues porque usted me ha

alentado a ello durante muchos días, todos los que he estado acudiendo a su casa últimamente. La muchacha no sale de su asombro: ¿Que yo lo he alentado? Pensaba que sus atenciones se dirigían a mi amiga, la señorita Smith. Él se queda pasmado. ¿La señorita Smith? ¿Él con la señorita Smith? ¿Con una muchacha sin padres conocidos? Ahora es Elton el que se enfada a modo. No he pensado ni un momento en ninguna señorita Smith, mi único interés estaba en la señorita Woodhouse. Creo que mi posición merece algo más que una señorita Smith. Este último comentario molesta a Emma que da muestras de no entender nada del funcionamiento de las clases sociales en ese tiempo. Harriet Smith es una huérfana, hija de no se sabe quién y que se ha criado en un colegio interno de segunda, así que, por supuesto, el señor Elton piensa que puede volar más alto. Y Emma, la señorita Emma Woodhouse de Hartfield, que ha estado alentando las esperanzas de Harriet, no solo queda defraudada sino escandalizada del atrevimiento del clérigo.

Hay aquí una situación interesante desde el punto de vista del entendimiento social. Emma Woodhouse ha sido acusada de ser caprichosa y prepotente, incluso creída y antipática, pero esto no concuerda con su protección hacia Harriet y con el hecho de que esté convencida de que no hay nada malo en ser una hija natural de quien ella supone debe ser un caballero. Aunque, cuando Harriet aspira más tarde al amor del señor Knigthley, ¡vaya enfado el de Emma! Una contradicción más en su carácter, poco lineal y difícil de definir. La heroína más compleja de todas las que creó Austen.

El enfado que le suscita a Elton la negativa de Emma le llevará a tomar una determinación que cambiará su vida y que añadirá a la novela y al paisaje de Highbury, un pueblo extenso y populoso que casi llegaba a ser ciudad, otro elemento novedoso y traído de fuera, nada menos que de la

alegre, bulliciosa y veraniega ciudad de Bath. Y todas las novedades son bienvenidas en un lugar donde los entretenimientos escasean, salvo, eso sí, la observación y el comentario sobre la vida de los unos y los otros.

El disgusto del señor Elton está muy relacionado con su concepto de sí

mismo, pero también con las aspiraciones de los clérigos, que eran casi una clase aparte, incluso cuando regentaban parroquias pobres y dependían del mecenazgo de la nobleza rural para sostenerse. El clérigo más famoso de Austen es el señor Collins, que aparece en *Orgullo y prejuicio* como heredero del señor Bennet, pues sus tierras y hacienda estaban vinculadas a la rama masculina de la familia. Esta costumbre dio lugar a innumerables desgracias y quejas que se reflejan de mil y una formas en los libros que escribió la autora. Collins es un tipo ridículo, que recita versos sagrados sin ton ni son, que no respeta el protocolo porque se ve a sí mismo como una persona importantísima y que presume sin recato de la supuesta amistad que lo une a alguien tan estrafalario como poderoso, lady Catherine de Bourgh.

Lady Catherine desprecia a Collins y lo utiliza para hacer sus obras de caridad y para entretenerse en las noches de invierno, pero él confunde esa actitud con una camaradería amistosa inexistente. Cuando lady Catherine le aconseja que busque esposa, mejor recatada, sencilla y que sepa sacar partido a su escaso sueldo, él, raudo, veloz y ceremonioso, se lanza a buscarla entre sus primas, las muchachas Bennet, en uno de los episodios más divertidos y extrañamente surrealistas del libro. De igual modo que Emma rechaza a Elton, Elizabeth Bennet rechaza a Collins, estableciéndose entre las dos un paralelismo muy especial. Un paralelismo que las acerca a la propia Jane Austen que, después de decir “sí” a un pretendiente, cambió de opinión la misma noche y se “escapó” de la mansión donde estaba como invitada del ofertante para encaminarse a toda prisa a la tranquila Steventon.

Pues bien, después del desdén y de que Elton advierta que en el pueblo no hay nadie a su altura (cuando uno se cree muy alto es difícil encontrar pareja), el buen hombre se marcha a Bath, que era el centro de diversión por antonomasia de Inglaterra. Una ciudad de balnearios, de calles húmedas y estrechas, en la que abundaban las casas para alquilar y, sobre todo, a la que llegaban todas las familias casaderas con sus hijas a ver si había suerte. Qué triste situación para las mujeres esa de sentirse una mercancía en almoneda…

Todavía es Bath un lugar turístico, adonde acude la gente a beneficiarse de sus baños termales, famosos desde la época romana y también, desde hace tiempo, a conocer el sitio en el que vivió algunos años Jane Austen.

Bath forma parte de su itinerario vital a pesar de que ella nunca apreció el lugar ni su modo de vida, a pesar de que allí nunca fue

feliz, tal y como dejó dicho y a pesar de que su actividad literaria esos años fue mínima, porque la inspiración y el sosiego parecieron abandonarla. De Bath solo pueden llegar personas como la futura señora Elton, parece decirnos. Sin embargo, ofrecía entonces a los ojos de sus visitantes un imponente aspecto. Sus formas arquitectónicas, del llamado neoclásico georgiano, revivían el arte de Palladio que convivía con reminiscencias neogóticas. El ejemplo más claro de la monumentalidad de Bath es el Royal Crescent, construido entre 1767

y 1774. Se trata de un semicírculo formado por casas adosadas, que tienen una fachada trasera puramente doméstica y otra delantera con unidad arquitectónica y de estilo, simulando ser un solo edificio. John Wood el Joven, su diseñador y arquitecto, lo concibió como una gran plaza central con césped, rodeada por el semicírculo construido.

El centro de la vida social en Bath eran los bailes, que se celebraban en lugares públicos o en las casas importantes. Las chicas tenían que acudir a la caza de los posibles partidos con sus mejores galas. Las peluqueras y

modistas hacían su agosto en la ciudad y había numerosas tiendas en las que surtirse de sombreros, sombrillas, capas, chales o guantes. Todo era poco para impresionar a un futuro marido que tuviera una situación económica tan holgada como para poder sostener a la esposa y a algunas hermanas solteras, en su caso. A Jane Austen le gustaba mucho bailar y eso lo conocemos por las noticias que hay sobre ella y por sus libros. Pero una cosa era el baile con un atractivo muchacho y otra muy distinta tener que pescar marido por obligación. Este último matiz debía de suponer un sacrificio para todas las jóvenes dotadas de talento o, al menos, de sentido común. También Catherine Morland en *La abadía de Northanger*, acude a Bath como una forma de diversión apetecible, pero no puede decirse que todo aquello le trajera mucha suerte. Pero toda la novela nos sirve para conocer con detalle las ocupaciones de la clase social ociosa de la ciudad: paseos, visitas, teatros, bailes y vuelta a empezar. Incluso la propia autora nos confiesa haber descrito esa actividad “de lunes a sábado”, es decir, prácticamente durante una semana.

No cabe duda de que el señor Elton llegó a Bath con la lección muy bien aprendida. El fracaso, esta vez, no se contemplaba. Dado que él solo disponía de su apostura, su labia, su condición de clérigo y su ascendiente sobre los feligreses a fuerza de sermones cada cual más intenso, estaba claro que su objetivo en Bath no era ser cazado, sino cazar. Su intención era volver al pueblo del brazo de alguna dama de buen ver, con una dote considerable, que cumpliera así la doble

misión de fastidiar a Emma y de aportarle la clase de buena vida que él deseaba. Otra tercera circunstancia habría de darse en la dama elegida: que fuera lo bastante estúpida como para soportar la petulancia de un ser como Elton. Claro que esto último debía pasar desapercibido para la dama en cuestión. Pero había donde elegir, sin duda alguna.

Este ambiente superficial debió favorecer matrimonios de todo signo y también aburrir a algunas personas que no acababan de encajar en el contexto. Una de ellas fue Jane Austen que vivió allí por una decisión (bastante extraña) de su padre, que la tomó de la noche a la mañana y sin contar con las hijas y no sabemos si con su mujer. Quizá por este desapego es por lo que en algunas de sus novelas aparece Bath como el lugar al que nadie desearía ir. En *Persuasión,* por ejemplo, Bath es el contrapunto frívolo a Lyme Regis, el pueblo de la costa que reúne las virtudes de silencio, paz y bellos paisajes, el sitio en el que está el espigón The Cobb en el que Louisa Musgrove resbala (conserva todavía unas empinadas escaleras de piedra) y tiene que ser ayudada, para no caerse, por el caballeroso capitán Wentworth.

En *Emma*, Bath es, igualmente, un lugar absurdo en el que la gente anda sin cabeza y todo se va en cotillear, conspirar y figurar, para darse ínfulas sin mucho sentido. La contraposición es el tranquilo Highbury, donde todos se conocen y pueden llamarse amigos. De Bath llega, pues, el señor Elton, acompañado de Augusta Hawkins, una joven con una dote envidiable, modales de nueva rica, prepotencia sin límites y deseos de situarse en la cúspide social de su nueva localidad de residencia. Augusta es el ejemplo más claro de mujer necia e insensata que retrata Jane Austen. Y la elección de su pomposo nombre no es casual. En un universo literario poblado por nombres corrientes: Mary, Catherine, Jane, Elizabeth…la existencia de alguien llamado “Augusta” es un golpe de efecto. Rebuscado, presuntuoso y con ansias de grandezas inexistentes. Un retrato del propio personaje. Una reminiscencia de los nombres que los escritores anteriores que ella habían usado hasta la saciedad en sus novelas.

Las personas estúpidas no son conscientes del efecto que causan en los demás. Se consideran imprescindibles, desean tener un papel crucial en

cuantas actividades haya a su alrededor y son cursis, además de *snobs*. El *snobismo* de la señora Elton la lleva a hablar de temas de los que no conoce ni los rudimentos, haciéndolo sin parar y provocando la risa oculta de Emma y, por supuesto, también la del señor Knightley, que es la otra mente privilegiada del lugar. A cualquier persona menos

observadora la señora Elton puede parecerle simpática o, incluso, elocuente, pero nada más lejos de la realidad. Se trata de un personaje zafio, que disimula su zafiedad haciendo constantes alusiones a la riqueza de su hermano, al tamaño de su mansión o a los caballos que usa. Una riqueza interpuesta que utiliza como elemento de notoriedad contra los otros. No solo eso. Augusta Elton es, también, una mujer cruel, de mal corazón, que no duda en intentar aplastar como a una hormiga a la pobre Harriet Smith con ocasión de uno de los bailes de Highbury. No se atreve, por supuesto, con Emma, pero sí con una chica huérfana y sin protectores conocidos.

Augusta Elton es una mujer privilegiada en cierto sentido. Tiene una buena dote lo que le facilita poder elegir esposo, siempre que este sea lo suficientemente insensato como para soportarla. Una posibilidad de elección que no estaba al alcance de un gran número de muchachas, no porque escasearan los insensatos, sino por la escasa dote de ellas. Los libros de Jane Austen están llenos de ejemplos, desde las hermanas Bennet (*Orgullo y prejuicio*), hasta las Dashwood (*Sentido y sensibilidad*).

Caballeros sin herederos varones y con la herencia vinculada a la rama masculina o que han contraído matrimonio en segundas nupcias, dejando desamparados a los hijos de las primeras esposas. Las mujeres eran las víctimas de la costumbre y de la norma. Y asombra que existieran matrimonios por amor. Esa es una de las modernidades de Jane Austen: casarse por amor, no por conveniencia, ni por el qué dirán, ni por buscarse

un acomodo. Casarse por amor. Elegir como una opción. Libertad de elegir.

Moderna a más no poder.

Los Elton, sin embargo, son tal para cual. El clérigo debió deslumbrar a Augusta con su gentileza aparente, su dominio de los bailes de salón y su cháchara. Y ella tenía un motivo importantísimo para hacerse querer: su renta de unos miles de libras, lo que algunos resumen como diez mil libras al año. Contra esta razón pocos argumentos quedan. El dinero embellece a Augusta y la mezquindad la afea. La llegada de Elton con su esposa a Highbury viene precedida del rumor y, luego, de la noticia. El cotilleo entre vecinos era el pan nuestro de cada día y uno de los alicientes de la vida.

Contra lo que pueda parecer no era cosa de mayores ni de mujeres tan solo.

Los jóvenes y los hombres participaban por igual en esta costumbre de enterarse de todo. Las visitas eran una costumbre diaria y temprana y se llevaban de un lado a otro los hechos conocidos y los hechos intuidos. Por ejemplo, era una verdadera revolución la llegada de una carta de Jane Fairfax a sus parientes, las Bates.

Los señores Elton, dada la condición de miembro de la iglesia del marido, se dan al alterne con los elementos más destacados de la sociedad local, esto es, el señor Knightley, el más rico y mejor situado en todos los aspectos, además del que mayor distinción e inteligencia demuestra, así como Emma, su padre, y, como corolario y consecuencia de lo anterior, los señores Weston. En este caso hay que hacer un pequeño inciso puesto que si Augusta Elton con toda su parafernalia se avenía a tratar con una antigua institutriz (no otra cosa era la señora Weston, antes señorita Taylor e institutriz de Isabella y Emma Woodhouse) era porque su matrimonio la había convertido en una mujer casada y respetable y quizá también porque era admitida como miembro de la familia en el propio Hartfield, el hogar de los Woodhouse. Era una relación interesada como todas las que los Elton

establecen. Y eso está tan bien descrito en el libro que es imposible no reparar en lo poco que a la autora le gustaba esta clase de personas. Porque Jane Austen nunca es una narradora neutral, siempre toma partido. Y

porque “Emma” aunque narrada en tercera persona, siempre mantiene el punto de vista de la propia protagonista.

Las visitas cruzadas entre Emma y Augusta y sus encuentros en lugares comunes dejan de manifiesto su mutua antipatía. Augusta no soporta que Emma sea la reina del lugar y, por su parte, Emma tiene doble motivo para no aguantarla: su carácter detestable y el hecho de que se haya casado con Elton, a quien ella, ingenuamente, pretendía desposar con Harriet Smith, la huérfana acogida al internado de la señora Goddard que es la primera

“víctima” de las teorías casamenteras de Emma.

Cuando los Elton visitan Hartfield ya se observa el primero de esos choques. Aunque Emma está obligada a ser una buena anfitriona, su carácter no siempre la deja. Le molesta sobremanera la actitud prepotente, cursi y maleducada de la señora Elton, que se empeña en saber de todo y hablar de todo, con ese blablabla propio de quienes no tienen nada que decir en realidad. El colmo de la petulancia es llamar a su marido “señor E.” y al señor Knightley, simplemente Knightley.

Esto último espanta a Emma y la predispone contra la intrusa mucho más que otra cosa. Solo en una taberna se trataría la gente usando solo el apellido.

Augusta Elton es un tipo femenino que Jane Austen aborda en otras ocasiones. Con los matices debidos, pero con rasgos identificables. Esa cursilería extrema, ese deseo de sobresalir, esa exageración en el atuendo, esa familiaridad indebida, esa forma coloquial de referirse a personas a las que acaba de conocer, esa superioridad de trato, esa falta de delicadeza…

todo ello aparece reflejado en otras mujeres Austen. Por ejemplo, en *Orgullo y prejuicio* con los personajes de las hermanas de Bingley, Caroline

y la señora Hurst. Ambas son aparentemente educadas, pero esconden un fondo de prepotencia y de desprecio a los demás que hace saltar enseguida las alarmas de una persona tan perspicaz como Elizabeth, tan ingeniosa como Emma y tan inteligente como ella. Ambas son las heroínas más despiertas y sagaces de todas las que describe Jane Austen y por eso captan de inmediato ciertos aspectos de la gente que podrían pasar desapercibidos.

La misma Jane Bennet, tan bella como bondadosa, se deja engañar por la apariencia melosa y cordial de Caroline Bingley y tiene que llevarse un rotundo desengaño para percibir su cara real. Como Augusta Elton tiene peor educación que las Bingley a ella se le nota enseguida lo que llamaríamos en nuestro argot “el pelo de la dehesa”.

Seguramente el peor calificativo que se le puede aplicar a la señora Elton es su falta de humanidad. Su inexistente compasión hacia los otros y, por eso mismo, su capacidad de hacer daño. Eso puede comprobarse con claridad con el modo en que trata a Harriet Smith en la escena del baile.

Ella se considera triunfante sobre la huérfana porque conoce a la perfección que Harriet en un tiempo, y persuadida por Emma (esto seguramente no lo sabe), puso sus ojos en Elton. Lo sabe de primera mano por la confidencia que le ha hecho su marido, que, aunque no se recoge en el libro, es evidente. Ningún caballero hablaría de una dama desairada a otra dama.

Pero ni Elton es un caballero ni Augusta es una dama. En la escena del baile (recordemos que todas las mujeres jóvenes están bailando menos Harriet) Augusta se regodea con la respuesta que da su marido a la

señora Weston cuando esta le indica que debería bailar con Harriet. La negativa a bailar con una muchacha es algo tan mal visto y tan humillante para la dama que merecería reconvención, pero Augusta se ríe y disfruta con la escena mientras Harriet mira hacia el suelo, presa de la mayor vergüenza. Un caballero nunca haría algo así, pero Elton no es un caballero, sino un clérigo

con ínfulas. El caballero es el señor Knightley que llega a salvarla cuando le ofrece su mano para bailar.

En este punto quizá haya lectores avisados que recuerden la actitud de Darcy (*Orgullo y prejuicio*) al negarse a bailar con Elizabeth la primera vez que se encuentran. Es cierto. Por eso Darcy es el orgullo y por eso será castigado a su debido tiempo. Ni siquiera en él es perdonable esta postura y mucho menos aludiendo a la falta de belleza de la chica en cuestión.

CONDUCTAS INAPROPIADAS

Hacer daño a los que se considera inferiores era una forma de conducta que Jane Austen desaprobaba completamente. Aunque sus personajes son risueños, gastan bromas y ella misma lanza una mirada irónica y desconcertante, nunca se ceba en los inferiores ni en los débiles, sino en los ridículos y pretenciosos. Por eso, de la lectura de sus libros se desprende el desprecio que siente hacia esos seres supuestamente superiores que gastan sus energías en aplastar a los otros, mientras que se asustan y retraen cuando están con alguien que está por encima. Es ese servilismo, acompañado de crueldad, lo que la escritora no soporta y bien que se le nota. Lo cuenta la propia Elizabeth Bennet en alguna ocasión. Y lo relata admirablemente bien una escena de *Emma* que explicaré más adelante. No hablamos de un reproche moral, en función de usos o costumbres más o menos aceptados, sino de algo más profundo, que tiene que ver con los seres humanos y el respeto a sus sentimientos, sus emociones y a lo que son en sí mismos. Un acercamiento psicológico a lo que hoy llamaríamos capacidad de ser asertivo o empático.

En la sociedad georgiana este tipo de personas desconsideradas tenían, no obstante, su sitio. Se trata de una sociedad despreocupada, que marchaba

paralela al curso de la historia. Mientras el país se desangraba en guerras contra Napoleón, había una extraña ignorancia sobre el desastre. En las novelas de Jane Austen la guerra no ocupa lugar sino como justificante último de la presencia de los “casacas rojas” en algún acuartelamiento cercano. Solo uno de sus protagonistas tiene empleo militar, el capitán Wentworth de *Persuasión.* Debió ser un olvido voluntario, porque de ningún modo ella podía estar ausente de esas noticias, mucho más cuando dos de sus hermanos eran militares y llegaron a tener una alta graduación.

La guerra, sin embargo, para Inglaterra, es siempre una batalla naval, una batalla que se libra en el continente. Hasta que la aviación no logró superar la barrera geográfica del mar, las guerras inglesas fueron siempre en campo interpuesto. Lo más curioso de todo es que esos temas navales aparecen en la obra de Austen cuando ya ha llegado el tiempo de la paz, esto es, en la mencionada *Persuasión,* en la que los almirantes hablan con sus esposas de lo bien que se vive en el barco, cuántas comodidades existen y qué agradable es viajar acompañada de la cónyuge. Esta es la novela en que más militares de alta graduación

tienen un papel importante y, por tanto, donde las conversaciones sobre batallas, mares, barcos y soldados, ocupa mayor espacio.

La era georgiana tuvo un aire de frivolidad, o mejor, ligereza, que se manifestaba de muchas formas y maneras. En los libros de Austen tienen cabida, por ello mismo, las mujeres frívolas y Augusta Elton es el paradigma de esa frivolidad estúpida, no de la frivolidad inteligente que gastará, por ejemplo, lady Susan, la protagonista de la novela corta del mismo título que escribió con veintipocos años. La vida en Gran Bretaña era en ese tiempo muy deudora de la moda francesa. La influencia del neoclasicismo francés se manifiesta no solo en las artes, sobre todo en la arquitectura, sino también en la indumentaria, con la adopción del famoso

estilo "Imperio", que supuso un cambio importante en la forma de vestir de las mujeres, lo que da lugar a esa imagen femenina que tanto relacionamos con el mundo de Jane.

En las versiones cinematográficas más acertadas de las novelas de Jane Austen (caso de las que hizo la BBC con *Emma* y *Orgullo y prejuicio*) puede observarse claramente este estilo de moda, que se llamó *Regency Style,* los años en los que el príncipe de Gales, George IV, asumió el trono interinamente por la enfermedad de su padre George III. La clase social que Jane Austen retrata, la *gentry*, tenía muchas dificultades para sobrevivir con dignidad en tiempos de escasez. En particular las mujeres no podían trabajar, como sí hacían las de clases inferiores, ni tenían medios económicos por sí mismas, al estar la mayoría de las herencias vinculadas a los varones. Esto las dejaba en un limbo que no tenía otra salida honorable que el matrimonio. Incluso aquellas que disponían de algunas rentas por familia, caso de Augusta Elton, no ocuparían ningún lugar en la sociedad si no se casaban. El matrimonio era la salida natural para ellas y de ahí el escaso nivel de exigencia que mantenían a la hora de escoger marido. Los noviazgos y los pretendientes eran motivo de conversaciones diarias en las casas y entre los parientes. Un buen casorio aseguraba la existencia de una familia entera. En el caso de Augusta, se trataba de una familia con dos hijas y la mayor de ellas había hecho una buena boda. Por la falta de clase y de estilo que la interesada tenía, es evidente que ese dinero procedía del comercio o de alguna otra actividad liberal y no de rentas familiares. Esto tenía mala acogida social, aunque se tratara de trabajos dignos. Pero los escrúpulos sociales colocaban a las profesiones liberales y a los comerciantes y burgueses en un escalón más bajo que a la nobleza rural ociosa e, incluso, arruinada.

Hay una conversación en la versión cinematográfica de *Sentido y sensibilidad* que merece la pena recordar. Se trata de un almuerzo en Barton Park, la casa de Sir John Middleton, primo lejano de la señora Dashwood que, ante la tesitura de esta de abandonar su antigua casa en Norland (Sussex) al morir su marido, le cede una casita en su propiedad, llamada Barton Cottage. Este hecho recuerda enormemente a la propia vida de Jane Austen pues, ante la misma situación de necesidad cuando murió su padre, es su hermano Edward quien le cede Chawton Cottage para que vivan en ella Jane, su hermana Cassandra, su madre y su amiga Martha. Edward, llamado a la sazón Knight, había sido adoptado en la niñez por unos primos ricos y sin hijos, el matrimonio formado por Catherine y Thomas Knight.

Esta era una costumbre que se daba de forma corriente, con el fin de aligerar la carga de los hijos y también de contribuir al mejor futuro de algunos, aunque fuera separándolo de sus hermanos. Durante el almuerzo en Barton Park una indiscreción de la pequeña de los Dashwood, Margaret, sugiere el tema del posible pretendiente secreto de la hija mayor, Elinor, a quien la indiscreta y jovial señora Jennings, suegra de sir John pregunta:

¿En qué trabaja ese pretendiente? Y la niña contesta: En nada. Entonces, dice la señora Jennings entre risas, se trata de un caballero…

Así era, los caballeros y las damas no podían trabajar, lo cual resultaba muy lógico cuando existían rentas y posesiones, pero un mal negocio si no había dinero ni hogar.

Casarse con un clérigo era, por eso mismo, una salida muy digna para las hijas de familias en apuros. También lo era pillar a algún militar con un destino bien remunerado. En este caso se produce un conveniente intercambio entre la renta anual de Augusta y la condición de clérigo de Elton. Ambos salen ganando, podíamos decir. Lo mismo sucede con el señor Collins y Charlotte Lucas en *Orgullo y prejuicio*. La dote de Charlotte

es bastante más escasa que la de Augusta, pero no deja de ser hija de un caballero, sir William Lucas, aunque fuera por un motivo tan poco aristocrático como haber leído un opúsculo dirigido al rey, en su condición de alcalde. Cuenta Austen que, en el momento en que recibió tal distinción, el señor Lucas dejó de lado su trabajo anterior, honrado pero poco noble, y se dedicó a soñar con la nobleza y a darse importancia. Este tipo de ensoñación nobiliaria lo encontramos también en sir Walter Elliot, por ejemplo. El pretendiente de Charlotte

Lucas, el señor Collins, regenta una parroquia (un beneficio, como se llamaba) que tiene sus propias provisiones de gallinas, patos, verduras y frutas, algo muy apreciado a la hora de organizar la vida en común. No existe amor, ni siquiera admiración, quizá se desprecian mutuamente. Pero hay que vivir.

Quizá la diferencia sustancial entre ambas es que Charlotte Lucas no es una necia y Augusta sí lo es. Charlotte confiesa a Elizabeth Bennet que ha aceptado la proposición de Collins por mera conveniencia, que ella ya tiene una edad, no es bonita y no encontrará nada mejor. Quiere tener su propia casa y no depender de sus padres. Soportará a su marido como a los sabañones en invierno, con resignación. En el caso de Augusta hay una superficialidad de carácter que los hace tal para cual. La novela no escudriña en sus sentimientos como para saber si, en el fondo, ambos son conscientes del fracaso emocional que supone esa unión. Pero, pensándolo bien, ni siquiera Elton estaba verdaderamente enamorado de Emma, pues, de haber sido así, su reacción no habría estado marcada por el despecho y la vanidad, sino por la tristeza. En lugar de marcharse a toda prisa a Bath para lucir una esposa cuanto antes y pasearla sin pudor por todo el pueblo, podría haber guardado, siquiera, un período de duelo ante la negativa. De modo que no es baladí pensar que ellos dos se encontraron, se entendieron y

se reconocieron en la misma actitud mezquina, interesada, superficial y corta de miras.

La novela no nos muestra qué ocurrió con el matrimonio pasados los años, pero no hace falta. Podemos imaginarlo. Será una relación de cara a la galería, como el que representa una obra de teatro. La naturaleza humana es la misma en todas partes, decía la señorita Marple, y en todos los tiempos, demostró Shakespeare. En este sentido, Jane Austen es muy shakespeareana. Y la escena de la recogida de fresas en casa del señor Knightley demuestra lo vana, insípida y superficial que puede llegar a ser una mujer y un hombre, porque aquí no se distinguen sexos. Ataviada con un enorme sombrero de paja, como si fuera Escarlata O'Hara a punto de salir para acudir a una fiesta en Los Doce Robles, Augusta se presenta en el día campestre con una cesta al brazo para recoger cerezas. Una imagen de cara al exterior, un corazón vacío. En el otro brazo, su marido, impoluto, vestido ad hoc y sin pizca de verdad ni de alma. Una mujer de Bath y un tipo vacío.

En Augusta Elton y en su marido (ambos son la cara y la cruz de una misma moneda) representa Austen todo lo que es posible detestar en

el carácter de las personas. La obsequiosidad interesada con los superiores y el desprecio falto de compasión con los débiles. La prepotencia de la ignorancia y la impostura de los que quieren aparentar aquello que no son ni han sido nunca. La ostentación y la falta de principios morales, la ausencia de valores que hagan posible ganarse el respeto de los demás. Aunque Emma, en un primer momento, solo aprecia cierta absurda conversación y una falta excesiva de elegancia en la mujer, pronto, con el trato, se convencerá de que es mucho peor de lo que pensaba y de que nunca podría haber elegido peor el señor Elton. Como solía decir Austen en algunas de sus reflexiones que pone en boca de personajes de sus novelas, un

matrimonio con una persona justa, honrada, sensata y cabal, puede influir positivamente en el cónyuge, dándose así la oportunidad de mejorar de carácter y de actitudes. En este sentido, es una firma defensora de la posibilidad que tienen todos los seres humanos de cambiar y de superar sus defectos. Pero, por el contrario, si lo que sucede es que la elección de pareja deriva a alguien que, no solo no ayuda, sino que fomenta esas malas inclinaciones, entonces la catástrofe es segura.

Resulta muy curioso que sea el personaje de Augusta Elton el que ponga fin al libro. Cuando, en el capítulo final, Emma y el señor Knightley se casen, será ella la que, tras conocer los detalles del enlace a través del párroco, manifieste, con ese toque *snob* que la caracteriza, su opinión al respecto:

La boda se pareció mucho a otras bodas en las que las partes no se desviven por las galas o la ostentación; y la señora Elton, por lo que pudo saber a través de su marido, pensó que había sido increíblemente pobretona, y muy inferior a la suya: «Poquísimo satén blanco, poquísimos velos de encaje».

Quizá el dibujo de esa boda estaba relacionado con una que vivió Austen en la vida real, justamente el año de 1814, mientras escribía *Emma.* Se casó su sobrina Anna, una de sus favoritas, con Benjamin Leroy y la boda se realizó en Steventon, el paraíso de la infancia de los Austen. Noviembre es un mes triste y el día amaneció gris y nublado. En el desayuno nupcial hubo varias clases de pan, bollos calientes, tostadas con mantequilla, lengua o jamón, y huevos. Como manjares especiales, chocolate y el inevitable pastel de bodas. Fue una boda de escasa brillantez, sin embargo, sencilla y nada ostentosa.

La noticia del compromiso de Emma, que corrió como era natural por todo Highbury con enorme rapidez, llegó a la vicaría para generar

pasiones

casi violentas en sus moradores. Al enterarse el señor Elton de que Knightley había decidido irse a vivir a casa de Emma para no dejar solo a su padre mientras este viviera, no apreció una muestra de generosidad ni de caridad cristiana con el prójimo como sería lógico dada su condición, sino que le pareció un verdadero latazo tener que aguantar cada día a un anciano hipocondríaco y lleno de manías. Así que hasta se alegró de no ser él el novio.

Por su parte, Augusta, lanzó algunas interjecciones irreproducibles sobre lo que Knightley, ese hombre tan caballeroso y bueno (obvió decir, y tan rico) tendría que soportar al casarse con alguien como Emma. Por suerte para ellos, sus criados eran suficientemente discretos como para contarles estos chismes a las cocineras o doncellas del lugar. Y, en todo caso, Austen nunca nos habría contado qué hablaban, en realidad, los criados.

9.

Casarse por amor

VIRGINIA WOOLF (1882-1941) EN SU FAMOSO ensayo *Una habitación propia* describe la escritura de Jane Austen como «una obra para personas mayores, escrita por una mujer, que escribe como una mujer y no como un hombre». Woolf reivindica por primera vez la necesidad de que la mujer afirme su independencia intelectual por medio de la literatura, como una forma de expresión del talento, cuya exposición pública había tenido que sufrir inconvenientes varios. Desde los casos en los que la mujer no firmaba con su nombre y publicaba de forma anónima, hasta aquellos en los que la firma que aparecía era la del marido, a pesar de que la autora era la mujer, la casuística era muy variada. También había quienes tenían guardada su obra en el cajón del secreter y no eran capaces de sacarla a la luz por miedo o por falta de confianza en sí mismas. O aquellas que solo mostraban su arte en el entorno más cercano, en la familia, sin traspasar nunca el umbral de lo íntimo.

En los años cincuenta del siglo XX todavía la escritora irlandesa Edna O'Brien (1930) tuvo que sufrir el desprecio y el resquemor de su propio marido cuando decidió publicar los libros que había ido escribiendo a trancas y barrancas, sacándole horas al sueño, mientras criaba a sus hijos.

Así lo cuenta en su libro autobiográfico *Memorias. Chica de campo.* La

afirmación de la mujer como autora es una reivindicación que ha permeado

toda la historia de la literatura. Su falta de independencia económica generaba otras dependencias y todo era un círculo vicioso que había que romper de algún modo.

LA SITUACIÓN DE LA MUJER

En los tiempos de Austen la mujer siempre dependía de un varón. Primero del padre, a veces de un hermano, luego de un marido. En ocasiones no había "luego" y la dependencia familiar era permanente. En muchos sentidos el matrimonio garantizaba que, al menos, tenías una casa que podías llamar tuya y eras la señora de esa casa. En la clase media rural, la *gentry* o la *pseudogentry*, no era posible acceder a trabajos serviles, sino que la única salida era el matrimonio o ser institutriz. Esto si no tenías dinero propio. En sus novelas, Jane Austen nos presenta a algunas mujeres de la clase alta que son excepciones a la regla. Por ejemplo, la señorita De Bourgh de *Orgullo y Prejuicio*, la única hija de lady Catherine, quien blasona de que en su familia no existe la vinculación al varón para heredar.

Lady Catherine, que es un personaje prepotente, que trata a los demás por encima del hombro y está muy apegada a los valores de su clase, demuestra aquí una extraña modernidad al rechazar la supremacía de la rama masculina en las herencias. Seguramente en ese tiempo ya había por Inglaterra bastantes lady Catherine que pensaban lo mismo.

Por ejemplo, Emma Woodhouse que está en el mismo caso. La herencia de su padre y la casa familiar, Hartfield, serán para ella cuando su padre muera. Esto la convierte en la única heroína de Austen con independencia económica. Son ejemplos muy concretos y pare usted de contar. El resto necesita un padre que las dote o las mantenga, un buen marido o algún pariente que las salve de la miseria digna. Y son conscientes de ello: «Ya

sabes que no tenemos más remedio que casarnos. Yo me arreglaría muy bien sola; con unos pocos amigos y un agradable baile de vez en cuando me contentaría, si una fuera a ser siempre joven. Pero nuestro padre no puede asegurarnos el porvenir, y es muy triste envejecer, ser pobre y que se rían de ti» *(Los Watson)*.

Una tercera parte de las muchachas del siglo XVIII se casaba embarazada.

El adulterio se tomaba a la ligera en la aristocracia. Había hijos

naturales por doquier, empezando por los reyes y la nobleza más alta. Pero en la *gentry* las cosas iban muy en serio y todo lo que fuera salirse de las normas sociales comúnmente aceptadas estaba muy mal visto. La madre de Fanny Price (*Mansfield Park)* y su alocado matrimonio es una prueba clara de que perder la cabeza podía significar quedarte fuera de tu núcleo familiar para siempre. Todo esto estaba tan asentado en las mentalidades que cualquier salida de tono era tenida muy en cuenta. Como se explica en *Orgullo y prejuicio,* cuando Lydia Bennet se escapa con el frívolo Wickham, las consecuencias de esa deshonra pública podían alcanzar, y de hecho alcanzaban, al resto de la familia por generaciones. Había una mezcla de hipocresía social y de aparente rectitud en los hábitos que generaba un ambiente opresivo y estricto. Sin embargo, Jane Austen intenta darle cierto toque de ligereza a la cuestión, quitarle algo de dramatismo, observar el fenómeno desde fuera, para que nos demos cuenta de lo absurdos de algunos comportamientos sociales. Más que una crítica directa y feroz lo que utiliza es la sencilla exposición de los hechos y sus resultados. Espera de esa forma que el lector saque sus propias conclusiones, lo que no deja de ser una actitud muy "moderna", alejada del intento moralizante de sus compatriotas y de algunos novelistas posteriores.

Las mujeres de la clase alta o de la burguesía territorial que no disponían de recursos no podían hacer trabajos que las de la clase baja sí podían llevar

a cabo. Para aquellas estaban reservados los trabajos de institutriz, ama de llaves o similar. Para la clase baja quedaba el duro servicio doméstico y el trabajo en el campo o las fábricas. Esa limitación a la hora de salir al mundo queda bien patente en las novelas de Austen. La situación de las mujeres tenía varios modelos, muy estrictos en su composición y en sus límites: Las jovencitas casaderas, las casadas, las viudas y las solteronas. Las chicas que querían casarse y estaban en edad de ello salían pronto a la sociedad (a los quince o dieciséis años) y la caza del marido comenzaba muy pronto, en ocasiones incluso se realizaban acuerdos entre las familias que garantizaban la boda en un plazo concreto. No solo se tenía en cuenta el nombre, la dote de ambos o la clase social, sino también otros detalles como los buenos modales y los orígenes. En un momento en que la burguesía industrial está en ascenso y, con ella, algunas profesiones liberales, aún permanecía la contradicción entre un buen apellido, noble y pobre y un abogado con buena posición, por ejemplo.

SOLTERONAS

Las solteronas estaban mal vistas. No queda claro a partir de qué momento una mujer que no se había casado entraba en esta categoría. Más bien parece que era cuestión de voluntad o, mejor dicho, de desestimiento. Si la búsqueda de marido comenzaba a los quince años, a los veinticinco ya llevaban diez años de faena, por así decirlo. Y eso implicaba asistir a bailes, ser invitada a reuniones, mantenerse en los cánones de belleza de la época, tener un vestuario apropiado, lo que significaba disposición en la muchacha y gastos para la familia. Anne Elliot (*Persuasión*) ha cerrado su puerta al amor a los veintisiete años, porque lleva desde los diecinueve recordando y siendo fiel a su amor perdido; pero su hermana Elizabeth, con dos años

más, es decir, veintinueve, se considera aún una chica casadera y actúa en consecuencia.

A veces esas mujeres tenían que encontrarse con la competencia de las viudas de buen ver y patrimonio asegurado, que solían casarse también, como los viudos, en segundas nupcias. Los matrimonios en segundas nupcias eran frecuentes. Las bajas de los hombres por la guerra y las de las mujeres por los partos, generaban un vaivén matrimonial considerable. Los matrimonios entre primos fueron algo muy frecuente entre los Austen. La prima Eliza, una interesante figura familiar, confidente de las hermanas Austen, se convirtió en la esposa de Henry y este trató de una forma muy cariñosa y protectora al hijo de ella, Hastings, que estaba enfermo y murió con solo quince años.

Las solteronas merecen una reflexión especial. Jane Austen vivió el final del Antiguo Régimen y los inicios de la Modernidad. Por ello, sus mujeres están inmersas en contradicciones propias del sistema, resultado de la tradición dieciochesca, que es más conservadora y de los nuevos procesos de individualización femenina. Esa encrucijada de finales del XVIII y principios del XIX presenta cambios y transformaciones muy importantes en todos los órdenes de la vida que se trasladan, como es lógico, a las relaciones humanas, las familias y la vida sentimental de los ciudadanos. La solterona (*spinster* en el uso inglés) es considerada por algunos como una persona aparte, al margen del transcurrir de la vida, en ocasiones ridícula y poco importante. Esta idea no es solo propia de la época Austen, sino de los años posteriores y anteriores porque desde 1600 la idea negativa y casi denigrante de solterona se asocia a las mujeres que no han contraído matrimonio.

La modernidad de Jane Austen se manifiesta también en este tema. Y para eso, para que no haya duda, lo refleja con nitidez en uno de sus personajes más potentes y originales, Emma Woodhouse, joven, guapa, rica e independiente. Emma defiende las razones para permanecer soltera y las fundamenta en su situación económica boyante, en la autoridad que tiene sobre sus propiedades y sobre sus finanzas y en las buenas relaciones sociales que su posición le permite. Estaba segura de que ninguna mujer casada podría ser tan dueña de su casa como lo era ella de Hartfield. Siendo así, ¿qué necesidad tenía de casarse? Solo son estúpidas y ridículas, dignas de lástima, las solteronas pobres, las que tienen que depender de la caridad de algún pariente, viene a decirnos. Por ello, si Emma se casa (cosa que en ese momento ella descarta) tendría que ser siempre con alguien muy superior en todos los sentidos, como para que le mereciera la pena.

Las razones de Emma son todas de carácter práctico, como se ve, fundadas en el bienestar de la mujer y en sus posibilidades de llevar una vida confortable. No hay condicionantes de orden religioso ni moral en sus afirmaciones, porque en la obra de Austen no hay rastro de motivos religiosos. La literatura moral del siglo XVIII ridiculiza a las solteras de edad avanzada al determinar que el matrimonio garantiza dos aspectos esenciales: el sustento económico y la construcción moral y social que establecía una vida digna. A esos cánones debían ceñirse las mujeres en su configuración de vida. Pero la situación de Emma no era usual, la mayoría de las mujeres tenían que optar entre casarse bien o permanecer soltera en condiciones precarias o, al menos, dependientes. Lo que Emma Woodhouse viene a decirnos (o, lo que es lo mismo, Jane Austen a través de ellas) es que el problema no era tanto permanecer soltera sino ser pobre. Ahí establece un paradigma nuevo, basado, no ya en la clase social, sino en la posición económica.

BODAS

Quizá por todo esto es natural que la preocupación por las bodas esté tan presente. Para el lector moderno puede llegar a parecer un asunto frívolo, pero tenía el mayor interés y por eso se estudiaba y planeaba cuidadosamente. Aunque el mayor prototipo de la madre casamentera es la señora Bennet, de *Orgullo y Prejuicio*, también la señora Dashwood, de *Sentido y Sensibilidad* tiene una importante dedicación al tema. En ambos casos es lógico, debido a la situación económica familiar. La señora Bennet y la señora Dashwood son las dos "madres en activo" de las novelas de Austen. La de Fanny Price no está en condiciones de aconsejar a su hija dada su mala cabeza. A Anne Elliot (*Persuasión*) quieren casarla, en este caso su padre, con un primo bastante anodino que es, justamente, el que va a recibir el patrimonio de la familia, incluida Kellynch Hall, la casa familiar. También la madre de Emma ha muerto. Y el caso de la madre de Catherine Morland (*La abadía de Northanger*) es muy interesante, porque actúa desde la prudencia, ocupada como está en criar a los niños más pequeños, pero da a su hija buenos consejos y le recomienda lecturas excelentes.

Y, sin embargo, a pesar de todo esto, del ambiente, de la necesidad y de la costumbre, Jane Austen defiende la idea de que hay que casarse por amor. Con matices, que ella es una persona sensata y que deja claro cómo la ruina económica por un matrimonio apresurado es un error. Y no se trata de caer en el "mal inglés" de la sensibilidad, que aquejó a las muchachas de finales del XVIII a consecuencia del exceso de lecturas, básicamente novelas, que convertían el amor y el matrimonio en una aventura poética. Como dice Lucy Worsley en su biografía íntima de la autora: «Mary Wollstonecraft opinaba que la sensibilidad estaba perjudicando a las mujeres por cuanto las convertía en seres débiles y blandengues, privadas de claridad de objetivos y entereza».

El mal de la sensibilidad solo aquejaba a la gente acomodada y con mucho tiempo libre. La melancolía, el desamor, la nostalgia, la lucha por el ser amado, todos estos conceptos estaban presentes. Esa gente sensible y refinada que sufría de una sensibilidad excesiva leía novelas. El culto a la sensibilidad alcanzó su mayor apogeo durante la juventud de Jane, pero a finales de siglo la gente ya estaba cansada de tanto sentimentalismo. Y ella, por su parte, adoptó una actitud crítica al respecto. Incluso en una obra de los primeros tiempos *Sentido y sensibilidad* donde una de sus protagonistas enferma de desamor, se

encarga de reconducir la historia y de llevarla por el terreno de la sensatez, haciendo que se case con el hombre adecuado, un correcto, educado y acomodado coronel Brandon, que servirá como medicina ante tanta locura. Lo que viene a decirnos con esto Jane es que está bien casarse por amor, pero hay que saber de quién se enamora una. O, mejor aún, que lo importante no es solo elegir con quién casarse, sino saber con quién no hay que hacerlo. En eso dio ejemplo fehaciente ella misma.

La obligación de las muchachas de asegurarse un buen matrimonio para ellas y para los suyos tiene en las hermanas Bennet el ejemplo más ilustrativo de este estado de cosas. Es esta novela la que desarrolla con más fuerza estos conceptos. Por eso surge una especie de reparto de papeles.

Jane es la más "hermosa y dulce" de las hermanas Bennet. Por eso mismo a ella le corresponde la obligación de asegurar el sustento de la familia a través de un casamiento ventajoso. La propiedad familiar está vinculada a la rama masculina y, dado que los señores Bennet "solo" han tenido hijas, pasará a manos de un primo lejano, a la sazón clérigo, el señor Collins.

Pero Jane Bennet quiere "casarse por amor". Así lo confiesa a su hermana más querida, Elizabeth, en esas horas de intimidad a la luz de las velas que ellas comparten antes de acostarse. Mientras cepillan sus largos cabellos desgranan esas confidencias que a nadie más contarán. De igual

forma que el pelo vuela despojado de la prisión del recogido que habitualmente usan en público, así ellas dan rienda suelta a sus sueños, en los que, aun siendo muchachas pobres, esperan el milagro de encontrar a un marido, a ser posible, rico, guapo y sensato.

Las características del hombre ideal se dejan ver en esta conversación entre las dos hermanas, hablando de Bingley, al que acaban de conocer:

—Es exactamente lo que debe ser un joven —dijo—, razonable, con buen humor, animado; ¡no he visto nunca modales tan perfectos! ¡Tanta soltura y una buena educación impecable!

—Y además es muy bien parecido —replicó Elizabeth—, que es algo que un joven debe igualmente procurar; si es que está a su alcance. Cabe decir, por lo tanto, que es un joven muy completo.

No deja de resultar una excentricidad, casi un escándalo, en esos años

finales del siglo XVIII, el deseo de no convertirse en tristes matronas aprisionadas por la costumbre, más madres que esposas; más esposas que mujeres. Y es también una modernidad, una seña de individualización emocional que no debería pasar desapercibida. Estas chicas son, por ello, inconformistas, rebeldes casi. Y lo son en aquello que está en su mano: la elección del marido.

La postura de las cinco hermanas puede constituir en sí misma todo un tratado de la manera en que la mujer Austen observa su propio destino e intenta intervenir en él. Jane, la mayor, quiere un matrimonio por amor.

Elizabeth representa el equilibrio pues, aunque los sentimientos son para ella un reclamo importante, sabe también que la economía, cuando es insuficiente, lastra todos los afectos y acaba con los más sólidos. Por su parte, Mary no quiere casarse y esto, una mujer aferrada a sus libros y alejada de las emociones y vaivenes de la juventud, no deja de ser otro rasgo modernísimo. Kitty y Lydia, las más pequeñas, ansían únicamente tener a su lado a un "casaca roja" que las colme de aventuras y las

acompañen a cuantos más bailes mejor. Son las frívolas. Pero ya sabemos que Lydia dará un paso adelante y se fugará con Whickham, un tipo sin escrúpulos con el que acabará casándose en un matrimonio que terminará siendo el prototipo de lo que no debería ser una unión. *Casarse pronto y mal,* diría nuestro Mariano José de Larra.

Es así como *Orgullo y Prejuicio* se aparece ante nuestros ojos de lectores del siglo XXI como una novela moderna, mientras que *Sentido y sensibilidad* tiene rasgos de una sociedad más antigua y desfasada. Enfermar por amor es uno de esos rasgos. La actitud de Jane y de Elizabeth es signo inequívoco de la importancia que las mujeres dan a la vida sentimental (el centro de nuestra trama vital, el que impulsa o entorpece el desarrollo personal e, incluso, profesional), pero es también una prueba fehaciente de que las mujeres Austen reclaman poseer un criterio propio y abogan por el derecho a defenderlo, aunque sea equivocado. Y la reacción de Jane Bennet ante los desaires de Bingley y sus hermanas resulta encomiable y muy diferente de la de Marianne Dashwood. No solo acepta lo sucedido, sino que lo hace con gentil alegría.

Poder elegir, optar por el amor ante la conveniencia, no estar sujetas a convenciones arcaicas, son los elementos de este toque moderno que la novela presenta. Una actitud pionera que no todos los lectores de Jane Austen son capaces de apreciar pero que representa un elemento

más de los muchos matices que su obra contiene.

No son solamente las hermanas Bennet las que realizan, con sus actos y palabras, un alegato por el derecho a elegir marido, incluso a elegir no casarse. También lo oímos en Emma Woodhouse, aunque ella no tiene problemas económicos y lo vemos claramente en las hermanas Dashwood, Elinor y Marianne. En las hermanas se produce una curiosa situación que resalta al leer la novela, *Sentido y Sensibilidad*. El libro plantea un debate

moral entre dos posturas diferentes. La primera es más racional y defiende la ocultación de los sentimientos, como ámbito privado que nadie debe traspasar. La segunda, aboga por una expresividad que saque a la luz las emociones, como parte del ser humano. Ambas posturas se entrecruzan durante el desarrollo de la novela, como no podía ser de otra forma. Igual que ocurre con el caballero Alonso Quijano y su escudero Sancho Panza, el paso de los días y la sucesión de aventuras consigue que las cabezas asimilen parte de lo que el otro defiende y así, ni el loco es tan loco, ni el cuerdo es tan cuerdo.

Hay una frase que podía aplicarse a la época y que la pronuncia Robert Duvall en su papel de policía en la película *Un día de furia* (1993 , Joel Schumacher), protagonizada por Michael Douglas. La frase es: «No es fácil ver morir tu belleza si eso es lo único que tienes». La belleza era el salvoconducto de las muchachas para poder conseguir una boda aceptable.

Se cambiaba, así se cuenta, el atractivo físico por bienestar económico. Era una transacción aceptada. Seguramente muchos de estos matrimonios convenidos daban lugar, con el paso del tiempo, a algo parecido al amor. La convivencia y la afinidad tienen efectos mágicos. Y llegó un momento en que hacer un matrimonio adecuado no era solo asegurarse una situación económica aceptable sino también encontrar compatibilidad en la futura pareja. En lo que respecta a la belleza, no siempre era la mejor compañera a la hora de elegir y, además, Jane Austen no le daba demasiada importancia si no iba acompañada de su correspondiente dosis de ingenio o inteligencia.

Pero la presión del aspecto físico acompañaba a estas mujeres casaderas hasta que tiraban la toalla y abandonaban su pretensión. Una presión difícilmente soportable y que se nos antoja algo muy parecido a la esclavitud.

Sin embargo, hay un aspecto relacionado con este tema que Jane Austen señala, aunque lo hace con menos intensidad, seguramente

porque su mirada es más femenina que masculina. También los hombres estaban condicionados al elegir esposa. Los hombres pobres, desde luego. Un hombre con escasos recursos debía intentar mejorar su situación por medio del matrimonio. Dos pobrezas unidas garantizaban un absoluto fracaso.

Esto quiere decir que, quizá, la cuestión no era tanto de género como de capacidad económica, algo que Emma Woodhouse tenía claro. Y que la propia Jane vivió en su persona si hablamos de Tom Lefroy. Lo que ocurría, no obstante, es que la vinculación a las ramas masculinas de las herencias no establecían unas condiciones de partida igualitarias. Y esto sí lo destaca Austen con toda la intensidad que puede y lo hace en todas sus obras de una u otra manera. A ella se le antoja una injusticia el hecho de que las herencias familiares no pudieran ser disfrutadas por las descendientes y eso lo vivió en su entorno con toda claridad. De estas situaciones sociales se derivan disfunciones familiares que afectaban grandemente a las personas.

Y no era el mejor modo de fomentar el afecto entre hermanos, algo que a ella le parecía necesario y deseable.

De este modo, la posibilidad de casarse por amor estaba en íntima relación con las leyes y normas que regían las herencias. Así, el hecho de unirse a una persona para compartir la vida llegaba a ser un asunto de estado, un asunto que incumbía a toda la familia y, por lo tanto, toda la familia opinaba. El efecto de las espléndidas bodas que hacen Jane y Elizabeth Bennet (*Orgullo y prejuicio)* se extendió a sus hermanas, como explica el libro al final sin entrar en mucho detalle. Mary y Kitty visitaban con muchísima frecuencia Pemberley, la magnífica residencia de los Darcy, la primera para usar su biblioteca y la segunda para mejorar sus contactos sociales. E, incluso, en un rasgo de humor nos llega a decir que los

Wickham se convirtieron en huéspedes demasiado asiduos de los Bingley, tras el matrimonio de Jane, llegando al extremo de hacerse pesados e insoportables.

La defensa del matrimonio por amor no deja de serlo del derecho de elección, de la libertad del individuo para decidir acerca de su vida, algo que nos parece hoy de toda lógica pero que, en aquellos años, era un pensamiento excéntrico. Ni siquiera los revolucionarios franceses habían movido un dedo en esta cuestión, ni cimbreado el *statu quo* de las mujeres en este mercado. La preeminencia del varón sobre la mujer llegaba a todos los estamentos, incluyendo las casas reinantes en algunos casos. Y había una común aceptación del sistema. Por eso

tiene tanta importancia el hecho de que Jane Austen agitara las aguas y mostrara, sin ánimo de pontificar, pero con exactitud, la dimensión del problema.

La dificultad de casarse por amor era común a hombres y mujeres sin fortuna. La pérdida de la independencia y el hecho de pasar a una pobreza digna era solo cosa de mujeres cuando las propiedades y rentas se vinculaban a las ramas masculinas de las familias. Dos cuestiones que se entrelazan y sobre las que ella arroja luz.

Un siglo después el dilema aparece con nitidez en la obra de otro escritor inglés, D. H. Lawrence (Eastwood, Reino Unido, 1885-Vence, Francia, 1930). Las diferencias sociales son para él un dique de contención para los sentimientos, que no pueden expresarse con total libertad y que genera tensiones entre el deber y el querer. Así se puede observar claramente en algunas de sus novelas, como *Las hijas del vicario*, de 1814, en la que dos muchachas, educadas para hacer lo correcto, terminan saltándose las normas porque es imperioso casarse; o en *El amante de Lady Chatterley*, donde Constance Chatterley se salta todas las barreras sociales al enamorarse (o apasionarse) por el guardabosques de su casa solariega, el

señor Mellors. En este sentido, Jane Austen prepara el camino para los debates morales en torno a la unión por amor y el sentido del deber o de la conveniencia.

10.

Imperfectas heroínas

JANE AUSTEN PODRÍA HABERSE INSPIRADO en su bisabuela paterna para escribir una historia titulada *Ingenio y valor*. Elizabeth Austen, de soltera Weller, se quedó sola con siete hijos en 1708, después de enviudar y de que su padre y sus cuñados la dejaran tirada y sin recursos. Para darles a sus hijos una educación que se le antojaba fundamental en una vida digna se le ocurrió trabajar en una vivienda-escuela a cambio de la manutención y la formación de los chicos.

Otra novela llena de interés habría surgido de la vida y milagros de la tía Philadelphia Austen y su hija Elizabeth Hancock, la prima Eliza. Ambas tuvieron una existencia tan apasionante, con peripecias en la India colonial y la Revolución Francesa incluidas, que resulta incomprensible cómo no se convirtieron en protagonistas de un drama que terminara en tragedia. La tía Phila, que era su apelativo familiar, era hermana de George Austen, el padre de Jane, hijos ambos de

William Austen, un médico que, de su matrimonio con la viuda de otro médico, tuvo tres hijos, Philadelphia, George y Leonora. Los tres hubieron de pasar calamidades porque, tras la muerte de su madre en el parto de la última, su padre se volvió a casar y la madrastra no se ocupó jamás de ellos. Directamente los echó a la calle y tuvieron que ser acogidos por parientes. Aunque puede parecernos un acto de crueldad dejar desamparados a los hijos de tu cónyuge, era algo que ocurría con

frecuencia. Las buenas formas y los modales adecuados ocultaban a veces comportamientos verdaderamente abominables, en ocasiones para preservar los derechos de los hijos propios en detrimento de los ajenos.

A Philadelphia Austen en ese reparto le tocó criarse con una tía materna y con veintiún años se fue a la India donde, en 1753, se casó sin amor con un hombre conveniente (Tysoe Saul Hancock), mientras mantenía un discreto *affaire* con un tipo bastante más atractivo, el gobernador general de Bengala Warren Hastings. El misterio de la paternidad de Eliza, su hija, forma parte de la historia de la familia y la discreción nunca desveló ciertos datos. ¿Era hija legítima del matrimonio o lo era de Hastings? Resulta encantador ese fenómeno por el cual todas las familias, incluso las de existencia más rutinaria, guardan en su cajón algún secreto inconfesable pero que aviva los comentarios en voz baja y anima las noches invernales.

Eliza Hancock, una mujer deslumbrante, inteligente y hermosa, llegó a ser condesa por matrimonio y su marido, el noble francés Jean Capot de Feuillide, fue guillotinado con el estallido de la Revolución Francesa, dejándola sin herencia y con un hijo enfermo al que criar. Eliza, sin embargo, nunca perdió la alegría ante estas contrariedades. Era de esas personas que sabían disfrutar. Poseía una personalidad atrayente que no dejaba de sorprender y que era capaz de ponerse en el lugar de sus jóvenes primas. Se arreglaba con todo cuidado y coquetería, como si fuera siempre a una fiesta, y mantuvo una especie de plan de conquista perpetuo y el deseo de gustar a los hombres, algo que todos los Austen le reconocieron hasta su muerte a los cincuenta años, cuando estaba casada en segundas nupcias con Henry, el hermano favorito de Jane.

Ninguna de estas espectaculares referencias directas se usó en sus libros.

Como dijo en alguna ocasión a una de sus sobrinas, ella solo necesitaba una pequeña localidad del campo inglés, imaginaria o no, y

cuatro o cinco

familias. Y quizá debido a esa circunstancia, a esa lejanía de lo extraordinario y esa elección de lo cotidiano, las heroínas de Jane Austen parecen, y lo son, de carne y hueso. Hablamos de ellas como si fueran amigas, conocidas o vecinas. Gente cercana, en todo caso. Por eso te cuesta juzgarlas y ponerles etiquetas. Tienen muchas aristas, como los seres humanos. Son diferentes entre sí y cada una habita en un espacio único que se creó para ellas. Las austenitas conocen como la palma de la mano todo aquello que tiene que ver con sus "mujeres", incluso aquellas cosas que no son narradas, sino solo entrevistas o, directamente, imaginadas por los lectores. Es un milagro de pervivencia solo comparable a algunos grandes personajes de Shakespeare o de otros genios de la literatura.

Es verdad, sin embargo, que hay destellos que ella fue anotando a lo largo de su vida y que podemos rastrear en sus libros. Porque su eficaz radiografía de la vida cotidiana, como puso de relieve el propio sir Walter Scott en su favorable reseña de *Emma,* así lo permitía. Quizá en Henry y Mary Crawford, con su diletancia y su falta de sensatez, hubiera algo de su propio hermano, Henry y de su esposa, la prima Eliza. Quizá William, el hermano mayor de Fanny Price que es marino, es un reflejo de Francis Austen, que llegó a ser almirante de la Royal Navy. Y, por supuesto, el amor de hermanas se trasluce en las Dashwood o en las Bennet como un trasunto de Cassandra y de ella misma.

EL REALISMO DE LO COTIDIANO

Jane Austen sentía una inmensa satisfacción en inventar personajes, buscarles el nombre, la edad, el oficio. Describir su aspecto físico, sus gestos, sus costumbres. Reflexionar sobre su manera de ser. Hacerlos actuar a su antojo. Como novelista asume una gran libertad y desdeña las

esclavitudes que están presentes en la obra de otros, atados por editoriales, presiones externas o mundillos literarios. No da la impresión de que esa dependencia de lo externo existiera para Jane Austen. Es la imaginación la principal fuente de energía que sustenta su escritura. Y una mezcla de pudor familiar y de afirmación de su voluntad creativa la lleva a construir mundos alejados de su propia historia, pero sin caer en lo extraordinario, lo exótico.

Es el realismo de lo cotidiano.

No solo eso. Las heroínas de Austen no son perfectas. Es el caso más claro de imperfección que conocemos. Y no solo Emma Woodhouse, reconocida caprichosa y mandona, atesora defectos que pueden resultar molestos al lector y que, desde luego, son todo lo contrario de la idealización, sino también todas las demás. Es cierto que tienen interesantes virtudes, pero ninguna de ellas son personas modélicas, ni siquiera imitables. En realidad, no son heroínas, son mujeres sin más. Eso es lo que hace que no hayan envejecido con el paso del tiempo. Sobre todo, aquellas más “imperfectas”. En realidad, la mujer más lejana a nosotros, la que menos nos inspira y la que más distante nos parece es la que goza de mayores atributos morales y personales: el sacrificio, la entrega, la generosidad, el silencio. Se trata, claro está, de Fanny Price (*Mansfield Park*), una chica que resultaba bastante anodina al público lector habitual de Austen y que sigue pareciéndolo ahora.

Es cierto que las grandes referencias literarias no tienen por qué ser personajes heroicos y llenos de valor. Hamlet era bastante maniático y Otelo, un celoso de libro. Madame Bovary se mostraba demasiado histriónica y hasta a Flaubert parecía desagradarle. Tampoco es ejemplar la conducta de las Anas: Anna Karenina deja a su hijo pequeño para irse con Vronsky y termina fastidiándole la vida al pobre conde y labrándose su propia desgracia. Y no digamos nada de Ana Ozores, cuya personalidad

enfermiza e intensa trae de cabeza a todo su entorno. Sin embargo, estas mismas caracterizaciones, estos errores, son los que los convierten en seres animados y no en decorados de cartón piedra.

Jane Austen escribe novelas protagonizadas todas ellas por mujeres. Ese es también un elemento diferenciador de otras aclamadas heroínas como las anteriores. Flaubert y *Clarín* describen mujeres, pero no son mujeres.

Hablan de ellas como un hombre hablaría de una mujer. Y, además, Austen coloca en sus obras algunos hombres de relieve que son dignos co-protagonistas, pero lo son porque dan la réplica adecuada a mujeres de notable altura. Darcy no sería lo que es sin el contrapunto ingenioso y sincero de Elizabeth Bennet y el señor Knightley es exactamente la horma del zapato de Emma. En cuanto a los hombres de *Sentido y Sensibilidad* hay que decir que ninguno de ellos está a la altura de las hermanas Dashwood.

Edward Ferrars es soso y poco dispuesto a defender su amor. Si no fuera porque Lucy Steele, que es una mala pécora, una mosquita muerta de armas tomar, supuesta prometida suya, decide tomar el camino más seguro, es decir, casarse con el hermano de Edward, este se hubiera conformado con su aburrido destino. Por su parte, el coronel Brandon es un tipo de buen corazón y está muy enamorado de Marianne Dashwood pero resulta algo falto de épica. De Willoughby, mejor no decir nada, es un villano sin remedio, o quizá un hombre sin honor, al que la autora castiga dejándolo enamorado de Marianne y teniendo que contraer un matrimonio de conveniencia. El resto de los hombres de Austen son bastante prescindibles, salvo, quizá, el marino Frederick Wentworth, cuyo principal mérito es que se trata del único militar con un papel importante en su narrativa, lo que da cuenta de la nueva consideración que la sociedad inglesa tenía de su ejército. *Persuasión* es la última novela que escribió Jane Austen y las cosas habían cambiado. Los superficiales casacas rojas que aparecen en *Orgullo y*

Prejuicio danzando en los salones de baile y enamorando a chicas ingenuas, ya han desaparecido y aquí los militares son gente sensata, dispuesta al sacrificio y con voluntad de perseverar en sus sentimientos. Quizá porque la guerra había terminado. Y eso siempre es de agradecer. Que los militares fueran más atractivos en tiempos de paz que en tiempos de guerra no deja de ser, por parte de la escritora, una declaración de intenciones.

Las heroínas de Jane Austen tienen algunas circunstancias en común.

Son muchachas que pertenecen a la *gentry*, clase media dentro de la aristocracia rural que, por tanto, nunca podrían realizar trabajos fuera de casa, salvo quizá los de institutriz o damas de compañía. La mayoría de ellas no tienen patrimonio propio y pertenecen a familias que están a la quinta pregunta, faltas de ingresos, con cabezas de familia poco sensatos, que gastan más de lo que ingresan y con un considerable déficit de ejemplos maternos mínimamente fiables. Salvo Emma, ninguna de ellas es una belleza. El ingenio y la vivacidad hacen bella a Elizabeth Bennet. Por el contrario, el sufrimiento afea a Fanny Price y a Anne Elliot. Es verdad que las descripciones físicas no son corrientes en Austen ni, mucho menos, prolijas, pero también Marianne Dashwood tenía atractivo físico, acentuado por su carácter intenso y su ingenuidad amorosa. Todas las mujeres Austen saben tocar el piano, aunque no demasiado bien; leen poco, excepto Marianne y Anne Elliot; no pisan las cocinas, porque allí no se les ha perdido nada; les gusta el aire libre y son capaces de andar solas por cualquier camino, vereda o carretera (igual que hacía Jane Austen desde que descubrió ese placer) y tienen necesidad, excepto Emma, de buscar un marido rico para poder subsistir y dejar de depender de padres, hermanos o tutores. Lo que no quiere decir que se conformen con ese destino, ni mucho menos, y de ahí sus negativas a algunos pretendientes con posibles.

Pero, al margen de algunos detalles comunes, cada una de las heroínas de Austen tiene sello propio y vive una historia que solo ella podía vivir. Son identificables y distintas, lo que da buena cuenta de la imaginación de Jane, de su capacidad de crear tanto personajes, como atmósferas, incluso sin salirse de lo normal. Esos hechos fantasmagóricos que llenaron las novelas góticas que estaban de moda en su niñez, no le interesaban en absoluto.

Tampoco las correrías de la aristocracia o la realeza, ni las aventuras en parajes exóticos, ni las luchas, las batallas o la política. El suave, sereno, apacible, campo inglés, los pueblecitos corrientes con su rectoría, sus tiendas, su camino real, sus carreteras bifurcadas, sus casas cuidadosamente limpias, sus jardines, sus alrededores llenos de bosques o de prados, ese era su ámbito, ese su telón de fondo. El argumento podía variar, pero ahí estaba la naturaleza humana con todo el arsenal de emociones y como trama, una infinidad de detalles, unos diálogos portentosos y unas conversaciones que son el hilo conductor de las historias. Un prodigio de sensibilidad, sin caer en el romanticismo vacuo ni en la exageración. Sentido común. Este parece ser el principal patrimonio de las mujeres que quieren aspirar a cierta forma de vida placentera.

De entre las heroínas de Austen solo una ha sido llamada heroína por la propia autora. Y lo ha hecho desde la sátira y la ironía descaradas. Se trata de la inefable Catherine Morland, de *La abadía de Northanger*. Desde el comienzo, el tono de la novela nos va indicando la consideración que tenía Austen de esa ingente cantidad de novelas góticas que hablaban de castillos encantados, doncellas en peligro y caballeros oscuros que conducen a las jóvenes a la mayor fatalidad. Era la literatura de su época y su forma de reaccionar contra ella fue la parodia. Lo mismo que hizo Cervantes con su *Don Quijote*, que enloquece leyendo novelas de caballería, hace Jane Austen con Catherine Morland, aunque la sensatez de su madre y el amor

de Henry Tilney parece que serán el remedio más eficaz para contener tanta efusión novelística.

En 1803 nace en España Ramón de Mesonero Romanos, escritor, una de cuyas obras viene al pelo de esto que decimos, el uso de la sátira para denunciar un determinado fenómeno o moda. En el caso de Mesonero Romanos hay que leer su texto "El romanticismo y los románticos" que forma parte de su obra *Escenas y tipos matritenses*, situada entre los años 1832-1842. El sobrino de Mesonero se ha vuelto loco por el romanticismo y de ello se deriva su cambio de imagen, su gusto por los cementerios, su afición poética y sus intentos de sufrir por amor. El chico anda vestido de negro, intentando a toda costa escribir poemas y enamorándose de señoras casadas, con lo que el sufrimiento está asegurado. Todo un compendio irónico de las características de ese movimiento. Siempre que leo *La abadía de Northanger* recuerdo a Mesonero y al revés.

Quizá uno de los momentos más hilarantes del libro es el regreso a su casa de Catherine Morland, después de que el general Tilney la eche de su mansión. La pobre Catherine no sabe de dónde viene la animadversión inesperada del general hacia ella y se echa la culpa a sí misma por haber pensado que ese hombre tuvo algo que ver con la muerte de su esposa. En el pensamiento de Catherine nada ocurre de forma natural, porque para eso es una heroína.

«Mi heroína regresa al hogar humillada y solitaria, y el desánimo que esto provoca en mí me impide extenderme en una descripción detallada de su regreso. No hay ilusión ni sentimiento que resistan la visión de una heroína dentro de una silla de posta de alquiler».

En este fragmento, Jane hace algo que es habitual en sus novelas, se entromete en la historia, como si fuera una vecina cotilla, y nos da su opinión al respecto, colocándose tanto en la posición de narradora

como en

la de observadora de los acontecimientos. Eso le da a la narración un tono

“periodístico” que se observa en muchos pasajes de su obra, como, por ejemplo, en el relato de la boda de Emma y el señor Knightley que pone fin al libro:

«La boda se pareció mucho a otras bodas en las que las partes no se desviven por las galas o la ostentación; y la señora Elton, por lo que pudo saber a través de su marido, pensó que había sido increíblemente pobretona, y muy inferior a la suya: Poquísimo satén blanco, poquísimos velos de encaje, ¡qué triste! Selina pondrá unos ojos enormes cuando se entere. Pero a pesar de estas deficiencias, los deseos, las esperanzas, la confianza y las predicciones del reducido círculo de verdaderos amigos que presenciaron la ceremonia se vieron íntegramente justificados por la perfecta felicidad de la unión».

Contra la actitud de Catherine, perezosa, poco práctica, soñadora al extremo y su tergiversación de la vida real, está la sensatez de su madre, cuyo único pecado al criar a su hija ha sido una excesiva permisividad que ha dejado a la muchacha a merced de novelistas alocadas. «Todos debemos procurar estar satisfechos allí donde nos encontremos, y más aún en nuestro propio hogar, que es donde más tiempo estamos obligados a permanecer», le dice su madre.

Además de esas palabras sabias, la madre de Catherine Morland inaugura el emergente mundo de los libros de autoayuda con esta recomendación:

«En uno de los libros que tengo arriba hay un estudio muy interesante acerca del tema. En él se habla precisamente de esos seres a quienes amistades de posición económica más elevada que la suya incapacitaron para adaptarse a sus circunstancias familiares. Se titula *El espejo*, si mal no recuerdo. Lo buscaré para que lo leas. Seguramente encontrarás en él consejos de provecho». Por supuesto, el giro final y rápido de la novela

(cuyo desenlace es un poco precipitado y previsible) hace innecesaria esta lectura, puesto que Henry Tilney, el amor de la muchacha, aparece de pronto y el asunto se resuelve en boda. Haciendo un paréntesis, esa propensión de Austen para terminar las historias apresuradamente es algo muy curioso. Da la impresión de que lo sustancial, que es el camino, ya ha sido recorrido, y que la resolución

no le interesa tanto. Es más, a veces deja incógnitas por resolver. Es como si nos dijera, vale, esto ha terminado bien, pero ¿quién sabe qué pasará en unos años? Tal vez por esta misma cuestión han proliferado tanto las novelas “con otros finales”, partiendo de las auténticas.

No obstante, su tono irónico, en *La abadía de Northanger* la protagonista (llamada aquí, como en ninguna otra novela, “nuestra heroína”) también rechaza una proposición de matrimonio (aunque algo enrevesada) lo que dice mucho de la fortaleza de las mujeres Austen a la hora de reivindicar su libertad para elegir, aun en las peores circunstancias. El señor Thorpe, un joven hermano de Isabella Thorpe, amiga de Catherine y a su vez, amigo de su hermano, es todo lo que una persona no debería ser: presuntuoso, embustero, embaucador, irrespetuoso e interesado. Tanto él como su hermana intentan manipular a Catherine para conseguir sus fines. La intervención del señor Thorpe es la clave de la novela y de su relación con los Tilney y está hábilmente cosida en el relato. Ella rechaza a Thorpe porque no está enamorada de él y lo hace con rotundidad. Y Jane Austen demuestra que conocía bien la naturaleza humana y que no se hacía demasiadas ilusiones respecto a la misma. Eso mismo repetirá tiempo después, con absoluta contundencia, la señorita Marple, de Saint Mary Mead, esa eficaz detective aficionada de Agatha Christie: «La naturaleza humana es la misma en todas partes».

El número de heroínas austenianas, mujeres relevantes en sus novelas, es muy alto si tenemos en cuenta que hablamos de seis novelas largas y una corta (*Lady Susan*), más otras dos inacabadas. Y esto es así porque el mundo cotidiano que ella muestra (la misma autora prefiere la palabra

“mostrar” a “describir”, porque lo considera menos parcial y deja más libertad al lector para su propio juicio) es un mundo básicamente de interiores, de mujeres y de núcleos familiares.

En *Emma* hay dos heroínas contrapuestas, la señorita Jane Fairfax y la propia Emma, rivales en belleza, cultura y elegancia. En *Orgullo y prejuicio* hay, al menos, dos, las hermanas Jane y Elizabeth Bennet, más sus antagonistas, las Bingley. En *Mansfield Park* está Fanny Price, pero también Mary Crawford, una antiheroína magnífica, y en *Sentido y sensibilidad* volvemos al dúo, Elinor y Marianne Dashwood. En *Lady Susan*, la heroína (entendida como figura femenina en positivo) es la hija de la protagonista, es decir, Frederica Vernon, porque la madre, la propia Lady Susan, es una excelente arpía. Ya hemos hablado de Catherine Morland en *La abadía de Northanger* y nos falta recordar a Anne Elliot, la heroína de *Persuasión*.

¿Qué tienen en común estas mujeres? ¿A qué dedican sus mayores esfuerzos? ¿En qué aspectos coinciden a pesar de sus diferencias? Yo diría que en la firme voluntad de seguir sus impulsos y elegir su vida. No sería justo resumirlo todo en hacer un buen matrimonio. Sobre todo porque todas ellas desprecian y rechazan buenas oportunidades con hombres que no se ajustan a sus deseos de felicidad. Todas las negativas se basan, no en que sean hombres sin buena posición o buen nombre, sino en una falta de interés personal, de atracción física, de estímulo intelectual o de afinidad.

Este último concepto, la afinidad, es el más preciado de todos.

De esta forma no es justo ni acertado decir que las mujeres Austen están deseando hacer una buena boda, sino que ansían, de una forma individual y muy particular en cada caso, compartir su vida con alguien que les merezca la pena. Es decir, Jane Austen habla del amor, pero no de cualquier amor, sino de amor del bueno, el que nace de la comprensión, la atracción y la afinidad de caracteres. Tanto es así que se niegan a seguir las indicaciones familiares en cuanto a pretendientes e, incluso, no se dan cuenta de sus propios sentimientos a pesar de que estos puedan resultar obvios al lector.

Para las heroínas Austen, en resumen, el matrimonio no es el objetivo, es solo el medio de hallar una felicidad compartida. Resulta injusto, pues, adjudicarles esa necesidad compulsiva de casarse. Las mujeres de Austen se adelantan a su tiempo exigiendo, de algún modo, que sus parejas estén a la altura de sus propias necesidades y no solo económicas, sino físicas y espirituales. Como suena.

11.

Ella misma

LA CARTA MÁS ANTIGUA QUE SE conserva de entre las casi tres mil que escribió Jane Austen se dirige a su hermana Cassandra a quien felicita por su cumpleaños. La redactó en la casa parroquial de Steventon el sábado 9 de enero de 1796. Esta es una carta muy importante. En ella desarrolla con detalle su “relación” con el joven Tom Lefroy. La carta hace alusión al baile en el que han estado juntos, a su visita al día siguiente como era costumbre, a las conversaciones mantenidas, todo ello con un tono de humor que no consigue ocultar la evidencia de que los jóvenes se gustaban. ¿Por qué no se destruyó esta carta si cuenta algo tan íntimo? Caroline Austen, una sobrina, detalló cómo su tía Cassandra en la década de 1840 fue la persona que inspeccionó y seleccionó qué cartas iban a sobrevivir literalmente a la

quema. Ciento sesenta cartas y otra más conteniendo su testamento fue todo lo que dejó en pie. Una de ellas fue esta.

Otra carta, escrita el 27 de mayo de 1801 desde Bath y dirigida a Cassandra, nos da una breve muestra de su estilo epistolar, tan especial, irónico y detallista y del uso arbitrario (¿o no?) de las mayúsculas: Acabo de volver de Airearme en el fascinante Faetón de cuatro ruedas, tal como me comunicó en una nota al señor E. poco después del desayuno: fuimos hasta lo alto de Kingsdown y el paseo fue muy agradable; una alegría sucede rápidamente a otra. Al volver encontré tu carta y una carta de Charles sobre la mesa. Supongo que no tengo que repetirte lo que dices en la tuya; será suficiente darte las gracias. Qué mérito tiene que Charles se acordara de la dirección de nuestro Tío, algo

que también parece sorprenderle a él. Ha recibido treinta libras por capturar al barco corsario, y espera diez libras más; pero de ¿de qué le sirve ese dinero si se lo gasta en regalos para sus Hermanas? Nos ha comprado unas cadenas de Oro y unas Cruces de Topacio. Tenemos que regañarle. El Endymion ya ha recibido órdenes de llevar Tropas a Egipto, algo que no me gustaría nada si no confiara en que a Charles le den otro destino antes de que zarpe. Dice que no sabe dónde pueden mandarlo, pero me ha pedido que le escriba enseguida porque es probable que el Endymion se haga a la mar dentro de tres o cuatro días…

La carta se recoge en la edición de Kathryn Sutherland para Alba Clásica de *Las cartas de Chawton.* Resulta curioso comprobar cómo estaba preocupada por los asuntos bélicos de sus hermanos, en este caso de Charles, que estaba dedicado a la guerra contra Napoleón en su calidad de contralmirante, y, sin embargo, esas preocupaciones no se traslucen en sus obras, efectuando así una separación entre esos asuntos y los que ella decide escoger como argumentos. Lo que sí queda claro es la forma en que pondera la generosidad de su hermano para con ellas.

EL JOVEN TOM LEFROY

A la luz de la carta de 1796 en la que habla de Tom Lefroy, escrita desde Steventon pues aún no se habían mudado a Bath, da la impresión de que los jóvenes eran dos almas paralelas, dos espíritus afines y eso, la afinidad, es el lazo que más aprecia la escritora en sus novelas a la hora de enhebrar un matrimonio. De modo que es lógico pensar que sucedía lo mismo en la vida real. Sin embargo, los dos, Tom y Jane, sabían que era una relación imposible. La sensatez debía imponerse al sentimiento. Él carecía de fortuna y había cursado sus estudios a cargo de un tío, por lo que necesitaba hacer un buen matrimonio para asentarse y ayudar a su numerosísima legión de hermanas. Si las mujeres de la época estaban obligadas a casarse bien, como forma de asegurar el sustento de una manera honorable, sobre

los hombres recaía la obligación de mantener a todas las mujeres de la familia. Ella, por su parte, tenía una dote insignificante y no disponía de otros recursos.

He aquí como Jane Austen vivió en primera persona la pérdida de la ilusión y de la esperanza de casarse por amor. No resulta extraño que reiterara este asunto en sus obras, más bien todo aquello fue una especie de espina clavada y no debe engañarnos el tono ligero que ella le da a la historia. Sin embargo, el hecho de que la carta no fuera destruida y que la familia reconociera este suceso como auténtico nos hace pensar que es un acto interesado. Otras muchas cartas han desaparecido. Quizá las que mostraban mejor las debilidades y defectos de Austen. Da la impresión de que fue algo premeditado. Es decir, quisieron dejar claro que la tía Jane no se casó, sí, pero se enamoró y tuvo pretendientes. O que su sentido común la había llevado a renunciar al amor y a un compromiso inadecuado. Eso daría la razón a los que piensan que las cartas que se cruzan Jane y Cassandra no son únicamente cartas personales sino auténticos boletines informativos que recogían los acontecimientos familiares con todo detalle como forma de mantener unida a una familia tan larga y dispersa.

En cuanto a Tom Lefroy mantuvo siempre una elegante prudencia acerca de este amor de juventud, a pesar de que le preguntaron muchas veces.

Dado que disfrutó de una larga vida hubo ocasiones en las que salía a colación el tema de la escritora y siempre aparecía alguien que se

interesaba por saber cómo era y qué relación hubo entre ellos. La caballerosidad impidió a Lefroy insistir en este último punto, pero en lo tocante a su recuerdo de la joven Austen afirmó siempre que era una muchacha encantadora en todos los aspectos y que guardaba de ella una grata memoria. La distancia ayudó también a separar sus destinos. Él se había instalado en Irlanda a partir de 1798 y allí se casó el año siguiente con una

rica heredera. Este acontecimiento, que fue comentado sin duda en el seno de la familia Austen, pudo producir a la escritora sentimientos de nostalgia e incluso de pérdida, pero ello no ha trascendido hasta nosotros. El matrimonio Lefroy tuvo siete hijos y él siguió adelante con su fructífera carrera política y jurídica. Fue miembro del Parlamento y, desde 1852, presidente del Tribunal Supremo de Irlanda.

Esos veinte años de entonces eran edad suficiente para estar prometida e incluso casada. Así que Jane no era ninguna muchacha precoz en esto. Sí sorprende que cuente en esa carta su "relación" con Tom Lefroy en términos tan divertidos y llenos de naturalidad. Ese mismo carácter que ella otorga a sus heroínas, especialmente a Emma Woodhouse y a Elizabeth Bennet, se deja traslucir en sus afirmaciones. Le cuenta a Cassandra las vicisitudes de un baile al que acudió y en el que estaba Lefroy, detallando las veces que bailó y con quién, cómo era el resto de la concurrencia y algunos chismes más que llenarían de picante el desarrollo de la reunión. Su desenfado no impide que reconozca en la carta la ilusión que le producía la presencia de Lefroy. Sin duda Cassandra, que la conocía bien (al ser las dos únicas niñas de la familia tenían una intimidad especial, algo que nunca logró con su madre), supo leer en su relato que Jane estaba enamorada.

Pero esa especial manera de distanciarse de lo trágico e, incluso, de lo romántico al uso, que tenía Jane y que aparece en sus obras, hace que los comentarios sobre su enamorado no estén exentos de humor inteligente:

«En realidad solo tiene un fallo, que confío en que perderá con el tiempo: el color de su abrigo es demasiado llamativo. Es un gran admirador de Tom Jones y, en consecuencia, me imagino que usa la misma ropa colorida que él luce cuando lo hieren».

La referencia a *Tom Jones,* la obra de Fielding, no debe ser pasada por alto. Se trata, como sabemos, de un texto que trata de forma cándida y

cómica la atracción sexual, los hijos bastardos y la hipocresía de los

párrocos. Los pecados de la carne aparecen reflejados de una forma abierta y la mezquindad de aquellos que se sienten dueños de la verdad, también.

El hecho de que sea evidente en su carta que Jane y Tom habían comentado la novela tiene muchos significados pues abunda en la idea que transmiten las obras de Austen de abandonar toda propensión a juzgar a los demás por cuestiones morales. Lo que no es poca cosa en esos años, desde luego. Su carácter pionero desde el punto de vista intelectual y de las relaciones sociales y personales, ya aparece, por tanto, reflejado con exactitud en esta carta. Y, desde el punto de vista de su trato con Tom Lefroy está claro que compartían comentarios sobre los libros que leían, lo que ya supone una muestra de confianza y de complicidad.

El contenido de la misiva convierte a Jane Austen, por primera y casi única vez, en la protagonista de una historia amorosa. Sabemos que sus esperanzas no se verán cumplidas. La familia de Tom Lefroy, advertida sin duda de la atracción entre los dos jóvenes, se lo llevará cuanto antes de allí y evitará, en lo sucesivo, que se encuentre con Jane. Algo parecido, aunque con menos estilo y mayor crueldad, hará Fanny Ferrars con su hermano Edward cuando descubra la especial amistad que lo une a Elinor Dashwood.

Jane será consciente de lo que ocurre, sin duda, pero su carácter propenso a una sana alegría y a un sufrimiento siempre matizado por la racionalidad, no le permitirá entregarse al dolor sino sobrellevar su existencia del mejor modo posible.

Exactamente igual que hace Elinor, quien dedicará su tiempo a buscar una casa adecuada, consolar a su madre y tratar de que su hermana Marianne no pierda demasiado la cabeza por tipos inconvenientes. Para Austen será el manuscrito que tenía guardado en el cajón el que decidirá su futuro. Será una escritora y no una esposa o una madre. El matrimonio y los

hijos no estaban en su destino. Pero quizá esos días en los que atesoró un amor apasionado, en el que no faltarían, a buen seguro, besos, pulsos acelerados, llama viva de deseo, respiraciones agitadas, quedaron en su memoria para siempre. Y también el dolor punzante de la ausencia, de la pérdida, del adiós.

No es de extrañar, por tanto, que su escritura refleje tan fielmente el flaco favor que la economía de las familias y la necesidad de un buen matrimonio causaban al amor verdadero. Ambos, Lefroy y Jane,

habían crecido con el mismo y pésimo hábito de sacrificar el amor en aras del consentimiento familiar y este solamente tenía como fin la pura conveniencia. Por eso quizá se permite hacer en sus obras juegos malabares con las relaciones entre los hombres y las mujeres. Quizá la huida de Lydia Bennet con Wickham esté en el fondo de todo esto. Dejarse llevar, sin más. O la forma en la que Marianne Dashwood decide unirse al coronel Brandon para no ser una solterona sufriente por un hombre que no la merecía. O, sobre todo, la alegre conformidad de Elizabeth Bennet cuando observa que Darcy no la encuentra lo suficientemente guapa como para estimular su deseo de bailar.

Este carácter reposado, esta visión de la vida pasada por el tamiz de la inteligencia serena y exenta de dramatismo, lo ha destacado Roger Scruton en su libro *La cultura moderna*, en cuya bibliografía comentada aparecen dos libros de Austen: *Sentido y sensibilidad* y *La abadía de Northanger*, con la anotación: Astuta demolición del romanticismo como productor y traductor de emociones religiosas.

Siempre he pensado que, en lo tocante al carácter, Lizzy Bennet era su trasunto. Una mujer espontánea, divertida, alegre, alta y con buena figura (como se decía que era Jane Austen), con los ojos castaños y vivos (nada de ojos claros) y el pelo sencillamente arreglado. Una mujer normal cuyas principales armas son el ingenio, la inteligencia, la vivacidad. La venganza

de Austen estuvo, no cabe duda, en que esa mujer enamorara, y de qué forma, al prototipo del hombre elegante, guapo y rico, el señor Darcy nada menos.

Después del episodio de Tom Lefroy, Jane se dedicó a escribir con mayor tesón. Había aprendido en carne propia lo que significaba ser vulnerable sexual y sentimentalmente. Lo que era extasiarse ante un extraño que te hacía bullir la sangre o temblar de pies a cabeza. Había experimentado la contención, la posesión de un anhelo que nunca se cumpliría. Todo esto fueron enseñanzas que trasladó a su escritura. Quizá, en aquel año de 1796, ella, Jane Austen, hubiera dado todo el ingenio y el talento que poseía a cambio de convertirse en la señora de Tom Lefroy y en la madre de sus futuros siete hijos. Pero eso nunca lo sabremos. Guardarse para sí estas cosas tan íntimas era una señal de buena crianza y así las penas se agrandaban precisamente por la incomunicación.

En lo que respecta a nosotros fue en octubre de ese año cuando comenzó a escribir, antes de cumplir los veintiuno, *Orgullo y prejuicio*

que llevó, al principio, el título de *Primeras impresiones*. Y al año siguiente asumió la tarea de reescribir *Sentido y sensibilidad,* en su origen una novela epistolar titulada *Elinor and Marianne*. A continuación escribió el primer borrador de *Susan*, que se acabaría llamando *La abadía de Northanger*. La pena, la tristeza, el desamor, el desengaño, de Jane Austen produjeron tres espléndidas novelas en solo cuatro años. Todavía no había cumplido los veinticuatro.

LA PROPOSICIÓN DE HARRIS BIGG-WITHER

Pero esto no es todo. No acabó aquí su itinerario sentimental, al menos el más conocido y el que más trascendencia tuvo. Corría el año 1802. Eran los

años de Bath. Jane Austen tenía veintisiete aún no cumplidos. Ella y su hermana Cassandra visitan a sus amigas Catherine y Alethea Bigg, que vivían en Manydown Park, a unos siete kilómetros de Steventon, la rectoría en la que Austen había nacido y que, a la sazón, era ahora la casa de su hermano James y su esposa Mary.

En ese periplo que solían hacer, de casa en casa, ya que ahora no tenían hogar propio, incluso pasando algunos períodos frente al mar, ese espacio de agua que había sido descubierto como placer precisamente en la época georgiana, llegaron a la casa de las Bigg. El padre de la familia era un terrateniente, magistrado y benefactor de pobres. Además de esas dos chicas tenía también un hijo, Harris Bigg-Wither. Este era un hombre altísimo, desgarbado y con escaso atractivo. Lo más que podía decirse de él era la referencia a su gran altura porque, a lo que parece, también era bastante soso y aburrido, poco talentoso, nada elocuente y carente de ingenio.

La tarde del 2 de diciembre, catorce días antes del cumpleaños de Jane, esta tuvo la sorpresa de recibir una proposición de matrimonio de parte del joven Harris. No conocemos con detalle los pormenores del caso porque la familia de Jane Austen se ocupó mucho de ocultarlo y se conjuraron para ello. Pero lo que sí está claro es que ella aceptó. La propuesta le convenía a todas luces, al menos desde el punto de vista mercantilista que era el que primaba. No sería ya una soltera pobre, podría ayudar a su hermana y a su madre, que estaban también indefensas en el aspecto económico; sus futuras cuñadas eran grandes amigas y el pretendiente, aunque poco dotado intelectualmente, era un buen hombre y sabría ser un adecuado caballero rural llegado el momento. Todo parecía estar a la altura de las pretensiones de las dos familias.

No era nada baladí eso de estar soltera y sin medios económicos. Las privaciones a las que vivían sometidas las mujeres que no lograban casarse y no eran ricas (y las ricas se podían contar con los dedos) eran terribles.

También lo era el peso que suponían para sus hermanos varones o para sus hermanas casadas, que tenían que cargar con ellas toda la vida. Una situación nada agradable y contra la que se rebela en muchas ocasiones Jane Austen de la mejor forma en que sabía hacerlo, es decir, por medio de sus novelas. Además, la escasez de hombres era alarmante. Las guerras contra Napoleón habían esquilmado el país de jóvenes en buena edad y la cosa no parecía tener fin. La mayor parte de la existencia de Jane Austen transcurrió en guerra contra los franceses así que la influencia en la demografía era aplastante.

La última circunstancia a favor de este matrimonio era la casa familiar, la posibilidad de poseer un hogar que podía llamar suyo, y de llamarse a sí misma señora. Eso tenía un enorme peso en cualquier decisión porque no era agradable andar de un lado para otro visitando a los parientes más afortunados. Además de la rectoría en la que nació, Steventon, Jane Austen tuvo luego un número importante de domicilios provisionales, los dos internados, las casas alquiladas en Bath, que fueron varias, las casas de sus hermanos y amigos, incluida la de Londres de su hermano Henry, así como las estancias en Lyme Regis o en Southampton, por ejemplo. De manera que tener una casa tan agradable como la de los Bigg era un punto fundamental a tener en cuenta. Además, ella aún no había publicado nada y faltaban casi diez años para hacerlo, lo que quiere decir que su carrera literaria solo se reducía a su propia dedicación a la escritura sin perspectivas de ingresos económicos ni de vida social.

Supongamos que Jane no quería a Harris Bigg. Si era una persona sensata, y sabemos que lo era, el amor podría llegar con el tiempo y, si no

era así, al menos existiría, como entre todas las parejas sensatas, el respeto, la comprensión y la ayuda mutua. Casarse implicaba también tener hijos y aunque estos daban quebraderos de cabeza y producían un descalabro en la salud de las madres a tener en cuenta (muchas morían en los partos), no se consideraba que la mujer estaba completa sin una larga descendencia. Todo esto estaba sin duda en su cabeza cuando la tarde en que recibió la propuesta ella dijo sí. Porque era una proposición conveniente desde todos los puntos de vista. O casi todos.

Pero la historia continúa.

A la mañana siguiente, muy temprano, casi al alba, Jane se levantó y se apresuró a salir de su aposento, para buscar al joven y hablar rápidamente con Harris Bigg rompiendo el compromiso. La decepción de él fue mayúscula. Y la sorpresa de todos también. Fue un paso arriesgado que iba a tener consecuencias definitivas.

¿Por qué lo hizo?

Este es uno de tantos enigmas de los que rodean su figura. Y, después de darle vueltas a las circunstancias en que se produce esa vuelta atrás quizá la única respuesta es que ella consideró que jamás podría amar, siquiera mínimamente, a Harris. Su torpeza, su debilidad física, su tartamudeo, su escaso intelecto, todo eso tuvo que suponer un enorme peso en la decisión, que opaca todo lo demás. Las ventajas eran muchas pero los inconvenientes eran definitivos. Fue, por lo tanto, fiel a lo que pensaba. Todas esas ideas que reflejaba en las obras que escribía y que aún estaban guardadas en su escritorio, las puso en práctica con esta sencilla vuelta atrás que, no obstante, debió resultar un trago difícil para la familia, para el joven Harris y para ella misma. Pero lo hizo. Hizo lo mismo que Elizabeth Bennet con respecto al señor Collins o a Darcy. Lo mismo que Emma Woodhouse con relación al señor Elton. Podíamos decir que conservó la coherencia entre lo

que pensaba y lo que hacía. Y que esa coherencia se traslada al relato de sus novelas, a los argumentos y desenlaces. No fue capaz de ver ni de encontrar en Harris Bigg esa afinidad, esa conexión íntima, esos lazos, que consideraba indispensables entre las personas que iban a decidir llevar una vida juntos. Todo eso pesó más que la inexistencia de un hogar, que el tener que dar tumbos a cuenta del favor de los parientes, que la mirada sarcástica de la sociedad sobre las mujeres solteras, que la soledad…Quién puede negar que era, por tanto, una mujer especial…

Al menos cinco hombres aparecen en su vida en diferentes momentos y con diferentes roles, pero, que sepamos, esta es la única propuesta de matrimonio que rechaza. Sin embargo, esto significa que su vida no estuvo exenta de la emoción del conflicto amoroso, por lo que no hablaba, o mejor dicho, no escribía de oídas sino que ahí también estaban sus experiencias y su forma de ver la cuestión. Casarse sí, pero no de cualquier modo. Casarse, pero con alguien que le inspirara, al menos, cosquilleo y respeto. El cosquilleo es necesario para decidirse y darle emoción a la cosa y el respeto garantiza una vida en común serena y adecuada. Quizá en esta acción de volverse atrás en la proposición de Harris Bigg se condensa parte de su filosofía de vida, una parte muy importante que trasladará a sus novelas, y que ya había

dejado reflejada en algunas que escribió precozmente. Y esa forma de ver el mundo y las relaciones amorosas, además del matrimonio como institución, implica una inteligencia preclara, una actitud visionaria ante el futuro y, sobre todo, una vindicación de la mujer en cuanto objeto de ella misma y sujeto de su porvenir.

Nada más lejos del romanticismo añejo que llegará pronto o de la veleidad fantasiosa del goticismo de moda. Una mujer a la que le gustaban los hombres pero que no unió su destino a ninguno de ellos porque, sencillamente, o no era el apropiado, o no se daban las condiciones. Sin

dramas. Con sana alegría. Como sus novelas. Honradez intelectual y coherencia. Vamos a unir estos conceptos a aquellos que ella entendía como fundamentales en la escritura (la Verdad, la Imaginación) y tenemos el cuadro detallado de una escritora única y universal. De una persona diferente.

Aunque se pondera mucho que en sus obras haya un exceso de bodas, no se señala tan a menudo que también existen rechazos matrimoniales casi en la misma cantidad. Porque en todas sus novelas hay siempre la pretensión, por parte de las heroínas y también de otros personajes femeninos, de una boda "adecuada", no solo desde el punto de vista económico sino también desde el punto de vista del carácter. La insistencia en las cualidades que deben ser propias en el hombre es constante. Se habla de inteligencia, rectos principios, conocimiento del mundo y corazón afectuoso. No se menciona, en esas cualidades, el dinero, porque no es una cualidad, sino un hecho circunstancial pero no, desde luego, despreciable. Y, en muchas ocasiones, un requisito *sine qua non*.

El libro en el que más se incide en la necesidad de que los matrimonios tengan afinidad y un buen entendimiento es, sin duda, su novela de madurez, *Persuasión,* donde el narrador muestra no solo los pensamientos de Anne Elliot, la protagonista, sino también los del caballero en cuestión, el capitán Frederick Wentworth. El diálogo que se produce entre ambos cuando se reencuentran y, sobre todo, los pensamientos que se relatan sin que vean la luz, son de una enorme riqueza para conocer y desmenuzar la forma de pensar de la escritora con respecto a la relación entre hombres y mujeres. En esta novela, además, los sentimientos se desbordan, quizá porque la segunda oportunidad que ambos protagonistas tienen les hace ver que no están en disposición de desaprovecharla.

Cuando el amor se ha perdido y existe la posibilidad del reencuentro,

no ha lugar a pérdidas de tiempo ni a rendición sin lucha. Y las elucubraciones de Anne son muy parecidas a las de cualquier mujer enamorada que le da mil y una vueltas a los hechos y actitudes para lograr entender qué pasa, de igual modo que el capitán Wentworth se muestra lleno de la zozobra, la duda, la desesperación incluso, que afecta a un hombre cuando la mujer que ha querido en silencio durante años se pone, de nuevo y milagrosamente, frente a él. Y soltera.

Lo que parece decirnos en sus novelas Jane Austen es que el juego amoroso debe dejar de ser una cuestión familiar. Eso implicaría una mayor confianza en el sentido común de los jóvenes de ambos sexos y, como condición previa, una educación que no solo abarque lo que se conocen como "modales", sino que incluya la prudencia, el conocimiento y la reflexión. La condena absoluta del matrimonio de conveniencia que hace Austen la probó ella misma en su vida, tanto porque tuvo que renunciar al amor de Tom Lefroy como por su negativa a casarse con un buen partido que no le aportaba ninguna compensación emocional ni intelectual.

Hay, asimismo, una crítica implícita de las personas que hacen la función de casamenteras y que se entrometen en las uniones, tanto si son simpáticas y agradables (como Emma Woodhouse, que fracasará siempre para que aprenda), impositivas y prepotentes (como lady Catherine de Bourgh en *Orgullo y prejuicio*) o moralmente superiores y, por ende, equivocadas (como Lady Russell en *Persuasión*).

La muestra más clara de su postura está en la creación de su última gran heroína, Anne Elliot, que estando sola, sin apoyo familiar, en una edad considerada "mayor" para elegir y sin mayores posesiones materiales, es capaz de decir no a su primo Elliot y a renunciar por tanto a presidir la mesa

de la casa solariega. A seguir siendo una hermana soltera, próxima solterona, y no la señora de la mansión. Austen es, aquí, Anne.

EL PAPEL DE LA MUJER

Esta mirada transversal sobre la obra de Jane Austen, centrada en sus

“mujeres” no termina, ni mucho menos, el acercamiento a su obra, una obra corta en comparación con otros escritores, pero admirablemente decisiva.

Entre sus seis novelas mayores hay una conexión oculta que las convierte, una a una, en joyas de enorme valor. Son novelas que ejemplifican modelos narrativos y que, a pesar de sus elementos comunes, son capaces de forjar una historia diferente. Los lectores se suelen identificar más con alguna que con otras y eso es parte de la enorme “discusión Austen” que tiene el vigor y la fortaleza que ningún otro escritor posee. A día de hoy el encendido debate por la obra de Jane Austen, las interpretaciones y comentarios, los paralelismos, las comparaciones con otros escritores, las referencias a sus tramas, personajes y frases famosas tienen un eco sobresaliente, de manera que podemos decir sin temor a errar, que su obra está muy viva, que es muy actual y que no ha pasado de moda. El resto de las novelas de sus contemporáneos son hoy prácticamente arqueología; por el contrario, la obra de Austen aparece como recién escrita, tal es la cercanía que sentimos con ella por la universalidad de las emociones, sentimientos y comportamientos que aborda.

Distinta a todos los demás, con un lenguaje propio y una mirada observadora, tenaz y muy personal, las novelas de Austen están llenas de mujeres, como hemos ido viendo en este recorrido. No hay en ella un solo tipo de mujer, aunque sí caracteres que nos resultan más admirables y otros que generan rechazo. No se puede permanecer indiferente a estos debates.

En algunas ediciones he encontrado notas del editor o del traductor que señalan la circunstancia de que la escritora no plasmó en sus novelas el mundo en que vivía y ello es así porque, según afirman, no recogió ninguno de los conflictos políticos o bélicos que se estaban desarrollando entonces y eran bastantes. En realidad, el mundo de Jane Austen fue convulso, lleno de cambios, guerras, hambres debido a las malas cosechas, movimientos sociales y dificultades de todo tipo. Es cierto que en sus novelas no aparece la guerra con Francia o con las colonias americanas, ni el movimiento ludita, que estaba en efervescencia, ni la revolución industrial con sus tensiones sociales, ni tampoco las epidemias, la pobreza extrema, incluso la enfermedad.

Pero no estaríamos en lo cierto y no entenderíamos el sentido de su obra si de esto sacamos la conclusión de que la escritora estaba de espaldas a su tiempo y su mundo en lo que se refiere a las preocupaciones de la gente. Lo que sucede es que su mirada se dirige a la clase social a la que pertenece y a la que conoce bien. Pero, dentro de ella, no solo pone de manifiesto los problemas que existían, sino que insiste una y otra vez en ellos, contribuyendo en gran medida a que tengamos conciencia de los mismos incluso en la actualidad.

Y si hay algo a lo que Jane Austen contribuye decisivamente es a revelarnos el papel de la mujer. Todo ese aparente vodevil que crea a partir de la búsqueda de marido no es un canto frívolo al juego amoroso ni al chico-busca-chica sino la prueba evidente de que la única salida honrosa que tenían las muchachas de su clase, de la gentry y de la pseudogentry, era el matrimonio. De esto hemos hablado con amplitud en estas páginas, pero nunca se ponderará bastante lo difícil que resultaba el equilibrio entre herencias vinculadas a las ramas masculinas, hijos huérfanos, mujeres viudas, chicas desamparadas y en busca de salidas honrosas para su vida.

Hablamos de supervivencia, no de diversión.

En realidad, el mundo que retrata Jane Austen es un mundo en trance de desaparición. El éxodo del campo a la ciudad que ocasiona la revolución industrial y el auge del textil, por ejemplo, contribuirá de lleno a la pérdida del concepto de ruralidad en la Inglaterra del siglo XIX. En tiempos de la Regencia de los siete millones y medio de personas que vivían en Gran Bretaña (a los que había que añadir más de dos millones que lo hacían en las colonias) la tercera parte vivía del campo y en el campo. El campo inglés con su tranquila belleza dejará de ser el escenario bucólico de una vida común. Y las ciudades se irán atestando y convirtiendo en lugares súper poblados, dando lugar a nuevas formas de vida. Y habrá otros enclaves que cambiarán de fisonomía por mor de las maneras de ocio que han de surgir, algo que la autora ya entrevió en su inacabada *Sanditon*.

Terminamos como comenzamos. En 2023 se cumplen 248 años del nacimiento de Jane Austen. En 2025 se conmemorará el 250 aniversario, una cifra redonda. En 2023 también se cumplen los 206 años de su muerte, sucedida en 1817 y los 212 años de su primera obra publicada (*Sentido y sensibilidad*, 1811). Todas estas abrumadoras cifras nos están diciendo algo fundamental: la posteridad ha acogido a Jane Austen como una de sus escritoras, no ha habido olvido, ni preterición. Algo de esto puede hallarse en las páginas de un libro fundamental en la crítica literaria *El canon occidental* escrito y

publicado en 1994 por el prestigioso crítico y profesor de la universidad de Yale, Harold Bloom (Nueva York, 1930-New Haven, Connecticut, 2019). Las consideraciones que Bloom realiza sobre Jane Austen en este libro son de una enorme agudeza. Por las páginas de Bloom desfilan las distintas heroínas que Austen retrata con su estilo elegante de decir las cosas, pero también cotidiano, sencillo y austero. Desde la pizpireta e ingeniosa Elizabeth Bennet a la doliente y madura Anne Elliot.

Pasando, claro está, por esa sufrida Fanny Price y por la maravillosa Emma,

dotada de todas las dulzuras. Harold Bloom se detiene en estas cuatro mujeres porque su mirada acerca de Austen está organizada en torno a esos libros concretos, *Orgullo y prejuicio, Persuasión, Mansfield Park y Emma*, respectivamente.

No podríamos hablar, en ningún momento, de “modelos de mujer”, sino de mujeres distintas, que asumen sus vidas y su existencia con una cierta capacidad de entendimiento de lo que les ha tocado. En realidad, todas ellas comparten una época especialmente dura para las mujeres, como se ha podido traslucir en las palabras de este libro y también comparten un punto de vista femenino, exento de exclusiones, pero lleno de aspectos comunes, que contribuyen a comprender un territorio emocional que les resulta conocido.

Cuando leemos ahora las novelas de Jane Austen siempre trazamos paralelismos entre ellas y entre ellas mismas y nosotras. Nosotras, mujeres del siglo XXI, sentimos que hay todavía lazos que necesitan desatarse y emociones que no están ajustadas a lo que sería necesario para una vida fiable, cálida, serena y llena de expectativas. Por eso entendemos a las mujeres de Austen, la entendemos a ella y siguen siendo todavía en nuestra época, motivo de conversación, forma de disfrute, gozo de una lectura que es más que eso.

Quizá no somos demasiado conscientes de la fortaleza de carácter que la autora exhibió y que plasmó en algunas de sus mujeres. Pero hay en las historias suficientes negativas al matrimonio, por ejemplo, como para darnos cuenta de ello. Rechazar una buena boda, incluso una regular, era un acto de total heroísmo, porque casarse, ya lo hemos dicho, significaba el adquirir la posición que permitía a las mujeres llevar una vida digna. No diremos independiente, porque la dependencia del marido se daba por supuesta, pero esta era mucho mejor que la dependencia al pariente

masculino de turno sobre todo porque el aspecto económico quedaba solucionado de una forma más airosa.

Las mujeres Austen son chicas normales y en esa normalidad queremos ver un trasunto de la condición femenina, sin elementos sobrenaturales y sin añadidos fantasiosos. Todas ellas nos muestran cómo son a través del magnífico arte de la conversación, tan estimado por la escritora y tan revelador de los sentimientos, emociones y contradicciones de sus personajes. Lo que podría ser una muestra de color local, una visión pequeña de un mundo cotidiano pequeño, llega a trascender la frontera del tiempo y del espacio en que se produce. Resulta extraordinario que unas novelas escritas hace más de doscientos años nos sigan resultando tan actuales y adorables como si se hubieran escrito anteayer.

Bibliografía

AUSTEN, Jane. *Orgullo y prejuicio.* Traducción de José Luis López Muñoz. Alianza Editorial, cuarta reimpresión 2012.

Orgullo y prejuicio. Traducción de José Luis López Muñoz. Alianza Editorial, segunda reimpresión 2015.

Orgullo y prejuicio. Traducción de José Luis López Muñoz. Alianza Editorial, edición ilustrada. Centenario Jane Austen 1817-2017.

Alianza Literaria. Ilustraciones de Hugh Thomson. Primera reimpresión 2017.

Orgullo y prejuicio. Clásicos Manga. Norma editorial. Traducción Annabel Espada. Dibujos Po Tse. Adaptación Stacy King.

NormaEdManga 2019.

Orgullo y prejuicio. Centenario Jane Austen. Alianza editorial.

Traducción de José Luis López Muñoz. 2016.

Emma. Edición y traducción de Juani Guerra. Cátedra Letras Universales. 2010.

Emma. Centenario Jane Austen. Alianza editorial. Traducción de José Luis López Muñoz. 2016.

Emma. Traducción de José María Valverde Pacheco. Introducción de Fiona Stafford. Penguin Clásicos. 2015.

Sensatez y sentimiento. Centenario Jane Austen. Alianza editorial.

Traducción de José Luis López Muñoz. 2016.

Sentido y sensibilidad. Penguin Clásicos. Traducción de Ana María Rodríguez. Introducción de Tony Tanner. Traducción de la introducción Silvia Pons Pradilla. 1969, introducción. 1996 y 2015

edición de Penguin Random House.

Persuasión. Centenario Jane Austen. Alianza editorial. Traducción de José Luis López Muñoz. 2016.

Persuasión. Sanditon. Alba Minus. Traducción de Francisco Torres Oliver. 2021. Publicado en Alba Clásica en 1996.

Persuasión. Traducción de Manuel Ortega y Gasset. Editorial Plaza y Janés. 1998.

Persuasión. Sanditon. Traducción de Francisco Torres Oliver. Alba Editorial, 2014.

La abadía de Northanger. Centenario Jane Austen. Alianza editorial. Traducción de José Luis López Muñoz. 2016.

La abadía de Northanger. Alba Minus. Traducción de Guillermo Lorenzo. 2022. Publicado en Alba Clásica en 1996.

La abadía de Northanger. Traducción de Isabel Oyarzábal. Editorial Plaza y Janés. 1998.

Mansfield Park. Centenario Jane Austen. Alianza editorial.

Traducción de José Luis López Muñoz. 2016.

Mansfield Park. Traducción de Miguel Martín. Editorial Plaza y Janés. 1998.

Lady Susan. Traducción y posfacio de Eduardo Berti. Editorial La Compañía, 2010.

Amor y amistad. Traducción de Menchu Gutiérrez López. Prólogo de G. K. Chesterton. Alba Minus. 2017.

Las cartas de Chawton. Edición de Kathryn Sutherland. Alba Clásica. Traducción de Marta Salís. 2018.

Los Watson. Traducción de Íñigo Jáuregui. Ilustraciones de Sara Morante. Editorial Nórdica Libros. 2012.

El castillo de Lesley. Una novela epistolar inacabada.

Lejos de Cassandra. Altamarea. Traducción y edición de Anabel Palacios. 2021.

Cartas. Edición conmemorativa del bicentenario, 1817-2017.

Susanna González, introducción, postfacio y apéndices.

AUSTEN LEIGH, James Edward. *Recuerdos de Jane Austen.* Alba Clásica. Traducción de Marta Salís. 2012.

BLOOM, Harold. *El canon occidental.* Editorial Anagrama, colección Compactos. Traducción de Damián Alou. 2001.

CHESTERTON, G. K. *Breve historia de Inglaterra.* Editorial Acantilado.

2005.

DERESIEWICZ, William. *A Jane Austen Education.* Penguin Random House LLC. 2011.

La vita secondo Jane Austen. Tea Varia. Edición en italiano. 2012.

EDGEWORTH, Maria. *Belinda.* Editorial Libros de Seda. Traducción de Noemí Jiménez Furquet. 2021.

FIELDING, Helen. *El Diario de Bridget Jones.* Lumen Femenino. 1998.

Traducción de Néstor Busquets.

FREIRE, Espido. *Querida Jane, querida Charlotte.* Aguilar, 2004.

Tras los pasos de Jane Austen. Ariel, 2021.

GASKELL, Elizabeth. *Vida de Charlotte Brontë.* Editorial Alba, 2001.

GÉRIN, Winifred. *Emily Brontë.* Ediciones Atalanta. 2008.

HERRERA SÁNCHEZ, Sonia . *La economía de las relaciones de género en Orgullo y prejuicio de Jane Austen.* Artículo, 2012.

JIMÉNEZ CARRA, Nieves. *La traducción del lenguaje de Jane Austen.*

Textos mínimos, Universidad de Málaga, 2008.

LE FAYE, Deirdre. *Jane Austen's Letters.* Oxford University Press.

2011.

MCINTYRE, Alasdair. *Tras la virtud.* Paidós. Surcos 30. 2013

MESONERO ROMANOS, Ramón de. *Escenas y tipos matritenses.*

Editorial Cátedra. Edición de Enrique Rubio Cremades. Colección Letras Hispánicas. 1993.

PALLARES YABUR, Pedro. *Por qué leer a Jane Austen. Autenticidad, identidad y armonía.* EUNSA. Astrolabio. Serie Lengua y Literatura. 2022.

PIHARD, Julie *et al. Jane Austen. La novela doméstica entre realismo y análisis psicológico.* Arte y literatura, 50 minutos.es PFORDRESHER, John. *La historia secreta de Jane Eyre. Cómo escribió Charlotte Brontë su obra maestra.* Editorial Alba, 2017.

SCRUTON, Roger. *La cultura moderna.* Traducción de Diego Pereda.

Editorial El Buey Mudo. 2021.

TOMALIN, Claire. *Jane Austen. Una vida.* Traducción de Beatriz López-Buisán. Editorial Circe. Primera reimpresión 2007 .

WOLF, Virginia. *Un cuarto propio.* Traducción de Jorge Luis Borges.

Prólogo de Kirmen Uribe. Editorial Lumen, colección Ensayo, 2013.

WORSLEY, Lucy. *Jane Austen en la intimidad.* Traducción Victoria Simó. Editorial Indicios. 2017.

Document Outline

- Prólogo. La educación sentimental
- 1. Austenismos
- 2. A propósito de Jane
- 3. Una escritora nada romántica
- 4. La vida no es una novela
  - La trilogía de Steventon
    - Sentido y sensibilidad (Sense and Sensibility)
    - Orgullo y Prejuicio (Pride and Prejudice)
    - La abadía de Northanger (Northanger Abbey)
  - La trilogía de Chawton
    - Mansfield Park (Mansfield Park)
    - Emma (Emma)
    - Persuasión (Persuasion)
  - Una novela epistolar: Lady Susan
  - Una novela inacabada: Los Watson
  - La última novela: Sanditon
  - Los escritos de juventud: Juvenilia
- 5. Madres ausentes
- 6. Una institutriz con suerte
- 7. Juego de damas
- 8. Vida social
- 9. Casarse por amor
- 10. Imperfectas heroínas
- 11. Ella misma
- Bibliografía